

Volumen 4

Mi vida y mis amores

Frank Harris

La sonrisa vertical



Los volúmenes 4 y 5 de *Mi vida y mis amores* van reunidos aquí en un único tomo.

El cuarto tomo empieza en el momento en que Frank Harris decide súbitamente abandonar su agitada vida social, profesional y política en Londres para dedicarse plenamente a la literatura. Andaba ya complicando en varios asuntos penosos para él, y sólo le faltó un largo período de lluvias y nieblas durante el otoño de 1906 para que se trasladara a vivir en el clima suave y soleado de la Riviera italiana. La narración de este cuarto tomo parecerá al lector de los tres anteriores algo más caótico. De hecho, Harris desdeña aquí todo orden cronológico, recordando retazos de sus aventuras pasadas y algunos de sus viajes más recientes. La verdad es que el lector detectará fácilmente el desánimo del autor ante los ataques continuos que recibe por la publicación de sus memorias.



Frank Harris

Mi vida y mis amores IV

La sonrisa vertical - 27/4

ePub r1.0
Titivillus 10.11.15

Título original: *My life and loves*
Frank Harris, 1922
Traducción: Susana Constante

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Volumen 4

Cómo empecé a escribir

Lo que me condujo a la decisión final fue el conflicto con mi Comité de Hackney a propósito de Parnell, la manera en que éste fue tratado por Gladstone. El asunto de Venezuela, el incidente Damien y mi rechazo por una vida ociosa, carente de objetivos, por lujosa que ésta fuera, ayudaron a decidirme. ¿Iba a continuar tonteando por Londres y desperdiciándome en pequeños comités, o debía renunciar a mi candidatura a la Cámara de los comunes por Hackney, irme al extranjero y tratar de convertirme en un escritor? Una larga temporada de mal tiempo en el mes de noviembre, niebla y lluvia incesantes, me decidieron. Hice las maletas y me fui a la Riviera. Una semana después estaba instalado en el hotel de Cap d'Antibes,
regentado por el señor Sella, que me dio dos habitaciones excelentes en la primera planta. Descubrí que Grant Allen y su esposa se alojaban allí. Hacía tiempo que lo conocía, pero fue entonces cuando lo traté con mayor intimidad y pronto le confié que había emprendido una vida nueva e iba a tratar de escribir algunos cuentos.

Todas las noches, él y su esposa subían a mi sala después de cenar, así fue cómo les relaté los cuentos antes de escribirlos. Les conté, en tres noches consecutivas, las historias de *El sheriff y su socio*, de *Montes, el matador*, y *Un idilio moderno*. Las elogiaron con entusiasmo y cuando partieron me dispuse a escribir a razón de un cuento por noche. Una vez terminados, los envié a la «Fortnightly Review» a componer y pedí que me enviaran las pruebas en seguida. Recuerdo que, *Un idilio moderno*, me llevó dos noches y después tuve que trabajar mucho con las pruebas, mientras que *Montes* quedó perfecto desde el principio. Estaba tan exaltado por la esperanza y el miedo, que me fui a Montecarlo a matar el tiempo hasta que llegara el momento de recuperar mis historias impresas.

Más o menos una semana después, regresé a mi habitación y leí los tres cuentos. Vi que *El sheriff y su socio* estaba perjudicado por

un predominio excesivo de los hechos: la vida real rara vez es artística. Me pareció que *Montes, el matador* era de lejos el mejor. Recuerdo que me dije que había conseguido lo que me proponía, dándole al español su verdadero lugar como heroico hombre de acción. Confieso que pensé que era mejor que *Carmen* de Próspero Merimée, que hasta ese momento me había parecido la mejor historia española. Pero prefería *Un idilio moderno* a los otros. Tenía una ironía a lo Sófocles que me atraía intensamente. El momento en que el diácono insiste en pagar para mantener en la misma ciudad al clérigo amante de su mujer, me deleitaba. Estaba seguro de que era un buen trabajo.

Le di los tres cuentos a Grant Allen y estuvo de acuerdo conmigo en que *Montes, el matador* y *Un idilio moderno* eran mucho mejores que *El sheriff y su socio*. Comencé a trabajar en otros cuentos. Dos semanas más tarde, Grant Allen me dijo que Meredith le había escrito una carta hablándole de mis cuentos. Le había enviado *Montes* y *Un idilio moderno*, solicitándole su opinión. Ambos considerábamos a Meredith el mejor juez literario de la Inglaterra de ese momento. A Meredith no le interesó demasiado *Un idilio moderno*: «La historia es demasiado agridulce», pensaba, pero puso a *Montes* por las nubes. Para deleite mío, dijo que era en todo sentido mejor que *Carmen*; que había conseguido dar individualidad hasta a los toros, mientras que Merimée los había desdeñado como simples brutos, contentándose con dar vida a la mujer. Meredith terminaba su crítica con estas palabras. «Si hay en Inglaterra una mano que pueda escribir algo mejor que *Montes*, no la conozco».

Siempre he considerado esa carta como mi título de nobleza. Y, realmente, desde entonces no me han importado las opiniones de nadie sobre mi trabajo. Curiosamente, cuando me puse a escribir un cuento más largo, *Elder Conklin*, me resultó muy difícil, y lo peor de todo era que parecía incapaz de juzgarlo de manera adecuada. Recordé de pronto que Horacio dice que fue incapaz de juzgar su poesía durante nueve años —*novem anno*—, y después descubrí que, una vez impreso un libro de cuentos, no podía juzgarlos satisfactoriamente hasta que habían transcurrido cinco o seis años. Realmente, un autor es como una madre: su último bebé le parece el más perfecto, de la misma manera en que al autor su último cuento u obra le parece lo mejor que ha hecho.

Envié mis primeros cuentos a tres o cuatro publicaciones inglesas. A pesar de ser el editor de la «Fortnightly Review», me las devolvieron todas cortésmente; sólo hubo un editor que me pidió que le enviara otros trabajos, diciéndome que no creía que al público inglés le interesaran las corridas de toros. Esto me divirtió, de modo que traduje *Un idilio moderno* y *Montes, el matador*, a mi mejor francés, y los envié a la «Revue des deux Mondes», en París. Ferdinand Brunetiére, que era en ese momento editor de la «Revue», y a quien llamaban «la puerta de la Academia Francesa», me escribió de inmediato una carta encantadora, diciéndome que era la primera vez que recibía dos obras maestras en una sola carta, pero, continuaba diciendo, que mi francés era defectuoso y que esperaba que le permitiera corregir los peores pasajes. Yo estaba absolutamente encantado. En cuanto los cuentos aparecieron en la «Revue des deux Mondes» fueron elogiados en la prensa inglesa, y, de inmediato, los mismos editores que los habían rechazado, escribieron pidiéndome más historias. De este modo comprendí cuán bajo es el nivel de la crítica en Inglaterra. Los editores ingleses siempre me consideraron norteamericano y se deleitaban en colocarme en el que pensaban que era mi lugar.

Un día, hablando con Meredith de la baja calidad de la crítica literaria en Inglaterra, se volvió hacia mí y dijo:

—Es tan cierto eso… Ni una sola vez me han criticado justamente en Inglaterra.

—¡Cielo santo! —exclamé—. ¿Ni siquiera la poesía?

—Bueno —dijo—, mi poesía ha sido algo mejor tratada que mi prosa. El editor ordinario piensa que no sabe nada de poesía, porque no le interesa, de modo que deja que la juzguen los expertos. Pero está convencido de que puede calibrar tan bien como cualquier otro una historia, así que no vacila en decirme que mi fuerte no es la narración y que *Richard Feverel* no le gusta.

—Yo repararé esa omisión —dije—, porque le considero a usted inmediatamente después de los más grandes de mis héroes: Shakespeare, Goethe y Cervantes.

—Es extraño —dijo, volviendo la cara hacia otro lado, tal vez para ocultar su emoción—, eso es lo que algunas veces he pensado de mí mismo, pero jamás esperé oírlo decir.

—Yo lo diré y en voz bien alta —declaré.

De modo que hice lo posible por conseguir que Matthew Arnold y Browning escribieran la verdad acerca de Meredith, pero ambos se excusaron. Browning me dijo que «la alabanza de los vivos siempre parece interesada». No comprendí por qué, pero mi proyecto no prosperó. Y, sin embargo, piensen en la soberbia poesía de Meredith y en *Richard Feverel*, ese gran idilio amoroso en prosa; y en lo difícil que es ganarse la maestría en ambas partes o, de hecho, en cualquiera de las dos. Pienso con frecuencia en el noble epigrama de William Watson:

> No olvides, hermano cantor, que aunque la Prosa
> Jamás puede ser lo bastante verdadera o sabia,
> la canción no es la Verdad, ni la Sabiduría, sino la Rosa
> Posada en los labios de la Verdad ¡la luz en los ojos de la Sabiduría!

No puedo menos que recordar aquí un gracioso incidente que tuvo lugar un poco antes. Yo había ido a París y tenía mi habitual salita en el Hotel Meurice. Un día, al entrar, encontré a George Moore[1] esperándome. Naturalmente, había cogido los cuentos, que estaban sobre la mesa, y los había leído.

—¿De dónde ha sacado estos cuentos, Harris? —preguntó—. Ese *Montes* no me interesa. Es demasiado romántico. Detesto los toros y las corridas de toros, pero *El sheriff y su socio* es muy bueno y *Un idilio moderno* es una obra maestra. Hubiera podido escribirlo yo mismo. ¿Quién es el autor? Sea quien sea, debe estar orgulloso de sí mismo.

—Los he escrito yo, Moore —dije.

—¡Usted! —exclamó, sorprendido—. ¿Dónde aprendió a escribir cuentos?

—Son los primeros que he hecho —contesté, risueño.

—¡Buen Dios! —exclamó—. Deben de hacerle sentir muy pagado de sí mismo.

—Por el contrario —dije—, me han hecho sentir muy humilde. No estoy seguro de que *Un idilio moderno* sea mejor que *Chef inconnu*
d'oeuvre
de Balzac o que su *Autré étude de femme*.

—¡Vaya gracia! —exclamó Moore—. ¿Acaso ha pensado que podía escribir mejor que Balzac?

—Por supuesto que sí —contesté—. Si no, no hubiera empezado.

Algo más tarde, Moore me escribió pidiéndome permiso para transformar *Un idilio moderno* en obra de teatro, y creo que lo hizo con Arthur Symons, con el título de *La llamada del coadjutor*[2] o algo por el estilo. No me resultó interesante.

Quería saber si podía escribir una novela larga. Por encima de todo, deseaba saber cómo iba a emprender el retrato de Shakespeare y su vida que tenía en mente. Pero mi alegría era desenfrenada. Sabía que, como Saúl, había ido en busca de los asnos de mi padre y había encontrado un reino. Estaba embriagado con la esperanza de ser realmente un gran escritor, «uno de esa extraña raza llamada Inmortal», como decía Carlyle.

De inmediato, me tomé el asunto muy en serio. Regresé a Londres y pedí consejo a los más sabios, pero obtuve poco o nada por mis esfuerzos hasta que pronto me hice cargo de que tenía que enriquecer mi vocabulario tanto como pudiera. Cuando se lo dije a mi amigo Verschoyle, estuvo de acuerdo conmigo y me envió una edición del gran diccionario de Johnson. Empleé en ello dos años de trabajo, como ya he contado con detalle.

Lo peor de todo fue que, al principio, no tenía ninguna orientación en el sentido de cómo debía usar el amplio *vocabulario* que había adquirido, hasta que un día leí las palabras de Julio César quien, según Aulus Gellius, aconsejaba a los escritores «evitar, como el navegante evita una roca, toda palabra que no sea bien conocida y se use habitualmente» (*ut tamquam scopolum sic vitas inauditum et insolens verbum*).

Lo mejor en prosa es el lenguaje sencillo. Creo que fue Joubert quien llamó a la simplicidad «el barniz de los grandes maestros».

Meredith me aconsejó que, durante algún tiempo, leyera exclusivamente prosa inglesa, hasta que me liberara de la obsesión del alemán, y siguiendo su consejo leí *Los viajes de Gulliver*, los *Sermones* de Donne y los *Prefacios* de Dryden, empapándome en sus ritmos y cadencias. También leí las *Short Stories on Great Subjects*, de Froude, y me aprendí páginas enteras de Pater y de la Biblia. Sobre todo, al mismo tiempo que hacía mucho periodismo, me obligué a escribir todos los días una o dos frases, tan cuidadosamente como me fuera posible; en ocasiones las fragmentaba en frases cortas, escribiéndolas después todas como una frase larga y estudiando los

distintos efectos; en otras, las empezaba con el comienzo lógico y después por el final. En resumen, estudié día tras día, durante algunos años, la estructura de nuestra habla inglesa.

No creo haber sacado mucho de eso. No obstante, leer a los maestros me permitió descubrir sus peculiaridades y fue, en sí mismo, una buena disciplina; y así con el tiempo aprendí que la mitad es más grande que el todo. Como decía Goethe: «*In der Beschränkung zeigt sich erst der Meister*».

No me siento inclinado a conferir mucha importancia al estilo o a la mera excelencia verbal. Una idea puede ser tan grande en arenisca como en mármol, en masilla como en bronce. Por supuesto, prefiero el mármol y el bronce a la arenisca y la masilla, pero después de todo lo principal es la idea.

Además, llegué a amar las palabras inglesas por sus revelaciones osadas, desnudas, por el calor pulsante y expresivo que hay en ellas y por sus agudos gritos de dolor; y también por la cálida retórica extraída de la infancia de la raza y la alta poesía que embalsama los sueños de futuro del hombre y el triunfo final de la belleza, la bondad y la verdad.

A menudo, las palabras poseen, para mí, vida individual y la magia evocadora de la personalidad:

> Doradas corrientes pálidas de alquimia celestial[3].

Este verso es para mí una revelación del alma de Shakespeare. Y cuando leo:

> Todo el suave lujo
> Que anidaba en sus brazos[4],

veo a Fanny Brawne redimiendo su irreflexión ante Keats con su regazo suave y lujoso.

¡Qué hermosa palabra es *month*[5]! ¡Y qué bruta, espantosa y malsonante es *logic*[6]! Qué rígida es *right*[7] y qué estúpida *honest*[8]; hay una palabra que siempre me divierte, la palabra *wanton*[9]. Los lexicógrafos ingleses no pueden determinar su origen, de modo que han sugerido que significa *want one*[10]. ¡Como si una mujer ligera quisiera alguna vez sólo uno! Difícilmente pueda encontrarse ilustración más perfecta de la estupidez de los profesores. Podría seguir para siempre. Piensen en la belleza de aquellos versos de

Keats:

> La medianoche contiene una mañana en ciernes[11].

O de los divinos versos de Shakespeare:

> Ni mi propio temor ni el profético aliento
> que al vasto mundo en sueños de futuro agita[12]

También sería preciso recordar que Hamlet exclama: «¡Oh, mi alma profética[13]!».

Creo que fui el primero en señalar que incluso Shakespeare tenía palabras favoritas, como por ejemplo *gild*[14], que usaba viniera o no al caso. Hasta el más grande de los hombres tiene un vocabulario que le es inherente y las limitaciones del discurso marcan limitaciones de memoria y mentalidad. El estilo cambia con el crecimiento del hombre. Shakespeare se deshace de su temprano eufuismo y, en la mitad de su vida, se vuelve muy fluido, intensamente articulado, alcanzando incluso la simplicidad y después, ya viejo, consigue incluir frases en una sola palabra, pensamientos profundos en un epíteto: un desarrollo verdaderamente muy notable.

No soy proclive a subestimar la magia de las palabras, y los escritores ingleses suelen ser más articulados que los americanos del mismo nivel mental. Lowell observó esto, pero no tenía explicación para ello, mientras que yo creo que la razón es que los escritores ingleses aman la poesía más que los americanos y empiezan su carrera literaria tratando de escribir versos. Esta práctica pronto da un léxico amplio y un sentido ajustadísimo del valor del epíteto colorido y del ritmo.

Algunos de mis corresponsales me han pedido que les diga cuáles son a mi juicio las mejores páginas de la prosa inglesa. Pienso que tal vez Swift sea el mejor modelo, pero difícil sería encontrar en la literatura inglesa un pasaje mejor que aquella página de Pater sobre Mona Lisa:

> La presencia que así, tan extrañamente, se alzaba junto a las aguas, es expresión de lo que, al cabo de mil años, habían llegado a desear los hombres. Suya es la cabeza sobre la cual «se reúnen los extremos del mundo», y los párpados parecen algo fatigados. Es una belleza extraída

> desde adentro y labrada sobre la carne; es el depósito, célula por célula, de extraños pensamientos, ensoñaciones fantásticas y pasiones exquisitas. Si se la colocara un momento junto a una de esas blancas diosas griegas o bellas mujeres de la antigüedad, cuánto las perturbaría esta belleza por la cual ha pasado el alma con todas sus enfermedades. Allí se han grabado y moldeado todos los pensamientos y experiencias del mundo en lo que tienen de poder para refinar y hacer expresiva la forma externa, la animalidad de Grecia, la lujuria de Roma, el misticismo de la Edad Media con su ambición espiritual y sus amores imaginarios, el regreso del mundo pagano, los pecados de los Borgia.

Casi tan bella como ésta es la página de Ruskin sobre la iglesia de Calais. Me estremezco cuando habla de

> el vasto descuido, su noble fealdad; la cuenta de sus años escrita tan visiblemente y sin embargo sin señal de debilidad o decadencia; su severa esterilidad y melancolía, mordida por los vientos del Canal y cubierta por las amargas hierbas marinas… como un viejo pescador agrisado por la tormenta que no obstante arroja diariamente sus redes.

El último capítulo del *Eclesiastés* y las palabras de Pablo sobre la Fe, la Esperanza y la Caridad, son todavía más sublimes.

Hay prosistas, como Carlyle y Heine, con un incomparable esplendor de ejecución. Seguramente, nadie ha leído nunca la primera página del último volumen de la *Revolución francesa* de Carlyle, sin quedar profundamente afectado por la experiencia. Aunque Carlyle no era tan grande como Cervantes. Sin embargo, y como digo a menudo, jamás he visto citada la mejor página de Cervantes. Está cerca del fin de la segunda parte de *Don Quijote* y fue escrita poco antes de su muerte, cuando ya había sobrepasado con mucho los sesenta años.

Una nube cubre la planicie y el Don la toma inmediatamente por una hueste que acude a combatirlo. Sancho Panza, escudero, dice que eso le huele mal y que bien puede tratarse de paganos, de modo que se apresura a ponerse a salvo sobre un árbol. Don Quijote apresta su lanza y se precipita al combate. Poco después, es arrojado al suelo y atropellado y cuando ha pasado la turba salvaje, Sancho baja del árbol, se acerca al caballero y se regocija al descubrir que no está muerto, ni siquiera mal herido. Sólo magullado y cortado y sucio.

> —¿Qué fue eso? —preguntó el Caballero—. ¡Qué terrible carga!
>
> —Lo fue, sí —dijo Sancho—, una multitud de cerdos que llevaban al mercado. Pero como no estáis seriamente herido, no tiene importancia.
>
> —Estoy herido en el alma —exclamó Don Quijote—. Salir a cumplir nobles hazañas y ser atropellado por los cerdos… es el último insulto, el desastre final. Llévame a casa. Mi lucha ha terminado[15].

¡Y así, el noble idealista acudió a su largo descanso después de haber sido arrollado por cerdos!

Con excepción de algunas frases de Jesús, y en especial de la parábola de «La mujer sorprendida en adulterio», no hay en prosa nada más grande que esta página de Cervantes.

Tal vez merezca también la pena recordar mis experiencias poéticas. En el volumen anterior ya he descrito cómo dejé de escribir poesía, pero con los años mi amor por ella se ha tornado, si cabe, más intenso.

El coronel John Hay se divertía en Londres, cuando era embajador norteamericano, escuchándome recitar su *Jim Bludso*:

> No era un santo, pero en justicia
> Estaba dispuesto a apostar por Jim,
> A diferencia de algunos píos caballeros
> Que se negaban a estrecharle la mano.
> Sentía su deber, claro y seguro,
> Y lo cumplía sin perder un momento,
> Y Cristo no va a ser demasiado severo
> Con un hombre que ha muerto por los hombres.

Pero siempre preferí a este bello poema la *Plegaria de los romanos*:

> ¡Elevamos nuestras almas hacia Ti, oh, Señor
> De la Libertad y de la Luz!
> Que los reyes de la tierra no manchen el trabajo
> Que fue hecho a pesar de ellos.
> Que Tu luz no quede empañada
> Por la sombra de una corona sórdida,
> Ni los cerdos del Piamonte devoren la fruta
> Que hiciste caer con un temblor de tierra…
>
> Que el Pueblo reciba su patrimonio

Y desaparezcan el báculo y la corona
Como fantasmas que huyen sobre los pantanos
Ante el espectáculo del límpido día blanco[16].

Este trabajo de Hay, junto con algo de Emerson y *The Prayer of Columbus* de Whitman constituyen, creo, lo mejor de la poesía norteamericana. Pero la buena poesía inglesa del siglo diecinueve es mejor todavía.

A veces me pregunto si los accidentes no son providenciales. Casi hemos echado a Dios del Universo, instalando la ley en su lugar; pero situaciones y coincidencias curiosas nos recuerdan a menudo que hay más cosas entre el cielo y la tierra de las que sueña nuestra filosofía.

En el primer volumen, he afirmado que cualquier originalidad de pensamiento que pueda poseer, se debe, en primer lugar, al hecho de que cuando era vaquero por los caminos hace cincuenta años, no tenía libros y, por la noche, junto al fuego, me veía obligado a responder al obstinado interrogatorio de mi razón y de las cosas que me rodeaban sin la ayuda de los mejores espíritus de mi tiempo. Me vi obligado a pensar porque no podía leer.

En el segundo volumen, he descrito cómo el segundo azar feliz de mi vida quiso que toda mi educación tuviera lugar en los Estados Unidos, Francia y Alemania, de modo que cuando llegué a la literatura inglesa la leí y estudié sin ideas inglesas preconcebidas. Mi libro sobre Shakespeare es resultado de esta educación extranjera; y mis opiniones sobre la literatura inglesa no están teñidas de presupuestos y prejuicios ingleses.

Todavía recuerdo vivamente la impresión que me produjo descubrir que William Rossetti ponía a Shelley por encima de Keats. Al escribir acerca de las tumbas de los dos poetas, en el cementerio protestante de Roma, menciona en primer lugar la de Keats, a la losa de mármol que cubre sus restos, con su patética inscripción: «Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua»; y entonces agrega: «Unos pasos más adelante, se llega a una tumba aún más sagrada, la tumba de Shelley, trabajado por el mundo y por las olas, el más divino de los semidioses».

—¡Asno, asno! —grité, tirando el libro al suelo en un arranque de ira.

Pero descubrí que, este juicio de Rossetti, era la opinión inglesa

común y aceptada y que tenía que controlarme y obligarme a racionalizar mi arrolladora y casi instintiva defensa de Keats. Sabía de memoria cientos de versos de Shelley, pero bastaba con leer su *Skylark* y luego el *Nightingale* de Keats, para comprender la indudable superioridad de este último. Y el *Skylark* es casi lo mejor de la obra de Shelley, mientras que Keats alcanza mayores alturas en la *Oda a una urna griega* y *La belle dame sans merci*. Durante todo un invierno pasado en Roma, me acostumbré a dejar flores sobre la tumba de Keats, todos los domingos por la mañana. La tumba de Shelley siempre estaba cubierta de flores de admiradores desconocidos.

«Keats está con Shakespeare», me dije, indignado, y el propio Shakespeare no había hecho a los veintiséis años nada que pudiera compararse con lo hecho por Keats. La mejor poesía de éste es la mejor poesía en lengua inglesa, con excepción de algún verso divino de Shakespeare.

En uno de mis primeros ensayos de crítica poética, que escribí en Inglaterra, hice esta declaración de fe y fui inmediatamente atacado por todos los sectores.

—Compartirán mi opinión —fue mi respuesta— dentro de poco tiempo.

Y dos o tres días después, mostré a mi adversario más enconado una carta de lord Tennyson en la cual decía: «Cuánto me alegro de ver por fin, en letras de molde, esta opinión que ha sido la mía durante treinta años. Keats canta desde el propio corazón de la poesía y me alegro de que lo haya dicho».

Algo más tarde, Matthew Arnold expresó la misma opinión:

> «Salvo Shakespeare, nadie, en la poesía inglesa, tiene en su forma de expresión la fascinante felicidad de Keats, su adorable perfección. “Creo, decía Keats humildemente, que después de mi muerte estaré entre los poetas ingleses”. Y con ellos está; está con Shakespeare[17]».

Pero el razonamiento de Matthew Arnold no me parece concluyente; dice:

> «No obstante su corta edad y su experiencia imperfecta, en virtud de su sensibilidad para la belleza y su percepción de la conexión vital entre belleza y verdad, Keats realizó tanto en poesía que, en una de las grandes maneras en que ésta se manifiesta —en la facultad de

interpretación naturalista, en lo que llamamos magia natural—, alcanza la misma altura que Shakespeare[18]».

Aunque Keats ha alcanzado una o dos veces la mágica interpretación de la naturaleza, que sólo puede compararse con la de Shakespeare o Blake, nadie ha observado hasta ahora que, en la variada riqueza de ritmo y en el declive de cadencias nuevas, el verso blanco de Keats, en el *Hiperión*, supera incluso los «tonos de órgano» de Milton.

Si quisiera, podría citar una docena de pasajes para probar que, al menos para mí, fue Keats, y no Shelley, el «más divino de los semidioses». Sin embargo, Inglaterra casi lo dejó morir de hambre. Pasaron treinta y siete años, después de su muerte, antes de que los poemas de Keats fueran reeditados en Inglaterra y fueron necesarios cincuenta y pico para que se le situara en el lugar que merecía, junto a Shakespeare y Blake.

Piensen en su soneto *Viendo los mármoles de Elgin*:

Mi espíritu es muy débil; la humana condición
Pesa en mí como un sueño involuntario,
Y cada cima o cuesta de divina dificultad
Imaginadas, me dicen que debo morir
Como un águila enferma, contemplando el cielo.

Y su *Oda a un ruiseñor*:

Desaparecer, disolverse y olvidar
Lo que tú, entre las hojas, nunca has conocido.
La fatiga, la fiebre y el desgaste
Aquí, donde se sientan los hombres y se escuchan gemir…

¡Tú no naciste para la muerte, pájaro inmortal!
No te ha pisoteado ninguna generación hambrienta.
La voz que escucho en esta noche efímera fue escuchada
En otros tiempos por el emperador y el bufón.
Tal vez la mismísima canción que halló un camino
Al triste corazón de Ruth cuando, enferma de nostalgia,
Lloraba entre el trigo extranjero,
La misma que muchas veces ha fascinado
Mágicas ventanas abiertas sobre la espuma
De mares peligrosos, en solitarias tierras de hadas.

Las últimas cadencias de estas líneas son las más bellas del verso inglés.

Tampoco se pueden olvidar aquellos versos de su último soneto:

> Las aguas móviles en su sacerdotal tarea
> De ablución pura en torno a las humanas playas de la tierra[19].

¿Quién se hubiera atrevido a decir en aquel entonces que este muchacho tísico, medianamente educado, había escrito un inglés más puro que el del propio Shakespeare y mejor verso blanco que el de Milton y también que, teniendo en cuenta su edad, tiene un lugar privilegiado en el Panteón de la Humanidad?

No es sorprendente que Shelley —dotado en todo sentido, bien nacido, bien criado, bien enseñado y capaz de mantener a través de las vicisitudes de la vida su divina inspiración personal— escribiera de él:

> … hasta que el futuro se atreva
> A olvidar el pasado, su destino y su nombre serán
> Resonancia y luz de eternidad[20].

Poco he dicho de Shelley, pero era un poeta divino y algunos de sus versos me acompañan siempre:

> La música, cuando se extinguen las voces suaves,
> Vibra en la memoria;
> Los olores, cuando desmayan las dulces violetas,
> Viven en los sentidos que despiertan.
>
> Las hojas de las rosas, cuando la rosa ha muerto,
> Se juntan para la cama de la amada;
> Y sobre tus pensamientos, cuando te has ido,
> Dormita el propio amor.

Keats ratificó la lección que Shakespeare fue el primero en enseñarme: que la poesía, en su nivel más alto, pertenece a la mayor altura del pensamiento, bien aligerando los pies de la humanidad en lucha, bien animando a hombres y mujeres a seguir el camino ascendente o mediante la pura belleza, colocándolos a la altura del ideal humano.

Después de Keats venían Thomson y Tennyson, sobre quienes ya

he escrito; y el siguiente en ejercer sobre mí un gran efecto fue Robert Browning. Ya he hecho una especie de retrato suyo, dedicándole varias páginas en esta *Vida* mía, pero deseo expresar una o dos cosas más.

No podía comprender por qué no era más apreciado en Inglaterra. Todo hombre o mujer cultivados conocían poemas de su esposa, la señora Barrett Browning —que ha escrito excelente poesía—; sin embargo, se suponía que Robert Browning era difícil y oscuro, aunque nunca pude descubrir en él alguna de estas características. Era uno de los espíritus más valientes y optimistas que he conocido.

Vale la pena recordar los versos de *Rabbi Ben Ezra*:

Tampoco residirá la sentencia
En la masa vulgar llamada «trabajo»,
En las cosas hechas, que atraen el ojo y tenían su precio
Sobre el cual, desde igual situación El bajo mundo colocó su mano,
Encontrándolo apropiado, valorándolo en un instante:

Pero todo, el áspero pulgar y dedo
Del mundo fallaron en sondearlo,
Así pasó al hacer la cuenta fundamental;
Los instintos inmaduros,
Los propósitos inciertos,
Que no contaban como su trabajo, pero pesaban en el haber del hombre:

Pensamientos difíciles de colocar
En un estrecho acto,
Caprichos que atravesaron el lenguaje y escaparon,
Todo lo que no pude ser
Todos, los hombres ignoraron en mí
Esto: yo era digno de Dios, cuya rueda modeló el cántaro.

Browning me habló, a menudo, de la manera en que había sido desatendido y su obra mal interpretada, pero siempre con una especie de jovialidad, como si no importara. Recuerdo una historia que solía contar. Parece que John Stuart Mili leyó un trabajo suyo temprano, creo que era *Campanas y granadas*, y le escribió preguntándole si le gustaría que él le hiciera una crítica en
«Tait's

Magazine», que era por entonces la principal publicación literaria. Por supuesto, Browning dijo que estaba encantado y muy agradecido.

Entonces, Mili, escribió al director y éste contestó que por supuesto se sentiría muy honrado de aceptar cualquier cosa salida de la pluma de Stuart Mili, pero no una crítica de *Campanas y granadas*, porque ya se había hecho en un número anterior. Ante lo cual Browning pidió ese número y descubrió que la mencionada crítica era corta, y nada agradable:

> «*Campanas y granadas*, por Robert Browning: Disparates».

—Como verá, dependía de algo así como un mero accidente —decía Browning—. Dependía de si el trabajo de un escritor nuevo y casi desconocido recibía una crítica elogiosa de parte del primer crítico literario y filosófico de su tiempo (una crítica que le hubiera prestado una enorme ayuda en el momento en que más la necesitaba), o de si sólo recibía un epíteto insolente de un don nadie. Considero —agregaba— que esta «crítica» retrasó el reconocimiento de mi obra por lo menos durante veinte años.

Hay en la vida muchas cosas que desespero de comprender algún día, pero las veleidades de la popularidad están para mí entre los más incomprensibles misterios. Como ya he dicho en otra parte, si me hubieran preguntado cuál era el artista que más posibilidades tenía de ser popular en Inglaterra, donde el amor por la belleza es casi una religión, hubiera dicho Whistler, que jamás hizo nada que no tuviera un toque de belleza, que era devoto de la belleza, más incluso que de lo sublime. Pues no: durante veinte años, los ingleses se burlaron de él y no quisieron aceptarlo. Y fue Ruskin, que era claramente honesto y que tenía el mismo entusiasmo por la belleza, quien le hizo a Whistler el mayor daño.

De la misma manera, si me hubieran preguntado de antemano el poeta que, en mi opinión, atraería más a los ingleses con su varonil coraje y su visión optimista de la vida, hubiera dicho que Robert Browning. ¡Y Robert Browning pasó por la vida como un desconocido, casi hasta el final! Creo que fue Meredith quien escribió sobre

> Una canción seráficamente libre

De la sospecha de personalidad[21].

Pero era precisamente el inevitable toque de personalidad lo que me hacía querido a Robert Browning.

Fue a comienzos de la década de los noventa cuando encontré unos versos que me iniciaron en una nueva búsqueda:

Ver un mundo en un grano de arena,
Y un cielo en una flor silvestre;
Tener el infinito en la palma de la mano
Y la eternidad en una hora[22].

Estaba tan conmovido que tuve que conseguirme de inmediato a Blake y sencillamente le devoré. Durante meses, fastidié a todo el mundo recitando versos suyos y declarando que había sido el mejor espíritu nacido en Inglaterra desde la muerte de Shakespeare.

Su *Jardín del amor* me atraía intensamente:

Fui al Jardín del Amor
Y vi lo que nunca había visto:
Una Capilla habían construido en el centro,
Donde yo solía jugar en la hierba.

Y las puertas de esta Capilla estaban cerradas
Y «No lo harás» escrito sobre la puerta;
De modo que me volví hacia el Jardín del Amor
Que tantas dulces flores tenía.

Y vi que estaba lleno de tumbas
Y monumentos en el lugar de las flores;
Y que sacerdotes en trajes negros hacían sus rondas,
Liando con zarzas mis alegrías y deseos.

Ya he citado docenas de versos de Blake en mis libros. Una y otra vez da expresión al propio espíritu de Jesús, y suyos son los más grandes versos de magia natural de la poesía inglesa.

… Dejemos que el viento del oeste duerma
Sobre el lago. Habla silencio con tus ojos brillantes
Y lava el atardecer con plata[23].

Sus mejores versos siempre me producen la sensación de que

nacerán en el mundo hombres más grandes que cualesquiera de los que conocemos hoy.

Como escribió el propio Blake, sus palabras más profundas

> … permanecerán
> Hasta que se hayan ido los cielos y la tierra.
>
> Por encima de las afligidas fuentes del Tiempo,
> Sobre las grandes montañas del Atlántico,
> En mi dorada casa en lo alto,
> Brillarán eternamente[24].

Hablando una vez con Oscar Wilde y otro amigo, surgió el tema de las bellezas no descubiertas de la gran poesía.

—Eso es lo mejor de ganarse una excelente reputación —dijo Oscar—. Seguro que todos conocen lo que has hecho bien.

—No estoy de acuerdo —objeté—. Las mejores cosas son desconocidas, aun en Shakespeare.

—¡Vamos, vamos! —dijo Oscar riendo—. Una paradoja exagerada —afirmó.

—Has leído los sonetos —continúe—. Bueno, estoy seguro de que no conoces el verso más bello.

—Tonterías —exclamó, impaciente—, todo el mundo conoce los mejores versos de Shakespeare. Porque Wordsworth los ha estudiado todos, señalando los mejores, y después de eso no hay cosecha posible.

—No creo que Wordsworth por sí mismo pudiera ver el mejor —respondí—. Vuestros moralistas ingleses como Wordsworth y Milton tienen sus defectos.

—No en poesía —insistió Oscar—. Pero ¿cuál es tu verso?

—Mi verso —dije— es mejor que cualquiera de Sófocles, más puramente griego y, por extraño que parezca, es un elogio a la belleza y es simplemente divino; «belleza», dice Shakespeare, «cuya acción no es más poderosa que una flor».

—¡Realmente divino! —exclamó Oscar—. ¿Pero de dónde es?

Recité el soneto. Estaba obviamente sorprendido por haber pasado por alto esa joya, porque dijo:

—Mañana te diré si Wordsworth olvidó o no el soneto. Estoy seguro de que su misma simplicidad le hubiera llamado la atención.

Al día siguiente vino a verme, riendo.

—Frank, es sorprendente, pero tenías razón. Wordsworth cita el siguiente soneto, el 66, pero omite el 65. ¡Es increíble!

—Era de prever —insistí—. Sabía que se perdería lo mejor, porque en las obras de Shakespeare los milagros de sabiduría e intuición son invariablemente atribuidos por los eruditos a alguna otra mano. Algún colaborador inferior ha tocado el cénit que Shakespeare no pudo alcanzar. Al menos, esa es mi experiencia.

—Realmente, debes escribir tu libro sobre Shakespeare —dijo seriamente Oscar—. Te hará mucho bien. Imaginen un vaquero del oeste —rió, deleitado— enseñando a Oxford cómo descubrir nuevas bellezas en Shakespeare. Hará tu reputación en Inglaterra —agregó.

—En un tiempo lo creí así —contesté—, pero ahora lo dudo. Swinburne descubrió a Blake para los ingleses, pero nadie lo lee y James Thomson sigue siendo un desconocido. No, lleva tiempo y más de una generación separar a los justos de los pecadores.

—Bueno, Frank, los pecadores son más divertidos, ¿eh? Hay otro soneto de Shakespeare que tiene la misma calidad de inspiración. Un soneto personal:

> En mí contemplas ese mes en que de oro
> las hojas, o ninguna, o pocas, pendulean
> de ramas que tiritan con el frío, coro
> ruinoso en que tardíos pájaros gorjean[25].

También aquí me complace íntimamente el arte profundo del verso. Verso tras verso de simples yámbicos y, después, la disonancia del último verso que hace armoniosa la melodía antes de retomar la música.

Por supuesto, hay otros grandes sonetos en inglés, por ejemplo, el soneto sobre *Toussaint l’ouverture* de Wordsworth, que tiene el más bello sexteto que pueda pedirse:

> Tú has dejado detrás
> Poderes que trabajarán por ti: aire, tierra y cielos,
> No hay un aliento del viento común
> Que vaya a olvidarte. Tienes grandes aliados,
> Tus amigos son exaltaciones, agonías,
> Y amor y la inconquistable mente del hombre.

Y, a menudo, pienso que el sexteto del soneto de lord Alfred Douglas sobre su muerte, es digno de compararse con este:

> Porque en el humo del último holocausto
> Cuando lo que es eterno aspira y tiende aún
> A las regiones de imperfecto aire,
> ¿Adónde seremos arrojados, alma mía indefensa?
> ¿A qué desastre de Desesperación maligna
> O de terror de extremos insondables[26]?

Ese «terror de extremos insondables» es tan sublime como cualquier cosa de Dante.

Pero no puedo decir que me guste el soneto inglés. En Italia es fácil, porque el italiano está lleno de rimas, pero el inglés es pobre en rimas y un soneto perfecto en inglés es, en mi opinión, algo casi imposible. No obstante, en su mejor expresión es como una fuga de Bach, algo más allá de toda alabanza, como sucede con dos o tres sonetos de Shakespeare, dos o tres de Wordsworth y un par de sonetos de Keats.

Cuando comencé a escribir sobre Shakespeare en la «Saturday Review», Theodore Watts, el amigo y compañero de casa de Swinburne, crítico del «Athenaeum», se sintió muy interesado y me escribió. Nos vimos varias veces y estaba francamente sorprendido de que me interesara tanto la poesía. Evidentemente, siempre había pensado que yo era un norteamericano que apenas podía enfrentarse con esas cosas.

Una noche, en el Café Royal, le tenté con un raro Musigny, suave al paladar como terciopelo y de exquisito *bouquet*. Esto desató la lengua de la «pequeña morsa enferma», como acostumbraba a llamarle para mis adentros y para diversión de algunos jóvenes chuscos, y comenzó a hincharse en su autoelogio.

—Los sonetos de Shakespeare no son verdaderos sonetos —insistió—. Ni conocía la verdadera forma del soneto y, tal vez, ni siquiera le importaba. Pero Rossetti sí y yo también. ¿Conoce el soneto que escribí sobre…?

—No —contesté—. ¿Querría recitarlo? —añadí cortésmente.

—Lo haré si puedo recordarlo —replicó y, en seguida, comenzó a recitar versos que eran bastante buenos técnicamente, pero que carecían de inspiración o toque de belleza. Escuché pacientemente y

cuando terminó asentí con la cabeza, como si estuviera perdido en una admiración silenciosa, cuando la verdad es que detesto inventar mentiras elogiosas sobre cosas tan altas. Aparentemente, Watts percibió mi frialdad y quedó molesto, porque finalmente se armó de coraje y dijo solemnemente:

—Rossetti decía que era el más perfecto soneto de la lengua inglesa.

—¿De veras? —exclamé, sorprendido más allá de toda posible cortesía, porque conocía la inteligencia de Rossetti y su reverencia por el trabajo bien hecho, y este juicio me chocó.

Watts repitió la frase, asintiendo al mismo tiempo como un mandarín.

Mientras hablaba, se me ocurrió que posiblemente Rossetti habría dicho: «El más perfecto soneto», queriendo significar simplemente en forma de verso y deseando por encima de todo elogiar a una criatura cordial, zalamera, pero vulgar. Y una vez metido en este camino de desprecio, se me ocurrió de pronto una idea que, aunque era terriblemente ofensiva, pensé que Watts, que estaba demasiado intoxicado, no notaría, de modo que resolví decirla.

Todo el mundo sabe que Theodore Watts era abogado y trabajó como tal durante bastantes años antes de dedicarse a la literatura. Ahora bien, los honorarios acostumbrados para un procurador o abogado en Inglaterra son de seis chelines y ocho peniques.

—Oh, ya sé qué quiso decir Rossetti —exclamé.

—¿Qué? —preguntó Watts.

—Bueno, usted estaba seguro, ¿no es cierto?, de hacer perfecta la forma[27] —pregunté.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —repliqué— que ya había tenido mucha práctica con seises y ochos[28].

Me miró y bufó despreciativamente. Realmente, temí que fuera a llorar y me sentí algo avergonzado. Poco después nos separamos. Creo que fue el final de nuestro intento por trabar relaciones amistosas. A partir de entonces, cuando nos encontrábamos nos saludábamos con una simple inclinación y eso era todo. Que la morsa enferma pensara en compararse con el más grande poeta del mundo me parecía peor que absurdo. Me recordaba los versos de

Shakespeare:

> … Estos actores nuestros,
> Como ya he dicho, eran espíritus y
> Se han disuelto en el aire, en el aire delgado;
> Y. como la infundada fábrica de esta visión,
> Las torres entre nubes, los palacios espléndidos,
> Los templos solemnes, el propio globo inmenso,
> Sí, todo lo que hereda, se disolverá
> Y como este desvanecido desfile insustancial
> No dejará rastros. Somos de la materia
> De la que se hacen los sueños, y nuestra pequeña vida
> Se redondea en un sueño. Señor, estoy afligido,
> Soportad mi debilidad; mi viejo cerebro está perturbado,
> Que mi flaqueza no os disturbe.
> Tened a bien retiraros a mi celda
> Y reposar en ella; yo daré una o dos vueltas
> Para aquietar mi agitada mente[29].

«Mi agitada mente»: la frase más expresiva de todo Shakespeare.

También Goethe alcanzó las más sublimes alturas poéticas en la plegaria de Gretchen a la *madonna*:

> *Ach neige,*
> *Du Schmerzenreiche,*
> *Dein Antlitz gnadig meiner Not!*
>
> *Das Schwert im Herzen,*
> *Mit tausend Schmerzen*
> *Blickst auf zu deines Sohnes Tod.*
>
> *Wer fühlet,*
> *Wie wühlet*
> *Der Schmerz mir im Gebeinf*
> *Was mein armes Herz hier banget,*
> *Was es zittert, was verlanget,*
> *Weisst nur du, nur du allein!*
>
> *Ich bin, ach! Kaum alleine,*
> *Ich wein, ich wein, ich weine,*
> *Das Herz zerbricht in mir.*
> *Wohin ich immer gehe*
> *Wie weh, wie weh, wie wehe*

Wird mir im Busen hier[30]*!*

Después de esto, siento deseos de citar aquí el poema inglés más antiguo del que tengo conocimiento, que es realmente hermoso:

Qué si el Arte es lento.
Dejadlo crecer dulcemente
Como crece la tierna hierba,
Bajo la llovizna de Dios.
Pero de gritos, luchas, llantos,
    clamores y batallas
Nada surge salvo polvo en el aire,
Sobre la llanura.

En 1914, cuando empezó la guerra mundial, me fui a Nueva York decidido a llegar a China y Japón y pasar allí tres o cuatro años estudiando las lenguas, artes y literaturas de esos países. Por razones personales, no lo hice, y así mi vida ha quedado truncada y el trabajo que me había propuesto y había pensado fuera perfecto, deberá ser terminado por alguna otra persona. Por lo tanto, termino con las palabras de Browning en *Andrea Del Sarto*:

Y así nosotros, medios hombres, luchamos.

Esto siempre se alía en mi memoria con el final de ese gran poema:

… ¿Y qué tendríamos?
En el cielo, tal vez, nuevas oportunidades, una más,
Cuatro altos muros en la nueva Jerusalén,
Medidas a cada lado con la vara del ángel,
Para Leonardo, Rafael, Agnolo y yo
Para protegernos —los tres primeros no tienen mujer,
¡Mientras que yo tengo la mía! Y sin embargo, ellos vencen
Porque siempre queda Lucrecia—, como yo decidiera.

«¡Otra vez el silbo del Primo! Ve, mi amor[31]».

La «Saturday Review»

Hasta ahora, poco he dicho acerca de mi posición económica. Ahora debo remediar esta omisión. Desde el momento en que me hice cargo del «Evening News», a comienzos de los ochenta, había tomado contacto con el mundo financiero de Londres. No sólo conocía a los directores de los periódicos financieros, sino que era amigo de los dueños de ambos: Macrae del «Financial Times» y Harry Marks del «Financial News», y gracias a mi conocimiento de Sudáfrica y mi simpatía por su pueblo, había trabado relaciones estrechas con bastantes financieros sudafricanos.

Conocía a Cecil Rhodes desde la Conferencia Colonial del 87, como ya he relatado, y gracias a él conocí a Alfred Beit, quien algo más tarde, por el éxito de las minas de oro de Johannesburgo, se transformó en uno de los más importantes financieros del mundo. Más o menos en la misma época, trabé conocimiento con Albert Ochs, cerebro de la famosa empresa compradora de diamantes de Hatton Gardens. Tenía un hermano, James Ochs, que dirigía el negocio de París, y otro hermano menor no tan importante. Pero Albert Ochs era, en muchos sentidos, muy parecido a Beit: un talento financiero de primer orden. Había heredado aproximadamente medio millón de su padre en el comercio de diamantes. Compró una participación en ciertas minas de oro de Johannesburgo, y de ese modo entró en el campo más amplio de las finanzas internacionales.

Pronto nos hicimos grandes amigos. Realmente, me gustaba Albert Ochs y confiaba en él. Más de una vez había hecho dinero con él, consiguiendo artículos a favor de sus empresas en toda clase de periódicos. Más tarde, procuré una y otra vez ponerlo en contacto con Beit y Rhodes, cosa que él deseaba muchísimo, pero esa es una historia que contaré después.

A Beit parecía disgustarle Ochs, y un día me contó una divertida historia para explicarme sus reservas para con él.

Según parece, Beit y Wernher acostumbraban a almorzar juntos

en el restaurante Holborn, y un día Beit observó que el viejo Ochs, el padre de Albert, se había sentado en la mesa contigua y parecía estar escuchando atentamente la conversación que se desarrollaba entre él y Wernher. Por aquella época, Beit y Wernher también eran tratantes en diamantes en Hatton Gardens. De hecho, con el tiempo y gracias a la ayuda de Rhodes, se hicieron dueños de todo el negocio de Kimberley, eliminando a los competidores, incluido Ochs.

Cuando Wernher salió, el viejo Ochs se inclinó cortesmente y preguntó a Beit:

—¿Le importaría que me sentara con usted? Estoy solo.

—Me voy pronto —contestó Beit—, pero si lo desea, siéntese.

Ochs se acercó y tomó el asiento dejado vacante por Wernher. Beit habló con él, preguntándose qué querría.

De pronto, Ochs dijo:

—¿Va a regresar el señor Wernher?

—No, no lo creo —contestó Beit—. Ha tenido que irse por un asunto personal.

—Oh —dijo Ochs—, ¿puedo entonces comer algunas de las patatas que ha dejado?

Y tan pronto como Beit dijo «sí», ensartó con su tenedor una o dos de las patatas frías y empezó a comerlas.

—Entonces comprendí —dijo Beit— que no se había acercado por la esperanza de sorprender algún secreto, sino simplemente para hacer una pequeña economía, al estilo de los millonarios.

Creo que fue esta historia la que me sugirió mi refrán «Los medios y la mezquindad van juntos[32]». Algo más tarde, encontré esa misma característica, igualmente bien desarrollada, en Alfred Beit, como tal vez relate a su debido tiempo.

Mi amistad con Albert Ochs y Beit me permitió conocer bastante bien el mundo de las finanzas y supe que tan pronto como pudiera hacerles una proposición interesante, me facilitarían el dinero para comprar un periódico.

Un día, en Londres, escuché por casualidad que la «Saturday Review» acababa de ser vendida al yerno del hombre que creó Stephen's Ink. Años antes, yo había andado detrás de la «Saturday» y el propio señor Beresford Hope me aseguró que, si alguna vez se hablaba de

su venta, yo tendría la primera opción. Ahora, algunos años después de su muerte, descubrí que había sido vendida por sus hijos por unas miserables mil libras. Fui de inmediato a la oficina y vi al dueño, Lewis Edmunds, Q. C., quien sabía tanto de literatura como de rascacielos. Me dijo que el periódico no estaba en venta, pero que estaba dispuesto a considerar una oferta. Cogí la ocasión por los pelos.

—Muy bien —dije, le daré una libra por cada lector de la «Saturday Review», tomando como patrón la media de lectores de las últimas tres semanas. Le pagaré el diez por ciento ahora y el resto en una quincena.

—¿Aceptará nuestras cifras de venta? —preguntó.

—Por supuesto —contesté.

Entonces agitó una campanilla y ordenó que se presentara el viejo tenedor de libros, para que diera el promedio de ventas. Diez minutos después teníamos las cifras. La venta promedio era de 5600 ejemplares. Le di de inmediato mi cheque por quinientas sesenta libras y prometí pagar el resto dentro de la quincena siguiente contra su compromiso escrito de entregarme el periódico, y salí de la oficina como probable dueño de la «Saturday Review».

Cuando pensé las cosas con calma, comprendí que posiblemente no tenía en el banco más de quinientas libras, de modo que salí a buscar dinero extra. Visité a un amigo tras otro y fracasé: A. no estaba; B. se había ido de vacaciones; C. tenía que consultarlo con su esposa; pero finalmente, ya tarde, encontré a Brandon Thomas, actor y autor de teatro, y le expliqué por qué había ido a verlo.

—Le prestaré mil libras con la condición de tener una participación de la sexta parte en la aventura —dijo.

Se lo prometí y un par de años después ganó cinco mil libras por su participación.

La compra de la «Saturday Review» mejoró mi situación en todo sentido. De la misma manera en que todos habían pensado que mi paso del «Evening News» a la «Fortnightly Review» había sido una mejora para mí, así también fue considerado mi cambio de la «Fortnightly Review» a la compra de la «Saturday Review». La pérdida de la «Fortnightly Review» me hizo un gran bien. Me llevó a decidir que dirigiría la «Saturday Review» tan bien como pudiera. De modo que me dispuse a planificar el mejor semanario posible a

mi alcance. En primer lugar, el *staff* tenía que ser mejor que el mejor que hubiera habido hasta entonces.

Pensé que tenía menos prejuicios que la mayor parte de los hombres y una mejor comprensión de la grandeza que cualquier editor de Londres, de modo que me puse a buscar los mejores. Había prometido el puesto de crítico musical y asistente mío a mi amigo Runciman. El primer hombre a quien escribí fue George Bernard Shaw. En ese momento estaba escribiendo artículos musicales en el «World», por cuatro libras a la semana. Le escribí, diciéndole que la música no era el fuerte de un hombre que había escrito *Hovses Widower's*, y le rogaba que viniera a la «Saturday Review» a escribir artículos teatrales, porque era un dramaturgo nato, ofreciéndole por ello el doble de dinero.

En Shaw tenía al más capaz de los lugartenientes posibles, aunque, con sus opiniones comunistas, era una persona singular para poner en ese puesto, en un periódico conservador como la «Saturday Review». Después, le pedí a H. G. Wells que se ocupara de la crítica de novelas y cuando también él aceptó, sentí que había hecho un progreso real.

Finalmente, conseguí para la crítica de arte a D. S. McColl, que después llegó a ser director de la Tate Gallery. Creo que McColl fue una de las primeras personas en Inglaterra que comprendió a Cézanne, Monet y Manet; y creo que fue de sus labios que escuché por primera vez el nombre de Gauguin mencionado con inteligente comprensión. Durante los cuatro años siguientes se esforzó, desde la «Saturday», por explicar al público inglés el desarrollo del arte francés que, desde entonces, ha dado la nota en el mundo.

Como experto en ciencias elegí al doctor Chalmer Mitchell, quien según creo es ahora director de la Sociedad Zoológica. Baste decir que Chalmers Mitchell merecía ese puesto o cualquier otro, porque no sólo era un estudioso de gran capacidad, sino que escribía deliciosamente bien. Siempre pensé en él como en un Huxley más joven; sin embargo, Huxley vive en la historia de la ciencia y no estoy seguro de que Chalmers Mitchell haya hecho nada que le procure la inmortalidad. Pero indudablemente era, en mi época, uno de los más notables colaboradores de la «Saturday

Review», además de ser una persona encantadora, agradable, con una capacidad crítica muy desarrollada. Chalmers Mitchell tenía una altura superior a la media y un cuerpo delgado y fuerte, además de un bello rostro expresivo. Era una personalidad notable.

Algo más tarde conseguí a Cunninghame Graham. Le he dejado para el final porque siempre he pensado que era un *amateur* del genio. Era guapo en un estilo pintoresco y siempre iba muy bien vestido. Llegué a creer que lo que le impedía ser un gran escritor eran sus privilegios físicos y su riqueza. Ha escrito uno o dos de los mejores cuentos ingleses cortos, sobre todo *Un Monsieur*, y, sin duda, sus descripciones de sus viajes por la Argentina y otros lugares están entre los mejores del género.

Lo que había que hacer luego era estructurar una política. La «Saturday Review» la habían llamado en otros tiempos «Saturday Reviler»[33] y era notoria por su crítica, muy venenosa, a todas las causas perdidas y nuevas. Desde el comienzo dije a mis colaboradores que deseaba cambiar radicalmente esta característica. Deseaba que la «Saturday Review» se hiciera famosa como descubridora de estrellas y no de fallos y, de inmediato, me negué a conceder prestigio y lugar a artículos de crítica meramente negativa, aunque también son necesarios cuando se trata con mediocridades infladas.

Un ejemplo que vale por cincuenta: un día encontré un libro de un autor novel, *La locura de Almayer*, de Joseph Conrad. Nunca había visto el nombre antes, pero una mirada a la primera página me dijo que el hombre era un escritor. Más o menos por la misma época, vino a verme un tal señor Low (un hermano de Sydney Low), escritor muy capaz. Le di el libro y dije:

—Parece una cosa buena.

Se lo llevó y pocos días después me envió una crítica virulenta. Conseguí otro ejemplar del libro y lo leí. Después de leerlo, devolví su crítica a Low, diciéndole que era totalmente errónea. Joseph Conrad era un buen escritor y un autor nuevo debía ser elogiado y no condenado en la medida en que, como él, estaba por encima de lo ordinario.

Entonces le envié el libro a H. G. Wells.

Una o dos semanas después, Wells entró tempestuosamente en mi oficina.

—¡Qué libro!, —exclamó, arrojándolo sobre la mesa—. Muchísimas gracias por enviármelo. Este tipo de cosa hace agradable la tarea del crítico, pero me temo que pensará que mi crítica es demasiado larga y elogiosa. He escrito páginas sobre Conrad, en lugar de columnas, y lo he puesto por las nubes. ¿Podrá soportarlo?

—¡De primera! —dije—. Esto es precisamente lo que esperaba de usted. Envié el libro a un hombre que lo destruyó. Después de todo, un gran crítico debe ir en busca de estrellas, no de fracasos.

Por una u otra razón, no conocí a Conrad hasta el otoño de 1910, quince años después. Hablando un día con Austin Harrison, de la «English Review», surgió el nombre de Conrad y yo pregunté:

—¿Qué aspecto tiene? ¿De qué edad? ¿Tiene acento extranjero? ¿Es una gran personalidad? —y una serie de preguntas por el estilo.

Harrison afirmó que Conrad me conocía, siempre hablaba cálidamente de mí, y terminó por proponer que fuéramos en coche a su chalet de Kent.

Lo hicimos el domingo siguiente.

Conrad nos recibió muy cordialmente y se apresuró a afirmar que la crítica en la «Saturday Review» le había valido una reputación. Partiendo de su fotografía, yo pensaba que su frente era alta y amplia, pero más bien era baja y estrecha. Su altura era algo mayor que la media y tenía más apariencia de estudiante que de capitán de barco. Tanto él como su esposa eran gente sencilla, hospitalaria, sin la menor traza de afectación. Pero la presencia de Harrison impidió toda conversación más o menos íntima; lo más cerca que estuve de Conrad fue cuando le pregunté por su reciente libro: *El espejo del mar*. Insistió en que yo debía enviarle mi último libro como intercambio; y bajo la dedicatoria escribió los versos primero y último del magnífico poema de Baudelaire en que compara al hombre con el mar. Repitió en alta voz el último verso:

O lutteurs éternels, o frères implacables[34].

con una nota de amarga tristeza que me pareció típica de su carácter. Observé que su francés era perfecto.

Desde entonces he leído la mayor parte de los libros de Conrad, pero nunca lo he considerado tan grande como Wells.

¡Qué tripulación de talento reunidos en un periódico antes de

que fueran apreciados en otra parte! Wells y Shaw, Chalmers Mitchell, D. S. McColl y Cunninghame Graham. Creo que era el mejor *staff* que jamás haya tenido algún semanario del mundo. Y eso en un periódico que, cuando lo tomé a mi cargo, estaba prácticamente en bancarrota. Sin embargo, estos hombres estuvieron conmigo durante los tres o cuatro años de mi dirección.

Wells me impresionaba como uno de los mejores cerebros que había encontrado en Inglaterra en muchos años: un cuerpo apuesto y una cabeza hermosa. Había esperado de él cosas extraordinarias, pero aparentemente la Gran Guerra lo ha sacudido y su último intento por escribir una historia natural de la tierra me ha dejado frío. Una historia de la humanidad desde el comienzo hasta nuestros días en la que ni siquiera se menciona a Shakespeare y en la cual se despacha en una página a Jesús, es algo que me escandaliza. Y sin embargo, como decía Browning

> «Así luchamos nosotros, medios-hombres».

Es difícil mencionar al Wells de ese momento sin hablar de Bernard Shaw. Yo conocía a Shaw desde antes de hacerme cargo de la «Fortnightly». Le había oído hablar en el East End y su comunismo me había parecido superficial, porque dejaba fuera al individualismo, que es una fuerza por lo menos tan importante como la otra. Pero, cuando conseguí que trabajara para mí como crítico teatral en la «Saturday», lo veía casi todas las semanas. Vi en seguida que era inteligente; de hecho, uno de los hombres más inteligentes de su tiempo. Pero de una u otra manera, su cuerpo extremadamente delgado y su vegetarianismo lo definieron para mí.

También sus obras están llenas de Shaw. En cada obra, adopta una docena de nombres distintos, pero los personajes son siempre Shaw. La suya es una inteligencia aguda que se deleita en el raciocinio y la discusión, pero nunca actúa en profundidad y rara vez alcanza una creación de algún valor. Cuando pienso en Bernard Shaw, siempre recuerdo la hermosa frase de Vauvenargues: «Todo gran pensamiento proviene del corazón». Todos los pensamientos de Shaw salen de su cabeza.

El otro día me divertí mucho con una crítica de Shaw hecha por un tal señor James Agate que es, creo, el crítico teatral del «Sunday Times». Afirma que el señor Shaw es incapaz de crear un ser

humano. «Todas las creaciones de Shaw —dice—, son como marcianos o selenitas u otras criaturas fantásticas con enormes cerebros y sin cuerpos y, en consecuencia, sin apetitos». Sin embargo, continúa diciendo que «hay más cerebro en una sola obra de Shaw que en toda la producción de Shakespeare». Para mí esto es peor que una fantástica estupidez. Pero recuerdo que hace muchos años Shaw me dijo —y lo ha escrito en alguna parte— que lo humillaba comparar su cerebro con el de Shakespeare. Yo le dije rotundamente que podía darle una docena de ejemplos en los que Shakespeare había puesto más inteligencia en dos o tres versos que la que podía encontrarse en todo su trabajo. Me desafió a que le diese un ejemplo y se lo di: la Cleopatra de Shakespeare está con Antonio en Egipto y éste va a encontrarse con César. Cleopatra siente, instintivamente, que nadie puede luchar con éxito contra César. Temiendo el poder de César, huye de Actium. Pero cuando termina el día, Antonio regresa triunfal y dice que ha hecho retroceder a César hasta su campamento. Y le dice:

… lánzate sobre mi pecho
Con todo tu atavío y como prueba de apego a mi corazón
¡Cabalga allí el triunfo de sus latidos!

Y su respuesta es:

¡Señor de señores!
Oh, virtud infinita, ¿sonriendo regresas
A salvo de la mayor trampa del mundo[35]?

Ella sabe que a pesar de su belleza y su inteligencia y su posición como reina, ha sido cogida en la mayor trampa del mundo. Sabe que requeriría «infinita virtud» salir victorioso; y todo esto se incluye en un par de versos. Shaw no quiso admitir la extraordinaria calidad del pasaje.

Para mí nada hay más evidente que el hecho de que el más alto esfuerzo mental es el que corresponde a la inteligencia creativa. Los mejores cerebros del mundo son los que han creado nuevas figuras universales:

Formas más vivas que el hombre viviente,
    Niños de la Inmortalidad[36].

Shakespeare nos ha dado Hamlet y Cleopatra y, mejor aún, Falstaff; Goethe, Mefistófeles y lo que es mejor, Gretchen; Cervantes, Don Quijote y Sancho Panza; y Turgueniev, Bazarof. Nadie puede compararse a estos pocos creadores de figuras genéricas eternas.

Sin embargo, es injusto decir que Shaw no ha creado ningún personaje: se ha retratado a sí mismo en veinte personajes como un hombre de ingenio agudo que ve las cosas sobre todo desde el punto de vista grotesco porque no está a sí mismo dotado en su cuerpo o su corazón. Alguien ha dicho que «para el corazón, la vida es una tragedia y para el cerebro, una comedia». Por lo general, Shaw la ve como una comedia, pero para mí su *Cleopatra* tiene peso y los personajes de *Cándida* son algo más que reproducciones de su personalidad. Pero comparar sus facultades mentales con las de los grandes, es sencillamente tonto, No ha hecho nada comparable a lo mejor de Swift, por no hablar de Shakespeare.

En mi retrato de Shaw he hablado con cierta extensión de su amabilidad para conmigo. Deseo agregar aquí que también en América, cuando le pedí que escribiera para mi revista «Pearson's» en Nueva York y le rogué que me dijera cuánto debía pagarle, me escribió diciéndome que Hearst le pagaba cinco mil dólares por lo que escribía, pero que le bastaba con saber que yo deseaba que escribiera para mí para continuar haciéndolo, porque le había hecho un gran bien al ofrecerle el prestigio de un lugar en la «Saturday Review».

El otro día le dijo a un amigo mío que nunca había sentido reverencia por nadie. Esto me divirtió mucho, porque es un rasgo característico suyo. Cómo podría sentir reverencia por nadie, si la única persona que realmente conoce es Shaw; sin embargo, es un periodista admirable y de muchas maneras un hombre bueno y gentil, y disfruté de mi relación con él en la «Saturday».

¡Qué bueno es cualquier poder real! Algunas de las frases de Shaw me han deleitado. A comienzos de la guerra, cuando casi todo el mundo había perdido la cabeza, Shaw habló de «el *bulldog* inglés disfrazado de ángel de la paz»; y más tarde habló del «norteamericano ciento por ciento que es en un noventa y nueve por ciento un idiota de pueblo». ¡Idiota de pueblo! Hubiera podido

besarlo por su frase.

Veo que en su setenta y cinco aniversario, la «Saturday Review» ha publicado una lista de sus directores y colaboradores. De mi *staff*, ha dejado fuera a Wells, a Chalmers Mitchell y D. S. McColl y ha tenido la impudicia grotesca de poner a un pequeño judío, llamado Baumann, a escribir sobre mí como editor. Naturalmente, Baumann comienza diciendo que yo le había rogado que escribiera para «Saturday Review», lo cual no es cierto. Un amigo mutuo, lord Grimthorpe, me pidió que ayudara al hombrecillo y creo que le acepté uno o dos artículos, pero jamás estuvo en mi equipo y jamás fue capaz de ponerse a la altura necesaria.

¡No hay mejor prueba de grandeza que la antipatía y la calumnia de los mediocres!

Al comienzo, la «Saturday Review», tal como la había remodelado, encontró mucha oposición. Montones de gentes entrometidas me escribieron condenando a Bernard Shaw como un socialista analfabeto y a Wells como una especie de Julio Verne. Pero la circulación empezó a aumentar en seguida y me alegré porque pronto tuve problemas con la Oxford University Press.

Habían publicado un libro y el profesor Churton Collins me trajo una crítica en la cual señalaba que en ese libro, publicado por la University Press, había unos trescientos errores graves. Publiqué la crítica y de inmediato se armó una horrible trifulca. La revelación resultó escandalosa. La University Press escribió secamente para decir que deseaban retirar sus anuncios. Habían comprado espacio en la «Saturday Review» con tres años de anticipación y, por supuesto, pagaban su cuenta regularmente al terminar cada año. Escribí a la University Press diciéndoleses que si les importaba en algo la verdad, hubieran debido escribir dando las gracias al crítico, pero que, ya que querían enrolarse en los ejércitos de la oscuridad y la ignorancia, les permitiría retirar sus anuncios, cosa que hicieron de inmediato.

Poco después, recibí una nota de
Longman's
quejándose del comentario de un libro griego que habían publicado. La reseña había sido escrita por la primera autoridad de Inglaterra, sir Richard Jebb.
Longman's

escribía que sin duda había sido hecha por algún ignorante y que de la misma manera que la Oxford University Press había cortado relaciones con la «Saturday Review», la casa
Longman's
también deseaba retirar sus anuncios del semanario.

Yo había quedado estupefacto ante la impudicia de la Oxford, pero al recibir también una carta de
Longman's,
fui a verlo. Le conocía a través de Froude, quien le tenía en alta estima. Por lo tanto, fui a ver a Charles Longman, que me dijo que estaba seguro de que la reseña había sido escrita por una persona incapaz y envidiosa. Yo había obtenido el permiso del profesor Jebb para mencionar su nombro, de modo que finalmente dije a Longman, en confianza, el nombre del crítico, y nos separamos con todas las apariencias de una buena amistad. Longman dijo que reconsideraría el asunto. Una semana más tarde, escribió diciéndome que yo había cambiado por completo el carácter de la «Review» y que estaba, en general, de acuerdo con la University Press, y deseaba retirar sus anuncios.

Su ejemplo fue seguido por varias otras editoriales. En todos los casos, di a esos tontos permiso para retirar sus anuncios y al cabo de uno o dos meses me vi enfrentado con una disminución de ingresos de trescientas o cuatrocientas libras al año… El pequeño beneficio que había llegado a crear se transformó en una pérdida importante. ¿Qué debía de hacer?

Fui a la *City* y vi a Alfred Beit, director de la gran empresa de Minas Sudafricanas. Le hice observar que la «Saturday Review» entraba en las mejores casas de Inglaterra. Le pedí que me diera el balance y un informe anual de todas sus compañías, como anuncio, y le dije que yo haría una nota, o incluso hasta un artículo, sobre cada una de las compañías cuando me enviara el balance. El anuncio le costaría cincuenta guineas. Salí de su oficina con su promesa y los nombres de unas cincuenta y pico de compañías, de modo que en una hora había enjuagado una buena parte de mi déficit.

Fui a
Barnato's,
vi a Woolfie Joel y conseguí una docena de sus compañías en los

mismos términos. Después acudí a J. B. Robinson y conseguí ocho de sus compañías. En resumen, en un día de trabajo en la *City* había reparado la disminución de mis ingresos, producida por la retirada de las editoriales inglesas, y había aumentado el ingreso anual de la «Saturday Review» en unas dos mil libras al año. Sabía que podía contar con la ayuda de Cedí Rhodes.

Creo que esa fue la razón por la cual, a partir del año 94, las reseñas de la «Saturday Review» se hicieron famosas por decir la verdad, que es algo que tanto disgusta a la mayor parte de los críticos ingleses y americanos.

He relatado el incidente para enseñar a la gente qué tipo de presión ejerce el señor Bumble, editor, sobre su crítico sincero. Bumble quiere elogios y nada más.

Por extraño que parezca, poco después tuve una experiencia, de algún modo similar, con una compañía de seguros. Conseguí a uno de los mejores especialistas en seguros para que escribiera un artículo sobre los métodos de cierta compañía y su balance… y la compañía retiró su anuncio. De inmediato, di carta blanca a mi crítico para que se extendiera sobre todos los fallos de esta compañía y la consecuencia fue que cinco o seis de las mejores compañías de seguros escribieron diciendo que deseaban hacer publicidad en la «Saturday Review». Por un anuncio perdido, gané varios. Esto me llevó a la conclusión de que, en Inglaterra, los hombres de negocios son más honestos e inteligentes que los que tienen que ver con la literatura y el negocio editorial.

Hay algo en el arte y la literatura que parece corromper la mentalidad de negocios ordinaria. Creo que la influencia corruptora consiste en la extraordinaria diferencia de valores que ningún hombre ordinario puede prever o explicar. Un editor consigue dos libros, que según su leal saber y entender son igualmente buenos e interesantes. Cuando los publica, descubre que el peor de los dos tiene éxito y vende 100 000 ejemplares, mientras que el otro va a pura pérdida. Digamos que ha dado cien libras por cada uno. «A», que era el que más le gustaba, es un fracaso y «B», un éxito. Tiempo después, consigue otro libro como «B» que resulta un fracaso completo, de modo que decide que por lo único que desea pagar es por elogios; y reza por el éxito porque es incapaz de merecerlo o siquiera de saber cómo obtenerlo.

Con la «Saturday Review» tuve otra experiencia curiosa: descubrí que una parte considerable de los mejores hombres de negocios sólo estaba dispuesta a anunciar en el semanario si éste tenía buenas tapas. El costo de una buena tapa de color verde era de sólo cincuenta libras a la semana, mientras que en el mismo tiempo ganaba doscientas libras por anuncios. Inmediatamente, puse la cubierta y conseguí la publicidad, mejorando no sólo el aspecto sino también los ingresos de la «Review».

Después de la compra de la «Saturday Review», fui y tuve una conversación con Ochs, quien me dijo que me ayudaría y esbozó las proposiciones que le parecían adecuadas. Debía formar una compañía con un capital de unas treinta mil libras que manejaría y poseería el periódico. Lo hice, pero propuse un agregado a su propuesta, consistente en unas quinientas acciones diferidas que no obtendrían beneficios pero controlarían el nombramiento del director y el equipo de colaboradores. Como retuve estas acciones, me adjudiqué el control total del periódico. Le pedí a Albert Ochs las cinco mil libras que debía pagar por la «Saturday Review», me dio cuatro mil contra acciones y pensó que conseguiría fácilmente las mil restantes.

Ahora bien, ¿cuál era la situación financiera del periódico cuando me hice cargo de él? Estaba perdiendo dinero, aproximadamente cincuenta o sesenta libras a la semana. La circulación, que una vez había sido de treinta o cuarenta mil, había ido disminuyendo con el correr de los años hasta ese momento, en que era sólo de cinco o seis mil a la semana. El ingreso por ventas era de menos de cien libras semanales, y el ingreso por publicidad, que había sido de mil libras por semana, había disminuido a ciento cincuenta o menos.

Sin embargo, el pago a colaboradores había aumentado, en lugar de disminuir, y en ese momento todo el mundo esperaba por lo menos tres libras por una o dos columnas. Al pagar a mi equipo —Shaw, Wells, McColl, Runciman y Chalmers Mitchell— mucho más que el precio habitual, había aumentado mis dificultades, pero al mismo tiempo conocía a docenas de hombres de Oxford, de la facultad de Derecho y del Periodismo, que estaban perfectamente dispuestos a hacer reseña de libros para la «Saturday Review» por nada, a condición de obtener los libros. De modo que mis

colaboradores, en lugar de costarme más de doscientas libras por semana, me resultaban a menos de cien, y de este modo transformé una pérdida de cincuenta o sesenta libras en un beneficio de treinta o cuarenta. Pronto aumenté en mucho el ingreso por publicidad, como ya he dicho, de modo que el periódico ganaba, fácilmente, ciento cincuenta libras por semana.

Creo que he explicado claramente la posición financiera. Tenía 25 000 acciones que, de desearlo, podía vender rápidamente si necesitaba dinero y, además, 500 acciones diferidas que aseguraban la continuidad de mi posición.

Más o menos para esa época o algo más tarde, vendí 5000 acciones a Beit en efectivo, y 2000 o 3000 más a otras personas que querían su parte en el pastel, tranquilizándome así desde el punto de vista económico durante algunos años.

Hacía poco tiempo que dirigía la «Saturday Review», cuando la expedición de Jameson en el Transvaal escandalizó al mundo y exigió de mi parte una prolongada ausencia de Inglaterra.

La incursión de Jameson - Rhodes y Chamberlain

Apenas había adquirido la «Saturday Review» y dado los primeros pasos para asegurar su éxito, cuando tuvo lugar la incursión de Jameson, oficialmente obedeciendo a una solicitud de ayuda y protección de parte de las mujeres y niños ingleses de Johannesburgo. Conocía demasiado bien Sudáfrica como para engañarme siquiera por un momento con un pretexto tan fútil. Denuncié inmediatamente el ataque y a aquellos que lo defendían. Pronto descubrí que estos defensores eran numerosos y podían hacerse oír en muchísimos periódicos, desde el «Times» para abajo.

A propósito de este problema, vi a Beit, a Ochs, a Woolfie Joel y a otros y pronto tuve pruebas de que el ataque había sido instigado por Rhodes para defender intereses egoístas, y que su consecuencia sería encender en Sudáfrica una inmensa hoguera.

Me llegó información en el sentido de que los atacantes habían sido reunidos por Rhodes en Pitsani y que todo el mundo en Sudáfrica sabía que su objetivo real no era socorrer a los *outlanders* de Johannesburgo sino derrocar el gobierno de Pretoria.

La opinión inglesa sobre la incursión de Jameson y su innoble fin era vacilante hasta que el Káiser envió su famoso telegrama a Krueger en el cual prácticamente le decía que si necesitaba ayuda, él se la prestaría. Este acto de inconcebible estupidez no sólo consolidó la opinión inglesa a favor de Jameson, sino que fue el verdadero comienzo de esa antipatía por Alemania y esa condena de su Káiser que condujeron más tarde a la gran guerra. Hasta el Gobierno británico se sintió insultado: movilizó parte de la flota y, según creo, llamó a barcos que estaban en el Mediterráneo haciéndolos acudir al Mar del Norte. No es excesivo decir que la antipatía inglesa por los alemanes se inició con ese telegrama idiota.

Después del telegrama del Káiser vi a Arthur Walter, pero descubrí que era un entusiasta partidario del grupo de Jameson y que rechazaba cualquier crítica. Como ya he dicho, al comienzo no

le gustaba Rhodes, pero Moberly Bell le inoculó pronto el entusiasmo patriótico paninglés, adecuado a su conservadurismo innato.

Yo había creído que la pérdida de las colonias americanas habría enseñado al pueblo inglés que la interferencia, aun en los asuntos de su propia gente, a miles de millas de distancia, era desaconsejable y podía resultar peligrosa. Pero en el Londres de 1895, encontré que nueve de cada diez ingleses estaban convencidos de que era necesario «dar a los bóers una lección y poner a Krueger en su lugar». Esa irracionalidad brutal estaba tan extendida y era tan profunda, que decidí irme a Sudáfrica con el objeto de combatir esta antigua locura hereditaria en mejores condiciones.

Todo me hace pensar que los ingleses no han crecido mucho en ciento cincuenta años. ¿Acaso no escribió Benjamín Franklin a lord Kames, alrededor de 1760, que «las bases de la futura grandeza y estabilidad del Imperio Británico están en América y que, como otras tantas bases, son ahora pequeñas, pero resultan, no obstante, amplias y fuertes para soportar la mayor estructura política erigida por la humana sabiduría»? Y fue gracias a Franklin que en el Tratado de París de 1763 se devolviera Guadalupe a Francia, mientras que Canadá quedaba con Inglaterra, aunque la opinión popular inglesa del momento deseaba más bien retener «las valiosas islas del azúcar de Guadalupe» y darle Canadá a Francia.

¡Si Inglaterra hubiera tenido tan sólo el buen sentido de aprovechar la visión política de Franklin, en lugar de burlarse de él a insultarle, qué distinto hubiera sido el curso de la historia! Tal como fueron las cosas, Gran Bretaña le debe a su sabiduría sus principales posesiones en Norteamérica. De la misma manera, descubrí en 1896 que prácticamente la totalidad de la opinión inglesa —tanto en Inglaterra como en Sudáfrica— era completa y lamentablemente perversa. Ahora debo regresar a mi historia.

No tenía tiempo que perder, si quería hacer algo, de modo que me embarqué en seguida y estaba en Ciudad del Cabo antes de mediados de enero de 1896, habiendo dejado a Runciman a cargo de la «Saturday Review», como mi asistente, y después de rogarle que ante cualquier problema dudoso pidiera consejo a mi amigo el reverendo John Verschoyle.

La primera persona que deseaba ver en Sudáfrica era Jan Hofmeyr. Después, a Rhodes. Pero el día de mi llegada, sir James Sivewright almorzaba en mi hotel y tan pronto como se enteró de que yo estaba allí, me buscó, se presentó y me concedió el beneficio de su gran conocimiento de Sudáfrica. Cuando comprendió que yo deseaba la verdad y estaba preparado para aceptarla, habló con entera libertad. Habló con afecto de Hofmeyr y con piedad de Rhodes. Pronto descubrí en él al mejor y más informado de los consejeros. Le pregunté por el Gobernador General, sir Hércules Robinson, a quien conocía y por quien sentía simpatía.

—¡Ay! —dijo Sivewright—. Está demasiado liado con Rhodes, pero es honesto y capaz.

Finalmente, llegamos al tema de la incursión de Jameson y al famoso telegrama de las mujeres de Johannesburgo, que pedían su ayuda.

—Ese telegrama —dijo Sivewright— fue escrito en la oficina de Rhodes, en Ciudad del Cabo, y enviado desde allí a «The Times».

Quedé horrorizado, pero me dio pruebas de lo que decía.

Mi primer día en Ciudad del Cabo había sido sorprendentemente fructífero. Escribí de inmediato un artículo y varias notas para la «Saturday Review» y después, por afecto a Arthur Walter, le escribí explicándole cómo estaban las cosas y rogándole que modificara la actitud de «The Times». Poco después, Cecil Rhodes me dijo que sabía que yo trabajaba contra él a través de Arthur Walter y a partir de allí dejé que «The Times» se cuidara de sí mismo.

Después de la incursión, Rhodes fue a Kimberley y los británicos hicieron de su viaje en ferrocarril una especie de avance triunfal, aunque los espíritus más reflexivos lo condenaron. Al regresar a Ciudad del Cabo, se preparó para irse a Inglaterra en seguida.

Tuve varias charlas interesantes con él y como había sido sacudido, por decirlo así, sacándolo de su acostumbrada actitud optimista y omnipotente, llegué a conocerle mejor que antes. Comprendí que se había despistado por completo.

—¿Qué demonios esperaba ganar con ese ataque? —le pregunté por fin.

—No admito haber tenido que ver con eso —contestó Rhodes.

—Dejemos eso —dije—. ¿Pero qué esperaba ganar el doctor Jim? Supongamos que hubiera entrado en Johannesburgo. Al día

siguiente hubiera estado rodeado por cinco mil bóers y en una semana hubiera tenido que rendirse.

—En una semana pueden pasar muchas cosas —dijo sentenciosamente Rhodes.

—Comprendo —contesté—. Probablemente, Hércules Robinson hubiera ido al norte, convenciendo a Krueger de que jugara limpio, pero ni en la guerra ni en la paz sus soldaditos hubieran ganado nada. Fue una jugada idiota.

—¿Y si Chamberlain hubiera intervenido en el juego? —preguntó Rhodes.

—¿Quiere decir…? —exclamé, y asintió.

—Peor que peor —continué—. Eso hubiera significado la guerra, una guerra racial en Sudáfrica con cincuenta mil colonos bóers y ochenta mil holgazanes ingleses. Hubiera necesitado cien mi soldados británicos. ¡Rhodes, no es posible que usted quiera eso!

—Krueger hubiera cedido —dijo.

—Usted no piensa eso —exclamé—. Usted sabe que Krueger no hubiera cedido y que sus bóers lo hubieran respaldado hasta el fin.

—Es evidente que conoce usted Sudáfrica mejor que yo —fue su pulla final.

—Es un ruego que hago —dije— al Rhodes sobrio, al Rhodes que conocí hace años y que me enseñó mucho sobre Sudáfrica y la testarudez bóer.

—Bueno —dijo sonriendo—, todavía no ha terminado todo. No me condene antes del fin.

Hice un gesto de asentimiento.

Esta conversación fue sólo preliminar. Quería conocer mejor a Rhodes, su visión de la vida y qué deseaba hacer en ella. Finalmente, una tarde llegué a una cierta comprensión de su particular visión del mundo.

Ya me había hablado de Ruskin, quien lo había impresionado profundamente durante una conferencia en Oxford, y había llegado al convencimiento de que la teoría evolucionista de Darwin era la explicación más plausible del mundo, que es el resultado de la ley de un ser supremo más que el de fuerzas ciegas. Pensaba que era evidente que Dios estaba tratando de producir un tipo de humanidad que se adecuara mejor a los ideales de paz, libertad y justicia en el mundo, haciendo, como dice Heine, «un reino de Dios

en la tierra». Para él, había una raza que era la que más se aproximaba al tipo ideal de Dios: la suya, la anglosajona. No conocía más lenguas que el inglés, y éste imperfectamente, de modo que se había convencido fácilmente de la superioridad del carácter anglosajón. Para él, la intención de Dios era que la raza anglosajona fuese la que tuviese el predominio.

Como ideal, me parecía grotesco. Para mí, las razas del mundo eran como flores en un jardín y cada una celebrada por su propia y especial excelencia. Lejos de ser demasiado numerosas, no lo eran lo bastante y no había variedad suficiente. Los franceses parecían estar colocándose en una segunda clase, según el criterio de fuerza y número, pero ¿cómo podía la humanidad permitirse perder el ideal francés de la vida? Los franceses habían hecho más por la justicia abstracta en sus relaciones sociales y más, también, por el ideal artístico que cualquier otro pueblo; no podíamos permitirnos perder a los franceses. Sin embargo, sólo hay cuarenta millones de franceses, mientras que ya hay cerca de doscientos millones de anglosajones y pronto habrá mil millones. ¡Pero qué errores cometen! La contratación de su poder, ¿no está haciéndoles más intolerantes?

No conseguí influir en Rhodes. Me habló repetidas veces de la idea de Bartle Frere de que los ingleses debían poseer África desde El Cabo hasta El Cairo.

—Ya poseen más de la mitad de la zona templada —dije—. ¿No es bastante? Ni siquiera saben cómo utilizarla.

Yo ya había comprendido que la vasta meseta central Africana, desde El Cabo a El Cairo, era la más espléndida posesión del mundo, mejor incluso que las colonias norteamericanas que Inglaterra había despreciado. ¿Era el azar de su posición insular o realmente alguna superioridad racial, lo que le había entregado un imperio tras otro? En la superficie, era simplemente la avidez de la aristocracia inglesa por conseguir cada vez más tierra. Pero su extraordinario crecimiento continuo tal vez evidencie algún ascendiente espiritual. Me gustaría creerlo, aunque más tarde descubrí ciertas virtudes especiales en los intentos de colonización alemana.

Una noche, durante la cena, aventuré un chiste que turbó profundamente a Rhodes. Dije que podía comprender que Dios, en

Su juventud, se enamorara de los judíos, una raza extremadamente atractiva, pero que el hecho de que, en Su ancianidad, se enamorara de los anglosajones me parecía una prueba de senilidad que me costaba trabajo perdonarle.

—Harris, usted dice cosas hirientes —me interrumpió la exclamación de Rhodes.

—Me gustaría conmocionar su idolatría por los ingleses —dije—. ¡Imagínese, el pueblo del mundo que más ama el comercio y la riqueza y, sin embargo, se niega durante un siglo, a adoptar el sistema métrico en pesos y medidas y moneda! Harold Frederic acostumbraba a hablar de los estúpidos britanos.

—Los dueños del mundo —replicó Rhodes.

—Tonterías —dije—. Los norteamericanos son ya mucho más fuertes y razonables.

Nos separamos como amigos, pero en profundo desacuerdo.

Rhodes no tenía ninguna educación; de hecho, era ignorante hasta un grado que resultaba penoso; era una fuerza casi ciega de la cual podía esperarse y temerse todo. Sin embargo, tal vez a causa de su falta de educación, simpatizaba íntimamente con el patriotismo intenso y las ideas imperialistas de la clase gobernante inglesa, y era lo bastante rico como para aventurar sus opiniones de mil maneras. Para él, el dinero era, sobre todo, un medio para alcanzar un fin.

Después de conversar mucho con Sívewright, fui a ver a Jan Hofmeyr, que me recibió con su acostumbrada gentileza.

—Me alegro mucho de que haya venido —dijo—. Ahora hay alguna posibilidad de hacer que se conozca la verdad.

No ocultaba su profunda desilusión con Rhodes.

—Otro britano —dijo—, a quien habíamos tomado por un gran africander —y agregó, con extraña presciencia—. ¡Todavía puede hacernos mucho daño! En realidad, está más loco que Oom Paul.

Hablamos días y días, durante horas y cuando por fin tuve que despedirme, me dio una carta para el juez Kotze, en Pretoria, a quien elogió con gran cordialidad.

—En casi cualquier tema referente a Sudáfrica, le dará datos de primera mano.

Por boca de Sivewright y de Jan Hofmeyr, obtuve la verdad sobre la incursión británica y después fui a ver a sir Hércules

Robinson, el gobernador general. Era antes que nada un funcionario, y un funcionario inglés, pero tenía cierta comprensión de Sudáfrica y las mejores intenciones, y aunque simpatizaba con las ambiciones imperialistas de Rhodes, nunca hubiera defendido un ultraje como el de la incursión de Jameson.

Parecía haber envejecido mucho en los tres o cuatro años que habían transcurrido desde la última vez que le había visto en Londres. Observé señales de nerviosismo que no había esperado. Casi en seguida, me sorprendió diciéndome:

—Seguimos siendo amigos, ¿no es cierto?

—Por supuesto, siempre —respondí, cálidamente.

—La gente ha estado diciendo —continuó— que usted ha sido enviado por Chamberlain, pero dudo de que sea verdad. Sin duda, me lo hubiera hecho saber. Sin embargo, supongo que es capaz hasta de eso.

Sus palabras y el tono en que las pronunció me dejaron atónito. Pero, por el momento, no podía ocuparme de sus opiniones sobre Chamberlain. Observé sólo que estaba bastante irritado y lo dejé así.

—No —contesté—, no tengo nada que ver con el señor Chamberlain. Pienso que sería muy improbable que me enviara como agente.

—Me alegro —dijo Hércules Robinson—. Entonces, podemos actuar como siempre, ¿eh?

Asentí.

—¿Por qué no vino a verme en seguida?

—Para decirle la verdad —respondí francamente—, quería ver a Jan Hofmeyr; deseaba obtener cierta información antes de venir. Tenía que aclararme con respecto al ataque y a la complicidad de Rhodes y me pareció que no era justo interrogarlo a usted, en su posición… yo, su amigo.

—¿Ha descubierto lo que deseaba saber?

—He descubierto que todos estuvieron complicados —contesté, pensando que el desafío le animaría—. Rhodes lo planeó, por supuesto, pero usted consintió.

—Consentir —repitió, enojado—. Se equivoca. Eso no es verdad.

—Oh, no —reí—. Dije «consentir» por ser diplomático y cortés. Usted lo sabía.

—Por cierto que no —me interrumpió—. ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—Vamos —dije gravemente—. No afirmará que en la frontera podía estar apostado un ejército, sin su conocimiento.

—Le aseguro —dijo— que se equivoca. No sabía nada de la incursión.

—Me gustaría creerle —insistí—, pero es imposible. Tengo pruebas irrefutables.

—¿Pruebas? —exclamó—. Eso es imposible. Debe explicarse. Es preciso que comprenda que sus palabras son… lesivas para mi honor. Le he dado a Krueger mi palabra de honor de que no es verdad. Él la aceptó; usted debe hacer lo mismo.

Sacudí la cabeza.

—Me temo que no puedo.

—Pero yo puedo explicarlo todo —continuó—. Por primera vez, en mi vida profesional, la Oficina Colonial actuó por encima de mí. Si quiere saber toda la verdad, Chamberlain retiró al funcionario político que había en la frontera. Chamberlain dijo que se ocuparía directamente de las cuestiones relacionadas con Jameson. Yo me encogí de hombros y lo dejé pasar. Pensé que todo formaba parte de su nueva manera de negociar. Él tiene sus propios métodos —terminó, amargamente.

Comenzaba a ver una nueva luz; al menos una sospecha que hasta entonces no había alentado.

—Pero usted habló con Rhodes del asunto —aventuré—. En todo caso, él debe haberle dicho que las fuerzas de Jameson estaban allí para presionar un poco a Krueger. Debe haberle hablado de la agitación reformista, que él mismo ayudó a fomentar en Johannesburgo.

—No hubiera escuchado semejante estupidez ni por un momento —exclamó Robinson—. La manera de sacarle cosas a Krueger es portarse francamente con él.

—Rhodes le sacó algo sobre el negocio del Drifts, amenazándolo con la guerra.

—Eso era distinto —admitió Robinson, reacio—. En ese caso, Krueger sentía que era él el equivocado. Pero ahora espero que usted comprenda que no fui cómplice de esa incursión vergonzosa y estúpida.

Yo había decidido continuar, de modo que insistí.

—Le dije que tenía pruebas —contesté—. Usted ha destrozado una suposición, pero la prueba continúa incólume.

—¿Pruebas? —dijo con voz irritada y ansiosa—. No hay ninguna; no puede haber ninguna, Harris.

—Pruebas irrefutables —repetí.

—Es imposible —exclamó—. Tráteme como a un amigo. Le doy mi palabra de honor de que no sabía nada de eso.

—Lo siento —repliqué—, pero si quiere que le trate como a un amigo, sólo puedo decir que no puedo creerle.

—¡Buen Dios! —exclamó, poniéndose de pie y caminando por la habitación—. Es enloquecedor. Hable claramente, expóngame sus pruebas y yo me encargaré de demolerlas una por una.

—Si le presento pruebas que no puede destruir —dije—, ¿será justo conmigo y me dirá lo que realmente sabe y lo que yo deseo saber?

—Por supuesto —exclamó—. Le doy mi palabra. No tengo nada que ocultar.

—Muy bien —dije—. Le daré las pruebas, una a una. Aquí va la primera.

Cuando continué, el rostro de sir Hércules Robinson era un muestrario de emociones en conflicto.

—El domingo por la mañana, cuando se enteró de que Jameson había cruzado la frontera, le cablegrafió diciéndole que regresara y cablegrafió a Krueger diciendo lo que había hecho y explicando que esa incursión no estaba autorizada por el gobierno de Su Majestad.

—Sí —interrumpió Robinson—, eso es lo que hice.

—Debe de haber supuesto que en dos horas tendría respuesta —contesté—. Si no de Jameson, por lo menos de Krueger.

—Por supuesto —contestó Robinson—, y obtuve una respuesta de él.

—Perdone si le contradigo —dije—, pero no es verdad. Lo que consiguió de Krueger fue una simple declaración en el sentido de que Jameson había cruzado la frontera, a cierta hora, con una fuerza armada. Por ese telegrama, usted debería haber comprendido que Krueger no había recibido su telegrama.

—No —contestó Robinson—. Veo lo que quiere decir, pero estábamos todos tan excitados y nerviosos que no hice semejante

inferencia. Lo primero que hice fue enviar a buscar a Rhodes para preguntarle si sabía algo sobre la acción de Jameson. Quería consultar con él.

—Y ¿supongo que no estaría visible? —pregunté.

—Es verdad —dijo Robinson—. ¿Pero cómo lo sabía usted?

—Era fácil suponerlo —repliqué, afectando indiferencia.

—Rhodes no contestó a ninguno de mis mensajes. En realidad, se negó a ver a los mensajeros —continuó Robinson.

—Pero a las diez —insistí—, vino a verlo Jan Hofmeyr. Él le pidió a usted que hiciese una proclamación, una proclamación pública declarando que el gobierno de Su Majestad no tenía nada que ver con la incursión y que usted había ordenado a Jameson que regresara. Y usted no lo hizo.

—No vi la necesidad —contestó Hércules Robinson—. Les había cablegrafiado a Jameson y a Krueger y consideré que era bastante. Krueger sabía que el ataque no estaba autorizado y eso era lo principal.

—Pero Krueger no lo sabía —contesté—, y usted debe de haber sabido que él no sabía.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Robinson—. No sabía nada de eso —y luego agregó, como hablando consigo mismo—. Cuando estuve en Pretoria, Krueger no me dijo nada.

—Los que estamos del otro lado vemos mejor el juego —continué—. Volvamos a ese día. Usted pasa una mañana agitada, pero finalmente se sienta a almorzar y después del almuerzo, más o menos a las tres y media, recibe otro telegrama de Krueger repitiendo las noticias y ampliándolas, diciendo que Jameson ha cruzado la frontera con cañones Maxim y preguntándole qué va a hacer usted al respecto. En ese momento usted debe de haber comprendido que él no había recibido su primer telegrama.

—Pues no —dijo Robinson—. Todo se disolvió en la prisa y la excitación del momento.

—Pero ¿por qué no le envió un duplicado de su telegrama —pregunté—, diciéndole que la incursión no estaba autorizada y que ordenaría el regreso de Jameson?

—Lo hice —dijo.

—No, no lo hizo —contesté—; no de inmediato, quiero decir. Esa misma tarde —continué— o más bien ya casi de noche, recibió

otro telegrama de Krueger en el que repetía las noticias e insistía en la necesidad de una respuesta suya.

—Es verdad —dijo Robinson—. Ahora recuerdo. Ese último telegrama fue el que contesté. ¿Pero cómo lo sabía usted?

—Eso no importa —dije—. El asunto es que estoy presentándole hechos. Supongo que usted debe haberse tomado mucho trabajo con ese segundo telegrama suyo, después de haber recibido tres de Krueger, cada uno de los cuales probaba que no había recibido el primero; digo que debe de haberse tomado mucho trabajo para asegurarse de que su segundo telegrama llegara de inmediato.

—Debe de haberle llegado una hora después —dijo Robinson, despreocupado—, exactamente como el primero.

—Le sorprendería saber —dije—, que no llegó esa noche, sino al día siguiente, tarde. Usted dejó a Krueger y a sus consejeros holandeses sin noticias suyas durante un día y medio.

—¡Por Dios! —exclamó Robinson—. Eso no puede ser cierto. Sin embargo, explicaría la actitud que adoptó conmigo al principio. Pero ¿cómo es posible? Es absurdo.

—Averigüe cuándo salieron sus telegramas —insinué—. ¿Supongo que tendrá un libro donde asienten los telegramas enviados, con horas y todo?

—Por supuesto, por supuesto —exclamó—. Eso está en manos del secretario imperial, sir Graham Bower. Le mandaré llamar.

Llamó y cuando vino un hombre, le envió a buscar a sir Graham Bower. Dos minutos después, llegaba éste: un hombre moreno, vulgar, de aspecto indiferente, que sonreía nerviosamente, me pareció, con una sonrisa fija.

—Ah, Bower —dijo Robinson, excitado—. Harris me ha contado la historia más extraordinaria. Perdón, voy a presentarlo. Este es sir Graham Bower, secretario imperial, y este es un amigo mío, Frank Harris, director de la «Saturday Review», de quien ya le había hablado.

Nos inclinamos y nos dimos la mano.

—Bower —volvió a decir Robinson—, Harris me ha contado un cuento increíble, diciéndome que aquel domingo por la mañana, cuando nos enteramos de la incursión, mi telegrama a Krueger, donde le informaba que había ordenado a Jameson que regresara y que el ataque no había sido autorizado por el gobierno de Su

Majestad, jamás salió de aquí. No sé cómo lo sabe, pero es lo que dice.

—No, no —interrumpí—. Lo que digo es que no llegó a Pretoria ese día sino al día siguiente, bien avanzado el día.

—Tonterías —dijo Robinson—. Por favor, traiga el libro de telegramas, Bower, y pruébeselo a Harris.

Bower se volvió y salió de la habitación, siempre con la misma sonrisa. Yo estaba seguro de que actuaba. Me pareció que había encontrado al «malo» de la obra, pero decidí esperar la prueba. Mientras tanto, Robinson y yo esperamos en un ambiente tenso.

Dos minutos después, regresó Bower con un libro grande en la mano.

—He visto —dijo—, que el telegrama salió a las doce y media.

—¡A las doce y media! —se extrañó Robinson—. Debe estar equivocado. Son horas después de haberlo enviado yo.

—Salió de forma ordinaria —observó Bower, con estudiada indiferencia.

—¡De forma ordinaria! —repitió Robinson, mirándolo—. ¡Pero era de máxima importancia!

—Había mucha excitación, idas y venidas —dijo.

—Lo sé, lo sé —aceptó Robinson—. Le envié a usted a buscar a Rhodes… pero de todos modos, Bower… ¡doce y media!

Se me ocurrió una idea y lancé un golpe a ciegas, para ver si daba resultado.

—Pero usted tendrá un formulario especial —dije— para telegramas de poder a poder, un formulario especial que tendrá prioridad sobre los otros. ¿Por qué enviaron este telegrama como si fuera un mensaje común y no en el formulario especial?

Apenas había comenzado a hablar, cuando el rostro de Bower mudó de expresión. Supe que había dado en el blanco.

—Por supuesto que lo escribí en el formulario adecuado —exclamó Robinson—. No hay duda, ¿eh, Bower? Usted puede probarlo.

Sonreí, y Bower dijo con ligereza, con mucha ligereza:

—Supongo que sí.

—Pero piense, Bower —continuó Robinson—, piense en lo que significa.

—No puedo estar seguro, no lo estoy —contestó Bower.

—¡No está seguro! —exclamó Robinson, volviéndose hacia él—, ¡no está seguro! ¡Pero no es posible que no comprenda lo que significa, hombre! Aquí Harris dice que por la tarde recibimos un segundo telegrama de Krueger, volviendo a hablarnos de la incursión y preguntándonos qué íbamos a hacer. Creímos, o por lo menos yo creí, que mi primer telegrama ya le había llegado, informándole de que desautorizábamos la acción y habíamos ordenado a Jameson que regresara. Harris dice que cuando recibimos ese telegrama hubiéramos debido comprender que Krueger no había recibido el mío. Y Harris tiene razón. Hubiera debido adivinarlo. Recuerdo que, en ese momento, me pareció curioso que Krueger se limitara a repetir la noticia. Después, llegó su tercer telegrama y por supuesto Harris insiste en que yo debería haberme dado cuenta de que Krueger no había recibido el primero. Lo contestamos y ahora Harris dice que mis mensajes, telegramas oficiales, deben haber sido enviados como telegramas ordinarios porque Krueger ni siquiera recibió el primero ese día. Harris afirma que Krueger no recibió noticias nuestras hasta el lunes por la tarde.

—Sólo puede decir al señor Harris —dijo Bower— que el lugar hervía de excitación. Yo fui dos o tres veces a buscar a Rhodes y no pude verle; llegaba gente todo el tiempo, Hofmeyr y otros, a quienes había que recibir. Todo el mundo corría de un lado a otro.

—Razón de más —dije— para enviar telegramas de esa importancia en los formularios oficiales.

—¡Dios mío! —exclamó Robinson llevándose las manos a la cabeza—. ¡Dios mío! Esa es la explicación de la fría recepción de Krueger.

No podía haber ninguna duda. Hércules Robinson no era culpable. Simplemente, le habían mantenido al margen. Rhodes había encontrado un instrumento más seguro en el secretario imperial, sir Graham Bower.

Insistí en ese punto.

—Su mensaje —dije—, el telegrama del alto comisionado, el telegrama más importante que haya salido nunca de esta oficina, salió como un telegrama ordinario y en lugar de tener prioridad, siguió a cientos de otros a Pretoria, según el turno ordinario, y Krueger estuvo en consejo todo el día, enviándole a usted mensaje tras mensaje, sin recibir respuesta, pero recibiendo en cambio

telegrama tras telegrama de los distritos informándole de que Jameson se abría paso hacia su capital con tanta prisa como podía. ¿Puede usted esperar que Krueger confíe en los ingleses después de esto? Todo el día y toda la noche estuvo el anciano esperando, y la mitad del día siguiente, hasta que usted le dio oportunidad de actuar.

—¡Buen Dios! —dijo Robinson.

—¿Ya no me necesita, sir? —preguntó Graham Bower, mordazmente, y abandonó la habitación.

—¿Qué debemos hacer ahora? —se preguntó Hércules Robinson, dejándose caer en su asiento—. ¿Qué debemos hacer? ¿Pero cómo sabía usted todo esto? ¿Cómo, en tan pocos días, ha podido descubrir más que yo, con mi poder y mi experiencia y viviendo en el centro de los acontecimientos?

Algo más tarde me fui a Johannesburgo y mientras estaba allí me invitaron a ver al Presidente de la Suprema Corte, el juez Kotzé. Un día me fui a Pretoria. Es una ciudad colocada como sobre un platillo, bordeada por colinas bajas; una ciudad de casas holandesas achaparradas, construidas entre árboles y pequeños riachuelos ruidosos que descienden a un lado de las calles. Por todas partes se escucha la cháchara de los niños y sus juegos: una tranquila vida hogareña. Y en esa extraña y pequeña ciudad provinciana, dos o tres espléndidos edificios públicos que representan con fidelidad el obstinado patriotismo de los bóers.

Me invitaron a visitar al Presidente a las seis de la mañana, pero declaré que si me levantaba a semejante hora presentaría mi peor aspecto y deseaba precisamente todo lo contrario. Cuando el presidente se enteró de que jamás me levantaba hasta bien iniciado el día, me invitó a tomar el café con él, de modo que fui a verlo a primera hora de la tarde, en compañía del juez Kotzé, que fue lo bastante amable como para ofrecerse de intérprete. La casa era una casa bóer común, y la sala era tan vulgar como cualquier otra, con flores de cera, alfombras de colores y una inmensa Biblia como adornos principales, a menos que incluya entre ellos la inmensa salivadera que el dueño de la casa usaba continuamente. Apenas me atrevo a describir el café. Para proporcionar este café, Krueger recibía ochocientas libras al año además de su salario de ocho mil y hubiera creído que por ocho libras podía hacer suficiente cantidad

de ese café como para botar en él un barco de guerra. Era el líquido más abominable que jamás he intentado beber. Una poción muy desagradable de polvos Gregory disueltos en leche tibia. Tomé un sorbo y lo dejé así.

En su momento, esbocé las líneas generales de la entrevista en la «Saturday Review» e hice el mejor retrato que pude de este Cromwell de pueblo llamado Paul Krueger. Todos conocen su semejanza con un gran gorila, su gordo rostro de babuino y sus ojitos grises, pero ninguna descripción podría transmitir la impresión de fuerza masiva, de poder, de pasión controlada que producía ese hombre. Su pecho debía medir cincuenta y cuatro pulgadas y cuando estaba sentado parecía un Hércules. Lo peor de su gigantesca figura eran sus piernas, demasiado cortas. Por curioso que parezca, éste es el único hombre que ha ido pareciéndome más grande con el correr de los años, a pesar de sus tropiezos y fracasos de los últimos tiempos. Si hubiera estado entrenado, si hubiera tenido alguna educación o lectura, Paul Krueger hubiera sido un gran hombre. Tal como era, resultaba uno de los más notables que había conocido.

Krueger era suspicaz, como lo son siempre los ignorantes, y egoísta como la mayor parte de los hombres de gran voluntad y éxito, pero no estaba desprovisto de corazón o conciencia. La manera en que trataba a los *outlanders* era demencial. Unos ochenta mil de entre ellos habían hecho de Johannesburgo la mayor industria aurífera del mundo; pagaban más de las nueve décimas partes de los impuestos estatales. En lugar de obtener de sus veinte mil ciudadanos bóers justo lo suficiente para vivir, Krueger era un hombre rico. Los *outlanders* habían transformado al Transvaal, de estado en bancarrota, en el estado más rico de Sudáfrica, con un ingreso de tres millones de libras esterlinas al año; sin embargo, en 1894 les había puesto las cosas tan difíciles que les era imposible conseguir un voto en el país del cual constituían prácticamente el principal ingreso. Ni siquiera tenían control sobre los asuntos de la ciudad que habían fundado y construido. Krueger seguía tratando a Johannesburgo como si fuera una mina en poder de su propio comisionado de minería.

En las escuelas se enseñaba holandés y no inglés. Aunque se les negaba todo derecho de ciudadanía y eran tratados como

extranjeros, los *outlanders* estaban sujetos a las leyes de reclutamiento para prestar servicio en las guerras locales. Indudablemente, las iniquidades de Krueger no podían compararse con nada. Había dado a unos extranjeros la concesión para la manufactura de dinamita, que era introducida en el país por un monopolio y vendida a tal precio a las minas, que prácticamente imponía a la industria un impuesto de medio millón de libras anuales. Otro grupo de aventureros logró la concesión para transportar carbón por el Rand, lo que hacían al precio más alto que les era posible; otro grupo poseía una concesión que les permitía vender licores, corrompiendo de ese modo a los nativos.

Lo curioso del asunto es que la manera en que Krueger trataba a los *outlanders* no era peor que la que utilizaba con los bóers del Cabo. No permitía que el Transvaal entrara en la Unión de Aduanas y sólo podían importarse cerdos, ganado y carbón del Cabo mediante el pago de aranceles fantásticos. Un solo acto suyo basta para ejemplificar el espíritu de su política. Cuando la dirección de los ferrocarriles del Transvaal propuso elevar la tasa de carga, por encima de seis peniques la tonelada, con objeto de eliminar el tráfico por el Cabo, Krueger les pidió que la pusieran a un chelín y cuando los comerciantes abandonaron el tren en la frontera del Estado Libre y llevaron sus mercancías hasta Johannesburgo en carretas de bueyes, Krueger anunció que el Vaal Drifts, que tenían que atravesar, estaría cerrado para ellos.

Este último acto despótico introdujo otro elemento en el campo. En 1895, Joseph Chamberlain se había transformado en ministro de las colonias, y aunque no sentía simpatía por Rhodes, cuando éste acudió a él compartió su punto de vista y describió la acción del presidente Krueger en los Drifts como «casi un acto de hostilidad» y manifestó su decisión de respaldar su protesta con la fuerza. A regañadientes, Krueger comprendió que había llegado demasiado lejos y abrió los Drifts. Entonces se produjo la incursión de Jameson, que borró incluso el recuerdo de las estupideces del presidente y arrojó sobre Rhodes toda la responsabilidad del flagrante delito.

Al comienzo de la entrevista, Krueger me preguntó a bocajarro si yo creía, como Hércules Robinson, que Chamberlain no sabía nada del ataque.

—No sabría decirlo —contesté—; no hay pruebas. Estoy seguro de que el Gabinete no lo sabía y no podía creer que el señor Chamberlain hubiera actuado de una manera tan dictatorial en un asunto como éste.

—¿El Gabinete no lo sabía? —preguntó Krueger—. ¿Está usted seguro de eso?

—Tan seguro como es posible estarlo —contesté.

Para mis adentros, yo alentaba el sentimiento de que Chamberlain debía de haberlo sabido todo, y que hasta era posible que hubiera hablado de ello al señor Balfour, pero por patriotismo deseaba decir lo menos posible, de modo que mantuve la posibilidad de la inocencia de Chamberlain.

Krueger se volvió bruscamente hacia mí.

—¿Sabe usted que Rhodes lo planeó, lo pagó y lo dirigió? —dijo gruñendo.

—Por supuesto —dije—. Él mismo se lo confesó a Jan Hofmeyr en Ciudad del Cabo y eso es lo que he cablegrafiado a mi periódico.

—¿De modo que admite que el villano fue Rhodes? —rugió.

—Peor aún —contesté tranquilamente—, creo que se comportó como un perfecto idiota al suponer que quinientos hombres podían derrotar a los bóers.

La gran masa humana se irguió, mientras sus ojillos grises brillaban en la gorda cara porcina. Parecía un babuino enloquecido.

—Cuatrocientos chicos —gritó—. ¿Sabe lo que hubiera hecho con ellos?

—No —dije sonriendo—. Me gustaría saberlo.

—Lo que propuse en el consejo —rugió, mirándome—, fue llevarlos uno por uno de la oreja hasta la frontera y devolverlos a Bechuanaland de una patada en el culo.

—¿Por qué no lo hizo? —exclamé, rugiendo de risa—. ¡Oh, Dios mío! Qué lástima que no lo haya hecho, enriqueciendo la historia con esa escena única. Es la proposición más divertida que he escuchado en mi vida. Eso es lo que hubieran debido hacer con ellos. Siempre habría que oponer el desprecio a la impudicia.

Mi deleitada aceptación de su propuesta puso al viejo de buen humor, pero seguía abrigando sospechas.

—¿Sabía usted —continuó— que uno de los tenientes de Jameson, un jefe de la incursión, oficial de su ejército, además, dijo

a la policía de Bechuanaland que el gobierno miraba favorablemente su acción?

—Pero la policía no le creyó —dije—. Si la policía hubiera formado parte de la incursión, hubiera sido difícil negar la complicidad del gobierno.

—Hércules Robinson es honesto —murmuró Krueger para sus adentros—. Y bueno también, pero se está volviendo viejo y débil. Le parece inteligente jugar a dos caras. Pero pronto sabremos.

—¿Saber qué? —pregunté.

—Sabremos si su gobierno, es decir, si Chamberlain estaba de acuerdo con Rhodes.

—¿Y cómo podría ayudarle en eso el tiempo? —pregunté, curioso.

El viejo se metió en una larga explicación que el Juez tradujo, diciéndome que en el campo de batalla se habían encontrado cuadernos de notas y telegramas, que habían sido decodificados, estableciendo la complicidad de Rhodes y Beit, que habían estado metidos hasta el cuello en el asunto. Me dijo que podía ver los telegramas y efectivamente vi al día siguiente, es decir a comienzos de febrero, los mismos telegramas publicados en «The Times», en mayo, y que causaron sensación.

Pero no era posible apartar durante mucho tiempo a Krueger de su preocupación esencial.

—Pronto sabremos —repitió—, si Chamberlain estaba o no detrás de Rhodes.

—¿Cómo? —pregunté.

—Bueno —dijo—, es evidente que los ingleses lo respaldaban. Observe cómo elogian a los atacantes y hablan de ellos como si fueran héroes. Pero si se castiga a Rhodes y se los castiga a ellos, entonces, sabré que Chamberlain y el gobierno no estaban detrás del asunto.

En la voz y el gesto del anciano había tal amenaza, tal furia, que procuré hacerle ver el otro lado de la moneda.

—Es difícil —dije— castigar a Rhodes. ¿Cómo lo castigaría usted?

—Oh —exclamó—, no pretendo que lo castiguen económicamente ni en su persona. Lo nombraron Consejero privado. Que le saquen de ese puesto. Cualquier cosa para

demostrarme que están descontentos. Quiero creer que el gobierno inglés es honesto, y lo era cuando estaba Gladstone.

No pude evitar admitir que eso podía y debía hacerse.

—Si no se hace —exclamó el anciano— yo sabré qué hacer.

—¿Qué? —pregunté.

Gruñó y se enojó y no contestó, pero una noche, después de cenar, Kotzé me dijo que Chamberlain había pedido a Krueger que fuese a Londres a presentar su caso, diciéndole que sería tratado con perfecta imparcialidad. Yo sabía que a Chamberlain no le gustaba Rhodes personalmente y que jamás le había perdonado que diera diez mil libras a Parnell, y cuando Kotzé me dijo todo esto, le dije que pensaba que debía ver otra vez al Presidente. Él me arregló otra cita inmediatamente y, como antes, se propuso como intérprete.

Esta última entrevista con Krueger me pareció muy importante. En primer lugar, le agradecí por permitir que Leyds me mostrara los telegramas que probaban que los hombres de Jameson tenían intención de derribar el gobierno del Transvaal, y conseguí su permiso para publicarlos. Aludí después al juicio de los principales atacantes y dije que esperaba que no se infligiría ninguna pena capital.

—Sería ridículo —dije— condenar a muerte a los sirvientes y dejar libres a los amos.

Krueger asintió.

—Presidente —agregué—, ya que estamos de acuerdo en tantas cosas, deseo convencerlo de que vaya a Londres, como desea Chamberlain. Usted le facilitará el triunfo parlamentario que desea y a su vez, él le dejará las manos libres con respecto a Rhodes. No necesita temer por la independencia del Transvaal; está asegurada por lo menos durante lo que nos queda de vida si usted hace ese viaje.

—¿Por qué tendría que ir a Londres? —interrogó.

—Por política —dije—, nada más. Chamberlain es mucho más peligroso que Rhodes. Si lo pone de su lado, no tendrá nada que temer durante los próximos veinte años.

—¿Quiere decir —preguntó—, que de no hacerlo los ingleses volverían a tratar de tomar el Transvaal?

—No tengo derecho a hablar en su nombre —dije—, pero estoy asustado. Los ingleses no creen que cuarenta o cincuenta mil bóers

deban jugar a déspotas y privar de derechos políticos a cien mil ingleses que han hecho la riqueza del país. A usted le toca juzgar, señor presidente —agregué—, pero Chamberlain es fuerte, sea como amigo o como enemigo y yo recuerdo siempre lo que dijo Ben Franklin, uno de los más prudentes norteamericanos: «Nunca hubo una guerra buena ni una mala paz».

—Tenemos un amigo mejor que Chamberlain —dijo—. Olvida usted que tenemos a Dios Todopoderoso y Él ha liberado al Transvaal de una vez para siempre.

—Sólo puedo decirle —repliqué—, cómo, en mi opinión, debería jugarse este juego. Yo no soy nadie; usted es uno de los protagonistas.

—Me alegro de haberlo conocido —me dijo en su último discurso de despedida—. Por primera vez, he conocido a un inglés que dice lo que considera la verdad. Espero que presentará nuestro caso al público con toda claridad, y no digo que no vaya a aceptar su consejo sobre Chamberlain, aunque me desagrada la idea de ir a Londres. Me he hecho viejo —ladró—, y estoy cansado y nunca he conseguido nada en Londres.

—Ahora se pueden conseguir allí muchas cosas —fueron mis últimas palabras—, y usted se ganaría fácilmente a Chamberlain.

Encantado con mis alabanzas, el anciano dijo:

—En cuanto me enteré de la incursión, saqué mi rifle, me puse mi viejo *veltschoon* y quise ponerme al frente de mis burgueses y en contra de Jameson, pero —y señaló a Kotzé— él y otros me convencieron de que no fuera.

¡Fuera lo que fuese Krueger, era un luchador! Fueron su coraje y combatividad los que lo llevaron a la ruina. Recuerdo que al salir le dije a Kotzé:

—A menos que Krueger vaya a Londres y le dé a Chamberlain su triunfo parlamentario, tendrá que arrepentirse. Hay en la Biblia un gran texto, me pregunto si lo conoce: «Si hubieras comprendido, al menos en este, tu día, *cuáles son las cosas que convienen a tu tranquilidad*. Pero ahora están ocultas a tus ojos».

Por supuesto, Kotzé comprendió. Cuando nos separamos, le dije que enviaría a la «Saturday Review» los telegramas, para su publicación… pero no debo hablar de eso, porque me recuerda a la sabiduría mundana de las palabras de Dante: *Degli amici guarda mi*

Dio / Degli nemici mi guardo Io.

«Dios me salve de mis amigos; de los enemigos me ocupo yo».

En los días que siguieron y después de mi regreso a Inglaterra, vi con bastante claridad cómo las sospechas de Krueger debían de haberse transformado en certezas. En Londres, los agresores fueron recibidos por multitudes vitoreantes. Sus líderes, que fueron castigados con cortas condenas de prisión, quedaron libres incluso antes de haber terminado de cumplirlas. En todas partes, Rhodes era considerado un héroe y hasta la comisión creada para aclarar el asunto se contentó con descubrir poco o nada, recompensando en lugar de castigando al villano.

Hay una escena que tuvo lugar en la comisión y que debo relatar porque tiene un interés histórico: fue el único intento real por contrainterrogar a Rhodes ante la comisión y estableció, no sólo su complicidad, sino que arrojó una luz siniestra sobre toda la conspiración. Y terminó de establecer, en mi opinión, la complicidad culpable de Joseph Chamberlain.

El presidente de la comisión era un tal señor Jackson, a quien había conocido como Secretario financiero del Tesoro. Lo había visto varias veces en cenas y había mantenido con él largas charlas, aprendiendo a estimar su sentido de la justicia y su buen criterio. En la sala, me asignó un escritorio para mí solo, aparte de la mesa de la prensa. Estaba bien adelante, y desde allí podía ver y escucharlo todo.

Desde el comienzo se hizo evidente que en realidad era una comisión de rehabilitación. Todo el mundo trataba a Rhodes con una deferencia extravagante, deferencia que con frecuencia provocaba en él expresiones de divertido desdén. Cuando le dirigía la palabra, Chamberlain hacía una reverencia. Sir Richard Webster se enorgullecía de servirle *brandy* con soda, como si fuera un camarero. En Inglaterra, la idea de que un millonario pudiera ser un criminal, era demasiado escandalosa para expresarse con palabras. Hasta Labouchère perdía, al interrogarlo, toda su insolencia. En realidad, el pobre Labby se encontraba perdido. Estaba informado a medias y los abogados de Rhodes, y en especial Chamberlain, lo manejaban como querían.

Pero en la comisión había un hombre que tenía la talla necesaria para la tarea: Sir William Vernon Harcourt. Había estudiado el

expediente, se había familiarizado con los hechos y parecía serenamente decidido a hacerse con la verdad. Cuando se encaró con Rhodes, se hicieron evidentes de inmediato las proporciones relativas de ambos hombres. Rhodes empezó a perder su seguridad, vaciló, alardeó. Sir William Vernon Harcourt pidió excusas, lo trató con exquisita cortesía, sin insistir jamás, pero haciendo otras preguntas. Una y otra vez intervino Chamberlain, para devolver el golpe, pero Sir W. Vernon Harcourt se negaba a ser rechazado o desviado de las cuestiones principales. Sonreía a Chamberlain y seguía pidiendo explicación tras explicación, con inflexibles modales.

Rhodes y sus partidarios de la prensa habían estado hablando de que la agitación en Johannesburgo había sido un verdadero movimiento de reforma, mientras que sir William Vernon Harcourt evidentemente creía que los financieros judíos, cosmopolitas, que dirigían las minas de Johannesburgo, ni siquiera deseaban ser ciudadanos de la República del Transvaal. Ya había dejado bien claro de que se trataba de una agitación ficticia y cuidadosamente fomentada. Por otro lado, Rhodes aseguraba que Jameson había acudido a ayudar a los reformadores a poner orden.

Sir William Vernon Harcourt retrocedió hasta la mañana anterior a la incursión y leyó un telegrama enviado por Jameson a Woolff, que estaba en Johannesburgo: «Encuéntrese conmigo tal como arreglamos antes de su partida el martes por la noche, y esto nos permitirá decidir cuál es el mejor destino».

—¿Puede explicarme, señor Rhodes, cuál es el significado de estas palabras: «Cuál es el mejor destino»? —y así, mordazmente, sir William Vernon Harcourt puso la bomba sobre la mesa.

Rhodes fingió indignación.

—No, por supuesto que no podría. Verá, Woolff estaba en Johannesburgo y Jameson telegrafiaba desde Pitsani. Diría que «el mejor destino» se refiere a la mejor ruta.

Sir William Harcourt sonrió.

—Ese no es el significado habitual de la palabra «destino». ¿Se propuso acaso que el doctor Jameson fuera directamente a Pretoria en lugar de ir primero a Johannesburgo? ¿Ha oído hablar de eso, señor Rhodes?

La bomba había explotado y la tensión en la habitación era

extraordinaria. Los presentes se echaron hacia adelante reteniendo el aliento, como para no perderse una palabra.

Rhodes vaciló, después dijo:

—No creo que hubiera podido enterarme de eso. No puedo estar seguro. No —agregó—, todo lo que yo comprendí fue que él iría a Johannesburgo, si se lo pedía la gente de Johannesburgo.

Sir William Harcourt volvió al ataque.

—¿Y existió esa propuesta? Pregunto porque es muy importante.

Rhodes se volvió y contestó malhumorado, tratando desesperadamente de ganar tiempo: No veo qué importancia puede tener.

Sir William Harcourt, pese a haber sido interrumpido por el señor Pope, un opositor, insistió serenamente:

—Estoy haciéndole una pregunta muy importante. ¿Se discutió alguna vez entre usted y el doctor Jameson si debía o no ir directamente a Pretoria y atacar al gobierno del presidente Krueger, en lugar de ir a Johannesburgo?

—Realmente, no podría contestar a eso de manera definitiva —farfulló Rhodes—. Es posible que se haya dicho. —Y agregó, acosado—: Pregúnteselo a Jameson.

—Es usted una persona más importante que el doctor Jameson. Realmente, debo preguntárselo a usted.

—Ya le he dado mi respuesta: no me acuerdo y realmente no me parece tan importante.

Sir William Vernon Harcourt:

—Hay una diferencia fundamental entre acudir a presenciar una insurrección en Johannesburgo y marchar a lanzar un ataque directo al gobierno de Pretoria.

Rhodes admitió que era posible que se hubiera discutido la propuesta, aunque no podía recordarlo.

De este modo, mediante preguntas, sir William Harcourt puso en evidencia lo que, en verdad, estaba contenido en el telegrama de Jameson: es decir, que el objetivo de la incursión no estaba decidido cuando el doctor se puso camino; que Jameson no tenía intención alguna de ir a Johannesburgo, sino de lanzarse sobre Eirene, el lugar donde los bóer almacenaban sus armas y municiones, a unas siete millas de Pretoria, atacando así al gobierno de Krueger en el corazón y de manera directa.

Todos esperaban que sir William Harcourt prosiguiera con su interrogatorio a la mañana siguiente, pero no lo hizo y yo quedé muy decepcionado. La comisión se disolvió ese día y nunca se volvió sobre ese punto.

Por mi vida que no podía imaginar la situación ni adivinar el secreto. Sin embargo, más tarde me enteré de todo por Dilke, que era el más informado de los miembros del Parlamento. Él fue quien me dijo lo que ya he expuesto en el capítulo XIV[37]: es decir, que cuando el emperador alemán felicitó a Krueger por haber derrotado a los atacantes, la reina Victoria le reprochó vivamente su acción, declarando que parecía que estaba tratando hacer a su gobierno responsable de lo sucedido, mientras que ninguno de sus ministros sabía nada sobre la incursión. El emperador se disculpó humildemente por el error cometido.

—Pero cuando el comité sudafricano volvió a poner el asunto sobre el tapete —dijo Dilke—, un estadista conservador habló con sir William Vernon Harcourt y le habló de la carta de la reina al emperador y de la respuesta de éste, y una vez establecidos estos hechos, el conservador continuó señalando que si sir William Vernon Harcourt continuaba con sus investigaciones y demostraba la complicidad de Chamberlain o, de hecho, hacía de su complicidad una probabilidad, estaría probando que la reina había dicho algo que no era verdad. Dejó que el buen sentido de sir William Vernon Harcourt decidiera qué era lo adecuado y si debía continuar o no con su interrogatorio. En consecuencia, sir William abandonó su plan y renunció a la victoria que hubiera podido obtener sobre Chamberlain.

El comité condenó severamente a sir Graham Bower, el secretario que había traicionado a su superior, sir Hércules Robinson, pero Chamberlain le dio en seguida una gobernación. Así se recompensa la traición en Inglaterra.

Con Robinson pasó algo parecido. Formuló dos o tres cargos precisos contra Chamberlain y en mi viaje de regreso a casa desde Ciudad del Cabo, en abril del 96, me habló con pelos y señales de estas acusaciones, pero me rogó que no dijese nada hasta que él hubiera regresado a Londres, porque tenía intención de formularlas personalmente contra Chamberlain.

Cuando volvió, le escribí diciéndole que estaba preparado para

verlo en el momento que deseara y él contestó diciendo que me daría una cita inmediata. Después volvió a escribir, dejándome de lado en una carta cuyo tono había cambiado mucho. Y cuando insistí, escribió diciendo que estaba enfermo, demasiado enfermo como para ver a nadie aunque mientras tanto había visto al funcionario colonial y a Chamberlain. De pronto, le hicieron lord Rosmead y no volvió a oírse nada más sobre las acusaciones contra Chamberlain. Los ingleses suelen cerrar las bocas con títulos.

Aventuras africanas y salud

Deseo hablar de algunas de las aventuras africanas que tuvieron lugar poco después de haber cumplido mi cuadragésimo aniversario.

África. Cuántos recuerdos agradables suscita esa simple palabra: aquella primera noche en el desierto que se extiende al sur de Biskra, con los solemnes árabes sentados en círculo, escuchando al relator de cuentos que conducía la antiquísima historia hacia un desenlace desconocido, en tanto representaba a los personajes, personificando al villano y al héroe, al esclavo y al gobernante, y haciendo vivir para nosotros el drama con la magia de su personalidad.

O aquel largo ascenso a caballo por Table Mountain en compañía de Cecil Rhodes. Todavía lo veo de pie —un Cortes de mayor altura— dándole la espalda al Pacífico y poniéndose en marcha hacia El Cairo, a seis mil millas de distancia, soñando con la inmensa meseta central, tres veces mayor que los Estados Unidos, transformada en un solo imperio.

Aquella gran meseta central, donde el aire es ligero y seco, como el champán, y el simple acto de respirar se transforma en un goce; donde el bendito sol reina durante todo el día y la tierra deviene olorosa bajo el cálido abrazo y en la espalda desnuda el sudor se seca formando ribetes de sal como las ondas que dibuja el mar en la arena de una playa, mientras que la noche es fría y vivificante a medida que la luna amarilla asciende sobre la selva oscura y transforma el campo en una tierra de hadas, y el aire dulce alienta el sueño en los miembros fatigados.

¡Y la libertad! No la libertad de Londres: libertad para hacer lo que hacen los demás, vestirse como se visten los demás y hablar como ellos, cacareando frases que eran ya medias verdades cuando recién se acuñaron y ocultando las ironías con sensiblerías untuosas. No, nada de eso. La libertad de África es la de los lugares salvajes y desdeñados de la tierra, donde se puede ser un hombre y pensar los

propios pensamientos, hablar verdades y vivir en la verdad y ofrecer un cuello desprovisto de yugos y unos brazos libres al sol de Dios.

Hacia finales de febrero de 1896, llegué a la conclusión de que comprendía Sudáfrica, y como Rhodes seguía en Londres, decidí viajar hacia el norte, por lo menos hasta las Cataratas Victoria en el Zambese, que siempre había deseado comparar con las del Niágara. En consecuencia, organicé una expedición y partí con ciento cincuenta porteadores. Como asistentes tenía a dos hermanos bóers, a quienes había conocido en el Estado Libre, y mientras estuvieron conmigo todo fue bastante bien. Pero su crueldad para con los porteadores negros era casi diabólica y un día, cuando el hermano mayor pateó a un negro y le rompió la pierna y manifestó su intención de dejarlo morir allí, me rebelé. El resultado fue que les pagué el viaje entero y los despedí. Nos separamos con cordialidad y el hermano mayor me dijo que vigilara atentamente a los negros y me asegurara de que hervían el agua para beber, porque de otro modo contraería alguna fiebre y tendría problemas. Resultó que tenía razón. Yo creía que la bondad tendría la misma eficacia que la crueldad, pero me equivocaba.

Sin embargo, llegué al Zambese y una soleada mañana vi por primera vez las Cataratas Victoria, que reducen a enanas a las del Niágara. Se presentaron ante mí, cobijadas en una bruma de arco iris, como si desearan ocultar sus profundidades, mientras que el gran Zambese se perdía hacia la derecha: un sendero plateado que conducía al mar lejano. La soledad, el escenario, el gran río y las cataratas, los animales salvajes de todas clases y, sobre todo, el sentimiento de estar viviendo en el mundo tal cual era hacía cien mil años, hicieron de esta experiencia el acontecimiento más importante de mi vida, separando el futuro del pasado y otorgándome un nuevo punto de partida.

Pasé dos o tres días explorando las cataratas desde todo punto de vista posible, y por las noches descansaba divinamente en mi tienda. A un día de distancia, más o menos unas quince millas al norte de las cataratas, y tal vez a quinientos pies más de altura, seguía escuchando el rugido de las aguas y parecía percibir un terremoto.

Este viaje nos agotó a todos. El camino era malo y el calor,

intolerable. Los ciento veinte o ciento treinta porteadores negros que habían continuado conmigo, dejaron sus cargas y se arrojaron al suelo, indiferentes a las moscas
tse-tsé
o a los mosquitos, ansiosos de dormir y descansar aun antes de haber comido. Tuve dificultades para rehuir a mis sirvientes personales y conseguir que armaran mi pabellón. Afirmaban que no podían encontrar la tienda grande. Según decían, tres o cuatro porteadores todavía no habían llegado. Finalmente, levantaron la tienda pequeña y pusieron en ella mi colchón. Sacaron mi mesilla y el banquito y me dieron algo de comer: pescado y carne de ciervo, que rocié con buen *whisky* y agua.

Como de costumbre, había hecho que emplazaran la tienda a unas cincuenta o sesenta yardas del campamento de los porteadores. Los negros no habían siquiera cortado arbustos espinosos para elevar una *zareeba* o cerca protectora. Lo único que deseábamos era dormir.

Aunque estábamos en el trópico, nos encontrábamos a algunos miles de pies por encima del nivel del mar, de modo que, por la noche, el aire era frío pese a que durante el día el sol quemaba los sesos. Después de comer, le dije al jefe de porteadores que podía irse a dormir. Entré en mi tienda, me puse el pijama y me tendí a descansar. La tienda era pequeña y el aire frío resultaba tan delicioso que dejé abierta la entrada. En el aire nocturno, la solapa de la puerta se mecía un poco porque la goma que la sostenía estaba algo gastada. Tendido en mi colchón, frente a la entrada, podía ver la gran bóveda púrpura del cielo, y a la derecha el linde del bosque, tal vez a unas cien yardas.

Un minuto después estaba profundamente dormido, sumergido en la somnolencia sin sueños del absoluto agotamiento físico.

De pronto, me molestó un ruido. La repetición del mismo me arrancó de mi sueño. Malhumorado, traté de abrir los ojos. Al comienzo, apenas veía nada.

¡Otra vez! ¿Qué era ese ruido?

En el campamento, todo estaba en paz y profundo silencio. Tenía el mosquitero en torno a mi cabeza y llevaba guantes. Escuchaba zumbar a los insectos.

¡Otra vez el golpeteo! Finalmente, estaba despierto del todo, más

que despierto.

La solapa de la tienda se había cerrado y había vuelto a abrirse. Y otra vez el sonido. La solapa, tres cuartos cerrada por un momento, era llevada hacia atrás por el elástico. Hubiera podido alcanzarla estirando la mano, pero para entonces estaba invadido por una curiosidad ansiosa.

¿Qué podía ser lo que hacía balancearse la puerta de la tienda con tanta regularidad?

De pronto, mi curiosidad se transformó en miedo. No sabía por qué. En lugar de ponerme de pie y salir a ver qué sucedía, apoyé la cabeza en el suelo y atisbé por debajo de la tienda.

Gradualmente, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude distinguir más claramente los contornos.

Allí, contra el cielo, había algo, y al recorrerlo con la mirada vi una cola con un penacho en la punta.

¿Qué podía ser?

De pronto, la puerta de la tienda volvió a cerrarse y a retroceder luego, tirada por la goma. Miré más de cerca el objeto, precisé sus contornos y lo comprendí todo.

Era un león adulto que se había echado en el suelo y jugaba con la solapa, como un gran gato. Evidentemente, se había arrastrado hacia la tienda, tal vez atraído por mi olor, había visto la solapa moviéndose con el viento y le había dado con la pata. Al verla balancearse, volvió a golpearla.

¡Un león jugando con la solapa de mi tienda, a dos pasos de mí!

Rápidamente, cogí mi Westley Richards, que siempre conservaba cargado junto a mí, y me tumbé para conseguir una línea exacta hacia su cabeza y su oreja.

Y de pronto pensé: ¿por qué matarlo? El gran gato no estaba haciendo ningún daño. Lo que su juego tenía de gatuno, de infantil, me hizo sonreír. Este sentimiento de piedad y amistad probablemente me salvó la vida, porque precisamente al vacilar… escuché una especie de ronco gemido largo a mi izquierda, y al mirar, vi con toda precisión, contra el cielo, el contorno de otro león, o más bien de una leona, porque no tenía melena, a unas cuatro yardas.

¿Cuántos había?

Yo ya había visto antes grupos de una docena. Por lo que sabía,

podían estar rodeando la tienda. Un zarpazo podía llevársela y dejarme expuesto.

Tal vez fuera más prudente quedarme quieto y esperar los acontecimientos. La leona avanzó unos cuantos pies y después se estiró, bostezando. La veía con toda precisión a menos de diez pies de mí.

De pronto, el león que estaba frente a la tienda se unió a ella y la miró por un momento; después, volvió lentamente la cabeza hacia la entrada de la tienda y mi humilde persona.

Una vez más me eché el rifle al hombro y me pregunté, mirando al león, si él me veía con tanta claridad como yo a él. Después, reflexioné que contra la oscuridad de la tienda, no podía verme en absoluto. Esa era mi única ventaja. Ambas bestias estaban inquietas, curiosamente vigilantes, en especial la leona.

De pronto, vino un ruido del campamento y su cabeza giró en seguida, vuelta hacia el sonido. Un instante después se agazapó y comenzó a moverse sigilosamente hasta salir del limitado campo de mi visión.

Se repitió el sonido. Probablemente, algún negro se había levantado para algo, porque ante el segundo sonido, el león se volvió y se perdió lentamente de vista, en seguimiento de su compañera.

Me resultó imposible dormir. Traté de hacerlo, pero la proximidad de las grandes bestias era demasiado inquietante. Me encontré escuchando, expectante, con los nervios excitados por cada sonido.

Cada vez me despejaba más. Una y otra vez, atisbé el campo, pero no veía nada.

Los leones se habían ido, bien al bosque, bien al campamento, no lo sabía. No había señal de ellos.

De pronto empecé a ver los árboles que había a mi derecha con mayor precisión. La noche había terminado. Dos minutos después, brillaron largas flechas de luz: era de día.

Salí de la tienda y di unas palmadas. Un par de guías se acercaron a mí y señalaron el suelo en torno a la tienda Leyeron con toda claridad las señales: «león grande», y cuando señalé a algunos pies de distancia, encontraron el rastro de la leona y lo siguieron hasta el lugar por donde la pareja había entrado a la espesura.

Junto a las de la leona, se veían las huellas de un cachorro.

Les conté lo que había pasado, que el león había estado jugando con la tienda; todavía puedo oír el prolongado «¡Ohhh…!» de su sorpresa.

El segundo día de nuestro viaje caí enfermo de malaria, que pronto derivó en una fiebre del pantano. Me traté con grandes dosis de quinina y arsénico y seguí adelante, pero al tercer día debía haber tomado otro trago de agua del río sin hervir.

Me resultaba casi imposible conseguir que los negros hirvieran el agua: me decían una mentira tras otra. Esa noche mi temperatura pasaba de
40°
centígrados. Yo había aprendido en Viena, con Bilroth, que en ese punto la fiebre comienza a cebarse en el propio corazón y es preciso bajarla a toda costa, utilizando incluso hielo. Pero no tenía hielo y ese día y el siguiente, pese a las grandes dosis de quinina y de arsénico, mi temperatura continuó muy alta. Durante dos o tres días estuve fuera de mí, delirante. Mi guía, un negro enorme, me dijo con lágrimas en los ojos que los hombres decían que los espíritus que hablaban por mi boca estaban decididos a llevarme con ellos. Y una mañana descubrí que nadie respondía a mi llamada. Afortunadamente, la noche anterior había pedido unas latas de sopa y mi asistente no dejaba de ofrecerme latas de sardinas, que yo iba arrojando a un rincón de la tienda. Por la mañana, cuando desperté y llamé, nadie respondió. Y cuando me arrastré sobre manos y rodillas fuera de la tienda, descubrí que el campamento estaba desierto y mi botiquín había sido destrozado y dispersado por el suelo. Los porteadores me habían abandonado y habían destruido el botiquín antes de irse, creyendo que mi poder residía en las medicinas.

Había otras pruebas de que la amabilidad es un sentimiento que el negro ordinario desconoce. Desde el comienzo, yo había establecido como regla que mi tienda debía colocarse a unas cincuenta yardas de su campamento y pronto me vi precisado a dar otra orden: que debían apartarse unas cien yardas de su campamento para hacer sus necesidades. Pero esta vez, cuando creyeron que estaba a punto de morir y se decidieron a robar mis pertenencias y a huir, ensuciaron toda la zona de mi tienda,

supongo que como una señal de desprecio.

En todo caso, allí estaba, en la más absoluta soledad, sin nada más que mi rifle, un revólver y un cuchillo y unos veinte cartuchos en torno a mi cintura, nada para comer y tan débil que no podía ponerme de pie. De inmediato me dije: «Este es el fin. Cuanto más pronto aloje una bala en mi cabeza, mejor. No tiene sentido escribir nada; nadie lo vería. Si algún blanco llega a este lugar y encuentra mi cuerpo, el rifle resultará explicación suficiente. ¿Tengo algo que decir que sea importante para alguien?». Decidí que no. Levanté el rifle para terminar con todo, cuando de pronto mis ojos percibieron las cinco o seis latas de sardinas que la noche anterior había arrojado a un rincón de la tienda.

Seis botes de sardinas y uno de sopa significaban vida para un buen tiempo y después de todo estaba bastante cerca del Zambese, es decir, del río que corría hacia el mar y hacia la civilización, digamos a unas seiscientas millas de distancia. Si hubiera estado bien de salud, veinte millas por día me hubieran conducido al mar en un mes, pero incluso enfermo, seguramente podría hacerlo en dos meses. Hice un atado con las cosas que más necesitaba, cogí varias cajas de cerillas y una pequeña tetera de hojalata, me eché todo a la espalda y dos días después llegaba al Zambese. Decidí no perder de vista al río y buscar una canoa. Tal vez hubiera alguna abandonada y tuviese la suerte de encontrarla.

A la mañana siguiente comencé a viajar hacia el mar. Al comienzo, la fiebre era muy alta, pero seguía tomando dosis diarias de quinina y por la noche de arsénico. Desgraciadamente, tenía un solo paquete, que había sacado del baúl que estaba junto a mi cama. Tenía que conformarme con dosis pequeñas.

Tal vez, el duro ejercicio o el ayuno me hicieron bien. Dos o tres días después calculé que habría hecho unas quince millas río abajo y me sentía más fuerte, de modo que hice mi primera comida, que consistió en tres sardinas. Durante toda la tarde me sentí muy mal y al día siguiente apenas podía arrastrarme. Cada vez que veía algo parecido a un sendero que atravesaba los juncos en dirección al río, buscaba una canoa, pero durante muchos días no vi nada, excepto algunos hipopótamos en el río y algunos ciervos a lo lejos. Sin embargo, cuanto menos comía, menos fiebre tenía. Pero la debilidad persistía, mis piernas parecían carecer de huesos y una

caminata de media hora me agotaba. Nunca podré explicar realmente cuánto sufrí. No creo que haya podido hacer mucho más de sesenta o setenta millas en un mes. Y un mes transcurrió antes de encontrar una canoa, tres días después de haber devorado mi última sardina.

Pero la piragua fue mi salvación y comprendí que podría hacer cincuenta o sesenta millas por día. Un buen tiro podría proporcionarme alimento y la corriente me llevaría a la civilización en diez o quince días: la sola esperanza me dio nuevas fuerzas. En una hora había hecho un par de remos primitivos, atravesado los juncos y metido en plena corriente. Ya no habría penosas caminatas… gracias a Dios.

La suerte se puso de mi lado. Ese día o el siguiente vi un pequeño hipopótamo de pie en la orilla. Apunté cuidadosamente, disparé y el animal cayó. Poco después, estaba junto a él en la orilla. Estaba muerto… la bala le había atravesado limpiamente la cabeza, detrás de un ojo. Me sentí más que un asesino, pero la necesidad es la ley primera. Le abrí la boca y le corté la lengua y marché con ella media milla río abajo. Después, hice un pequeño fuego y herví la lengua en mi tetera horas y horas, hasta que estuvo muy cocida. Entonces tomé mi primera comida verdadera en cinco o seis semanas. En ese momento cambiaron las cosas. Mi fiebre fue disminuyendo y dormí interminablemente. Sólo una cosa me molestaba: mi barba crecía de manera desmesurada y había en ella algunas canas. No eran muchas, podía contarlas, y después de todo tenía más de cuarenta años, pero su aparición me molestó muchísimo y me juré no acobardarme hasta haber sobrepasado los sesenta, si alguna vez podía salir de África.

No queda nada interesante que contar hasta que llegué al primer poblado portugués. Allí tuve una divertida experiencia. Aseguré mi canoa en la orilla, pero no me decidía a dejar mi tetera y algunas otras cosas, de modo que las llevé conmigo. Tan pronto como entré en la calle de la aldehuela, me crucé con toda clase de personas, que me miraban atentamente y huían espantados: niños, mujeres, hombres… todos. Pasé junto a una barbería y se me ocurrió adecentarme antes de tratar de ir a un restaurante. El barbero estaba afeitando a un hombre, pero en cuanto me vio dejó caer la navaja y huyó hada la trastienda. El hombre, afeitado a medias, se

puso de pie, indignado, pero después de lanzarme una mirada salió a la calle y desapareció. De modo que me acerqué al espejo y me miré. Jamás había visto cosa semejante: narices y ojos y una barba descuidada en el rostro de un cadáver. Nunca había visto una cara humana más delgada y mi aspecto, con las ropas sucias, la tetera en una mano y el resto de mis pertenencias en la otra, me hicieron comprender por qué huía la gente. Golpeé la puerta de la trastienda y el barbero se arriesgó a salir en cuanto vio el soberano de oro. Tenía bastante dinero. Poco después me había cortado la barba y me había afeitado, pero aun entonces mi cara me asustó: estaba demacrada, era el rostro de un cadáver. Pregunté al barbero dónde había un restaurante y me indicó uno calle abajo, y cinco minutos después estaba sentado frente a un bisté. Comí poco porque tenía miedo de indigestarme, y con razón. Una hora después, habiendo vomitado la mayor parte de lo que había comido, estaba de regreso en el restaurante para tratar de comer otra cosa, hasta que comprendí que era inútil. Mi estómago había quedado arruinado con las bayas y hojas que había ingerido. Apenas podía digerir nada. Mientras tanto, la mitad de la población se había presentado en el restaurante para verme.

Pese al calor, me compré un abrigo que cubriera mis andrajos y conseguí una habitación para pasar la noche en un hotel decente, donde me di un largo baño caliente. Parecía imposible llegar a estar limpio. Antes de meterme en la cama, vi al médico, un portugués que hablaba algo de inglés. Me dijo que tomara sólo sopa y me dio unas pildoritas de arsénico que me hicieron mucho bien. No tengo idea de cuánto pesaba en ese momento, pero un mes después, en el vapor alemán que me llevaba costa arriba, pesaba menos de ochenta libras, aunque mi peso normal de esa época era de unas ciento sesenta.

Debo explicar por qué no había engordado. Sólo el primer día pude comer y digerir algo de alimento. Al segundo día, nada me caía bien. Tenía agudos dolores de indigestión. Lo probé todo, pero mi estómago estaba irremediablemente dañado, en parte por las bayas y en parte por las otras cosas indigeribles que había comido. Si el lector desea saber qué es lo mejor que comí en muchas semanas, se lo diré; fue una pequeña serpiente, cuya cabeza corté, hirviendo luego el cuerpo. Y lo peor que he tratado de comer jamás

fue una oruga. Había cierta baya roja que realmente me envenenó, pero el sabor de la oruga no me abandonará mientras viva: era repulsivo.

El médico del transatlántico alemán lo intentó todo para ayudar a mi digestión, pero nada me hizo bien. En Alemania, Schweninger me convenció de que un ayuno de diez o catorce días solucionaría los problemas de mi estómago. Ensayé el ayuno y lo prolongué hasta que las piernas no me sostenían cuando intentaba bajar escaleras. Entonces comencé a beber leche y después sopa de verduras, normalizando gradualmente mi dieta. Pero en cuanto volví a comer sólidos, tuve una indigestión insoportable.

Schweninger no me enseñó nada, salvo la ciencia del adelgazamiento, cuya bondad ya había probado con Bismarck. Su descubrimiento consistía en que era el beber durante las comidas lo que engorda. Si no se bebe nada media hora antes y dos horas después de las comidas, se perderá peso en la proporción de un par de libras por día, una vez transcurridos los dos primeros días. Siguiendo este régimen, Bismarck consiguió adelgazar unas sesenta libras, siendo ya viejo, recuperando la salud. Más tarde, yo también probé esta cura y la hallé eficaz. Desde entonces, siempre que deseo normalizar mi peso, sigo el régimen de Schweninger durante unos días.

Cuando comprendí que Schweninger —y de hecho ningún médico en toda Europa— no podía aliviarme, regresé a Londres. Ese verano un conocido especialista me dijo que pusiera en orden mis asuntos, porque me quedaba poco tiempo de vida.

—No escucho su corazón —dijo, y señalando a unos escalones que se veían del otro lado de la calle, agregó: Subir corriendo esos escalones lo mataría con toda probabilidad.

Era la princesa de Mónaco la que me había llevado a verlo, de modo que, cuando nos encontramos otra vez en la calle, subí y bajé corriendo los escalones tres veces, a tanta velocidad como pude, y, después reímos mucho.

Un año más tarde, pasé por la casa del médico y entré a verlo. Después de examinarme cuidadosamente, me dijo que mi corazón estaba en perfectas condiciones, mis arterias eran como las de un muchacho, y me preguntó por qué había ido a verlo. Cuando le recordé su diagnóstico anterior, miró sus fichas y vio que había

escrito que mi corazón era casi inaudible, más débil que el de una mujer. Me rogó que le dijera lo que había hecho y cómo había logrado el cambio.

Ya he contado que fue mi médico de cabecera, en Londres, quien me dio a conocer el lavado estomacal. Este me enseñó qué era lo que podía digerir y qué lo que tenía que desechar, dándome así un dietario científico y completo. Me impuse la obligación de no comer nada de lo que me caía mal y obtuve una salud casi perfecta.

Por supuesto, de vez en cuando pecaba un poco. Si, arrastrado por la compañía, bebía un poco más de lo que debía, el lavaje de mi estómago eliminaba el malestar y me deparaba un descanso perfecto. Si ingería demasiado almidón o aceite, y la primera agua de la purga estaba coloreada o llena de impurezas, daba otro baño a mi estómago, pero siempre me iba a la cama con el estómago tan limpio como la boca.

Puedo aportar un dato que tal vez puedan explicar los médicos y científicos. Después de algunos años de dieta cuidadosa, descubrí que podía comer y digerir un poco de pan y hasta de mantequilla. Por supuesto, sólo lo hacía durante el almuerzo, pero a veces un ligero dolor de cabeza, un par de horas después, me advertía de que me había permitido demasiado. El dolor pasaba y comía mi ligera cena habitual. Unas cuatro horas después, me lavaba el estómago y de pronto aparecía la mantequilla ingerida durante el almuerzo, doce horas antes. El estómago había permitido que el resto del almuerzo y toda la cena pasaran al intestino, pero había retenido la mantequilla para que fuera eliminada a su debido tiempo.

Este hecho me ha llevado casi a creer que las células específicas del estómago son de alguna manera semiracionales y actúan según los intereses de la salud general.

Hay otro factor que es preciso mencionar en relación con el lavado estomacal, y es el baño intestinal de agua tibia que se hace una o dos veces por semana para regular los intestinos y mantenerlos saludables.

Pero ni siquiera la dieta más cuidadosa producía una salud perfecta sin ejercicio regular. Desde la infancia me había acostumbrado a hacer ejercicio, metódicamente, por la mañana y por la noche. Pronto me di cuenta de que, en los adultos, la indigestión proviene, por lo general, del hecho de que no mueven lo

bastante la parte media del cuerpo. El niño está todo el tiempo inclinándose e irguiéndose, es decir ejercitando el abdomen, pero el adulto mantiene casi inmóviles el estómago y los intestinos. Descubrí que ejercitar esa parte del cuerpo era mejor para la salud que desarrollar los músculos de los brazos, las piernas y el pecho. Y así, durante muchos años hice ejercicios con objeto de mejorar mi digestión.

Debo destacar aquí el hecho de que cuando tuve mi primer ataque de indigestión tenía casi cuarenta años y que lo que realmente arruinó mi estómago fue la terrible experiencia del Zambese. A medida que iba envejeciendo, a partir de los cuarenta, descubrí que con frecuencia el ejercicio resulta demasiado violento. Comencé a desechar las pesadas clavas y pesas que me había gustado usar durante mi juventud.

Los extraños, y aun aquellos que me conocen, se sorprenden siempre ante mi salud física casi perfecta y la juventud comparativa de mi aspecto que la acompaña. Cuando les explico que mi salud se debe al estudio del cuerpo y a la observancia cuidadosa de las reglas que contribuyen a una vida sana, me ruegan que publique algo sobre esto.

Muy poca gente comprende hasta qué punto está dentro de las posibilidades de un hombre medianamente fuerte mantenerse en perfecta salud. Después de la quiebra de mi salud en el año 1896, comencé, como ya he dicho, a estudiar la salud y la digestión desde todos los ángulos posibles. En el otoño de ese año, descubrí que estaba perdiendo el cabello: había un punto calvo en mi coronilla. De inmediato me puse a pensar en un remedio. Por supuesto, la causa de esto eran los años y mi momento de mala salud; pero ahora que la había recuperado, ¿cómo iba a hacer para salvarme de la calvicie? Me pareció que el punto calvo en la coronilla provenía sobre todo del uso del sombrero, que impedía que los cabellos recibieran aire y las raíces se ejercitaran. Según esto, pensé en un sustituto al ejercicio y comencé a rascarme la cabeza de modo de excitar a los cabellos que rodeaban al punto calvo. Poco después descubrí que había acertado, porque los cabellos volvieron a crecer y la calvicie desapareció gradualmente. Practiqué este truco durante seis meses, y desde entonces no he tenido problemas.

Más o menos de la misma manera, me sucedió más tarde que

mis ojos se cansaban de mucho escribir y leer. Fui a los mejores oculistas y me dieron gafas que me ayudaron un poco, pero pronto, pese a las gafas, comencé a tener problemas otra vez. Siempre había sido miope por astigmatismo, pero veía bien de cerca y hasta los cincuenta años pude leer entre diez y doce horas diarias, sin notar fatiga; pero luego, después de cuatro o cinco horas de lectura o escritura, mis ojos solían nublarse por espacio de minutos. Tenía que dejar de leer y esperar. Estas debilidades fueron haciéndose más y más frecuentes, de manera alarmante. Fui a los ópticos, pero descubrí que eran tan ignorantes como los doctores. Uno recomendaba otras gafas, pero el cambio no me ayudaba; otro me dijo que debía sentirme orgulloso de ser capaz de leer durante dos horas seguidas sin padecer. En realidad, estos especialistas no me satisficieron. Entonces, tomé el asunto en mis manos. «Sufres —me dije— porque tus ojos se mueven mecánicamente de arriba a abajo de la página y se cansan». Por lo tanto, comencé a ejercitar mis ojos todas las mañanas, moviéndolos de un lado a otro de la habitación, durante quince minutos diarios. A finales del mes, tiré todas mis gafas y ahora, pasados los setenta años, puedo leer o escribir doce o catorce horas por día sin problemas, como lo hacía cuando era un muchacho. Para los ojos, un cambio de trabajo es casi tan bueno en el sentido del descanso como lo es para otras partes del cuerpo.

Con frecuencia me preguntan dónde adquirí mis conocimientos de anatomía. Cuando estudiaba en Alemania hace cincuenta años, oí hablar del celebrado doctor Bilroth, de Viena, y fui allí a estudiar con él. En ese momento, la idea de ser médico me gustaba más que cualquier otra. Para mí siempre ha habido dos clases de personas sagradas: la de los que disminuyen el dolor y la de los que aumentan el placer. No me creía lo bastante bueno como para ser un escritor o un científico, dando placer de ese modo, pero sí creía poder ser un gran médico. Pronto descubrí que me tomaba la ciencia mucho más en serio que los estudiantes ordinarios, los médicos y hasta los profesores.

Podría citar docenas de ejemplos increíbles de la indiferencia hacia el sufrimiento humano, no sólo de los estudiantes y doctores, sino también de las enfermeras. Pero me limitaré a narrar el más importante, que me hizo abandonar la universidad. Un día entré en el quirófano y vi que el doctor acababa de concluir la difícil

operación de extirpar un cáncer del seno de una mujer: el lugar estaba casi lleno de estudiantes, lo cual me sorprendió y pregunté qué sucedía. Me dijeron que el cirujano había hecho una apuesta bastante alta, afirmando que podía extirpar el cáncer y terminar la operación en cierto tiempo dado, creo que eran quince minutos. Quedé horrorizado cuando se volvió hacia nosotros y, sonriendo, observó que había ganado. Cuando miré a la paciente, vi de pronto un pequeño punto de sangre en su seno. Lo señalé y le dije al doctor:

—Se ha precipitado usted.

Su cara cambió. Inmediatamente, tuvo que sacar los puntos, reabrir la herida y cerrar la arteria, que había olvidado y descuidado a causa de la permanente aplicación de hielo. Cuando el seno estuvo abierto, la sangre ya salía a borbotones de la arteria: y cuando la cogió para cerrarla, la mujer hizo un ligero movimiento y murió.

—Podría haberle pasado a cualquiera —observó.

—Es usted un bruto —exclamé— y habría que acusarlo de algo más grave que el asesinato.

Dejé la habitación porque estaba a punto de pegarle. Hablé del asunto a los superiores, cosa por la que todos los estudiantes se ofendieron, pero ellos me consolaron a mí y se consolaron a sí mismos con el hecho de que se trataba de una mujer pobre y que por lo tanto no podía esperar el mismo tratamiento que recibían los que pagaban.

El incidente, que vino a coronar otras cincuenta experiencias menores, me hizo ver que siempre estaría enfrentado con toda la profesión y que ya podía ir despidiéndome de mi deseo de ser cirujano, de modo que abandoné Viena y me fui a Grecia.

Antes de dejar esta cuestión de la salud, debo decir una cosa: el más sabio proverbio francés es el que dice que *une fois pas coutume n’est*

(una vez no hace hábito) que, si se lo interpreta bien, quiere decir que es posible hacer muchas cosas una vez que, si se intentaran repetir con frecuencia, nos llevarían al desastre. He conocido el tiempo en que un trago me hacía realmente bien, pero si hubiera continuado bebiéndolo todas las noches durante una semana, me hubiera quedado en un estado lastimoso. De la misma manera, hay

muchas cosas que es posible comer una vez cada tanto y no se pueden comer todos los días. *Une fois pas coutume*
n’est
constituye una buena regla para la salud física.

Bellezas oscuras

Este viaje hasta el Zambese fue la aventura más extraordinaria de mi vida. Cambió toda mi concepción del mundo. Hasta ese año, alrededor de mis cuarenta, siempre había tratado de creer en una Divinidad que

> … moldea nuestros fines,
> desbastándolos a nuestra voluntad[38].

Después del viaje, comencé a poner la coma después de «desbastándolos», en lugar de después de «fines».

En cuanto nos internamos en Bechuanaland, al noreste del Transvaal, nos visitaban constantemente tribus negras, hombres y mujeres, y nos pedían telas brillantes y cuchillos y por supuesto mis bóers, quienes los conocían muy bien, me habían provisto de toda clase de cosas con las cuales realizaba trueques por pieles, etcétera. Pronto descubrí que el menor de los hermanos gustaba de gratificar su lujuria con cualquier muchacha negra que le apeteciese y tuve que reconocer que las chicas eran cualquier cosa menos reservadas. Karl era un hombre hermoso, grande, de seis pies de altura y unos treinta años y su hermano era aún más grande y fornido, unos diez años mayor y en general más brutal. Siempre lo llamábamos el «Doctor».

Recuerdo que una mañana se nos había hecho tarde y algunos de los guías negros reían porque Karl no estaba preparado, ya que había pasado la noche con una chica negra, en su tienda. En cuanto el «Doctor» se enteró de esto, se metió en la tienda y arrancando los tensores, la levantó y mostró a su hermano, a medio vestir, que estaba empacando. La joven negra que había estado ayudándole, se sobresaltó y, sonriendo, tendió sus manos hacia el «Doctor». Rojo de cólera, la cogió por el seno izquierdo y la apartó bruscamente. Ella chilló y empezó a llorar. Karl protestó, pero yo estaba furioso.

—Quiero que se entere de una vez por todas —exclamé—, que no permitiré que maltraten a esta gente.

—¡*Bestie*! —contestó.

—Es posible que, en su opinión, sean bestias —continué—, pero insisto en que se los trate decentemente. ¡Besar a una chica y luego maltratarla es vergonzoso! ¡Y no lo toleraré!

Karl hizo un gesto de asentimiento y el «Doctor» se alejó murmurado, con el ceño fruncido.

Fue Karl quien, en nuestra parada siguiente, me dio una lección sobre moralidad negra. Una tribu pequeña se había acercado a nuestro campamento a mendigar. Él y yo sacamos algunas de nuestras cosas de colores y se las mostramos a las mujeres y a las niñas, que enloquecieron de gusto. Una de las más bonitas de entre ellas, una chica de unos quince años, cogió un trozo de tela azul brillante. Por supuesto, estaba desnuda, con excepción de un pequeño delantal. De inmediato, Karl le puso la tela sobre los hombros. Ella rió alegremente y se paseó mostrándola. Él se acercó y la besó, diciéndole que podía guardarla. Ella lo rodeó en seguida con sus brazos y, diciendo algo, levantó su delantal.

—¿Qué dice? —pregunté.

—¡Que está preparada para recibir a un hombre! —dijo Karl.

—¿Qué quiere decir? —volví a preguntar, y Karl se puso a explicarme una costumbre que, en mi opinión, era casi universal.

—En cuanto media docena de chicas de una tribu llegan a la pubertad —dijo Karl—, un par de ancianas las llevan junto a la corriente de agua más cercana. Allí las viejas, con gran ceremonia, rompen el himen de las niñas y las declaran aptas y preparadas para, una semana después, dar placer a los hombres y procrear.

El asunto me sorprendía. Siempre había pensado que la doncellez era el resultado, o al menos la indicación, del instinto de propiedad del macho, y si había ido desarrollándose gradualmente por selección natural, ¿por qué despojarse de ella de una manera tan brutal? Pero Karl me aseguró que a las chicas les gustaba desembarazarse de ella y quedar libres para dedicarse a los usos más altos de la madurez.

Después de un mes de travesía, una noche nos visitó una tribu que poseía una jovencita casi completamente blanca. Los jefes de la tribu aseguraron a Karl que era producto de un misionero blanco que quince años antes había llegado muy al norte atravesando el gran río.

Tiempo después, conté la historia a Stanley y me pregunté si, mediante una nueva especie de *paper-chase*[39], había encontrado a Livingstone siguiendo el rastro de retoños mulatos a través del África. Pero Stanley no tenía sentido del humor y pareció sentirse molesto. Sin embargo, debo agregar algo con respecto a esta muchacha. Estaba extraordinariamente orgullosa de su sangre blanca y rogó a Karl que le encontrara algún hombre blanco al cual pudiera entregarse, terminando con los negros para siempre. Curiosamente, aunque tenía edad suficiente, se había negado a someterse al ministerio de las ancianas negras y por lo tanto seguía preservando su virginidad. Deseaba niños blancos, declaró, y nunca se entregaría a un negro.

Fue el Doctor quien emprendió la tarea de calmar su deseo, y fue aceptado con agradecimiento, aunque yo siempre pensé que en las venas de él había sangre negra. Sin embargo, era por lo menos blanco a medias.

En el transcurso del mes siguiente, encontramos tres ejemplos similares y en todos los casos se manifestaba el mismo orgullo insensato en las mulatas. ¡Para nosotros se transformó en un chiste asegurar que seguíamos los pasos del misionero!

Cuando ya nos acercábamos al Zambese, pasamos un día entero atravesando una jungla densa donde, hacia mediodía, descubrimos una manada de babuinos. El Doctor iba un poco avanzado del resto de nosotros y casi en seguida una inmensa hembra de babuino lo distinguió y comenzó con gestos inconfundibles, a mostrarle que le gustaba y que estaba más que dispuesta a ser su amor. Naturalmente, el incidente me divirtió muchísimo y convencí a los hermanos de que dejasen continuar el juego. Para abreviar, diré que la hembra se mantuvo junto al Doctor hasta el borde de la jungla y un poco más. La obscenidad grotesca de su exhibición, la inconfundible pasión del animal, me permitieron una comprensión nueva de los lazos íntimos que nos unen a nosotros, hombres, con nuestros antecesores simios.

> Por mucho que lo disimulemos
> Nosotros, hombres, somos una pequeña raza[40].

Nunca tomé parte en las orgías nocturnas que realizaban los miembros de nuestra caravana con las muchachas de las diversas

tribus que nos visitaban para mendigar y realizar trueques. Yo me contentaba con mi Kodak para hacer instantáneas de las muchachas más bonitas y los jóvenes más guapos y en este campo realicé descubrimientos notables. Ninguna de las chicas se negó a posar para mí y ninguna vaciló en quitarse el pequeño delantal que usaban habitualmente; pero debajo del delantal, había un pequeño taparrabos que todas rechazaron sacarse. Su sexo les parecía feo y no lo exponían voluntariamente.

Otro hecho curioso. Pronto descubrí que estas chicas no se reconocían asimismas en las fotos. Uno de nuestros guías era un negro con el cabello totalmente blanco. Cuando mostrábamos a las chicas este negro y luego su fotografía, todas lanzaban exclamaciones de deleite. Lo reconocían a él, pero no a sí mismas. He observado a menudo que un perro no se reconoce en un espejo. Tal vez sea necesario cierto grado de inteligencia para saber cómo somos.

Algunas de estas muchachas de color tenían cuerpos muy bellos. Por lo general, se piensa que sus pantorrillas son demasiado delgadas y sus senos demasiado fláccidos. Naturalmente, considerando su maduración temprana, pronto muestran estas señales de la edad, pero desde los diez a los quince años tienen figuras con frecuencia perfectas.

¿Por qué no me tentaban? No podría decirlo. Las mulatas me atraían mucho más. Pero el tipo negro puro me dejaba totalmente indiferente.

Me gustaba hacerles fotografías en las actitudes más lascivas; gozaba envolviéndolas en telas bonitas y despertando su coquetería, pero cuando trataban de excitarme, les daba una palmada en el trasero y me iba. Jamás pude comprender el atractivo que poseían para la mayor parte de los hombres blancos. Sabía que esto era así desde mis días universitarios en Lawrence, Kansas, donde todos mis camaradas acostumbraban a cazar regularmente en el barrio negro, pero incluso entonces nunca fui con ellos, y no por un escrúpulo moral, sino simplemente porque la muchacha negra, por bien hecha que esté, no excitaba en mí lo que el doctor Johnson llamó las «propensiones amorosas».

Sin embargo, Karl y el Doctor me dijeron que las chicas negras eran mucho más apasionadas que las blancas.

—No hay comparación —solía decir Karl—. Las chicas negras y también los chicos, sienten la excitación sexual mucho más intensamente que cualquier blanco.

Es posible que sea verdad. He visto a *cocottes* parisinas erigiendo en héroes a sus amantes negros. Una y otra vez me han repetido lo que afirmaba Karl. Pero no es sólo el vigor del negro, sino el tamaño de su sexo lo que hace que sean tan estimados por las prostitutas francesas. Por otra parte, también el sexo de la negra es más grande y esto sin duda resta placer. Además, siempre está presente ese olor ratonil que es más que suficiente para ahogar mi deseo. Pero para mí el obstáculo principal es la falta de inteligencia, porque las muchachas hindúes son con frecuencia muy oscuras y tienen ese olor, y sin embargo, sus inteligencias o su mayor comprensión espiritual las hacen eminentemente deseables.

Sin embargo, mi virtud estaba destinada a conocer una derrota. Una noche, Karl animó a meterse desnuda en mi cama a una chica que habíamos encontrado, casi completamente blanca. Yo estaba adormilado cuando entró y se tendió junto a mí, o mejor dicho, encima de mí. El calor de su cuerpo me había excitado antes de haber despertado del todo y antes de tener clara consciencia de lo que hacía, estaba gozándola. Cuando la vi, no me sentí decepcionado. He visto chicas italianas con pieles más oscuras y rasgos más vulgares. Pero no puedo decir que me haya dado un placer extraordinario. No obstante, hizo lo que pudo y para ella el juego del amor era el mejor de todos. Se deleitó enseñándome los términos *swahili* para el sexo y sus placeres, y cuando yo los utilizaba gritaba de gozo.

La chica era bastante inteligente, de modo que le hice preguntas sobre perversiones sexuales. Parecía pensar que no existía tal cosa, que naturalmente los seres humanos tomaban todo el placer que podían conseguir allí donde pudieran conseguirlo. No había ni sombra de regla moral en todo ello. Me dijo incluso que la mayor parte de las muchachas negras no sabían besar hasta que se les enseñaba y quedaban muy asombradas ante cualquier extensión del acto de besar.

Me hubiera olvidado por completo de esta chica si no me hubiese rogado que la llevara conmigo en mi expedición. No podía hacerlo, pero algunas telas brillantes y cuentas de colores la

consolaron pronto de mi defección y un día la vi provocando al Doctor, lo cual disipó cualquier resto de escrúpulo que hubiera podido tener.

Se me ha pedido que escriba sobre las perversiones sexuales; pero no tengo experiencia personal en ellas, ya que siempre me han ocupado por entero los deseos normales del hombre por la mujer. Pero una vez, en Nueva York, recibí una carta de una chica de Toronto que, en su franco lesbianismo, contiene todos los signos de la verdad. Más tarde descubrí que la explicación de la perversión de esta muchacha debía buscarse en la permanente persecución física de su padre, cuando no era todavía más que una niña. Cito la carta textualmente:

> Cuando llamo, mamá abre la puerta. Saludarla es triste y agradable.
>
> Nos quedamos un momento conversando en el recibidor.
>
> —¿Está él allí?
>
> Mamá sabe a quién me refiero.
>
> —Sí —vacila y, después, como buena esposa, ruega—: Sé amable con él.
>
> Prometo que lo seré.
>
> Los niños me saludan alegremente y no sé qué decirles. Los niños me ponen nerviosa.
>
> El padre interviene con pesada ternura:
>
> —¿Por qué no viene a besarme mi duende?
>
> Está más gordo, más cano, más disoluto. Sólo los ojos y la frente sobreviven en parte al naufragio. Aprieto los dientes y lo beso con aparente agrado, enojada conmigo misma por no poder evitar que mi carne sufra ante el contacto. Su aliento es desagradable, con olor a *whisky* y a queso. Resucita una vivida escena de la infancia:
>
> Con la frescura de los bosques, la fragancia de la tierra y de las hojas rodeándola, con una bruma de poesía en la cabeza a causa de algo que ha estado escribiendo o leyendo, veo a la niña que era yo, entrando en la casa a la hora del té.
>
> —¡Terremoto! ¡Ven a darle un beso a tu padre!
>
> La niña se presta obediente a ser besada, molesta sólo porque han perturbado sus pensamientos. ¡Queso y *whisky*! Está horriblemente disgustada. ¿Cómo puede desear besarla alguien con semejante aliento? Después la veo apartándose, corriendo al jardín y enterrando la cabeza entre las flores.

Mi primer desagrado ante mi padre fue sin duda un desagrado estético que pronto se transformó en repugnancia.

—¡Fría como siempre! —se queja él, porque en cuanto puedo me aparto de su lado—. Toda cerebro; nada de corazón.

Mamá sonríe. Ella me conoce mejor.

El busca el *whisky*.

—Echa un trago; calentará tu sangre helada.

—No, gracias. No tan temprano; todavía no he comido nada.

Mamá me rescata con el desayuno.

—Está bebiendo demasiado —observa con desdicha.

Yo nunca lo he culpado por beber, como siempre hizo mamá. Pero no podía evitar despreciarlo por no ser lo bastante fuerte como para hacer que eso le sirviera.

En las noticias que me da mi madre durante el desayuno no hay mucho que no hable de desdicha. La mayor parte se refiere al hombre de la familia.

—Últimamente, ha estado más tiempo enfermo que sano. No puedo evitar pensar que no vivirá mucho… y todos estos niños… cinco y ninguno llega a los quince años. Y después, desamparada: No sé qué pasará.

Yo sí.

Veo una balanza: madre, niños —la escritura, la poesía, mi vida… y mi corazón se llena de resentimiento.

Trato de encadenar las ideas negras, ya que son demasiado poderosas como para eliminarlas. Después de todo, he venido aquí para estrechar lazos de amor.

Voy hacia el teléfono y marco el número de Louise. No contesta. Debe de haber salido, aunque las nueve y media de la mañana es una hora temprana para ella. Nada que hacer más que llenar una hora con ocupaciones fútiles. Más tarde vuelvo a intentarlo, pero sigue sin contestar.

Al mediodía vuelvo a llamar. Esta vez contesta su marido.

—Está pasando las vacaciones en St. Agathe… no regresará hasta el lunes.

No sé qué es lo que siento, pero es algo mucho más terrible que decepción.

Las calles están más grises que nunca y cae una llovizna.

Quiero abandonar de inmediato Montreal, pero ya he reservado una litera para el domingo a la noche y no tengo dinero para reservar otra. Todo lo que puedo hacer es quedarme. Comienza a poseerme un espíritu de desafío. Ya que debo quedarme, me divertiré. Voy inmediatamente al teléfono y llamo a Marguerite. Antes de abandonar

Montreal por Nueva York, ella me había manifestado mucho amor. Yo había tratado de recibirlo bien; siempre respondí con placer y pasión, porque es hermosa, muy artista (musicalmente hablando) y fascinante.

Reconozco su voz del otro lado del hilo.

—Marguerite! *Sapho qui parle*

C'est

.

—*Oh, ma chère!* Qué felicidad. ¿Dónde estás? Tengo que verte en seguida. ¿Quieres venir?

El entusiasmo francés, la voz que vibra con deleite inconfundible, son como un vino para mí. A pesar de su insistencia de que debemos encontrarnos en seguida —*immédiatement!, immédiatement!*, repite—, acordamos finalmente vernos esa noche en el estudio de una amiga. Vuelvo a salir a la calle, algo menos melancólica. Qué misteriosamente estimulante es el placer y la idea del placer.

La noche, la indestructible magia de la pasión en las venas y la bruma de un crepúsculo de primavera difuminando las luces, más blandas que la mayor parte de las luces ciudadanas. Los viejos edificios han adquirido carácter. No son espléndidos y llamativos como los monstruos de cemento de Nueva York.

Subo corriendo la vieja escalera que conduce al estudio. Es temprano y la anfitriona todavía no ha llegado, pero entro. En Montreal tenemos la costumbre de dejar nuestros estudios abiertos o con la llave al alcance de la mano, en un rincón accesible. El estudio familiar, lleno de cuadros que vi pintar, es otro placer. Alguien ha quemado incienso o madera de sándalo en la habitación. Estoy echada en un sofá, fumando y tratando de pensar en Louise, a quien he amado más de una vez en este lugar, cuando alguien llama a la puerta. Abro y encuentro a la mujer del estudio contiguo, parada allí como una bacante, con una jarra de vino tinto en la mano izquierda. Lleva un kimono transparente y su cabello está más bien desarreglado. Me alegra bastante verla. Una vez fuimos amigas.

—Te vi entrar —explicó, colocando la jarra sobre una mesa. Yo la señalo.

—¿Y eso para qué es?

—¡Oh, desde que vives en ese desierto del otro lado de la frontera, has olvidado algunas cosas!

Me pareció evidente que ella no había «olvidado». Parecía haber estado practicando mucho ese mismo día. Sirvió vino para las dos y después, reclinándose de modo que su kimono se deslizara por los hombros, comenzó inmediatamente a contarme, a la manera francesa, sobre su amante… la última.

Durante los últimos años que pasé en Montreal, todo el mundo parecía querer confesarse conmigo. Me transformé en una especie de depositaria de los problemas de la tribu artística, y en una época llevaba encerrados en mi memoria los secretos íntimos y los desaguisados de la mitad del *quartier latin* de Montreal. Venían a mí para todo, desde confesiones de violación —y de asesinato, una vez— hasta los más insignificantes pecados del espíritu. No sé por qué les inspiraba confianza. Me sentí perfectamente cómoda cuando Davila, por sobrenombre «Devil» y llamada «Dav» para abreviar, se puso de inmediato a desplegar frente a mí una intriga. Se fue cuando a las ocho llegó Regina, la dueña del estudio. Regina me saludó con un casto beso en la mejilla. Regina es una artista dos o tres años mayor que yo, aunque parece más joven. No tiene ni el cerebro ni la curiosidad vital necesarios para llegar a ser alguna vez una gran pintora. Sus pretensiones al título de artista residen sobre todo en un sentido del color vivido, casi viril y una técnica cuidadosa. Sus pretensiones a mi admiración son mucho más numerosas. Tiene un tipo oriental. Con un color oscuro y unos ojos magníficos, suavemente ardientes; sus rasgos serían pesados si no fuera por la vida que brilla en ellos, volviéndolos transparentes. El cuerpo es algo llenito, pero lo salva la firmeza de una juventud inusitada. Senos duros, no demasiado grandes y manos hermosas.

La atraigo junto a mí, en el sofá, y comienza a hablar de sus cuadros. En los últimos encuentro mucho que criticar.

—Es difícil comprenderlo, mirándote —le digo—, pero en tu trabajo falta el amor y hasta la pasión. ¿Cómo haces para dejarlos fuera?

—No lo sé, en realidad nunca he amado realmente.

Yo ya lo había supuesto, pero me limité a decir:

—¿Por qué no?

—No he encontrado a nadie de quien quiera enamorarme.

Es una actitud con la cual no simpatizo.

Raramente hago esperar a los dulces placeres del Destino. De modo que le digo:

—El amor es precisamente la despreocupación por eso. La perfección está en el artista y en el propio arte, no en el instrumento, ¿no es así?

Parece desconcertada.

—Los hombres no me inspiran —dice, vacilante—. Mis labios detestan el contacto de los suyos, tanto como mi pincel detesta pintarlos. No. No me inspiran en lo más mínimo.

¡Las mujeres siempre esperan ser inspiradas! Bueno… falta una hora para que venga Marguerite y esta criaturita es muy seductora.

Tomo sus manos y las beso. Amo las manos bellas.

—Tal vez yo pueda inspirarte.

Sonríe, insegura, pero la atraigo hacia mí y beso su boca, sus ojos, su garganta; y otra vez la boca. Sus labios se calientan, y los pequeños pezones se endurecen entre mis dedos. Jamás he acariciado una piel más sensitiva. Arde y tiembla allí donde la toquen, y me sorprende que un cuerpo tan receptivo sea inocente de amor. Ella no parece desear que siga siendo inocente, tentándome con el más hermoso abandono, que de buena gana recibiría con pasión. Pero el Destino, desacostumbradamente malicioso, interviene bajo forma de pasos en la escalera. Es seguro que pertenecen a Marguerite, a quien había olvidado. Regina también los escucha y unas manos calientes, represoras, se deslizan por mi cuerpo y se aferran a él un instante. No puedo evitar sentir pena por ella. Un beso final, que ninguna de las dos desea interrumpir, y me deja libre.

Coloco un biombo delante del sofá para dar a Regina tiempo de arreglar sus cosas —y también para evitar el brillo verde de los ojos de Marguerite— y llego a la puerta en el preciso instante en que llaman. Nada puede contener la exuberancia del saludo de Marguerite. Me alegro del biombo, por el bien de Regina.

Marguerite está pálida, más esbelta, más tigresa, que la última vez que la vi, ¡y aun entonces solía recorrer su cuerpo con mis manos preguntándome cómo se las arreglaba para esconder las rayas! El amarilloverdoso de sus ojos es tigre puro. Ha elegido sus ropas con el arte absoluto que sólo los franceses parecen poseer. Regina, bastante compuesta hasta para mi mirada, sale de detrás del biombo y coge el abrigo de Marguerite. Antes de que nos hayamos sentado, llegan otras.

La conversación y el vino conducen la tarde agradablemente hasta la medianoche. Marguerite —cuya pasión la hace impaciente, según parece—, me susurra varias veces que nos vayamos a su casa. Yo estoy ansiosa por ir, pero me interesa observar su impaciencia. Tal vez no sea amable, pero un poquito de dolor es buen condimento del placer… lo hace más vital, más agresivo.

Algo más tarde, llevo a Regina a un rincón, le digo que me voy a ir y pregunto si puedo verla al día siguiente, antes de partir para Nueva York. Consiente, por supuesto, besándome con sus grandes ojos. Después, dice impulsivamente:

—Desearía que pudieras quedarte más tiempo. Me gustaría hacer tu retrato con la expresión que tenías cuando… cuando estábamos juntas en el sofá.

—¿De modo que te he servido de inspiración? —y beso la hermosa mano, esperando que Marguerite no nos vea, y la dejo.

Marguerite y yo bajamos decorosamente las escaleras, pero afuera

el aire, la eterna luna, lo desierto de las calles, son demasiado para nosotras. Nos abrazamos en cuanto el policía de la esquina nos da la espalda.

Marguerite y yo estamos perfectamente de acuerdo en lo que se refiere a un importante detalle del amor: creemos que el ambiente debe estar en consonancia con la pasión. Así que ella, de modo natural, disminuye las luces en cuanto entramos a su casa, pone carbón ardiente en el incensario y sirve licor, en vasitos adecuadamente perversos. Entonces, olvidándolo aparentemente todo, salvo su necesidad de amor, se deja caer junto a mí. Me reclino en la alfombra y recibe mis besos en la garganta y el rostro echados hacia atrás.

¡Estúpidas ropas que interrumpen a mis labios! Las desprendo y se las quito; las mías también. El sofá es más cómodo que la alfombra. La levanto y quedamos de pie, una frente a otra, en un abrazo, un beso… el beso perfecto de dos cuerpos plenamente encontrados. Brota un deseo demasiado intenso para ser soportado. La transpiración humedece su piel y la mía. El perfume que se ha puesto en el cuerpo, no dulce sino algo insidiosamente acre de origen oriental, llena mi cabeza con una niebla caliente. Nos deslizamos sobre el sofá y permanecemos así por un instante, sujetas por nuestros brazos ardientes, con los senos en estrecho contacto.

Me libero y comienzo a tejer una red de besos sobre su cuerpo: los ojos, el cabello, la boca perfecta, los senos sin defecto, más allá del ínfimo remolino de su ombligo, donde la piel es cada vez más sensible, se estremece más con cada beso. (Me gusta llamar «arpa» a una mujer que amo). ¡Y por fin, el beso que es la culminación de todos los besos! Su cuerpo está convulso con la intensidad de la sensación. Penosos gemidos salen de su garganta, mezclados con palabras amorosas. Sus manos me acarician frenéticamente. Nos acercamos más. Su boca encuentra mis zonas sensibles. Placer increíble. En algún lugar de mi mente se formula este pensamiento: ¡qué hermoso trabajo haría un escultor que se atreviera con este enlace perverso de dos cuerpos perdidos en la pasión lésbica! Ambos cuerpos son lo bastante bellos, firmes, jóvenes y flexibles. Debiera haberlo realizado un escultor de la antigüedad.

Surcos fríos de transpiración crean estremecimientos pequeños y aislados en los lugares donde recorren la piel. El temblor de sus muslos, las sales amargas de su cuerpo en mi lengua y en mis labios, la presión y el movimiento dulce de su boca, me empujan a una ceguera color carmesí. Las sensaciones crecientes me hacen pensar en melodías que he escuchado, elevándose hasta un crescendo y terminando en el silencio súbito que simboliza la crisis. Parecemos descender flotando desde una gran altura y yacemos temblando deliciosamente, con el

placer de la pasión perfecta. Me incorporo un poco y, dulcemente ahora, deposito pequeños besos en sus piernas, sus caderas, por encima de los senos, a través de la garganta hasta sus labios y sus ojos agradecidos. Sigue siendo todavía… como una mujer de mármol. Apenas la reconozco hasta que me rodea con sus brazos y susurra:

—¡Amante! ¡Dulce, ardiente amante!

No se me ocurre una manera de llamarla que armonice con la reverencia que me produce su belleza y la intensidad de los placeres de que hemos gozado. Me arrodillo a su lado y beso sus manos.

Parece ser casi una ley el hecho de que amamos a quienes nos responden y adoramos todo lo que nos otorga placer… placer en su sentido más amplio.

¡Vicio! La idea me divierte. Sólo hay *gente viciosa*.

Marguerite se incorpora, se aparta y sirve algo; luego, se acuclilla junto a mí y levanta uno de los pequeños vasos hasta mis labios con una gracia encantadora.

Después nos vamos a la cama y nos echamos. Ella trae a Verlaine para que se lo lea, mientras se pega a mi cuerpo, apoyando la mejilla contra uno de mis senos.

Si el espíritu de Verlaine vigilara desde algún lugar de esta habitación, estoy segura de que habría aprobación en su nebuloso corazón. Y al día siguiente, Regina… ¡Regina!

Barnato, Beit y Hooley

Es un gran mundo para vivir en él,
Para prestar o gastar o ceder;
Pero para pedir, o tomar o llegar al corazón de un hombre
Es el peor mundo que jamás se haya visto.

Fue durante mi viaje por Sudáfrica, en 1896, que llegué a conocer el moderno mundo de las finanzas, donde los millones a veces se ganan o se pierden en un día mediante la especulación. En Johannesburgo empecé a conocer esta característica de la época.

Yo había oído hablar de Barney Barnato mucho antes de conocerlo. En el Rand Club, todo el mundo conocía al fornido hombre maduro de quien se rumoreaba que valía veinte millones y que era considerado por muchos el verdadero rival de Rhodes y Beit: diez o doce años antes, había desembarcado en Kimberley con el proverbial billete de cinco libras. ¿Cómo había hecho semejante fortuna en tan poco tiempo? Su presencia y su lenguaje no lo recomendaban. Se vestía de manera ordinaria y hablaba como un *cockney* ignorante, sin pronunciar las haches[41] y cometía disparates gramaticales casi en cada frase. Después de todo, Rhodes era «alguien», mientras que Barnato era sencillamente un *outsider*[42] para utilizar la palabra inglesa apropiada.

De Barney se decía que en sus primeros tiempos en Kimberley se había ganado la vida exhibiéndose como luchador. Ponía una alfombra cuadrada en el suelo y apostaba a que nadie podía aguantar sobre ella durante cinco minutos. Los rudos mineros aceptaban la apuesta, uno tras otro, pero pronto descubrían que el pequeño Barnato era un hueso duro de roer y por lo general perdían su dinero y recibían, además, una buena paliza.

Pronto, Barnato empezó a comprar concesión tras concesión en Kimberley y trabajando como había luchado, con toda su alma, se transformó muy pronto en uno de los hombres más ricos de la región. Desde el principio, fue inconcebiblemente mezquino. Jamás

invitaba a un trago: fingía que no llevaba cambio. Se contaba una historia sobre él que siempre me pareció característica. Una vez que fue a las carreras de Kimberley, contestó a una broma hecha a sus expensas afirmando que estaba dispuesto a apostar a que podía ganar mil libras antes de la noche. Varias personas aceptaron la apuesta. Cuando llegó al hipódromo, Barnato se acercó a una mujer que vendía limonada y otras bebidas y le preguntó cuánto pensaba ganar durante el día.

—Tal vez diez libras —contestó ella.

—Le daré veinte —dijo— por sus existencias y otras cinco por usted, ¿trato hecho?

La mujer aceptó y Barnato comenzó a vender sus existencias, y lo hizo con tal humor y con tal comprensión de casi cada minero que se acercaba, que pronto tuvo a su alrededor una gran multitud y vendió a precios fabulosos, obteniendo sumas cada vez más altas a medida que avanzaba el día. Finalmente, logró su objetivo y consiguió sus mil buenas libras, además del dinero de la apuesta.

Su inglés *cockney* lo hacía simpático a los mineros vulgares, pero su conocimiento de la vida y de los hombres era extraordinario, así como lo eran su energía y su confianza en sí mismo. Ya he contado cómo Rhodes y Beit lo vencieron en Kimberley, pero pronto Barnato se estableció en Johannesburgo como uno de los grandes propietarios de minas y acumuló otra inmensa fortuna. No obstante, sólo jugaba cuando estaba seguro de ganar. Una vez estuve en su casa, en una partida de *baccarat* donde en dos horas cambió de manos casi un cuarto de millón, mientras Barney dormitaba en un sofá.

Recuerdo que una vez me dijo que valía veinticinco millones.

—Muchacho —agregó—, he llegado a hacer tres millones en un día.

Siempre he pensado que se refería al día en que vendió a Rhodes y Beit sus concesiones en Kimberley.

No pretendo hacer aquí un retrato suyo y, sin embargo, es cierto que me gustaba Barney Barnato, porque era realmente agradable a pesar de su mezquindad en lo referente a pequeños gastos. Un día me contó cómo había dado cien libras por su primera concesión en la mina de diamantes de Kimberley. Trabajó día y noche en compañía de sus negros y cuando un mes más tarde llegó abajo, al

suelo azul donde encontraron las piedras, ganó diez mil libras en la primera hora.

—Treinta buenos diamantes —dijo—. Apenas podía creerlo cuando me ofrecieron ocho mil libras por ellos. Pero no los vendí hasta que no redondearon las diez mil, más o menos la mitad de su valor real, diría. A la semana siguiente, compré tres concesiones contiguas y desde entonces mi saldo bancario ha ido creciendo velozmente. No puedo quejarme. Recuerdo mi primer día sobre aquella alfombra en Kimberley. Tuve que luchar como un gato salvaje contra un enorme minero, y todo por cinco libras… Ha sido un cambio, ¿eh?

Todos saben cómo luchó Barney Barnato contra la caída del mercado de Johannesburgo, producida por los manejos de Rhodes. Se decía que había perdido un millón. Una vez, cerca del fin, lo encontré y cuando me habló de cómo lo habían apartado Rhodes y Beit y cómo había comprado en un mercado en quiebra y había perdido su dinero, le dije:

—Mi querido Barney, uno de estos días hará otra fortuna. ¿Qué es un millón para usted?

—¡Un millón! —barbotó—. Para mí un millón es… ¡un millón de billetes de una libra, so…!

Había algo desequilibrado en su mirada. De pronto se me ocurrió que Barney estaba agotado, y cuando se fue apresuradamente hacia otra habitación, hablando entre dientes, tuve la seguridad de que si no recobraba pronto su autocontrol, terminaría mal. Tal vez lo haya interpretado correctamente porque yo también había sufrido de los nervios y sabía que curarlos era fundamental. Debo decir que los mejores remedios son un cambio frecuente de ambiente y de compañía y la decisión de tomarse las cosas con tranquilidad durante un tiempo. Pero el pobre Barnato se aferró a su trabajo hasta el final.

Poco más tarde, de camino hacia Inglaterra, se arrojó por la borda del transatlántico en el cual viajaba. Recobraron su cuerpo y lo llevaron a Southampton.

Woolfie Joel, su sobrino, me dijo que Barney había trabajado hasta agotarse. Woolfie Joel poseía muchas de las buenas cualidades que le faltaban a Barnato. No tenía el genio de su tío, pero era mucho más culto y tenía una naturaleza generosa y

amable. Siempre tuve gran aprecio por Woolfie Joel.

Es el desarrollo de un hombre, su crecimiento, lo que tiene supremo interés para su prójimo. Quienquiera que pueda contar esa historia tendrá oyentes atentos, y tanto más si la historia es aquella del hombre «de los millones en un día», en una época en que todos quisieran ser ricos.

Fue en casa de Alfred Beit, en Park Lañe, en el 97 o 98, cuando le pregunté por sus comienzos. Estábamos sentados en una habitación que era al mismo tiempo una especie de jardín rocoso y jardín de palmeras, una habitación de rocas pardas y helechos verdes y suelo de mosaicos… un refugio de frescura agradable, penumbrosa y silencio absoluto, silencio audible, casi, enmarcado por el vago murmullo del mundo exterior.

Habíamos estado hablando de Kimberley y de sus primeros días allí y sus primeros éxitos, y yo estaba ansioso por saber cómo se las había arreglado, en esa carrera por la riqueza, para vencer a un hombre como Barney Barnato, que había llegado a Kimberley años antes que él y a quien jamás le había importado nada que no fuese el dinero, buscándolo día y noche con la avidez del avaro que colecciona peniques y ahorra migajas; o mejor aún, que cena suntuosamente a cargo de otro, impulsado por la loca avidez judía que encuentra un deleite sensual en la mención del oro y la plata, los diamantes, las perlas, los rubíes… sobre todo los rubíes, color de sangre de paloma y más preciosos que mil veces su peso en oro fino. Pese a su avaricia salvaje y su estridencia oriental, Barney Barnato poseía genio y no se le vencía fácilmente en su propio juego.

Como persona, Beit no era muy notable. Era bajo, incluso más bajo que Barney Barnato, y regordete. En sus últimos años, esa redondez se transformó en gordura. Pero hasta en su juventud, toda ella parecía habérsele «ido a la cabeza». La gran pelota redonda parecía demasiado grande para el cuerpo y los miembros pequeños. Pero era una cabeza muy bien formada, con una frente ancha y abombada, dada a la reverencia y al idealismo, como la de un poeta. El resto de la cara no estaba tan bien: la nariz bastante grande, pero algo picuda, no demasiado carnosa, un buen timón; el mentón bastante débil. No había en ninguna parte señal de gran coraje o resolución. Después de la frente, los ojos y la boca eran los rasgos más notables. Los ojos eran prominentes, grandes, castaños;

la mirada, a un tiempo aguda y reflexiva. La boca era grosera y mal dibujada y el labio inferior especialmente pesado. Me recordaba la cara de Rhodes, pero la boca de Rhodes era aún más grosera y más cruel que la de Beit. Su nariz también era más grande y más aguileña; el mentón y la mandíbula, más macizos. Un rostro fuerte, aunque no tan alerta intelectualmente.

Los modales de Beit eran nerviosos, vacilantes. Tenía un pequeño bigote negro y un tic curioso que consistía en retorcerlo con la mano derecha, aunque raras veces llegaba a tocarlo. La suya era la turbación nerviosa de un estudiante más que la seguridad de un hombre de negocios acostumbrado a tratar con hombres. Pero esa nerviosidad era superficial, debida tal vez a una débil salud, porque tan pronto como empezaba a hablar de negocios, se lo veía perfectamente seguro de sí mismo.

Beit no parecía querer hablar de Barney Barnato. Admitía sus dones, pero evidentemente no le caía bien. Pero si a Beit le desagradaba ser comparado con Barnato, nada lo enorgullecía más que ser comparado con Rhodes. Sentía una admiración profunda y patética por Rhodes, el tipo de admiración que sólo un idealista nato podría mantener intacta a través de años de relación íntima. Y en conexión con Rhodes, no le desagradaba hablar de sí mismo. Las palabras de Goethe, parafraseadas al comienzo de este retrato, parecieron conmoverlo.

—Sí —dijo—, esa es la buena época de la vida de un hombre, si tuviera consciencia de ello. La *Entwicklungsperiode*[43]

—Es el comienzo —dije—, lo que resulta tan interesante. Cómo, partiendo de la nada, ganó usted las primeras cincuenta mil libras. Eso es lo que interesa a todos. Pero cómo hizo después para transformar esas cincuenta mil en veinte millones, resulta mucho menos interesante.

—Bueno —dijo Beit—… yo era uno de los Beit pobres de Hamburgo. A mi padre le resultó difícil incluso pagarme la educación, y ya sabe que eso es bastante barato en Alemania. Tuve que abandonar antes de terminar la *Realschule*[44] Por supuesto, en el Hamburgo de esa época todo el mundo hablaba del descubrimiento de diamantes en Sudáfrica, de modo que después de haber estado ayudando a mi padre durante un tiempo, a éste se le ocurrió enviarme a Amsterdam a aprender todo lo que hubiera que

saber sobre diamantes. Fui y pasé allí dos años, y en ese tiempo aprendí mucho acerca de los diamantes.

—Por supuesto —dije, interrumpiéndolo—, durante ese tiempo también habrá aprendido holandés.

—No —contestó Beit—, no. Me limité a hacer mi trabajo y pasaba mi tiempo libre como otros jóvenes de mi edad. Poco más tarde, mi padre puso algún dinero en la casa Jules Porges, de París, y éste me envió a Kimberley. Obtuve el dinero del pasaje y trescientas libras por el primer año. Cuando llegué a Kimberley, descubrí que había muy poca gente que supiera algo de diamantes. Compraban y vendían al azar y había muchos que creían realmente que los diamantes de El Cabo eran de inferior calidad. Por supuesto, en seguida vi que algunas de esas piedras eran tan buenas como las mejores del mundo, y también que los compradores se protegían de su propia ignorancia ofreciendo por ellos una décima parte de lo que la misma piedra costaría en Europa. Era evidente que, disponiendo de algo de dinero, se podía hacer una fortuna, y recuerdo que le escribí a Porges, ofreciéndole mi renuncia y la devolución del dinero del pasaje si me eximía de la obligación de trabajar para él durante un año, y él no aceptó, por lo que continúe trabajando.

—Escribía con frecuencia a mi padre largas cartas en que le contaba todo sobre Kimberley: lo increíblemente rico que era el suelo, lo fácil que era hacer dinero con un poco de capital, y le rogaba que me enviara todo lo que pudiera reunir hasta finales de año, prometiendo devolverle el dinero que me prestara, a un buen interés, en el término de un año. Antes de que terminara mi contrato de trabajo con Porges, mi padre reunió un par de miles de libras y me las envió. Pero no las utilicé para comprar diamantes, como hubiera hecho si me las hubiese enviado durante los seis primeros meses. Kimberley estaba creciendo a tal velocidad, que la demanda de casas era extraordinaria, de modo que compré un pedazo de tierra y levanté doce o trece oficinas, barracas de plancha acanalada, de las que guardé una para mí. Alquilé estas doce o trece barracas muy fácilmente, consiguiendo por ellas mil ochocientas libras al mes.

—¡Mil ochocientas libras mensuales! —exclamé—. ¿Y cuánto tiempo duró todo eso?

—Durante años y años —dijo Beit—. Doce o trece, creo, y para entonces la mina había crecido tanto que deseaban mi terreno, y lo vendí por una bonita suma… me parece que por doscientas sesenta mil libras. También me dieron algo por los edificios, creo —y rió—. No fue una mala especulación.

—No —concedí—, ya lo creo. Eso contesta la pregunta de cómo pasó de la pobreza a la fortuna.

Llevando a cabo una suscripción para una obra de caridad, conocí un curioso rasgo de su carácter: parecía sobrestimar el valor de las pequeñas sumas de dinero. Si se le hablaba de dos o tres libras o de veintidós o veintitrés, se mostraba ansioso por demostrar cómo podía uno arreglarse con treinta chelines en el primer caso, y cómo se podía alcanzar el fin deseado con la mitad de la suma, en el segundo. Pero desde el momento en que se le hablaba de miles, parecía tratarlos como si fueran fichas. Saltaba de las cinco mil a las cincuenta mil como si en el medio no hubiera nada. Por supuesto, la verdad era que Beit había aprendido a valorar las pequeñas sumas cuando era joven y pobre en Hamburgo y en Amsterdam, y nadie sabía como él todo lo que podía hacerse con una libra. Pero cuando se hablaba de miles, se le hablaba a Beit el millonario, que ganaba cincuenta mil libras en una tarde y no le daba demasiada importancia a ninguna suma.

Beit participó en el *raid* de Jameson a petición de Rhodes, pero protestó contra cada una de las etapas de esa empresa loca y estúpida. En realidad, la historia demuestra sólo que Beit le era intensamente leal a Rhodes, incluso cuando creía que estaba totalmente equivocado. Beit era un buen ejemplo de hombre de negocios. Sentía una aversión instintiva por la política y las empresas militares y sólo se interesaba en aquellas empresas que podían rendir beneficios.

Pero había otro aspecto de su naturaleza: como muchos judíos, sentía un gran amor por la música y la comprendía muy bien. Y admiraba también las pinturas y las esculturas, aunque no era buen juez en esas materias. En el fondo, Beit era un sentimental y cuando se conmovían sus sentimientos, no hacía cuentas ni retrocedía. Este era su lado admirable, el lado por el cual Rhodes lo utilizaba, aquél que, en contraste con su amor por el dinero, mostraba la amplitud y la altura de su humanidad. De todos los millonarios que conocí, Beit

era el mejor. Había en él una buena cantidad de bondad humana y también simpatías rápidas y profundas, incluso hacia la pobreza, tal vez a causa de sus primeras luchas. Y sí en esa época se hubiese planteado algún proyecto social utópico, nadie hubiera detectado sus debilidades más rápidamente que Beit, nadie hubiera visto con mayor claridad que él sus puntos fuertes y nadie hubiera estado más dispuesto que él para ayudar a su realización.

Después de la muerte de Cecil Rhodes, yo había escrito un artículo sobre él y su testamento, en el cual declaraba que la beneficencia póstuma no me parecía prueba de benevolencia porque le faltaba el sabor del sacrificio y, para utilizar las palabras de Bacon, «no era más que el pintado sepulcro de las almas». Beit expresó su estupefacción ante esta crítica. Pensaba que en el testamento de Rhodes había mucha nobleza generosa, y agregó que esperaba poder hacer tan buen uso de lo que poseyera en el momento de morir. Y en verdad, cuando murió, en 1906, legó más de dos millones para obras de caridad.

Fue a fines del verano de 1896, a mi regreso de Sudáfrica, cuando me visitó un día en mi oficina de la «Saturday Review», A. M. Broadley, quien con esa visita introdujo un nuevo interés en mi vida. Hacía unos cuantos años que conocía a Broadley y estaba convencido de su gran capacidad para los negocios, así como de su habilidad como periodista. Me dijo que estaba ganando mucho dinero con Ernest Terah Hooley, de quien yo había oído hablar como exitoso promotor de la Compañía Dunlop. Broadley se ofreció a presentármelo, sugiriendo que me resultaría beneficioso ayudarlo en sus planes financieros. Nada reacio, fui con Broadley y me presentó a Hooley en el Midland Grand Hotel. Para mi sorpresa, me enteré de que el financiero había alquilado toda la primera planta del Midland para instalar sus oficinas. No sé cuántas habitaciones había, pero creo que llegaban con seguridad a cincuenta; y desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde, casi todas estaban llenas de gente con ideas. Hooley pasaba de una habitación a otra, siempre de buen humor y manejando decidida y velozmente los proyectos más heterogéneos.

Por un lado, discutía un empréstito de dieciséis millones con Li Hung Chang, para la seguridad de las aduanas chinas, en compañía de sir Robert Hart, el inglés que sabía más sobre China que

cualquier otro europeo viviente. En las habitaciones privadas de Hooley, uno podía encontrar a Arthur du Oros, quien tenía más que ver con la exitosa promoción de Dunlop que cualquier otro miembro de su familia y que más tarde llegó a ser miembro del parlamentó y *sir*, creo que por este logro: era un hombre alerta, inteligente, buen organizador e intensamente combativo. En otra habitación, podía verse a un noble que había venido a venderle a Hooley el yate del Príncipe, el «Britannia»; en otra, un español persuasivo que traía la noticia de que se había obtenido azúcar a partir del agua de mar y deseaba un millón por el descubrimiento. Y Hooley iba de una habitación a otra. Era un hombre bastante alto, bien formado, de cabello y barba negros, bigote, una gran nariz judía y grandes ojos judíos semicerrados, bien vestido y siempre cortés, sin asomo de arrogancia, demasiado ocupado como para manifestar vanidad de ninguna clase. Me dijo en seguida que Broadley le había sido de gran ayuda y que lo mismo esperaba de mí. Contesté que estaba más que dispuesto a seguir el ejemplo de mi amigo Broadley, y después de dos minutos de charla, Hooley se fue de prisa a otra habitación.

A partir de entonces, acudí al Midland Grand Hotel prácticamente dos veces por semana, y pronto me familiaricé con los métodos financieros y las ideas de Hooley. Indudablemente, sabía más sobre el valor de la tierra en Inglaterra que ninguna otra persona que yo haya conocido, era receptivo a cualquier idea, y muy accesible. Dos años después, cuando se produjo su bancarrota, el síndico oficial probó que en ese tiempo Hooley había ganado seis millones en efectivo. El propio Hooley decía siempre que sólo con la promoción de Dunlop había ganado un millón y medio. Su sorprendente éxito sólo puede explicarse por el hecho de que se elevó en la más increíble ola de prosperidad que se haya conocido en el país. Jamás, durante mis treinta años de residencia, había conocido Londres un período tan próspero. Y Hooley era un optimista hasta la punta de los dedos, perfectamente acorde con el momento, sin siquiera una sospecha de que pudiera producirse un cambio en el ambiente o una depresión financiera.

Cuando llegué a conocerlo bien, descubrí sorprendido que tenía como socio a un hombre llamado Martin Rucker, que jamás lo ayudaba en nada. Y pasaron meses antes de que me enterara que

Rucker había sido un agente de bicicletas que en los comienzos de Hooley puso algo de dinero en un proyecto, convirtiéndose desde entonces en un lastre para aquél. De hecho fue él quien provocó la primera caída de Hooley.

Pronto se me ocurrió que las compañías más fáciles de promocionar eran las que habían gastado más dinero en publicidad en el pasado y por tanto más conocidas. Le comenté esta idea a Hooley y la aceptó de inmediato.

—Debería transformar a Bovril en una compañía —le dije—, porque todo el mundo lo conoce y marchan sobre ruedas. Y también la soda
Schweppe's.

—Hágalo —dijo Hooley—. Consígame una opción para cualquiera de esas firmas, tráigamela y puede estar seguro de que el trato será justo.

Inmediatamente me puse a trabajar para conocer a los dueños de Bovril. Estaba en realidad en manos de una sola persona, un tal señor Johnson, creo. Yendo de parte de Hooley, fui admirablemente bien recibido y pronto descubrí que la compañía estaba ganando algo más de cien mil libras anuales y que pedían más de un millón por ella. Fui a ver a Hooley para hablarle del asunto, y éste me dijo que si las cifras eran correctas, siguiera adelante. Regresé y comencé a regatear. El vendedor quería alrededor del millón y medio y yo quería hacerlo bajar a un millón y cuarto. Ya nos habíamos decidido prácticamente por un millón trescientas cincuenta mil libras, cuando, un día, se rió en mis barbas y me dijo que ese mismo día había vendido por dos millones y que el comprador era Hooley. Fui inmediatamente al Midland Grand Hotel para ver a Hooley y confirmé que era verdad.

—Iba usted demasiado despacio, muchacho —dijo—, demasiado. Otro hombre me aseguró que podía conseguirlo por dos millones y yo le dije que siguiera adelante y le entregué un cheque como depósito.

—Usted me ha despojado del diez por ciento que me había prometido —dije—, sólo porque yo estaba tratando de conseguirlo por menos de un millón y medio. Estaba prácticamente hecho.

—No hable así —exclamó Hooley—, ¿quiere demostrar que tiene cerebro? En aquella habitación hay veinte financieros, todos

hombres ricos. Usted sabe más que cualquiera sobre Bovril. Se ha ocupado de ello durante más de una quincena. Vaya y convénzalos de que dos millones es un buen precio y le daré diez mil libras en seguida. ¿Hecho?

—Haré lo que pueda —dije.

Hooley abrió la puerta y me presentó con estas palabras:

—Frank Harris ha estado investigando Bovril durante un mes, sabe todo y está preparado para demostrarles que dos millones es poco por la compañía.

En seguida, un hombre grande, que después supe que era Nocton, un abogado muy capaz, se adelantó.

—¿Son correctas las cifras que tenemos —preguntó—, según las cuales Bovril jamás ha llegado a hacer las ciento cincuenta mil libras al año? Si es así, tendría que cotizarse a un millón y medio para empezar. ¿Por qué habría que dar dos millones?

—El crecimiento del negocio en los últimos cinco años —dije—, desde que comenzaron a hacer publicidad, ha sido extraordinario. El ingreso se ha más que duplicado: ha pasado de cincuenta mil al año a ciento cuarenta mil. Es lógico suponer que crecerá en la misma proporción durante los próximos cinco años, y aún más, porque como promoción de Hooley se publicitará en todas partes y por lo tanto sería barato incluso a tres millones. Además, no tiene competidores y en Gran Bretaña se ha transformado en un sinónimo de hogar. Con un folleto adecuado, todos comprarán acciones de Bovril.

—Evidentemente, es usted el hombre que debe escribirlo —dijo Nocton.

Y desde entonces fuimos amigos, porque Hooley apoyó de inmediato la idea.

Salí en cuanto pude, al comprender que estaba de más. Diez minutos después, Hooley se acercó adonde yo estaba.

—Lo ha conseguido, muchacho. Han suscrito un millón en mis términos y yo le debo diez mil libras. ¿Las quiere en efectivo o en acciones?

—Mitad y mitad —dije.

—Bien por usted —dijo y allí mismo hizo un cheque por cinco mil libras y escribió una nota en el sentido de que, una vez completada la promoción Bovril, yo poseería cinco mil acciones.

Mientras escribía, se me ocurrió otra cosa.

—¿Por qué no me deja hacer un boceto del folleto, como ha sugerido Nocton?

—Está usted metiéndose en los dominios de Broadley —dijo— y casi lo tengo prometido a alguien más. Sin embargo, vale cinco mil libras. Póngase a hacerlo. Si su argumento resulta ser el mejor, lo conseguirá.

—Gracias —dije, y me fui.

La mayor parte de mi proyecto fue lo que apareció después en el prospecto de Bovril. Yo me había esforzado por estudiar la ley y mantenerme dentro de sus límites en cada uno de los ítems.

No intentaré describir todas mis aventuras financieras con Hooley; baste decir que obtuve una pequeña parte en varias de sus promociones, como el resto de sus partidarios Yo ponía, por ejemplo, cinco mil libras en efectivo con la condición de que ganaría diez mil en efectivo o en acciones si el asunto salía bien. Recuerdo en especial haber hecho este trato en la promoción de Schweppe's,
que no fue uno de sus grandes éxitos y en la que quedó debiéndome unas tres mil libras.

Su fracaso fue sorprendentemente súbito. Martin Rucker, su socio, quería comprar tierras y transformarse en terrateniente, y finalmente arregló con Hooley la entrega de un millón en efectivo por su mitad del negocio. Hooley le dio el millón en efectivo, aunque Broadley y yo protestamos, diciéndole que era una locura desprenderse de semejante suma. Pero Hooley no quiso escucharnos. Le dio el millón y nunca volvió a saberse nada de Rucker. Pero casi en seguida la marea financiera, que hasta ese momento había sido tan fluida, comenzó a bajar. Hooley se mezcló en el proyecto de Trafford Park, en Manchester, y de pronto tuvo necesidad de efectivo. Los bancos, oliendo como de costumbre la necesidad, retiraron sus créditos y Hooley, pese a que era varias veces millonario sobre el papel, pronto se encontró con dificultades financieras.

Nos explicó esto a Broadley y a mí, con bastante minucia, y se me ocurrió que tal vez pudiera interesar a Beit en sus proyectos, para así reflotar a Hooley. Fui a ver a Beit y hablé con él de Trafford Park. Realmente, era una gran empresa. Comprendiéndolo

así, Beit prometió ayuda en seguida, con condiciones:

—Iremos como socios —dijo—, en plan de igualdad. Pondré quinientas mil libras y Hooley hará lo propio. Él llevará adelante el proyecto y después dividiremos.

Muy excitado, me apresuré a ver a Hooley y le dije que había tenido éxito. Quedó encantado. Quedamos para almorzar con Beit en el Savoy el lunes siguiente, y allí se constituiría la sociedad provisional. Pero el jueves anterior, Hooley vino a verme y me dijo que sólo podía reunir trescientas cincuenta mil libras en efectivo; que sus bancos le habían negado las otras ciento cincuenta y que en consecuencia pondría acciones por el doble de ese valor. Le rogué que no alterara el acuerdo. Estaba seguro de que tan pronto como corrieran rumores sobre esta cooperación, una docena de amigos de Beit se opondrían resueltamente a su sociedad con Hooley.

Hooley volvió a ir a los bancos y vino a verme el sábado, diciendo:

—Es imposible. Puedo poner cuatrocientas mil, pero las cien mil restantes tendrán que ser acciones.

Le rogué que agotara las posibilidades y dijo que ya lo había hecho. Era imposible, de modo que fui solo a almorzar con Beit para comunicarle la última decisión de Hooley. En cuanto hablé de cuál era su posición, Beit dijo:

—Esto lo decide todo. Mi socio se ha opuesto a todo este asunto. Wernher no quiere oír hablar de Hooley y como ahora puedo apartarme sin faltar a mi promesa, no sigo.

Regresé y le conté a Hooley lo que había pasado. Lo encontré en un extraño estado de ánimo. No le interesaba lo que había sucedido. No importaba, porque no podían quitarle su capacidad para hacer dinero. El proyecto de Trafford Park era el mejor del mundo. De alguna manera lo sacaría adelante. La ayuda de Beit no era tan importante.

—Beit —le dije— podría poner diez millones en efectivo sobre la mesa, si quisiera hacerlo. Con su respaldo, usted hubiera sido la fuerza financiera más poderosa de Inglaterra, es decir, del mundo actual. Lo siento muchísimo.

Algo más tarde, Hooley anunció fríamente que iba a la quiebra.

—A mí me parece pura locura —le dije a Broadley.

Pero Hooley siguió como un niño necio que, habiéndose mojado

un pie por casualidad, termina por meterse hasta el cuello en el charco. Se cavó su propia fosa y poco después fue enviado a la prisión de Brixton por un año, aparentemente para enseñarle que, en Inglaterra, perder seis millones es un crimen.

Por supuesto, a menudo exageraba y decía barbaridades; era parte de la naturaleza optimista del personaje y una consecuencia de ella fue su sorprendente éxito. Pero no creo que Hooley haya tratado de engañar jamás a nadie. He hecho negocios con muchos hombres en Londres y tengo a Hooley por honesto, y tal vez incluso más honorable, que la mayoría de esas personas con las que he trabajado.

Cuando salió de prisión, me lo encontré por casualidad en el Strand y por supuesto le tendí la mano y lo saludé como siempre.

—¿Sabe usted —dijo— que acabo de salir de Brixton?

—Sí —contesté—, pero eso no cambia mi opinión sobre usted. ¿Cuándo cenará conmigo?

Me estaba muy agradecido, dijo, pero regresaba a Risley Park, que había puesto a nombre de su esposa después del éxito de Dunlop. Me dijo que yo era una de las pocas personas que no había cambiado mi trato para con él. Y allá se fue y no he vuelto a verlo desde entonces, aunque entiendo que su libro, en el cual narra su carrera, haya sido *best-seller*[45].

Sucedió una cosa curiosa que hizo vacilar ligeramente mi simpatía por Hooley. Broadley afirmaba que no era honesto con nosotros y descubrí que era cierto. Cuando envié al síndico oficial mi demanda por las tres mil libras que me debían del asunto Schweppe's, recibí una carta suya que me dejó estupefacto. Me pedía que definiera la deuda y explicara cómo se había contraído. Le dije que había puesto cinco mil libras en la promoción de Schweppe's, con el compromiso de Hooley de devolver diez mil en efectivo o en acciones, según yo quisiera, una vez finalizada la promoción. Había recibido siete mil en efectivo y nada más. El síndico me contestó diciéndome que lamentaba terriblemente tener que poner en duda mi palabra, ¿pero no tendría yo alguna prueba de lo que decía? Fui inmediatamente a mi banco —el Coutts—, conseguí el cheque original, endosado por Hooley, y se lo llevé en persona al síndico,

pidiéndole explicaciones. Su petición me parecía extraordinaria. En cuanto vio el cheque, sus modales cambiaron. Se volvió muy amable.

—No tiene usted idea —dijo—. Docenas de periodistas han estado haciendo reclamaciones, pero según parece nadie, salvo usted, le entregó efectivo a Hooley. Aquí están Fulano y Mengano que piden veinte mil libras, pero nunca entregaron un penique. Por favor, perdóneme, pero pensé que su caso era como estos y que estaba usted pidiendo dinero sin haber arriesgado nada.

Por una u otra razón, el «Daily Mail» siempre estuvo en contra de mí, y en este caso de la bancarrota de Hooley hizo más que insinuar que yo estaba tratando de conseguir dinero sin haber hecho nada por ganarlo. Curiosamente, el resultado de la investigación del síndico me dejó libre de esa sospecha, y en cambio estableció el hecho de que el corresponsal del «Daily Mail» era uno de esos que pedían dinero sin haber adelantado nada. También Harry Marks, del «Financial News», quedó sorprendido al enterarse de que yo había puesto dinero con Hooley.

—Yo estoy reclamando veinte mil libras —dijo—, pero nunca le di nada. Jamás me lo pidió.

El ejemplo de Hooley me enseñó lo que vale la promoción de compañías y decidí que más pronto o más tarde comercializaría las veinte mil y pico de acciones que todavía tenía de la «Saturday Review».

La guerra sudafricana: Milner y Chamberlain, Kitchener y Roberts

Durante los años 97 y 98, durante los cuales había esbozado mi libro sobre Shakespeare y escrito media docena de relatos, comencé a sentir que debía hacer mi propio trabajo y que la esclavitud del periodismo interfería con el verdadero objeto de mi vida. Además, el espíritu público del momento me desagradaba. Me parecía evidente que Chamberlain estaba tratando de establecer la autoridad británica —o, como él hubiera dicho, la supremacía británica— en Sudáfrica. Finalmente se supo que Chamberlain nombraba a Alfred Milner, Gobernador General, y lo enviaba a El Cabo con plenos poderes.

Desde que Harold Frederic me presentara a Alfred Milner, cuando estábamos todos en la treintena, había pensado en él como el ejemplo más perfecto de mentalidad alemana moderna que conocía. Tanto sus defectos como sus cualidades eran característicamente alemanes y no ingleses. Porque los alemanes confían en la razón y saben cabalmente lo que han aprendido, mientras que el mejor inglés tiene la convicción íntima de que hay instintos más poderosos que la razón y que, en consecuencia, nunca ha aprendido algo con la profundidad suficiente como para conocerlo como un maestro. Estas antenas espirituales inmaduras son las que hacen del inglés la criatura trágica que con frecuencia es en la vida práctica y también la persona adora lúe que puede llegar a ser. Y su ausencia otorga a los alemanes su supremacía en el presente y predice tal vez su fracaso comparativo futuro.

Ahora bien, Harold Frederic era gran amigo de Milner y me había hablado mucho de él y sus opiniones imperialistas. Sentí cierta ansiedad y fui a ver a Beit para hablar del asunto, pero él me aseguró que no había nada importante sobre el tapete y al mismo tiempo me preguntó por qué no había ido a verlo para ofrecerle acciones de la «Saturday Review». Le dije que podía comprar cinco mil en cuanto quisiera y las compró allí mismo, entregándome el

cheque. Otros compraron también, sobre todo cuando se declaró un dividendo del cinco por ciento sobre el capital. En lo que se refiere al dinero, me encontraba pues en buena situación, pero seguía abrigando mis dudas con respecto a la situación política, cuando Harold Frederic vino a verme y me dijo que ofrecía una gran cena en el Savoy a Milner, por su nombramiento en Sudáfrica, y me pidió que dirigiera unas palabras. Le dije que me complacería mucho.

En su discurso, Harold Frederic habló de Milner y de sí mismo como sólo puede hablar un hombre de genio. Se refirió primero al generoso reconocimiento de Milner con respecto a otros hombres; de cómo le había instado a trabajar y había elogiado con entusiasmo su escritura. Interpretó esto como signo de un corazón generoso, mientras que en Milner se trataba simplemente de la eficiencia del burócrata. Después habló de la carrera de Milner.

—Desde el principio —dijo—, ya en Oxford, los ingleses habían elegido a Milner para ocupar una alta posición. Había recibido una educación alemana y además había ganado todo tipo de honores escolásticos en Oxford. Cuando llegó a Londres y ocupó el puesto de ayudante de Stead en la «Pall Mall Gazette», todos sabíamos que llegaría a situarse en una posición honorable, y nos alegramos hoy de felicitarlo —«porque es un buen compañero», etcétera.

Milner dijo poco y nada, no se comprometió de ninguna manera, y yo hablé con total franqueza. Dije que el inglés que fuera a Sudáfrica investido de poder y consiguiera establecer perfecta armonía entre ingleses y bóers, haría un gran trabajo, pero que ese diplomático verdaderamente providencial debería demostrar simpatía hacia los bóers desde el comienzo. Por supuesto, los ingleses confiarían en él, de modo que su primer objetivo sería ganarse la confianza de los bóers, que naturalmente mostrarían suspicacia. El Imperio Británico se extendía desde el norte del Transvaal por la meseta central africana, hasta Nairobi o Kartum o, incluso, hasta El Cairo y que poseer todo eso debía bastarle a la colonización británica por lo menos durante doscientos años.

—Allí —continué— se encuentra la tierra más fértil del mundo, y también el mejor clima, y creo que sería preciso realizar un gran esfuerzo colonizador para que todos los desempleados de Gran Bretaña puedan establecerse en esa magnífica meseta, extendiendo y consolidando así el mayor imperio de la tierra. Lo esencial para

tener éxito —insistí—, era ganarse a los bóers, tratándolos con justicias. No eran antibritánicos; pese a la guerra de 1880 y al ataque de Ja mesón, tenían más bien tendencia a ser probritánicos y tan pronto como muriera Krueger, se concederían todos los derechos de ciudadanía a los ingleses establecidos en el Transvaal. Los bóers lo harían con tanta mejor voluntad cuanto que la tierra al norte del Transvaal estuviera poblada por ingleses. ¿Por qué no podría el próximo gobernador colonial ser el Moisés de este nuevo Éxodo? Por otro lado, si el nuevo gobernador se enfrenta a los bóers y excita esa antipatía tan vinculada a la ignorancia, podría encontrar entre sus manos una guerra que acarrearía desgracias y retrasaría el desarrollo, no sólo de Sudáfrica, sino también de Gran Bretaña.

En este sentido, hice realmente lo mejor que pude. Mucha gente me aplaudió, pero después de la cena, cuando Harold Frederic y yo caminábamos en dirección al Club Liberal y yo lo felicité por uno de los mejores discursos que había oído, me dijo:

—Mi estimado Harris, jamás había hecho antes un buen discurso y en cambio usted habla muy bien, por lo general, pero esta noche estuvo desastroso. Manifestó gran desconfianza en Milner. Yo le aseguro que es un radical y un buen tipo.

—No creo que sea un radical. Es un alemán y fracasará estrepitosamente en Sudáfrica. Provocará una guerra. Sólo hay que mirarlo para darse cuenta. Reconozco que a mí me asusta.

Después, lord Desborough se acercó a mí y me dijo que estaba de acuerdo con muchas de mis ideas, pero que deseaba que yo conociera realmente a Milner, que era el rey de las buenas personas y absolutamente honesto. Finalmente, me invitó a almorzar con él en las habitaciones del Willis, y una semana más tarde comí allí con Milner y lord Desborough.

Era, en ese momento, el lugar de moda para citarse a almorzar en Londres, y observé que tres o cuatro personas a quienes conocía me trataban con marcada frialdad. Me calificaron de simpatizante de los bóers y gran parte de los miembros del gobierno sintió enorme disgusto por mi actitud. Uno tras otro se acercaron a nuestra mesa, inclinándose ante Milner y Desborough con gran amabilidad y dedicándome apenas una seca inclinación de cabeza. Después del almuerzo, Milner se fue y Desborough observó que

nunca lo había visto tan cauto.

—No dijo lo que pensaba ni nos dio la mínima pista acerca de sus ideas.

Yo seguía creyendo que era absolutamente imposible que hubiera un gobernador inglés lo bastante loco como para plantear una guerra con los bóers.

—Después de todo —le dije a lord Desborough—, son ellos los verdaderos colonos de Sudáfrica. Si exceptuamos a los buscadores de oro de Johannesburgo y a los de las minas de diamantes de Kimberley, no hay ingleses fuera de El Natal y El Cabo. ¿Se decidirá Milner por la colonización, ganándose una reputación inmortal, o peleará con los bóers?

En el fondo de mi corazón, yo sabía que Krueger pelearía con cualquiera. Era tan combativo como un *bull-terrier*.

Desborough no supo decirme nada, salvo que esperaba lo mejor. Sin embargo, estaba bastante seguro de que Milner haría lo que deseara Chamberlain y actuaría siempre según los mejores intereses de Inglaterra. Tuvimos que dejarlo ahí.

A su debido tiempo, Milner partió para Sudáfrica y yo me dediqué a imaginar una reunión entre él y el presiden te Krueger.

Milner, alto, delgado, con su rasurado rostro pétreo, su mirada directa y su traje impecable: el tipo de la eficiencia limpia e inteligente; y Oom Paul, retrepado en su sillón, con el aspecto de un gorila enfermo y una mata de pelo espeso y sucio bajo el pesado rostro animal. Uno, ignorante hasta el punto de creer que la tierra era plana; el otro, inteligente y equipado con toda la formación de las escuelas. Y sin embargo, Krueger tenía un gran corazón y era un gran hombre y Milner era pequeño y delgado, orgulloso de mantener a raya sus emociones en beneficio de la razón. El choque me espantaba, porque detrás de Milner estaba todo el poder de Gran Bretaña, y sin embargo Krueger tenía razón: «Nosotros, los bóers, poseemos Sudáfrica. No pueden librarse de nosotros. Es estúpido intimidar al compañero de lecho».

El primer discurso de Milner en el Graaf Reinet me dijo todo lo que deseaba saber de él y más todavía. La esencia de su discurso es algo que no olvidaré jamás y no necesito leerlo para recordarla.

—Los bóers —comenzó diciendo— hablan de su lealtad. No le encuentro ningún mérito. Me parece normal que sean leales. Viven

en paz perfecta, protegidos por el poderío de Inglaterra, por sus ejércitos y su marina. La lealtad es poca cosa como pago de la seguridad absoluta.

Y así todo, como si el amor fuera algo que se compra y el afecto tuviera un precio. No tenía ni idea de que el bóer común jamás soñó con un ataque del exterior y se hubiera reído si alguien lo hubiese sugerido. El discurso era un desafío británico. Sin embargo, nada pareció suceder al principio y poco a poco fui alimentando la esperanza de que nada decisivo sucedería por entonces.

En esa época me metí en una de las malas especulaciones de mi vida. Había llegado a conocer muy bien a los dos gerentes del Savoy Hotel, Ellis y Cesari. Habían tenido éxito con el Savoy y cuando Cesari se enteró de que yo venía a la Riviera francesa casi todos los inviernos, me dijo que podría hacer un buen trabajo con un hotel de Montecarlo. El invierno siguiente, vine y visité algunos hoteles que estaban en venta. Ninguno me pareció interesante, pero cuando hablé del asunto a la princesa de Mónaco, ésta me dijo que, en la medida de sus posibilidades, estaría encantada de contribuir éxito del hotel que yo eligiera. De modo que le dije a Cesari que si lograba encontrar un buen hotel como inversión yo podría también participar, porque ya había comprado numerosas propiedades en el Cap
d’Estel,
entre Montecarlo y Eze y me gustaría llevar allí un hotel.

En el invierno siguiente, Cesari viajó a la Riviera y me dijo que había descubierto un hotel maravilloso. Fui a Montecarlo y lo vi. No me pareció muy impresionante, pero me deje convencer. Cesari me jugó una mala pasada, gastó vanos miles de libras en mobiliario, otros miles en vinos y la primera temporada fue bastante exitosa Por desgracia para mí, para esa época uno de los hermanos De Lara[46] invirtió en un hotel de Montecarlo, y la princesa Alice comenzó a frecuentar ese hotel, dejándome en la estacada y diciendo que su marido no quería que visitara el mío. Esto contribuyo a volverme más obstinado y decidí construir una reserva. Calculé un presupuesto de unas diez mil libras y puse a los hombres a trabajar bajo supervisión de Cesari, pero mi mala suerte quiso que a éste le ofrecieran la gerencia de un gran hotel de París y me abandonara prácticamente sin avisar.

En ese momento crucial, me llamaron a Sudáfrica una vez más. Milner estaba llevando las cosas al extremo. Fui y, para mi horror, comprendí que se había llegado al borde de la guerra. Regrese a Londres decidido a ver a Chamberlain con el objeto de salvar a Inglaterra de lo que me parecía una catástrofe.

Le escribí a Camberlain, pidiéndole que me concediera una hora de su tiempo. Tuvo la bondad de consentir. Desde la época en que disentimos acerca de la política de la «Fortnightly Review», había cambiado en muchos sentidos. Había renunciado a su creencia en el Comercio Libre y había comprendido que sólo el «Comercio Justo» produciría una unión mayor entre Inglaterra y sus colonias, pero en cuanto comencé a hablar de Sudáfrica comprendí que estaba en desacuerdo conmigo. Pensaba que el Imperio británico debía fundarse sobre la justicia, la justicia estricta y que Krueger y sus bóers eran injustos con los habitantes ingleses de Johannesburgo, que habían hecho del Transvaal el estado más rico de Sudáfrica y a quienes no obstante se negaban los derechos de ciudadanía. Según me dijo, tenía intención de obligar a Krueger y a lo bóers a actuar con justicia. Traté de argumentarle en el sentido en que lo he hecho en estas páginas, pero no tuve éxito. A él todo le parecía clarísimo, mientras que yo sabía que el uso de la fuerza conduciría a una guerra sudafricana cuyos resultados no podían ser sino malos. Hice todo lo que pude. Llegué tan lejos como para rogarle que asegurara a Krueger que Inglaterra garantizaría la independencia del Transvaal con la condición de que concediera derechos de ciudadanía a los ingleses de Johannesburgo. Pero cuanto más rogaba yo, más sentía que era en vano. Chamberlain estaba decidido. Tenía el mejor argumento y poder para imponerlo y Krueger tendría que rendirse. Yo estaba absolutamente seguro de que Krueger no cedería jamás.

Poco tiempo después, lord Hardwicke vino a verme y me preguntó si desearía vender la «Saturday Review». Dije que no tenía objeción. Sólo quedaban diez o doce mil acciones sin vender, además de las reservadas para mí, que eran unos pocos cientos. Le pregunté si deseaba obtener el control para cambiar la dirección o si estaba dispuesto a mantenerme a mí como editor. Dijo que no creía que se tratara de cambiarme, de modo que finalmente le vendí las diez o doce mil acciones, lo que le dio, o mejor dicho, les dio a

Beit y a Rhodes, el control de la «Saturday Review».

Unos meses más tarde, Hardwicke me dijo que «deseaban tratarme con toda justicia, pero la política de la “Review” con referencia a Sudáfrica debía modificarse para seguir a Chamberlain y a Rhodes; ¿estaba dispuesto a hacerlo o prefería renunciar?».

—Es un *impasse* perfecto —dije—. Usted tiene el poder de voto en todo menos en lo que se refiere al editor y sus colaboradores, porque eso está controlado por las quinientas acciones que poseo y de las que no me desprenderé.

Pasaron unas semanas y vino a verme para pedirme que por favor pusiera un precio a esas quinientas acciones. Yo ya había sacado treinta mil libras de la «Saturday Review», por las cinco mil iniciales, y comprendía que necesitaba dedicar todo mi tiempo a la escritura. Sin embargo, no deseaba perder la «Saturday», de modo que puse el precio prohibitivo de diez mil libras por las quinientas acciones reservadas. Para mi estupefacción, vino a verme poco después con un cheque por diez mil libras. No pude hacer otra cosa que resignarme, lo cual me resultó tanto más fácil cuanto que me dejaba libre para hacer mi propio trabajo como escritor, en especial el libro sobre Shakespeare que estaba ansioso por terminar.

Me fui de inmediato al sur de Francia y comencé a trabajar seriamente en el «Shakespeare». Ya hacía casi veinte años que lo había descubierto, en sus obras. Durante esos años lo había leído una y otra vez, en sus distintas vertientes, para asegurarme de que mi versión era la correcta. El trabajo me resultaba fascinante, pero difícil. Tenía que estar continuamente en guardia para no adjudicarle ninguno de mis fallos. Afortunadamente para mí, las diferencias de carácter y desarrollo eran tan grandes, que no era imposible retratarlo en casi todos sus rasgos.

En ese verano del 99, escribí el primer borrador del Libro. Al leerlo, quedé encantado con el retrato, pero de pronto me enteré por los periódicos de que Milner se había reunido con el presidente Krueger en Sudáfrica y había fracasado totalmente en la tarea de llegar a algún tipo de acuerdo con él, mandando por lo tanto un telegrama a Chamberlain que me llenó de temor. Era el alegato propio de un abogado, y de un abogado a quien no le importaba nada de los bóers o de la opinión sudafricana. Vi en seguida que Milner había adoptado en todo la postura de Chamberlain.

Entonces, por primera vez, sentí lo equivocado que había estado al entregar la «Saturday Review». Empecé a comprender que la razón por la cual Beit y Hardwicke habían comprado el control del periódico era que Rhodes y Chamberlain estaban decididos a llegar a la guerra. Chamberlain comenzó a enviar tropas a Sudáfrica, y entonces se dejó oír otra voz, una gran voz.

En ese mismo momento, la escritora viva más importante de la época, Olive Schreiner[47], escribió un artículo apasionado (publicado después con el título de *Words in Season*), pidiendo juego limpio para los holandeses y una política de conciliación, tal como había pedido yo.

No parecía posible que Inglaterra intentara usar la fuerza contra el Transvaal, pero yo estaba asustado, como lo estaba Olive Schreiner y a medida que pasaban los meses aumentó el miedo. Había algo seguro: si querían, Chamberlain y Milner podían hacer la guerra, y era cada vez más evidente que sí querían. Empujaron a Krueger a hacer concesión tras concesión y después las declararon inútiles, y en el Ínterin las tropas inglesas seguían llegando a El Natal y a Ciudad de el Cabo. El viejo gorila tenía que luchar. ¡La guerra! La vergüenza y el horror llenaban mi corazón.

Prácticamente lo último que escribí en la «Saturday Review» fue un artículo en el sentido de que si los ingleses hacían la guerra en Sudáfrica, esta guerra duraría años y les costaría doscientos millones, sin alterar ninguna de las condiciones esenciales. En realidad, se trataría, en el mejor de los casos, de vidas y esfuerzos perdidos en la aventura más descabellada en que se hubiera embarcado Inglaterra. Años más tarde, un periódico de Londres reprodujo esta predicción mía como extraordinariamente correcta y recuerdo que un día Winston Churchill me preguntó cómo me las había arreglado para dar en el clavo.

—No estaba en lo cierto —contesté—. La guerra le costó a Inglaterra más de mil millones.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, sorprendido.

—Cuando se habla del coste —dije— se considera el dinero pagado, pero no cuenta usted las consecuencias financieras. Antes de la guerra, los fondos consolidados estaban a 114; después de la guerra, a 94 o 95: hubo una pérdida de veinte puntos sobre unos ochocientos millones en monedas[48]; y si se perdieron ciento

cincuenta millones en fondos consolidados, se perdieron a su vez doscientos millones en los ferrocarriles y una suma proporcional en todas las otras industrias. Esta guerra inefablemente estúpida, descabellada, ha costado más de mil millones de dinero inglés y con ella no se ganó nada, menos que nada. Se ganaron ustedes el desprecio y el odio en Sudáfrica y no consiguieron nada a cambio, ni siquiera fama guerrera. Campbell-Bannerman estuvo muy acertado al devolver su independencia a los bóers: era lo único que podía hacerse. Pero ni siquiera eso pudo borrar el atroz derramamiento de sangre y la terrible pérdida.

El mero intento de coaccionar a Krueger demostraba una estupidez tan manifiesta que me obligó a dudar de los ingleses, a dudar de si poseían suficiente sabiduría política como para llevar a cabo una gran política y ser dignos de su sorprendente patrimonio.

En lugar de comenzar a construir en la gran meseta africana, desde el norte del Transvaal hasta el Zambese, gastaron mil millones en arruinar su prestigio en África y llevar el duelo a miles de hogares, sin ninguna razón. Pero ni siquiera Oliver Schreiner podía evitar que Chamberlain siguiera enviando soldados británicos a El Natal para presionar a Krueger, y Milner seguía hablando y telegrafiando disparates para excitar los sentimientos combativos de los ingleses. Y finalmente llegó la guerra.

En ese momento, yo ya había terminado mi primer borrador del Shakespeare y estaba de regreso en Inglaterra. Antes aún de que comenzara la guerra, fui a ver a lord Wolseley, quien había sido mi amigo durante años. Fue a fines del verano anterior a la guerra cuando le pregunté en su despacho del Departamento de Guerra si iba a tener lugar. Me dijo que estaba prácticamente decidido.

—¡Qué terrible! —dije—. ¡Qué espantosa calamidad!

Se levantó de un salto.

—Esta vez no cometeremos errores —dijo—. Enviaré un cuerpo de ejército que provocará un rápido final.

—¿Usted no creerá realmente que un solo cuerpo de ejército será suficiente? —pregunté.

—No son más que cuarenta o cincuenta mil bóers —dijo—. Supongo que cuarenta o cincuenta mil soldados británicos serán más que suficientes.

—Usted no conoce ese país —le dije— y tampoco a los bóers.

Dos, cuatro, cinco cuerpos de ejército no serán suficientes.

Levantó las manos en gesto de amable desaprobación.

—Usted no conoce a los soldados británicos —dijo—, y en todo caso, es Buller quien irá. Él conoce a los bóers.

—¡Buller! —exclamé, y me despedí en cuanto me fue posible.

Al día siguiente fui a visitar a Buller y tuve una charla con él. Hacía muchos años que lo conocía y siempre me había parecido un estúpido, tolerable sólo a causa de su encantadora esposa, lady Audrey. Durante esta conversación que mantuvimos, Buller se superó a sí mismo.

—¿Cuál es su táctica? —pregunté—. ¿Dónde desembarcará?

—Oh, supongo que en Durban —dijo—. La manera más corta de llegar al Transvaal es por El Natal.

—Pero del otro lado —dije—, la colonia de El Cabo estará alborotada. Los jóvenes bóers podrán atravesar el Estado Libre e ir en ayuda de sus primos del Transvaal. ¿Cuál es su política?

—En la guerra hay sólo una política —replicó Buller—. Llegar junto al otro tipo y zurrarlo.

—Pero suponga que él no lo deja llegar —dije.

—Nunca hay dificultades —dijo— si uno quiere pelear.

Pocos meses después, leí la descripción de una escena que imaginé vívidamente, tal como la describía el periódico londinense: Buller, con un ejército de treinta mil hombres, detenido por el fuego de doscientos o trescientos bóers escondidos del otro lado de un río. Buller destaca a la artillería y a poco los bóers, excelentes tiradores, han matado todos los artilleros y han mandado una fuerza a través del río que coge los cañones ingleses y los arroja al agua. Todo esto sin pérdida de vidas de su lado. ¡Buller con una fuerza superior en la proporción de diez a uno, detenido y derrotado por tiradores ocultos!

Creo que fue a fines de diciembre o principios de enero, inmediatamente después de comenzada la guerra, cuando lord Desborough me invitó a almorzar en el Bath Club y dijo al comienzo del almuerzo:

—He pedido a Harris que venga porque fue la única persona que predijo que las fuerzas británicas tendrían que soportar muchas derrotas. Cuando Chamberlain pidió un crédito de diez millones y todos dijimos que la guerra no duraría ni tres semanas, nadie,

excepto Harris, vio que después de tres meses necesitaríamos un crédito de cien millones y nos sentiríamos terriblemente decepcionados con los resultados.

Recuerdo que esto sucedió justo después de Spion Kop, cuando Buller había tratado de ocupar la pequeña montaña y un par de miles de hombres que envió allí fueron derrotados por unos pocos cientos de bóers, de modo que tuvieron que retirarse ese mismo día. «The Times» acababa de publicar un despacho de Buller en el cual decía que se había retirado de Spion Kop sin perder ni un cañón ni un carro de municiones. Un general del ejército, en un almuerzo de Grenfell, comenzó la charla declarando que era un espléndido mensaje el de Buller, comunicando la retirada de Spion Kop sin perder ni un cañón ni un carro de municiones.

—Y también —interrumpí— sin perder ni un segundo.

Todos rieron, pero el general se puso muy colorado. Cuando Grenfell presionó pidiendo mi opinión, dije:

—Lamento decir que creo que los ingleses ganarán. Los bóers han cometido errores tan gruesos como los de ellos. Se han dejado llevar por el recuerdo de los años 80 y 81 y por el ataque de Buller y han ido a luchar a El Natal. Deberían haber dejado sólo una pequeña fuerza en la frontera y bajado a la colonia de El Cabo a conseguir refuerzos, porque allí hubieran encontrado a cien mil de los suyos dispuestos a ayudarlos. Como no lo han hecho, serán derrotados. El próximo general inglés desembarcará en ciudad de El Cabo, atravesará la colonia y en un mes, aproximadamente, habrá cambiado el aspecto de la guerra. Pero nada modifica el hecho de que esta guerra es la peor de aquellas en las que se han metido los ingleses, exceptuando, por supuesto, su terrible derrota en la Argentina[49], que nadie parece recordar. Pero esta es aún peor, porque Sudáfrica ya estaba prácticamente anglicanizada, era inglesa en sus sentimientos de uno a otro extremo del país. Recuerdo que una vez pasé la velada en casa del general Cronjé, un bóer típico, pero cuyas hijas hablaban exclusivamente de los dramas que se estaban representando en los escenarios de Londres y de cómo anhelaban ir una noche al Covent Garden a escuchar la gran ópera.

Debo haber hablado con intensa amargura, porque al finalizar el almuerzo lord Desborough, al despedirse de mí, dijo:

—Me temo, Harris, que debemos dejar de vernos. Cuando habla

usted contra Inglaterra, como lo hace, es como si hablara contra mi madre. No puedo soportarlo. Lo siento muchísimo, pero no debemos Reunimos otra vez.

Comprendí entonces que estaba totalmente aislado de los ingleses, y a medida que fueron transcurriendo melancólicamente los días, fui quedando más y más separado de ellos.

No sé cómo expresar lo que sentí acerca de esa guerra inexcusable y cómo detesté a los hombres que la hicieron posible. Creo que todo el que lea lo que he escrito sobre Joseph Chamberlain y Alfred Milner debe admitir que los he tratado con imparcialidad, hasta con simpatía, y, sobre todo, con el deseo de no omitir ningún rasgo agradable de sus caracteres, ninguno de sus dones intelectuales. Pero trabajaron de consuno para provocar la guerra sudafricana, y siempre he dicho y creído después que eran más viles que cualquier criminal, que de aquellos dos quienes hablaba Dante cuando decía que eran odiados por Dios y por Sus enemigos.

Después de la guerra, Chamberlain me invitó a cenar, y yo contesté lamentando tener que rechazar su invitación. Uno o dos días después se encontró conmigo en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes y se acerca a mí, sonriendo.

—Su carta más bien me sorprendió —dijo—. Pensé que éramos amigos y que me comunicaría cuándo estaba libre, en caso de que tuviera un compromiso.

—Lo siento muchísimo, señor Chamberlain —repliqué—, pero sólo puedo considerarla como el provocador de la guerra en Sudáfrica y no puedo verlo con un sentimiento decente y amistoso. Creo que ha hecho usted algo horrible. No debo hablar de ello porque lo insultaría y no deseo hacerlo.

—Lo siento —contestó—, pero hice lo que creí mi deber.

—Lo sé —dije—, pero la palabra «deber» está más que prostituida —y me alejé de prisa.

También vi después a Milner. Lo encontré, de hecho, en cierta casa, pero cuando me habló pasé por su lado como si no lo hubiera visto ni oído. Después me dijeron que Chamberlain y Milner hablaban de mí como de «un salvaje sin modales», pero hay leyes más altas que las de los modales.

En agosto de 1899, Swinburne escribió un vergonzoso soneto en

defensa de la guerra, que fue publicado en «The Times». Habla de los bóers como de «perros, boquiabiertos con sus espumeantes mandílalas» y termina diciendo

> «Golpea, Inglaterra, y vuelve a casa».

Mientras tanto, lord Robots se había encargado del comando en jefe y toda la guerra había cambiado. No conocía bien a Roberts. Años antes, había invitado a sir Charles Dilke a visitar la frontera noroeste de la India para ver lo que había hecho con las fuerzas británicas en Afganistán. Dilke me pidió que lo acompañara y al comienzo acepté, pero cuando hablé del asunto con Wolseley, éste me disuadió. Me dijo que Roberts era insignificante, que era un pequeño luchador irlandés que vivía bajo el pulgar de su esposa, lady Roberts; me aseguró que perdería el tiempo. No veía razón para la condena de Wolseley porque siempre me había parecido un hombre justo. Acepté su consejo, le dije a Dilke que no podía acompañarlo, y así me perdí a Roberts. Hacia finales del año 1899, me contaron una historia que me hizo pensar que tal vez tuviera que cambiar mi opinión sobre él.

Cuando ya fue evidente que Buller no podía hacer nada, más que el tonto, en Sudáfrica, conduciendo sus tropas a la derrota y al desastre, el Comité de Defensa, presidido por lord Hartington, se reunió para considerar el asunto, y por alguna razón desconocida acordaron que había que enviar a Roberts. Pero el Secretario de Estado para la guerra objetó:

—Hemos pasado por encima de Roberts, que era su superior, y hemos enviado a Buller. ¿Cómo podemos dirigirnos ahora a Roberts? ¿Cómo confesar semejante error?

—Fácilmente —dijo lord Hartington—, dígale a Roberts que nos hemos comportado como estúpidos, que lo sentimos mucho y le rogamos que nos ayude; dígale que Inglaterra lo necesita.

En cuanto el ministro de defensa mencionó el asunto a Roberts, éste exclamó:

—¡Por fin, por fin!

El ministro le preguntó qué quería decir, y él contestó lo siguiente:

—Ya sabe que en el 80 me enviaron allá, pero cuando llegué a Ciudad de el Cabo descubrí que Gladstone acababa de firmar la paz,

después de la amarga derrota de Majuba. La noticia me hizo bajar a mi camarote llorando de rabia. ¡Firmar la paz después de semejante derrota! Pero cuando pensé las cosas con calma, tuve la seguridad de que, si vivía lo bastante, llegaría mi oportunidad, de modo que decidí dejar de beber y de fumar y vivir tanto como pudiera, para tener la oportunidad de redimir nuestro nombre. Por eso he dicho «por fin».

—Deseaba disculparme —dijo el ministro— por pasar por encima de usted y enviar a Buller.

—No es necesario —contestó Roberts—. Finalmente tengo mi oportunidad. Haré el trabajo; puede decirles eso.

Un día leí en el periódico que Roberts había ido a la iglesia en Ciudad de el Cabo, y debo confesar que me sorprendió, hasta que un amigo me contó la historia que acabo de relatar. En todo caso, Roberts avanzó a través de Colonia de el Cabo y el Estado Libre hasta el Transvaal y condujo sus tropas contra el grueso de las fuerzas bóers, dirigidas por el general Cronjé, logrando una victoria completa, casi sin pérdidas. Una observación del artículo me explicó la victoria. El corresponsal decía que Roberts, teniendo a los bóers frente a sí, había lanzado un ataque por el flanco.

Cuando regresó a Inglaterra un par de años después, lo conocí y le pregunté si había acertado en lo que pensaba sobre su táctica.

—Sin duda —contestó—. Los bóers venían de todas partes, de un país tres veces más grandes que Inglaterra. Los del norte del Transvaal no podían realmente saber nada de los bóers del sur, de modo que cuando estuvieron en el campo de batalla, supe que no podía haber verdadera cohesión entre ellos. Y al mismo tiempo, comprendí perfectamente que eran tiradores mucho mejores que los míos, de modo que protegí mi frente con fuego cruzado de artillería, mientras atacaba sus flancos, y de inmediato comprendí que había obrado bien. Los bóers comenzaron a retirarse. Ataques de flanco sucesivos lograron quebrar su organización y mi artillería transformó la retirada en una desbandada.

Llevar a doscientos o trescientos mil soldados ingleses a través de Colonia de el Cabo y el Estado Libre redujo a la colonia, y la inteligencia de lord Roberts hizo el resto. El de la derrota y retirada de Cronjé fue el momento crucial de la guerra.

La gente sigue hablando de Kitchener como si hubiera sido el

par de Roberts, y he escuchado que la victoria en Sudáfrica se atribuía a su dirección, de modo que debo decir qué pienso de Kitchener. Lo había conocido quince años antes, cuando estuve en El Cairo. Había ido allí en parte para curar mi bronquitis y en parte para tratar de comprender y conocer Egipto. En El Cairo conocí a sir Evelyn Baring, ahora lord Cromer, y él me presentó a su asistente, Gerald Portal, después sir Gerald Portal, que era un hombre mucho más capaz, y que murió demasiado pronto para los intereses de Inglaterra.

Gerald Portal almorzó y cenó conmigo en el Shepherd's Hotel y me llevó al Club Inglés, y estando allí un día me preguntó si conocía a Kitchener. Le dije que no.

—El Jefe —dijo—, sir Evelyn Baring, tiene de él una alta opinión, pero yo no he podido compartirla. Era un hombre muy silencioso.

—Recuerdo —le dije— que mi padre me dijo una vez que la única manera de que un hombre sin familia ni riqueza progresara en el ejército o en la marina inglesa era o bien la del servilismo o bien la del silencio. Añadió que yo era incapaz de ambas cosas. ¡Tal vez Kitchener esté intentando la del silencio! Iré a Suakim —agregué—, si me da usted una carta para él. Veré a Kitchener y después le diré qué me ha parecido.

Yo ya había contratado en El Cairo a un judío levantino como intérprete. Hablaba inglés casi tan bien como yo, y alardeaba de hablar un árabe perfecto. Me daba la impresión de que hablaba casi todas las lenguas conocidas, porque su griego moderno era mejor que el mío y su italiano, perfecto.

A su debido tiempo fui a Suakim, me presenté a Kitchener y me invitó a cenar. En la mesa había un par de jeques y de vez en cuando Kitchener les hablaba en árabe. Su francés no era bueno, aunque yo creía saber que en su juventud había pasado algunos años en Francia. El hecho me sorprendió tanto que le pregunté si sabía árabe.

—Me las arreglo bastante bien —contestó.

Cuando llegué a casa, le conté a mi secretario lo que había dicho Kitchener.

—Conozco a Kitchener —aseguró—. Lo conocí en Chipre y

trabajé para él. ¡No sabe árabe, no, señor! No sabe nada; no es más que un ignorante. Le diré lo que vamos a hacer. Le enseñaré a usted dos o tres proverbios árabes. Lárguelos durante la comida. Los jeques comprenderán, pero Kitchener no.

Insistió con tanta vehemencia y desprecio en la ignorancia de Kitchener, que decidí ponerlo a prueba, porque sus modales durante la cena no me habían impresionado. En mi opinión, había ganado su reputación mediante el silencio y no el conocimiento. De modo que me pasé una hora aprendiéndome dos o tres frases árabes hasta que mi secretario me dijo que las pronunciaba a la perfección. A la noche siguiente, otra vez cenando con Kitchener, esperé mi oportunidad y aventuré la más ingeniosa de las frases. Los jeques rompieron a reír y me contestaron en árabe, y yo sonreí como si comprendiera lo que decían. Kitchener se volvió hacia mí.

—¿Sabe usted árabe? —preguntó.

—Oh, no me las arreglo nada bien —contesté, pero observé que no volvió a usar el árabe.

Salí de Suakim y cuando volví a almorzar con Portal, le dije:

—Nadie ha sido jamás tan gran soldado como Kitchener lo parece.

Meses más tarde, descubrí que Portal compartía mi desdeñosa opinión sobre la capacidad de Kitchener. Y la guerra sudafricana sólo sirvió para ratificar esa opinión. En cuanto Roberts se fue de Sudáfrica, la guerra siguió arrastrándose a las órdenes de Kitchener. Este inventó un sistema de blocaos con la esperanza de rodear a los bóers. Yo dije que esos blocaos estaban hechos por mentecatos y predije que no conseguiría nada con ellos. Y eso fue lo que sucedió. No consiguió nada, excepto gastar una suma inmensa de dinero.

Cuando, después de la guerra, conocí a lord Roberts y llegué a apreciar en alto grado su instinto de soldado, le pedí que me diera su opinión sobre Kitchener y lo hizo sin circunloquios.

—Sabe —dijo—, después de derrotar a Cronjé por los flancos, envié a Kitchener detrás de él para rodear a los bóers y conseguir la rendición. Él había visto cómo había conducido yo la lucha. Ni se me ocurrió comentarle ni una sola palabra sobre ello. Supuse que debía haber comprendido. Lo primero que supe de él fue que había perseguido a Cronjé y sus cuatro o cinco mil hombres derrotados, atacándolos en Paardeberg. Los atacó de frente y perdió mil

doscientos hombres en una hora, retirándose derrotado. Cuando me enteré, estuve a punto de ponerme a llorar. Cuando fui allá, encontré a los bóers junto al río e inicié de inmediato un fuego cruzado de artillería. Resultó letal; los bóers se refugiaron en el lecho del río y allí los dejé, manteniendo siempre el fuego cruzado sobre todos los puntos de salida. Cuando intentaron salir, los recibimos con la artillería pesada. Cinco días después, se rindieron y nosotros habíamos perdido veinte hombres. No quiero decir nada contra Kitchener; no es capaz de ver lo que tiene delante de las narices. Ni siquiera puede aprender. Es un estúpido.

—¿Les dijo eso a los del Consejo de Defensa? —pregunté.

—No, no —dijo riendo el hombrecito—. No me correspondía. Sabía que una vez derrotada la fuerza de Cronjé, había quebrado la espina dorsal de los bóers y ni siquiera Kitchener podía arruinar demasiado el trabajo hecho.

Pero la guerra sudafricana se arrastró hasta que los bóers se sometieron con la promesa de tres o cuatro millones para reconstruir sus casas, y poco después Campbell-Bannerman fue lo bastante inteligente como para devolverles la libertad y dejarlos con el poder del Transvaal. Hoy, gracias a este acto de sabiduría, el Transvaal es tan inglés como lo era antes de la estúpida guerra bóer.

San Remo

Ahora debo relatar la mayor experiencia amatoria de mi vida. Había hecho mucho dinero con Hooley y además estaba atormentado por el deseo de terminar, costara lo que costase, mi libro sobre Shakespeare. Había publicado algunos capítulos en la «Saturday Review» y Shaw, entre otros, los había elogiado mucho. Estaba y estoy convencido de que Shakespeare ha sido mal leído y mal interpretado por todos los comentaristas. Los hombres vulgares siempre han tenido la costumbre de hacer sus dioses a su imagen y semejanza, y así los ingleses habían creado un Shakespeare que amaba a su esposa y era sin embargo un pederasta; que había hecho dinero con sus negocios, retirándose a gozar del ocio como un hidalgo campesino en la aldea de Stratford, después de vivir la amarga desesperación del *Timón* y la locura del *Lear*: «¡Oh, no me permitas la locura, dulce cielo; no querría enloquecer!».

La única partícula de verdad en este retrato fantástico ha sido puesta por Tyler quien, inspirado por las palabras de Wordsworth según las cuales en los sonetos Shakespeare «descubría su corazón», probó que los propios sonetos demostraban que alrededor de 1596, Shakespeare se había enamorado de una dama de honor llamada Mary Fitton y la había amado, según dijo él mismo hacia el 1600, durante tres años. Acudí en apoyo de Tyler, probando que este episodio se refleja en tres obras de ese período, y demostré que este episodio amoroso fue prácticamente el más importante de la vida de Shakespeare y duró desde 1596 a 1608. Probé también que, aunque le desagradaba su esposa, era perfectamente normal; que su fortuna consistía en el regalo de mil libras que le hizo lord Southampton ya en su madurez, en 1596; y que lejos de haber acrecentado su riqueza y haber sido un administrador prudente, jamás se interesó por los «bribones contadores» y murió dejando apenas el ingreso de un año, probablemente después de una borrachera de antología, en la cual había bebido tal vez un poco de más porque, para ponerlo en sus propias palabras, tenía «una pobre y desdichada cabeza para

la bebida». ¡Un barco demasiado potente para el frágil casco! ¿Acaso no habla en *La tempestad* de caminar para «tranquilizar su palpitante cerebro»?

Todo esto y más deseaba establecer, ¿pero era posible crear una concepción tan absolutamente nueva de Shakespeare, y probarla de modo que fuera aceptada? Yo detestaba el clima invernal inglés, de modo que en octubre partí hacia la Riviera, en medio de la niebla. Y sin saber por qué, atravesé Niza y me fui a San Remo. Una vez allí, la vida de hotel me fatigó, de modo que me puse a buscar una villa. Descubrí una hermosa villa con vista sobre las montañas, el mar y un gran jardín. Pero por desdicha, el jardinero me dijo que estaba a la venta y no en alquiler.

Este jardinero merece una breve descripción. Era un hombre bastante menudo, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, con una figura ligera y fuerte y una cabeza extraordinariamente guapa, destacada por unos bigotes blancos, una sugerencia de edad que quedaba contradicha por la brillantez de la piel y de los ojos. Pedían diez mil libras por la villa, pero el jardinero me dijo que si la compraba, siempre podría venderla por lo que había pagado y aún más. Lo escuché con reservas, pero el hombre me divertía tanto, que compré la villa y me instalé allí.

En seguida organicé mis días de trabajo y durante las dos primeras semanas trabajé realmente doce horas diarias, hasta que una tarde memorable encontré al jardinero, a quien había tomado a mi servicio, leyendo nada menos que a Dante en el jardín. Tuve una charla con él y descubrí que no sólo conocía a Dante sino también a Ariosto, Leopardi y Carducci y era un verdadero estudioso de la literatura italiana. Pasé una gran tarde y decidí que cada vez que me sintiera fatigado en el futuro, saldría a hablar con él.

Dos o tres días después, volví a sentirme agotado y salí a verlo.

—Sabe —me dijo—, cuando lo conocí pensé que podíamos pasarlo en grande aquí, que usted amaba el amor y la vida. Pero resulta que ahí está, escribiendo, escribiendo, escribiendo de día y de noche… agotándose y sin preocuparse por la belleza o el placer.

—Me gustan ambos —dije—, pero he venido aquí a trabajar. Sin embargo, no me importaría tener alguna distracción, si fuera posible. ¿Pero qué cosas son posibles aquí?

—Todo —contestó—. He estado poniéndome en su lugar. ¡Lo

que me divertiría yo en esta villa, si fuese rico!

—¿Qué haría? —pregunté.

—Bueno —dijo—. Daría premios por las muchachas más bonitas. Digamos, cien francos por la primera, cincuenta por la segunda y veinticinco francos como premio consuelo a las restantes.

—¿Y qué conseguiría con eso? —pregunté—. De esa manera no conseguiría chicas y con seguridad tampoco conseguiría su amor.

—¿Que no? —exclamó—. En primer lugar, para saber cuál es la más bonita tendrían que desnudarse, ¿no es así? Y una vez que una muchacha se queda desnuda, ya no puede negarse a nada.

Yo había llegado a una especie de *impasse* en mi trabajo. Comprendía que la creencia, extraída de los sonetos, de que Shakespeare había sido homosexual, era probablemente falsa, pero desde Hallam[50] era sustentada por toda Inglaterra y también por toda Alemania; tan prestos los hombres a creer lo peor, en especial de quienes son superiores a ellos. ¡Los grandes líderes de la humanidad!

Heinemann, el editor, me había pedido mi libro sobre Shakespeare antes de mi partida de Inglaterra, pero en cuanto le escribí diciéndole que iba a negar los gustos anormales de Shakespeare, me respondió en el sentido de que todas las autoridades de Inglaterra estaban en contra mía y que en consecuencia no se atrevía a publicar el libro. La propuesta de mi jardinero llegó precisamente cuando había resuelto declarar mi convicción en ese sentido. Había trabajado muy duro durante años, en la «Saturday Review» y en Sudáfrica, y pensé que me merecía un poco de distracción. De modo que dije:

—Adelante. No quiero ningún escándalo, pero si puede conseguir las chicas por esos premios, pondré de buena gana el dinero y lo invitaré a ser el maestro de ceremonias.

—Hoy es martes —dijo—. Creo que el domingo próximo será el mejor día.

—Como quiera —asentí.

El domingo, habiéndoles dado el día libre a la cocinera y a la doncella, me puse a esperar a mis invitadas. La cocinera había dispuesto un buen *déjeuner* con champán en el comedor. Hacia las once, entraron furtivamente dos muchachas y el jardinero las condujo a dos habitaciones, diciéndoles que se pusieran bonitas,

que almorzaríamos a las doce y media. Media hora después, se habían reunido cinco muchachas. Las puso a todas en dormitorios diferentes y les dijo que se desvistieran y se prepararan para la inspección. Hubo muchas risitas y alguna exclamación, pero aparentemente ninguna rebelión. Diez minutos después, el hombre vino a preguntarme si estaba listo para iniciar la inspección.

—Por supuesto —dije, y entramos en la primera habitación.

Debajo de las mantas asomaba la cabeza de una joven. Se había metido en la cama. Pero mi jardinero no estaba dispuesto a la benevolencia. Se acercó, echó hacia atrás la ropa de cama y allí estaba ella, completamente desnuda.

—De pie, de pie —le dijo—. ¡Eres digna de ser contemplada!

Y lo era. Nada reacia, se puso de pie sobre la cama, como le habían ordenado, y se dejó mirar. Era una muchacha muy bonita, de unos veinte o veintiún años. Finalmente, para darle coraje, la tomó en sus brazos y la besó. Yo lo hice a continuación y encontré que su carne era perfectamente firme y todo estaba bien, excepto que tenía los pies bastante sucios, ante lo cual mi jardinero dijo:

—Eso se arregla fácilmente.

Le prometimos un premio y le dijimos que regresaríamos cuando se hubiera lavado y vestido, poniéndose lo más bonita posible. El jardinero me llevó a la habitación siguiente.

La muchacha estaba sentada sobre la cama, a medio vestir, pero era muy delgada y mucho más joven que la anterior, y evidentemente estaba muy excitada, porque nos miró como si nos odiara. En cuanto entramos en la habitación, se abalanzó sobre el jardinero y le dijo que si hubiese sabido que tenía que desnudarse, no se hubiera acercado a nosotros. El jardinero la besó y le dijo que no se asustara, que con toda seguridad ganaría un premio y que no era necesario que se desvistiera. Y nos fuimos a la tercera habitación.

Allí tuve una de las grandes sorpresas de mi vida: de pie sobre la alfombrilla contigua a la cama, había una joven que se ruborizaba y palidecía alternativamente. Estaba en camisa, pero sostenía el vestido en torno a sus caderas. También ella dijo que no deseaba quitarse la ropa, que prefería irse a su casa.

—Pero si no te ha pasado nada —dijo el jardinero—. Un par de hombres que te admiren no irán ciertamente a enojarte. Y ese ceño

fruncido no favorece en absoluto tu belleza.

Dos o tres minutos después, el astuto italiano había disipado su cólera y la joven empezó a sonreír y de pronto, encogiéndose de hombros, dejó caer el vestido y se quedó allí de pie, tratando de reír. Tenía uno de los cuerpos y los rostros más bellos que he visto en mi vida. Sus senos eran pequeños, pero bellamente redondeados y duros; sus caderas y trasero eran firmes como el mármol, aunque algo delgados. Su rostro estaba iluminado por un par de grandes ojos color avellana y la boca, aunque algo grande, estaba perfectamente formada: su sonrisa me conquistó. Le dije al jardinero que no quería ver más muchachas, que estaba satisfecho, y él me animó a besarla y hablarle mientras se marchaba a la habitación siguiente a inspeccionar a otra solicitante.

En cuanto el jardinero se fue, mi belleza, que se llamaba Flora, comenzó a interrogarme.

—¿Por qué me elige a mí? Usted es el dueño, ¿no?

Asentí. Tuve suficiente buen sentido como para contestar:

—En parte por tu belleza, pero también porque me gustas, tus maneras, tu coraje.

—Pero —continuó— la verdadera simpatía no crece con semejante prisa, sólo por ver un cuerpo y unas piernas.

—Perdona —contesté—, pero para un hombre lo primero es la pasión, el deseo. A la mujer corresponde transformarlo en un afecto duradero. Te gusto un poco porque te admiro y te deseo; a mí me corresponde, mediante la bondad y la simpatía, transformar ese gusto en amor. De modo que bésame y no perdamos el tiempo argumentando. ¿Sabes besar?

—Por supuesto que sé —dijo—; todo el mundo sabe.

—Eso no es cierto —repliqué—. La mayor parte de las vírgenes no sabe besar, y creo que tú eres virgen.

—Lo soy —contestó—, pero no encontrarás muchas en este grupo.

—Bésame —continué, tomándola en mis brazos y besándola hasta que sus labios calientes me respondieron. Cuando empezó a usar su lengua, preguntó maliciosamente:

—Bueno, señor, ¿sé besar?

—Sí —contesté—, y ahora yo te besaré a ti —y la eché sobre la cama y hundí mi cabeza entre sus piernas.

Era virgen, por cierto, y sin embargo peculiarmente rápida para responder a la pasión. ¡Una amante sorprendente! No me ocultó el hecho de que, como la mayor parte de las escolares italianas y francesas, se había acostumbrado a despertar su sensualidad escuchando cuentos maliciosos y tocándose, desde la pubertad. Pero lo que había evitado que se entregase libremente era su temor a las consecuencias posibles. Mis seguridades la convencieron, porque de pronto se puso de pie y bailó alrededor de mí en su fascinante desnudez.

—¿Tendré un premio?

—El primero —exclamé.

—*Carissimo mio* —dijo besándome muchas veces—… Seré lo que quieras y te cubriré de amor.

Habíamos estado hablando tal vez una media hora, cuando golpearon a la puerta y entró el jardinero, encontrándonos felices y, creo, íntimamente complacidos el uno con el otro.

—Es mejor que vea a las otras dos o quedarán desilusionadas, aunque creo que ha elegido a la más bonita.

—Estoy satisfecho —de dije— confiando en su aprobación.

Pero mi decidida belleza dijo:

—Vayamos a verlas. Yo iré contigo —pasamos a la habitación contigua, dijimos unas cuantas cosas halagadoras y seguimos hasta la quinta habitación, donde había una muchacha que dijo que no estaba dispuesta a desnudarse.

—En todo caso —concluyó el jardinero—, el asunto está decidido. Podemos ir a almorzar y después mi amo entregará los premios.

Comimos un excelente almuerzo, sirviéndonos los unos a los otros, y cuando destapamos el champán todo el mundo parecía disfrutar inmensamente del festín. Pero cuando llegó el momento de entregar los premios, me sentí avergonzado. Detestaba la idea de dar a unas menos que a otras, de modo que llamé al jardinero aparte y le expliqué mi renuencia.

—Nada más fácil —dijo—, yo he dicho que es usted un gran lord inglés. Vaya a esa habitación de la derecha y yo las enviaré una por una. Si yo fuera usted, entregaría los dos primeros premios, y yo haré lo propio con los de consolación.

—Espléndido —dije—, pero concédame más o menos una media

hora antes de enviar la segunda.

Flora entró y recibió su primer premio, me besó y se ofreció, apartando las ropas de cama. En ese momento, no sé por qué, se me ocurrió una buena idea. Levanté las manos.

—Eso para más tarde —exclamé—. Es una muestra de afecto y todavía no te importo lo suficiente. Tal vez me aprecies con el tiempo, y si no es así, te perdonaré. Aquí no hay obligaciones de ninguna clase.

—Qué bueno eres —exclamó—. Sólo por decir eso, ya quiero besarte, *caro mio* —y me dio un largo beso.

Naturalmente, aproveché la situación y transformé el beso en un abrazo, metiendo las manos bajo su vestido, y tocando su sexo. Después de haber estado tocándola un minuto, se estremeció y se corrió y cuando la abracé y la besé, me respondió apasionadamente.

—*Carissimo mio* —murmuró, escondiendo en mi cuello su rostro acalorado. Mientras ordenaba su traje frente al espejo, comenzó a hablar a toda prisa—: Sabes, espero que esta no sea la única vez. Quiero volver sin ningún premio, porque me gustas y has sido bueno conmigo. Al comienzo estaba asustada… debes olvidar eso. Lo harás, ¿no, es cierto? *Cuore mio*, ya encontraré otros nombres cariñosos para ti.

Y los encontró.

—¿Pero por qué querías vernos desnudas?, —continuó—. Somos todas semejantes, ¿no?

—Por supuesto que no —exclamé—; sois todas distintas.

—Pero no puedes amar a una porque tenga los pechos más pequeños que otra. Ninguna mujer se fijaría en una cosa así. Amo tu voz y lo que dices y tus ojos, pero no tus piernas. ¡Imagínate! —y lanzó una carcajada. Finalmente preguntó—: ¿Cuándo puedo volver otra vez? ¡Que sea pronto, por favor!

—Claro —contesté—. ¿Cuándo vendrás? Quiero tu fotografía.

—El día que quieras —dijo Flora, y arreglamos una cita para el martes. Salió encantada.

La muchacha que entró después era la joven, la segunda que habíamos visto, que no se había desnudado y que había declarado que, de saber lo que se deseaba de ella, no hubiera acudido.

—No me importa desnudarme para usted —me dijo en seguida —. Ahora lo conozco —y en un abrir y cerrar de ojos se había

sacado la ropa.

Era muy bonita. Después la fotografié en el columpio del jardín. Pero no era nada impresionante, sólo una niña de dieciséis años, muy bonita y bien hecha. Me dijo que su nombre era Yolanda. Vivía con una tía. Es posible que después hable algo más de ella, aunque su temperamento vivo me hacía evitarla.

Cuando le di el segundo premio de setenta y cinco francos, dijo:

—Me está dando el segundo premio. Tal vez, si hubiera sido más amable, me hubiera dado el primero.

Su franqueza me divirtió.

—¿Hay mucha diferencia para ti entre setenta y cinco y cien?

Asintió.

—Hay diferencia para mi vestido —dijo—. Quiero tener ropa interior bonita —y frunció la nariz.

—Bueno —contesté—, no digas nada y toma estos otros veinticinco.

En seguida me echó los brazos al cuello y me besó.

—¿Puedo volver? —me preguntó.

—Claro, claro —contesté.

—¿Puedo traer a alguien más?

—A quien quieras —dije.

Eso es todo lo que recuerdo de esta primera sesión, salvo que la belleza, Flora, a quien he tratado de describir, se quedó hasta mucho tiempo después de la cena.

Cuando luego hablé del asunto con mi jardinero, me dijo que a él le había gustado más la más joven, a quien yo no había visto.

—Clara —dijo— era la más bonita del grupo.

Cuando le expliqué que me parecía demasiado delgada para ser una belleza y demasiado joven como para tener una mentalidad atractiva, prometió enseñármela desnuda al domingo siguiente. Yo quería saber qué sucedería entonces.

—¿Será capaz de traer tres o cuatro chicas nuevas?

—¡Por Dios —exclamó—, veinte, si quiere! Estas chicas hablarán y puede tener la seguridad de que el número no dejará de aumentar. Si continúa así, esta villa adquirirá una gran reputación.

—Seguiré haciéndolo todas las semanas —dije—, pero si es posible que haya más muchachas, tal vez traiga de Montecarlo a un amigo que está allí y que es de verdad un lord inglés.

—Hágalo —dijo—. Cuantos más sean, más alegría.

En consecuencia, envié un telegrama a mi amigo Ernest, pidiéndole que viniera a pasar un feliz fin de semana conmigo. Acudió para entonces. Y fue una suerte que así lo hiciera, porque la segunda semana me demostró que el jardinero era sabio y conocía a la gente de su país mucho mejor que yo. Se presentaron por lo menos veinte muchachas, deseosas de ganar premios; muchachas de todas las edades, entre los quince y los treinta años. Mi jardinero propuso eliminar a unas cuantas, dándoles premios de consuelo y dejando sólo seis o siete. Ernest y yo estábamos de acuerdo pero queríamos ver cuál era su selección y quedamos asombrados ante su capacidad. Prácticamente, estuvimos de acuerdo con él en todos los casos. Se envió a casa, con premios de consuelo de veinticinco francos, a doce o catorce muchachas, sin más intentos de discriminación y nuestra inspección comenzó sin hacerme vacilar con respecto a mi devoción por Flora.

Fue durante estas primeras semanas en San Remo cuando empecé a comprender que en el amor y la pasión el cuerpo no es tan importante como la inteligencia y el carácter. No sentía el más mínimo deseo de dejar a mi belleza por ninguna de las nuevas reinas y tampoco quería que se desnudara, ni siquiera para ser inspeccionada por Ernest, aunque estaba dispuesta a ello. Pero yo era su amante y el amor desea la posesión exclusiva.

El tercer encuentro tuvo un final distinto. Otro joven inglés, llamado George, amigo de Ernest, se había enamorado de una de las muchachas de la semana anterior. De modo que tuvimos a las tres reinas, como las llamábamos, a cenar y a almorzar también. Después de la cena, el jardinero entró con una chica y declaró que si las nuestras se desnudaban, él demostraría que la suya era la mejor de todas. A ninguna de las tres muchachas les importaba hacerlo; todas estaban dispuestas, de modo que hicimos otro concurso, pero resolvimos que esta vez la ganadora se llevaría doscientos francos. No creo que la famosa selección de París con sus tres reinas del Cielo, exhibiera bellezas semejantes. Debiera tratar de describirlas. Tengo fotografías de dos de ellas que no puedo reproducir. Y a la tercera, a mi reina, ya la he descrito. Corresponde a mis lectores usar su imaginación. No puedo ni siquiera mostrar la foto de la elegida del jardinero, porque tenía apenas catorce años.

Cuando nos burlamos de él por esto, dijo filosóficamente:

—Soy más viejo que ustedes, y he observado que cuanto más viejo es uno, más jóvenes le gustan.

Todos rompimos a reír. Mis lectores pueden comparar las cuatro bellezas por sí mismos.

Esta fue la primera vez en mi vida que estudié el sexo de las mujeres, y el jardinero fue quien brindó la ocasión. Habíamos decidido que nuestras tres bellezas eran más encantadoras que la suya, cuando nos desafió a una nueva prueba.

—¿Qué es lo que más deseamos en una joven? —preguntó—. Seguramente, un sexo pequeño y bien formado. Bueno, apuesto a que el de Clara es el mejor.

De inmediato, Ernest estuvo de acuerdo con él, de modo que pedimos a nuestras bellezas que se sometieran al examen. Se rieron de nosotros, pero cedieron. Ganó Clara, tal como había predicho el jardinero; mi Flora quedó segunda; la de Ernest, tercera y la de George, cuarta. Pero todos tuvieron que admitir que desde afuera el sexo de Flora era el que tenía la forma más perfecta.

Descubrimos que, por regla general, el principal centro de placer era el clítoris y que eso estaba casi en proporción con su tamaño. A veces no se veía, pero en nuestras tres bellezas era normal, mientras que el de Clara estaba anormalmente desarrollado: tenía una pulgada de largo. En su caso, también los labios internos eran voluminosos, y cuando el jardinero nos dijo que la había hecho desvanecerse dos veces, tuvimos que aceptar que esta muchacha sentía con mayor intensidad que las otras.

Sin embargo, Flora desdeñó la prueba y dijo que ella sentía más con una frase, un pensamiento hermoso o en un acto agradable, que lo que sentía mediante la simple excitación sexual.

Un día Ernest y George fueron a Montecarlo y se trajeron otros dos amigos. El jardinero estaba encantado, porque cuantas más muchachas había, más aumentaban sus propinas, y también su diversión, sospecho. Pero a partir de entonces, nuestros domingos empezaron a transformarse en orgías. Es decir, que íbamos por allí, eligiendo esta o aquella muchacha, en lugar de permanecer fieles a nuestras reinas, aunque por lo general, en cuanto se habían ido las recién llegadas, volvíamos a nuestras antiguas lealtades. Pero, desde el principio, limité mi tiempo de diversión a dos días por semana:

los miércoles y los domingos. Los otros días trabajaba.

Nunca olvidaré una ocasión en que todos fuimos a bañarnos como Dios nos trajo al mundo: medía docena de chicas y cuatro hombres. Después del baño, nos tendimos sobre la hierba y pronto los adorables cuerpos sedujeron a los hombres y la escena se transformó en abrazo amoroso, al que la belleza y el abandono de las chicas hizo memorable.

Esta vida continuó durante cinco o seis semanas, hasta que un jueves fui interrumpido por el jardinero, que vino a pedirme que bajara para ver a una prima de Clara, llamada Adriana. Encontré una muchacha adorable, de cabellos rojizos y ojos grises, muy distinta de la italiana común. Podría reproducir su imagen, como más tarde hizo, un amigo pintor, Rousselet[51], a partir de una fotografía. Pero sin duda se trataba de uno de los seres más bellos que he visto en mi vida, y al comienzo, parecía, curiosamente, tan dulce, adorable y apasionada como bella. Me aficioné a ella en seguida y, por extraño que parezca, le gustó incluso a Flora. Nos dijo que era huérfana y parecía agradecida por cualquier minucia. Cuando Flora le dijo que le gustaba y no sentía celos, Adriana contestó:

—¿Cómo podrías estar celosa? Eres demasiado adorable como para sentir envidia.

Flora la besó, diciendo:

—Querida, no sé si eres sabia o buena, pero sin duda eres maravillosa.

Habíamos pasado la mitad del verano en estos juegos, cuando Ernest propuso que variáramos el procedimiento y permitiéramos que las muchachas eligieran a sus favoritos. Se aceptó en seguida. Les dimos dinero, pidiéndoles que lo repartieran. Establecieron de inmediato un fondo que repartieron equitativamente, pero también dijeron quién era el favorito, quién el segundo, etcétera.

No tuve razones para quejarme del resultado, pero no podía comprender por qué me elegían con tanta frecuencia. ¿Se debía a una insinuación del jardinero o simplemente al hecho de que sabían que yo era el dueño de la villa? Nunca lo supe, pero me elegían con tanta frecuencia que el juego se puso monótono. Cuando me dejaron aparte, el ganador fue Ernest, aunque George era mucho más guapo y por lo menos diez años menor.

Finalmente, encontramos un juego distinto. Un domingo vinieron alrededor de cincuenta muchachas, de modo que Ernest propuso que nuestras cuatro bellezas eligieran las cuatro más bellas de entre las recién llegadas, mientras los hombres estudiábamos la elección femenina. Pronto descubrimos que era imposible saber por qué elegían a esta o aquella chica, pero indudablemente las más bellas no eran elegidas casi nunca. Sin embargo, las cuatro elegidas fueron iniciadas en seguida.

Un día se produjo una novedad: tres madres habían traído a sus hijas y George propuso que permitiéramos a las madres elegir a las cuatro más bellas, para presidir nuestro almuerzo. Para deleite mío, Flora resultó elegida y las otras tres fueron también excelentes selecciones.

Todas las semanas, casi podría decir cada miércoles y cada domingo, había algo nuevo. Estábamos todo el tiempo en el carruaje de George o en el de Ernest o en ambos, en dirección a la montaña o por la costa. George había descubierto una pequeña bahía solitaria, magnífica, ideal para bañarse, y acostumbrábamos a ir allí con frecuencia a bañarnos juntos. Y las comidas, en especial las cenas, eran siempre festines que a menudo terminaban en alguna invención extravagante.

La parte curiosa de mi aventura personal, fueron los cambios en el carácter de Adriana. Era casi increíble. De ser toda simpatía y dulzura pasó a ser, creo que a causa de los celos, más y más dominante.

—Sabes —empezó un día en que había venido a verme por propia iniciativa—, tu Flora está prometida. En cuanto la vi, supe que no haría esta vida demasiado tiempo. Es bonita, aunque debes saber que tiene las piernas delgadas. Pero tal vez te gustan las piernas delgadas.

—Tú tienes el mejor cuerpo de todas —dije—; déjame verte, por favor, y no te preocupes por nadie más.

—Si soy la única —contestó, haciendo un mohín—, no puedo soportar estar en segundo lugar…

—Consíguete el primero —dije—. Debes ser más dulce que Flora, más apasionada que Clara y ganarás.

—¡Clara! —exclamó—. No es más que una pequeña prostituta, como lo fue su madre. Es muy vulgar…

No pude evitar la tentación de provocarla.

—El jardinero jura —dije— que tiene el sexo más pequeño de toda la región y que además es la más apasionada de todas vosotras…

—Odio estas comparaciones —gritó Adriana—. La degradan a una al nivel de un simple animal. ¡Seguramente, tengo algo más que muslos redondos y un sexo pequeño! Yo le daría cualquier cosa, todo, al amor, pero al simple deseo… nada.

—El deseo —observé— es la puerta al amor. La belleza física puede verse y medirse, por decirlo así, mientras que el afecto y la devoción necesitan tiempo para apreciarse. ¿Sabes —agregué como advertencia— que los celos no son una prueba de afecto? Al contrario. Yo pienso que la gente celosa es dura de corazón. Su pasión dominante es el orgullo, no el afecto.

—Oh, yo soy orgullosa —exclamó—, lo admito, pero creo que si te ocuparas sólo de mí haría cualquier cosa por ti, lo que desearas.

Cambié de tema, admirando sus brazos y su busto, porque no quería cambiar a Flora y, no obstante lo adorable que era Adriana, no toleraba su imperiosidad. Pero su cuerpo era demasiado perfecto y terminé por hacerle sentir y gozar.

—¿Te he complacido? —preguntó después.

—Más que nunca —dije.

—¡Ya ves! —exclamó—. ¿Puedo volver mañana?

—Tengo que trabajar, sabes —dije—. Me gustaría que vinieras, pero no antes del sábado.

—Entonces tendrás a Flora el miércoles —dijo, haciendo pucheros.

—No —contesté para librarme de ella—. Prometo que no tendré a nadie hasta que vuelvas tú.

Me besó y allí terminó el asunto por el momento. Pero pronto se volvió insoportable con sus exigencias.

La incorporación a nuestro grupo de un francés, a quien llamaré por su nombre de pila, Jean, nos permitió conocer nuevas sensualidades. Eligió a una muchacha, Rosa, y afirmó que azotándola podía provocar en ella un deseo apasionado, y pronto los azotes —limitados a enrojecer la piel— se hicieron más o menos generales entre nosotros. Todos los probamos de vez en cuando. Y, por extraño que parezca, a las muchachas les gustaban mucho, por

lo menos a las sufrientes, aunque el sufrimiento era en realidad muy leve y pronto se perdía en el placer. En más de una ocasión, los azotes se generalizaron, y nada más bello puede imaginarse que tres o cuatro muchachas excitándose por ese medio. Por lo general, era una de las muchachas la que se encargaba de dar los azotes y era curioso ver cuánto más brutales eran las mujeres que los hombres. Esto nos demostró con total claridad que a las mujeres les importan menos los pequeños dolores que a los hombres.

Otra cosa que hizo Jean fue mandar pedir a París media docena de instrumentos hechos de goma rígida, que se parecían al sexo masculino. Y descubrimos que servían para excitar a nuestras bellezas hasta extremos desconocidos por nosotros.

Finalmente, todos estuvimos de acuerdo en que la sensualidad de las mujeres duraba mucho más que la de los hombres y que necesitaban una excitación superior. Pero la mayor hazaña de Jean fue algo totalmente nuevo para muchos de nosotros. Un día escuchó al jardinero alardeando de que su amante era la que tenía el sexo más pequeño.

—Por supuesto —dijo Jean— sabrá que puede hacer tan pequeño como quiera el sexo de una muchacha.

Manifestamos sorpresa y continuó:

—Hay tres o cuatro inyecciones que contraen el sexo tanto como se desee. Lo contraen de tal modo, que es difícil penetrar en una mujer que ha tenido un hijo. Es ridículo hablar de un sexo pequeño como un ejemplar perfecto cuando cualquiera puede tenerlo.

En los días siguientes, todos probamos estas inyecciones de agua de alumbre y vimos que el remedio era infalible; pero seguimos prefiriendo a las que eran naturalmente pequeñas.

Ernest nos dijo que había tenido una experiencia similar en oriente, creo que en Java, y yo tuve que admitir que me había enterado de eso en la India.

Jean no se inclinaba nunca por una muchacha determinada, sino que cada miércoles y domingo elegía una distinta, y acostumbraba a divertirnos mucho con sus historias sobre cómo las trataba y cómo las gozaba. Un día en que había estado alardeando de sus proezas, fue súbitamente interrumpido por una de sus amantes.

—La única manera de hacerte correr dos veces es azotándote —dijo ella.

Todos reímos, porque Jean era mucho más joven que cualquiera de nosotros, con excepción de George, y hasta entonces habíamos aceptado sus alardes como más o menos ciertos.

Recordando ese verano maravilloso, considero que las experiencias más valiosas que me quedaron de él, fueron las historias que las chicas contaron: las experiencias sexuales infantiles de Flora y Adriana me enseñaron muchas cosas, porque ambas eran normales. Estoy seguro de que la confesión de Flora fue perfectamente veraz, y aunque Adriana era por lo general muy reservada, de vez en cuando se sinceraba por completo. Esto es lo que Flora me dijo, pero dejaré sus revelaciones para otro capítulo.

Las confesiones de las muchachas

Flora

—Me has pedido que te lo cuente todo. Muy bien, lo haré —comenzó diciendo Flora—, y si omito algo, debes hacerme preguntas, porque deseo complacerte, querido.

»Desde que puedo recordar, me he deleitado con ciertos… digamos, pensamientos desnudos. Incluso a los siete años debo haber sentido placer… ¡Esto sí que es de verdad desnudarme! Me contagié del sarampión en la escuela y me atendió un doctor que me quería mucho. Era muy guapo. Supongo que para mí era como un héroe. Sea como fuere, recuerdo claramente la sensación que me provocaba al desvestirme y tocarme. Puede que sea bastante corriente, pero yo acostumbraba a soñar con eso, a pensar en eso, a deleitarme con eso. ¿Es natural? Nunca se lo he dicho a nadie, no me entenderían, de modo que no sé si lo es o no.

»Y después, más o menos a los nueve años, una chica mucho mayor me inició en cosas peores. Por supuesto, ella estaba acostumbrada a gratificarse, pero para mí fue muy malo. Puso mi mano en su sexo y me dijo que frotara. Creo que debo haber sido realmente depravada, porque después otras dos chicas intimaron mucho conmigo, pero era yo esta vez la instigadora. No sé qué no habremos hecho… tú me comprendes. Esto a los nueve y diez años, ¡y dicen que los chicos son más viciosos que las chicas! No lo creo. A partir de eso, te harás una idea de cómo soy ahora.

»Mis sueños me provocan sensaciones. Me deleito en pasiones que no tienen posibilidad de realizarse a menos que las satisfaga yo misma. Y lo hago a menudo. Esa es una parte de mí.

»Desearía que las de mi sexo no fueran tan hipócritas. Hasta mi mejor amiga, *con* la cual hablo de todo, en especial de hombres y mujeres, se disgusta a menudo y me dice seriamente que me estoy volviendo inmoral. El otro día me dijo que había soñado que

caminaba desnuda y sola por la calle principal y que pensaba que todo el mundo soñaba eso más o menos con frecuencia. ¡Yo le dije que nunca había soñado que estaba desnuda y *sola* en ninguna parte! Que era perderse una sensación espléndida. Se molestó realmente mucho.

»Después hubo otras dos chicas. Tenían más o menos mi edad: trece y catorce años. Eran hermanas y muy salvajes; quiero decir, indisciplinadas. No me gustaban nada. Eran demasiado rudas y audaces y mezquinas. Sin embargo, me servían. Acostumbraban a desnudarse, ponerme en la cama y una de ellas frotaba vaselina o una especie de grasa entre mis piernas, y la otra miraba hasta que le llegaba el turno. La sensación de estar siendo mirada era casi tan buena como la de ser frotada. Debo haber sido un diablillo astuto. Realmente, era incapaz de analizar por qué y para qué sucedían esas cosas. Sólo sabía que me gustaban.

»Después vinieron chicas mayores. Cuando tenía unos quince años, una me llevó a su habitación y cerró la puerta con llave. Era como una especie de guardarropa, pequeño y muy oscuro. Por entonces yo era lo bastante grande como para comprender qué estaba haciendo. Puso mi mano en su sexo y la toqué tan bien como pude. Sé que me gustaba hacerlo. Naturalmente, ella estaba totalmente desarrollada y de alguna manera esto aumentaba mi placer. Me perjudicó en el sentido de que solía pensar en ello, deleitarme con ello, gozar mis ideas lúbricas… bueno, quince años son demasiado pocos como para eso, especialmente porque yo no necesitaba tantos estímulos.

—¿Por qué no habías de necesitarlos? —pregunté sin poder contenerme.

—Porque ya me inclinaba demasiado por ese camino —contestó.

—Tanto mejor —continué—. No puedo comprender la condena implícita.

—Tampoco yo —dijo—. Es simplemente hábito, la manera acostumbrada de pensar y hablar.

»Tú quieres saberlo todo: ¿son los deseos de las muchachas tan diversos como los de los chicos? Sí, y creo que tan fuertes como los de ellos. Cuando era una jovencita y me sentía atraída por un hombre, un completo extraño, alguien que me demostraba su deseo, en el tranvía o en cualquier otra parte, solía cruzar las piernas y

apretar los muslos hasta que me venía, exactamente igual que si hubiera usado la mano. A menudo estaba toda mojada. ¡Bueno, ahí tienes la verdad!

»¿Quieres saber por qué vine aquí? Esperaba por supuesto ganar el primer premio, pero en realidad ese no era el motivo principal. El jardinero dijo que en la villa había un inglés joven y apuesto que sería muy amable conmigo. El dinero sólo era la esperanza que utilizábamos como excusa, pero en realidad lo que buscábamos era un amante y amor, emociones nuevas.

»Cuando esa mañana el jardinero me dejó en la habitación, observé lo finas que eran las sábanas y qué bonitos cuadros había. "¿Cuándo vendrá?", me pregunté, "¿Qué hará?". Y tenía el corazón en la boca.

»Antes de que entraras a verme, la esperanza me hacía vibrar. Me arrojé sobre la cama y pensé en eso y hacerlo me provocó gradualmente ese sentimiento que exige satisfacción, de modo que me satisfice tocándome… esperándote a ti, amor, a ti.

»Dices que no te he contado nada sobre los hombres, pero realmente no tengo experiencias de que hablarte hasta que vine aquí. Mi madre no se cansaba de advertirme hablándome de las consecuencias y estaba siempre presente el riesgo de quedar embarazada.

»En el pueblo, veía a menudo hombres que hubieran podido gustarme, pero nosotros vivimos en el campo y hasta que llegó tu jardinero y me habló y me aseguró que no habría riesgos y sí mucha diversión, nunca me había entregado a un hombre. Tú eres el primero y lo sabes, ¿no es así, querido?

»El verano pasado, un tipo joven solía venir del pueblo y acostumbrábamos a dar largos paseos. Decía que me amaba y me tocaba los pechos y trataba de excitarme de mil maneras distintas, pero cuanto hablé de casamiento, huyó. Los hombres quieren placer y nada de ataduras y no los culpo. Si yo fuera un hombre, haría lo mismo. Somos nosotras, las mujeres, las que corremos el riesgo. Pero no contigo, querido.

»Ahora siento a menudo esos besos largos que me das en los pechos, y cierro los ojos y me entrego. El amor es lo mejor del mundo, ¿pero cómo voy a amar cuando te hayas ido y hayan terminado los días bellos? Oh, desearía que mi vida terminara con

ellos. Hubiera tenido lo mejor de la vida.

—¡No digas eso! —exclamé—. Todavía te falta vivir lo mejor de la vida y además, no me iré para siempre.

Y entonces recomenzó el juego amoroso y siguió hasta que nos llamaron a almorzar y encontramos un banquete que merecería ser descrito minuciosamente, pero temo cansar a mis lectores.

Aunque me gustaba enormemente Flora, con frecuencia me burlaba de su frialdad. A ella le molestaba.

—¡No me conoces! —decía.

Un día me encontró con Adriana y esa noche me preguntó:

—¿Vas con ella porque es apasionada?

Asentí. Es inútil procurar explicarle a una mujer el atractivo de la novedad.

Al día siguiente, para mi sorpresa, Flora se superó a sí misma. Realmente utilizó su sexo como un instrumento y me produjo un placer intenso.

Cuando grité «¡Basta, querida!», triunfó.

—¿Soy mejor que tu Adriana?

—Mucho mejor —contesté—. ¿Pero por qué no actúas así siempre?

—No lo sé —contestó—. Es por una especie de reserva que no puedo explicar, pero no debes creer, como cree el jardinero, que Clara o Adriana o cualquiera de ellas siente más que yo. Un hombre puede sentirse orgulloso de gustar del acto; una mujer siempre se avergüenza de confesarlo o demostrarlo.

El año siguiente a mi partida de San Remo, Flora me escribió al Hotel de París, en Montecarlo. Me decía que desde que yo me había ido, su vida era estéril y monótona. Si yo ya no la quería, prefería matarse, porque no podía soportar su existencia tediosa y rutinaria. La carta llevaba algunos meses de atraso, pero partí de inmediato hacia San Remo para arreglar las cosas, si era posible. Como es natural, al primero a quien busqué fue al jardinero. Quedó estupefacto.

—Acaba de casarse —exclamó cuando le mostré la carta—, y muy bien. Él es rico. Mañana se lo contaré todo.

Resultó tal como me había dicho. Mi Flora se había casado, y se había casado muy bien, y, cuando la vi, no vaciló en decirme que la mitad de su éxito provenía del aprendizaje que había hecho con

nosotros, los ingleses.

—Tú me enseñaste el amor, señor —dijo—, y fue tu enseñanza la que me permitió después excitar el amor sin sentirlo demasiado yo misma. Sin embargo, mi marido es una excelente persona y creo que seré feliz con él. ¿No te importa? —preguntó, sonriendo maliciosamente.

—¡Importarme! ¡Por supuesto que no! —respondí. Y me dije para mis adentros: «Otro barco que ha llegado a buen puerto».

Adriana

El relato de Adriana se parecía mucho al de Flora en lo referente a los primeros años, pero al comienzo fue más extrovertida.

«—Pasión… yo estoy hecha de ella, es como un potro, salvaje, loco, indomable, rápido, impulsivo… y sin embargo soy emotiva. La poesía, el violín, "llamas en los cielos crepusculares", todo eso me hace brotar lágrimas en los ojos, el murmullo de un arroyuelo, el follaje de los árboles, los libros, los cuadros… un mundo profundo y dulce.

»Por supuesto, fue una chica mayor la que me inició en la sensualidad. Creo que nunca me tocó. Fue más bien un asunto de ella, pero lo que le hacía me producía placer. Claro que no sabía por qué quería ella hacerlo. Me gustaba y esto era suficiente para mí.

»Antes de ir a la escuela tuve una gobernanta. No recuerdo bien, pero de todos modos es la única hembra, aparte de la que he mencionado, que me hizo percibir su pasión. Insistía en bañarme. Me parecía raro, porque a ninguna de las otras le había gustado hacerlo. Pero la primera noche golpeó a la puerta y cuando le dije que entrara, se acercó a mí y lentamente me sacó la toalla con la cual me cubría. Yo estaba avergonzada, sus ojos me hacían estar así; su mirada me ruborizaba… pero también comencé a sentir un placer especial, esa sensación que todos experimentamos, creo, cuando somos mirados. Bueno, me bañaba todas las semanas y una vez, detrás de la puerta del baño, me di cuenta de los sentimientos que abrigaba hacia mí. Y me gustó. Me sacaba de la bañera, me tendía sobre sus rodillas, y la deliciosa sensación de estar siendo devorada por sus ojos ávidos, me hacía abrir las piernas… para que ella me frotara.

»De los doce a los catorce años estuve en la escuela y me apasioné con una de las muchachas mayores. Y aunque yo me hubiera estremecido ante el simple contacto de sus dedos, aunque fuera en mi mano, ella jamás me prestó la menor atención. Yo temblaba con sólo verla, y si pasaba junto a mí y me rozaba, mi corazón saltaba. Pero esa especie de adoración del héroe es muy habitual en la escuela.

»Una noche, una compañera de mi edad me sorprendió al pedirme que fuera con ella al baño. Yo fui, con curiosidad. Cerró la puerta con llave y después, de manera descarada, me pidió que la tocara. Lo hice y ella me tocó a mí. Estábamos muy excitadas, pero nos interrumpieron, y no sé por qué nunca volvimos a intentarlo.

»Me preguntas si me excito a mí misma. Desde los diez u once años en adelante, lo hacía todo el tiempo. Hacia los trece, me puse muy delgada y pálida y una noche mi madre me habló de cómo había arruinado su salud una amiga suya, por tocarse el sexo, y me advirtió que no lo hiciera. Después de eso, acostumbraba a hacerlo todos los sábados por la noche. Así que tenía una orgía una vez por semana: era espléndido. Acostumbraba a pensar en algún hombre que me hubiera gustado o me hubiera manifestado su deseo, y empezaba.

»Un día, en el tranvía, subió un hombre vulgar que se sentó frente a mí. De pronto, noté que sus pantalones estaban desabotonados y vi su sexo. Al principio, sentí enojo: tan sucio y vulgar era. Pero a medida que le echaba miradas cautelosas, comencé a excitarme muchísimo. Crucé las piernas, me apreté el sexo y me corrí. No pude evitarlo. Cuando bajé estaba empapada… hasta las rodillas.

»Me preguntas por mis sentimientos. Por lo general, me corro muy pronto. Pero todo depende de cómo esté. Si no hay una buena atmósfera (debería decir una “mala”), me lleva más tiempo, pero si estoy realmente apasionada, casi lasciva, me basta con un minuto. Y puedo volver a hacerlo tal vez hasta tres veces, pero éste es el límite. Después se me aflojan las piernas, así que me doy cuenta de que ya no puedo. De todos modos, no podría hacer más que eso.

»No hay goce que sea exactamente igual que el anterior. Pronto se aprende la diferencia. Por supuesto, todos se repiten, pero nunca uno después del otro y a veces el favorito es el menos frecuente. Es

cuando mis músculos se estiran y se ponen rígidos. Pueden pasar días sin que ocurra, y hasta semanas».

Como es natural, me puse a trabajar en seguida para producirle a Adriana ese paroxismo rígido y no me resultó difícil.

—No podrías hacerlo otra vez —dijo, pero en diez minutos le probé que podía hacerlo tan a menudo como lo deseara. En realidad, después de llevarla al paroxismo tres o cuatro veces, rompió a llorar y a reír en una especie de histeria salvaje que me llevó horas calmar.

—Te amo —me dijo— y es por eso que no puedo controlarme. ¿Pero para qué quieres a otras? Me entregaré toda a ti, más que cualquier otra, querido. ¡Pero debes serme fiel!

—¿Cuándo eres más apasionada? —pregunté.

—No he observado —contestó— que sea más apasionada en momentos determinados, por lo menos normalmente. Sé que es así, o debería ser así, pero para mí todo depende de mi cerebro y mi emoción.

»¿Te he contado cómo me han poseído otros hombres? Estoy segura de que tu Flora no lo haría, pero yo lo haré. Sólo tenía dieciséis años y mis padres me consiguieron trabajo en un hotel. Él era el gerente y estaba casado. Yo conocía a su mujer, y su hija mayor era más grande que yo. Desde el principio, fue muy amable conmigo. Vi, por supuesto, que me deseaba.

»Un día de fiesta, hace tres años, todos se habían ido a la calle pero él me había encargado un trabajo y no me gustaba abandonarlo. En medio de la procesión, se asomó a la puerta y me envió a buscar su estilográfica a su dormitorio, en el cuarto piso. Fui, claro, y mientras estaba buscándola él entró a la habitación y antes de que yo me diera cuenta de nada, había cerrado la puerta. Me tomó casi a la fuerza. Me metió las manos por debajo de la falda y me llevó a la cama. Y mientras yo decía que iba a gritar, me golpeó y lancé un chillido. Pero continuó. Después, me besó y me dijo toda clase de cosas bonitas, pero me cuidé de no volver a quedarme a solas con él. Durante dos semanas tuve un miedo terrible y después, durante años, temí al dolor. Un día una chica me dijo que ya no volvería a sufrir.

»Entonces apareció un muchacho. Me sentí tentada por $u virginidad, pero no cedí. Y luego, el año pasado, un joven cliente

del hotel me hizo el amor: no me lastimó y yo gocé muchísimo, porque me gustaba de verdad y tenía unos modales encantadores. Siempre estaba trayéndome flores y me besaba las manos y me decía lo bonita que era y cuánto amaba mis ojos. ¡Era un tesoro!

»Pero ahora me he enamorado apasionadamente de ti, con cuerpo y alma, y eso es lo que me vuelve loca de celos. Flora siempre alardea de que gustas de ella más que de nadie y yo no puedo creerlo, pero detesto escucharla. Podría pegarle a esa puerca. Pero entonces te vas con ella y yo me voy a casa y lloro la mitad de la noche. ¿Por qué no puedes amarme a mí sola o a mí más que a las demás? Entonces no me importaría. Pero ser siempre la segunda, descubrir que prefieres a Flora, eso me vuelve loca».

Por supuesto, la besé sonriendo, y dijo:

—Prométeme que la semana que viene sólo saldrás conmigo, y te entregaré mi alma. ¡Prométemelo! ¡Ya verás lo dulce que puedo llegar a ser… prométemelo! Diré y haré todas las travesuras que quieras. ¡Quiero hacerlo! Ya está. ¿Escuchas eso? ¡Haré más de lo que imaginas, amor!

Lo prometí y cumplí mi palabra, pero después de esa semana Adriana no volvió, de modo que perdimos el cuerpo más bello de todos. En ella, los celos eran más poderosos que la pasión, como le sucede a muchas, muchas mujeres.

Clara

Una vez más, fue el jardinero quien contribuyó con el mejor descubrimiento. Me dijo que Clara no era reticente y me diría lo que yo quisiera de modo que un día le envié a que la trajera y le hice preguntas.

—¿Qué es lo que hay para contar? —dijo—. Es siempre lo mismo, una y otra vez, sólo que va mejorando con el tiempo, a diferencia de (sic) la mayor parte de las cosas de la vida. No sé cuándo empecé. Me parece que no tenía más de siete años, pero casi en seguida me di cuenta de que no me interesaba que me tocaran las chicas. Sólo quería chicos y sentía mucha curiosidad por ellos, aunque fingía lo contrario.

«Cuando tenía unos diez años, un chico cinco o seis años mayor que yo me lo explicó todo y unió la acción a la palabra. Me hizo un

poco de daño, pero incluso al principio el placer fue más grande que el dolor, de modo que seguí haciéndolo con los que me gustaban. Y me gustaban muchos.

»Alrededor de los trece años, me puse muy cuidadosa, porque sabía cuáles podían ser las consecuencias, y decidí que sólo iría con un hombre que me importara realmente. No sé por qué me enamoré, pero sucedió cuando tenía quince años con un caballero guapo y de modales encantadores. Me habló en la calle, me llevó a dar un paseo, me besó y me tocó. No me importaba. Era realmente delicioso, pero cuando me condujo a su habitación del hotel, le dije que tenía miedo. Pero me aseguró que con él no corría ningún riesgo y mantuvo su palabra. Sin embargo, esa especie de placer a medias no me satisfacía, de modo que me alegré mucho cuando vino tu jardinero. ¡Y desde entonces he sido feliz como un pájaro!

»Quieres saber si me he tocado. Claro que sí, todas las chicas lo han hecho. Si dicen que no, es que mienten, las estúpidas. ¿Por qué no habríamos de gozar, si es tan fácil?

»Recuerdo que una vez mi padre me llevó a una galería de cuadros en Génova. Me gustaron mucho los cuadros. Había uno de un hombre joven que me miraba directamente a mí. A la mañana siguiente, me escapé y volví a la galería, a ver el retrato de mi amante. No pude evitarlo. Me senté en un banco que había frente al retrato, crucé las piernas y me apreté el sexo hasta que me mojé. Y esa noche, al acostarme, pensé en él, en sus piernas maravillosas y sus grandes ojos, y me toqué con la mano, fingiendo que era él y me vino una y otra vez, hasta que al final estaba tan enloquecida que tuve que parar para no gritar. Pero hay muchas chicas así.

»Creo que fui una de las pocas que dejó que un chico la poseyera una y otra vez. No podía resistirme. La verdad es que los deseaba tanto como ellos a mí. Y cuando me buscaba un hombre mayor era peor. No podía negarme y sentía más con él que con cualquier chico, hasta que vine aquí y empezaron los grandes juegos. Oh, me gustan todos. Y siempre me has gustado, desde que me diste el primer premio cuando sólo había ganado el segundo. ¡Eres un tesoro!».

Naturalmente, después de eso disfrutamos de una gran batalla de besos que concluyó en una nueva cita, que se repitió con frecuencia, porque descubrí que en muchos sentidos Clara era la

más deliciosa de todas. Realmente, no tenía reservas y le gustaba mostrar su sexo y hablar de las sensaciones intensas que conocía en los términos más crudos. Pero nunca inventó ni embelleció nada y era muy atractiva esta simplicidad de la verdad. Por ejemplo, cuando decía: «Cuando me posees, siento estremecimientos que bajan por mis muslos hasta las rodillas», era claro que estaba describiendo una experiencia personal inmediata, y cuando me dijo que con sólo oír mi voz en la villa su sexo se abría y se cerraba, supe que era verdad. Y poco a poco, esta verdad de las sensaciones recíprocas fue creciendo en mí hasta que yo también fui ganado por la novedad de la emoción. Clara era la amante más deliciosa de todas, aunque era la más joven.

He hablado aquí de cosas placenteras, y son los incidentes interesantes o divertidos los que recuerdo mejor de mi vida pasada. Pero hacia finales del verano, hubo muchos problemas con algunas de las chicas. Empezaron con la defección de Adriana. Como si se sintieran estimuladas por sus celos, otras se sintieron inclinadas a seguir su ejemplo y poner condiciones.

Las tres reinas, y en especial Clara, permanecieron fieles hasta el final, pero Jean y sus chicas eran una fuente constante de conflicto. Él cambiaba de muchacha en un mismo día y eso siempre acarreaba reproches o escenas de cólera. Finalmente, tanto Ernest como George tuvieron que volver a Inglaterra y yo me sentí avergonzado de haber dejado pasar el verano sin terminar mi trabajo.

Cuando más tarde regresé a San Remo para ver a Flora, supe que también Clara se había casado bien. Me lo explicó diciendo que las viudas siempre encontraban maridos con más facilidad que las muchachas, porque conocían más lo que deseaban los hombres.

Una palabra sobre las diferencias entre los celos del hombre y los de la mujer.

Los celos de la mujer: Si el hombre se fuera con otra porque la ama, la mujer lloraría, pero lo perdonaría. Para ella, el amor es todopoderoso. Pero si un hombre se fuera con otra chica sólo por pasión, aun cuando ella no le interesaba, la mujer se enfurecería. Considera que tal acto es una traición imperdonable.

Los celos de los hombres: Son todo lo contrario. Si la mujer se va con otro hombre cediendo a una fantasía pasajera, el hombre se siente herido, pero la perdona con facilidad. Pero si la mujer se

entrega a alguien por amor, el hombre se pone furioso y no puede perdonar.

Celebridades de los noventa

Quiero hacer un trato tan justo y extenso como pueda de este tercer período de mi vida: la última década del siglo diecinueve. A menudo se elogia a Casanova por haber hecho un buen retrato de su época; sin embargo, no ha hablado de ningún gran hombre de su tiempo, ningún escritor de primera línea, ningún artista, ningún estadista, con la sola excepción de Federico el Grande, a quien apenas menciona al pasar.

En esta *Vida* mía he procurado describir el desarrollo de mi inteligencia y de mi alma con tanta fidelidad como he podido, y completar la historia destacando, por así decir, a los grandes hombres y hechos que han caracterizado a la época. En el primer volumen, traté de describir a Whitman, Emerson, Carlyle y otros; en el segundo, a Skobelef, Ruskin, Randolph Churchill y Maupassant. En este volumen he ofrecido esbozos de muchos artistas y escritores y deseo completar el cuadro con más recuerdos de mis contemporáneos.

Conocí a Zola y hablé con él una docena de veces antes de aventurarme a emitir una opinión contraria a la suya sobre cualquier tema. Él pensaba que sus últimos libros, *Lourdes* y *Rome*, eran los mejores, mientras que yo pensaba que *La Terre, Germinal*
L'Assommoir,
y *Nana* eran mucho mejores, por no hablar de *Page Le rêve*
d'amour,
y *La faute de Mouret*
l'Abbé
, que me parecían por lo menos tan buenos como los otros. Para mí, *Lourdes, París* y el resto carecían de vida, eran máquinas que nunca habían crecido.

Traté de hacerle comprender que los últimos cuentos de Balzac, como *La Cousine Bette* y *Cousin Pons*, me parecían fabricados y mecánicos en comparación con *Pére Goriot* o *La recherche de*
l'absolu

o *Eugénie Grandet*, y en realidad con muchos de sus trabajos anteriores, como *Le Curé de Tours*.

Zola no estaba de acuerdo conmigo. *Cousine Bette* y *Cousin Pons* le parecían lo mejor que había escrito Balzac.

Recuerdo que una vez, cuando vino a Londres, no podía dejar de hablar de la tranquilidad del lugar, la extraña paz que reinaba en las calles.

—Qué gran ciudad —decía—, aquí no hay ruido.

Quería saber por qué consideraban pornográfica a *La terre*, cosa que lo complacía mucho.

—Si supieran cuánto peor es la vida —exclamaba— dejarían de decir tonterías.

Y en eso yo estaba completamente de acuerdo con él.

Mayor placer obtuve de un aspecto de Zola que es casi desconocido. Sabía que en su juventud había sido crítico de arte de un periódico de París, creo que de «Le Fígaro», y me interesaba enormemente cuando hablaba de las modernas escuelas de pintura. Fue la primera persona a quien le escuché decir que Cézanne era uno de los más grandes maestros que habían existido. George Moore elogiaba a Manet, Monet y Degas, pero decía poco o nada de Cézanne, aunque era el mejor de todos, la verdadera cabeza de la escuela. Un día, Zola dejó escapar el secreto al contar que había ido a la escuela con Cézanne y que cuando éste llegó a París, él, Zola, fue el primero a quien Cézanne recurrió para interesarlo en su trabajo.

Es extraño que Zola nunca haya escrito un libro sobre pintura y cuando le pregunté por qué no lo había hecho, me dijo que ese no era su arte, que se sentía un observador en ese campo. Pero en su casa se percibía su amor por la pintura y el arte en general, porque estaba llena de muebles antiguos y decorados singulares.

No puedo evitar pensar que Zola hubiera podido darnos un libro sobre el moderno arte francés tan bueno como el que Fromentin nos dio sobre el arte en Holanda, y ese libro hubiera sido, como decía Tucídides del suyo, «una posesión eterna».

Zola, pese a que era uno de los notables de su tiempo, tenía un aspecto singularmente desprovisto de interés. Era un poco más bajo que la media, pero fuerte y más bien fornido. Su cabello, su barba y su manera de caminar denunciaban fortaleza pero no había en su

cara nada distintivo: una cara redonda, corriente, con nariz gruesa y labios comunes, que podía haberse perdido en una multitud. Ni siquiera tenía la distinción de la fealdad. Su rostro pálido, los labios gruesos y la barba castaña eran sencillamente vulgares.

Me sorprendió descubrir que Alphonse Daudet tenía una alta opinión de Zola.

—¿Ha visto alguna vez sus notas —dijo una vez— para cualquiera de los libros que va a escribir? Es extraordinaria la manera en que plantea el tema y estudia cada una de sus partes. Supongo que cuando escribió el libro sobre Lourdes, sabía más del tema que cualquier otra persona. Fue allí y pasó un mes en el lugar.

No obstante, Zola llamaba mi atención cuando decía que un exceso de conocimiento es tan peligroso como una carencia. Era necesario saber lo bastante como para ver las peculiaridades del lugar o del tema, pero en el momento en que se sabía de él tanto que aparecían más bien las semejanzas que las diferencias, era que se había trabajado demasiado.

—Por mi parte —agregó Daudet—, yo escribo sin notas, confiando en la idiosincrasia de los caracteres para desarrollar el argumento y, en realidad, creo en lo que la gente llama inspiración, que probablemente sea otra palabra para designar el ocio más que el estudio.

En notable contraste con Zola, Daudet era pintoresco, realmente muy apuesto. Usaba el cabello largo, pero su nariz era bien formada, los ojos grandes y excelente la forma de su rostro.

Tuve ocasión de ver a Daudet después de la publicación de las cartas de Turgueniev, y lo encontré extrañamente enojado. Le contrariaba la crítica de Turgueniev como si hubiera sido una ofensa personal.

—Lo tratamos como a uno de nosotros —repetía—, y ahí está, hablando de nosotros como si Zola y Flaubert y el resto fuéramos pigmeos y sólo él un gran escritor y artista.

Yo quería ver si conseguía algún comentario más, de modo que dije:

—Bueno, usted sabe, algunos de nosotros pensamos que en Bazarof, Turgueniev, ha descrito al único personaje nuevo que se ha agregado a la literatura europea desde el Mefistófeles de Goethe.

—¡Cielo santo! —exclamó Daudet—. ¿Acaso Madame Bovary no

es un personaje? ¿No lo es el Lantier de Zola? No entiendo ese tipo de crítica.

Insistir hubiera sido grosero; sin embargo, para algunos de nosotros Madame Bovary es mediocre y Lantier todavía más, en comparación con Bazarof. Bazarof es el modelo del realista de todas las épocas, más profundo que Tartufo o El Misántropo y éstos son creaciones más grandes que Madame Bovary o Lantier.

Las novelas de Daudet eran mejores que su crítica.

No sé por qué, pero a menudo Daudet me recordaba a W. E. Henley. Conocí a Henley en una cena en casa de Sidney Low, que había sucedido a Greenwood en la dirección de la «St. James Gazette». Por entonces, Henley dirigía el «Scots Observer», que más tarde trasladó a Londres con el nombre de «National Observer».

Sentado a la mesa, Henley resultaba un hombre grande, de anchos hombros, que parecía tener unos seis pies de altura, con una inmensa cabeza leonina, una tupida barba dorada, grandes ojos azules y hermosos rasgos. Una personalidad apuesta e impresionante.

Casi de inmediato disentimos sobre el valor relativo de la obra de tetro y la novela. Yo hablé de la novela como de la forma artística más compleja, y por lo tanto más importante, y él contestó:

—Eso es una tontería —con tanta rudeza, que en seguida respondí.

—Esperemos a que se retiren las damas y continuaremos conversando.

Demasiado sorprendido como para hablar, Henley gruñó, pero en cuanto las damas se levantaron de la mesa, se volvió hacia mí y dijo:

—Ahora me gustaría saber por qué piensa usted que una novela es una forma artística superior a una obra de teatro, por ejemplo, o, ya que estamos en eso, a un poema.

—Puede incluirle poemas —respondí—, como lo ha demostrado Goethe, y tiene todas las ventajas de una obra de teatro y muchas otras que le faltan.

Henley volvió a gruñir.

—No veo que una simple afirmación sea prueba de nada.

—La presentación dramática de un personaje —continué— es por supuesto la mejor si se trata de un personaje sencillo, pero

suponga que desea describir a un personaje complejo. Suponga, por ejemplo, que desea mostrar a sus lectores a un hombre de gran coraje que, por una u otra razón (una debilidad de herencia, la bebida por ejemplo, o algún crimen hereditario), es cobarde por la noche. Los espectadores no comprenderán qué quiere decir. Tiene que explicarlo mediante los matices de carácter más delicados. Esto puede hacerse en una novela, y es por eso que he dicho que la novela era la mejor forma del arte, una forma más compleja que la de una obra de teatro.

Para mi sorpresa, Henley contestó con desconcertante franqueza:

—Nunca había pensado en eso, pero creo que tiene razón —y en cierta forma nos hicimos amigos.

Cuando más tarde formuló la ley sobre la poesía, no lo contradije, y cuando me preguntó si estaba o no de acuerdo con él, le dije que yo sólo creía en la crítica del arte que practicaba y que, no siendo poeta, jamás disputaba con los poetas sobre el misterio de la poesía.

Cuando nos levantamos para reunirnos con las damas, quedé horrorizado. Las piernas de Henley estaban torcidas y en lugar de medir seis pies de altura o más, tenía apenas una estatura media. Mi anfitrión me dijo que, de los poemas que había escrito en el hospital, se desprendía claramente que la sífilis lo había transformado de gigante en tullido.

Recuerdo algunos encuentros posteriores con Henley. Una vez me envió su *Song of the Sword* a la «Fortnightly Review». Yo hubiera querido publicarlo, pero Chapman, el director gerente, no quiso saber nada.

—El verso libre —dijo— no es ni poesía ni prosa —y me rogó que no me metiera con eso.

Henley no era un gran hombre, pero sí un hombre muy interesante. Pensaba que era su deber corregir todas las colaboraciones que le enviaban, y de hecho corregía cada palabra, cada frase, sopesaba cada coma, hasta que el periódico quedaba conformado a su estilo, de modo que a menudo parecía que hubiera sido escrito por un solo hombre.

Mi objetivo, cuando tuve un periódico propio, la «Saturday Review», era exactamente opuesto al suyo. Estimulaba a todos a que se expresaran de la manera más personal posible, y cuanto más

distintos fueran de mí, más me gustaba el trabajo, por regla general. No veo cómo hubiera sido posible convencer en otros términos a Bernard Shaw, H. G. Wells, McColl, Charlmers Mitchell y Cunninghame Graham de que hicieran las cosas lo mejor posible.

¿En qué consistía entonces el éxito de Henley? Consiguió un grupo de admiradores juveniles que escribieron para él y más tarde se ganaron un nombre como periodistas. No recuerdo ni un solo nombre de verdadera capacidad en ese grupo de Henley. Por lo que puedo recordar, ninguno hizo nada importante después. Pero disfrutó de mucho éxito en su momento y tenía admiradores como el Honorable George Wyndham, que siempre hablaba de Henley como de un notable poeta, sobre todo, según pensaba yo, porque la poesía de Henley, aunque era de segunda línea, era mejor que la suya.

Hubo otra figura a la que llegué a conocer bien durante los noventa, un hombre infinitamente más dotado que Henley en otro arte: Auguste Rodin. He escrito una semblanza suya, pero deseo agregar algunas cosas.

Ya en nuestro primer encuentro observé que no había en él maldad ni exclusiones. Pertenecía a la raza de los grandes maestros, se entusiasmaba con facilidad, sin un átomo de envidia. Aceptaba la vida como era, la vivía al máximo y tenía pocos remordimientos. La única huella de amargura que detecté en él una vez, salió a la superficie cuando un millonario norteamericano le ofreció diez mil dólares por una cabeza, siempre y cuando la terminara en una semana.

—Le expliqué —dijo Rodin contando el incidente— que en ese tiempo tan corto no podía conseguir más que una semejanza, que no podría comprender su alma y mucho menos la mejor manera de sugerirla a través de sus rasgos. Pero declaró que todo lo que quería era una semejanza, así que… —y levantó la mano— *ma joi*, dije que sí —y se volvió un momento después como si una idea lo hubiera sobresaltado de pronto—: Cincuenta mil francos en una semana. Ah, si hubiera tenido cincuenta mil francos al año cuando hice mi «hombre con la nariz rota», hubiera logrado una docena de tipos que ahora…

Había una tristeza inexpresable en su voz, y tenía razones para estar triste.

—Una docena —pensé— todo tragado y perdido en «el útero confuso de la noche increada».

Rodin murió durante la guerra mundial, dejando veinte o treinta grandes retratos de sus contemporáneos, desde Henley y Shaw a Rochefort, Hugo y Balzac, por no mencionar una docena de grupos y figuras que es imposible olvidar. Su *Pensador* es mejor que la figura de Medid de Miguel Ángel. Su *Abrazo*, su *Ninfa y Sátiro* y *Súcubo*, son ejemplos de bronce hecho carne en virtud de un oficio incomparable y del empuje de una sensualidad sorprendente que podía incluso dar al mármol la pulsación de la vida.

Todavía recuerdo una pequeña figura femenina, tal vez de la mitad de su tamaño natural, que durante unos años estuvo colocada en el centro del salón de su pequeña villa de Meudon. Yo la bauticé *La Parisienne*, y él adoptó alegremente el nombre, ya que sin duda hubiera podido pasar por la personificación de la alegre capital, la única ciudad del mundo donde los artistas se sienten en su casa. En su belleza franca había una cierta perversidad que era exquisitamente característica. Las caderas y las piernas eran ligeras, con algo de la divina torpeza de la niñez, pero los senos eran redondos y firmes, provocativos; la nariz respingada, descarada, y podía jurarse que su rostro sonreía en un gozoso desafío.

Recuerdo que la señora Rodin nos obsequió con unos *petits fours* muy buenos y un café desesperante que me hizo preguntarme por qué no lo llamaban honestamente achicoria, como debía de ser. La pequeña viejecita sirvió al maestro como sirvienta y como madre durante medio siglo. Entonces, consciente de la inmensa deuda que tenía con ella, y ansioso de hacer enmiendas tardías, Rodin se casó con ella. Su humilde devoción me merece tal respeto, que no creo que el cambio la haya afectado demasiado; sin embargo, puedo equivocarme, porque murió poco más de un mes después y algo más tarde Rodin la siguió a la tierra silenciosa, como si fuera incapaz de soportar una separación después de tantos años de camaradería.

Recuerdo que conocí a Rostand en París en 1898. En ese momento estaba en la cumbre de su fama. *Cyrano de Bergerac* había sido estrenada por la Bernhardt en 1897, cuando él tenía 27 años. Ha habido pocos triunfos como ese. La obra se representó 400 veces en París y casi la misma cantidad en Berlín, en la traducción de

Fulda. San Petersburgo y Madrid, y hasta Belgrado, enloquecieron con la obra y docenas de compañías la pusieron en escena en los Estados Unidos.

Rostand me trató como un príncipe podría tratar a un muchachito desconocido. Nunca he visto un francés con tantos humos. Era algo más alto que la media y vestía todo de negro, con un toque de excentricidad. Una gran pechera de satén negro, que mostraba apenas un estrecho borde blanco en el cuello, parecía mantener erguida su cabeza, y por cierto la llevaba muy alta. Su rostro era pálido; los rasgos, regulares; los ojos oscuros, bastante grandes: un rostro guapo con aire de desdén superior. La palabra francesa *morgue* lo expresa con exactitud. Aunque Marcel Schwob —que fue quien me presentó— habló de mí como de un maestro y dijo que mis cuentos habían aparecido en *La Revue des Deux Mondes*, Rostand se contentó con una ligera inclinación, mientras sus cejas se elevaban con un aire de paciente distracción. Yo tenía preparado un cumplido, pero me lo tragué y me aparté abruptamente. No tenía muy buena opinión del *Cyrano* y los otros trabajos de Rostand me parecían desdeñables, mientras que los aires que se daba me resultaron inexcusables en un hombre tan joven. Ningún gran hombre juega nunca al *grand seigneur* sin tener una razón excelente para hacerlo.

No se hablaba más que de sus obras. Le preguntaron por su método de trabajo. Suministró datos corrientes con el aire de un Dios que deja caer nuevas verdades desde el Sinaí. Según parece le sucedía como a la mayor parte de nosotros; es decir, que el período de gestación era largo y el parto apresurado.

—Leo y pienso mucho —dijo—, hasta que está claro, y después escribo sin parar.

Un educado murmullo de admiración saludó al oráculo. Era evidente que ningún gran hombre de verdad había adquirido popularidad tan temprano. Me retiré en cuanto pude hacerlo sin que resultara ofensivo.

Rostand nació rico. Conoció el éxito con su primer libro, *Les musardies*, y su riqueza le permitió apartarse de todo lo que fuera duro o verdadero, arruinando en realidad un gran talento dramático.

Estaba destinado a encontrarlo una vez más, tiempo después.

Había llevado a Oscar Wilde a cenar al restaurante Maire, con la intención de ir después al teatro de Antoine, que estaba cerca. Cuando entramos, Rostand ya estaba sentado a la mesa. No sabía si saludarlo o no. Para mi sorpresa, él se puso de pie e hizo una inclinación más que cortés; cordial.

Así animado, me acerqué a él y le disparé el cumplido que había preparado meses antes. Rió, encantado, y cuando le presenté a Oscar mostró un lado humano y gentil que apenas hubiera esperado. Durante la cena, mantuvo una conversación intermitente de mesa a mesa, y estuvo realmente encantador, atribuyendo el éxito de su obra sobre todo al incomparable trabajo de actuación.

Oscar cogió la ocasión por los pelos y contó que había visto a Coquelin durante un ensayo de trajes. Según parece, el gran actor tenía dudas sobre si debía agrandar aún más su prominente nariz: Es mía y de Cyrano —había exclamado—. ¿Por qué alterarla?

—Pueden decir —lo interrumpió Oscar con aire de profunda meditación— que interpreta tan bien el papel porque es su propia historia. Yo que usted, aumentaría la nariz.

—Tiene razón —replicó gravemente Coquelin—. Debo seguir siendo el artista, siempre el artista, por encima de *mi* creación.

Oscar contó la historia maravillosamente bien, imitando los gestos y modales y destacando la vanidad del actor: «mi creación».

Rostand disfrutó muchísimo del cuento y como la conversación se centró sobre las narices, no pude evitar citar la ingeniosa anécdota relacionada con el Barón Hirsch. Alguien dijo: «Si no fuera por la nariz, no se notaría que es judío». «Es verdad» contestó el interlocutor, «Dios perdona y el mundo olvida, pero la nariz permanece».

De pronto nos dimos cuenta que era tiempo de irnos si no deseábamos perder parte de la obra, y entonces Rostand nos dijo que él también deseaba ver *Poil de carotte* creo que era, con Madame Nau como primera actriz, de modo que bajamos juntos por el bulevar y nos acomodamos en nuestros asientos como viejos amigos.

Pensándolo bien, Rostand me pareció una naturaleza romántica muy dotada, distorsionada por la riqueza y necesitada del aguijón de un incentivo desesperado. Llegó en el momento psicológico. En ese momento crecía la segunda generación posterior a la gran

derrota, llena de la antigua vanidad gala y del coraje resuelto a actuar y no a hablar. Los jóvenes franceses comenzaron a practicar atletismo, boxeo incluso, dejaron el realismo por el romance y comenzaron a afirmar en lugar de negar. La novela de la osadía estaba en el aire y Rostand le dio forma. Era un heraldo del nuevo tiempo en casi todos los sentidos. Su vida familiar era muy feliz. En realidad, pese a los defectos superficiales, era un buen representante de la nueva Francia. Me parece casi simbólico que haya nacido en 1870, el año del desastre, y muerto en 1919, seguro de la victoria.

He escrito mucho sobre Meredith y he tratado de retratarlo como uno de los más grandes escritores de la época y una fascinante personalidad.

Poco después de hacerme cargo de la «Saturday Review», vino a Londres para someterse a una operación, volví a verlo y por supuesto fui tan cordial como pude, pero nunca pude perdonarle que se negara a firmar la petición a favor de Oscar Wilde. Hasta ese momento, yo acostumbraba a ir a Boxhill a pasar unas horas con él casi todas las semanas. Después, sólo lo vi por casualidad en pocas ocasiones. Su operación pareció debilitarle mucho, porque a partir de entonces se acostumbró a viajar en un pequeño coche que conducía él mismo y casi dejó de caminar. Me excusé por no verlo más a menudo, diciéndole que pasaba seis meses al año en el sur de Francia, mientras que él prefería Boxhill y las dunas de Sussex.

Fue durante una de estas visitas a Niza cuando conocí a Maeterlinck y a Georgette Le Blanc[52] a quien consideraba como su esposa. Maeterlinck era una interesante personalidad, pero nunca saqué de él más de lo que cualquiera podía sacar de sus libros. Nunca pareció capaz de revelar otros aspectos de su personalidad en la conversación.

Recuerdo que una vez me preguntó por qué no hacía una crítica de su traducción de *Macbeth*, que me había enviado. Le dije que lo haría si lo deseaba, pero que no creía que su conocimiento del inglés fuera suficiente. Sin embargo, prometí hacer lo que pudiera. Más tarde, ya en Londres, recordando mi promesa revisé la traducción. Miré un verso: «Duerme bien, después de la fiebre caprichosa de la vida», y descubrí que Maeterlinck lo había traducido así: «*Après les convulsions fiévreuses de la vie il dort bien*». Advertí en seguida que había tomado *fitf*[53] como si quisiera decir

llena de ataques, como *painful*[54] quiere decir llena de dolor, y no tenía ni idea de que significaba sencillamente intermitente. Entonces, envié a un amigo al British Museum, que me trajo la información de que de las cien traducciones de *Macbeth* al francés, unas ochenta y cinco habían seguido a François Victor Hugo en este error y las otras habían simplificado poniendo: «*Après la fièvre de la vie il dort bien*».

Le envié esta información a Maeterlinck, pensando que se reiría del asunto, pero cuando volví a encontrarlo en Niza al año siguiente, él y Georgette vinieron a almorzar con nosotros y atacó el tema de inmediato, diciendo que traducir a Shakespeare era imposible. Procuré mostrarme de acuerdo con él diciendo que por supuesto para traducir de una lengua a otra correctamente se necesitaba un poeta de la misma talla que el que iba a traducirse.

Pero él había decidido que Shakespeare era imposible y dio un ejemplo tomado del *Hamlet* donde Ofelia dice:

> Aquí hay romero; es para el recuerdo.
> Aquí hay trinitarias; son para los pensamientos…

—El primer verso puede traducirse —dijo—, pero el segundo no, porque en francés la palabra para designar a las trinitarias es casi la misma que para los pensamientos. No se puede decir «*Voilà des pensées… pour penser*
c'est
».

—Oh —respondí—, yo creo que es muy posible. Imagine la escena. Ofelia está hablando frente al Rey y a la Reina y sabe, con su femenina intuición, que la Reina es la verdadera culpable, de modo que dice «*Voilà des pensées*», y después, mirando a la Reina agrega, tartamudeando, « *pour penser*
c'est
».

Francis Carco, que estaba almorzando con nosotros, me aplaudió, pero Maeterlinck fingió no comprender.

En realidad, cuando un francés traduce del inglés es fácil que incurra en error. El otro día vi que uno había traducido «El último artificio del amor» por «*La dernière chemise de*
l'amour

».

Conocí bastante bien a Albert, príncipe de Mónaco, durante más de un cuarto de siglo. El «New York Times» le dedicó una columna durante su visita a Norteamérica, poco antes de su muerte. Decía que «pertenecía a los Grimaldi de Génova… una de las casas más antiguas de Europa»; lo describía como «un culto anciano mundano, honorablemente distinguido como sabio; un gobernante inteligente… sagaz y experimentado», y Dios sabe cuántas cosas más. Ahora bien, Albert de Mónaco no era un Grimaldi, sino un Matignon, de una pequeña casa hidalga bretona, y su «sabiduría y sus luces» eran mera astucia[55].

Un incidente retratará mejor a este principio que páginas enteras de alabanzas. Cuando lo conocí, hablaba siempre de su desagrado por «esa casa de juego» de Montecarlo, que le daba su principesco ingreso y pagaba además todos los gastos de su reino de tres millas de largo y media de ancho. A toda persona que se alojaba en el palacio se le pedía que no visitara y ni siquiera entrara «a la casa de juego», y el príncipe se quejaba continuamente de que su padre le había hecho a M. Blanc un contrato hasta 1907. Si no fuera por eso «lo cerraría mañana. Odio su corrupción. Realmente no está bien que un padre sujete y encadene así a un hijo. Detesto ese lugar». Esto solía decir.

Me parecía a mí que el príncipe protestaba demasiado. En todo caso, no era necesario que aceptara «los salarios del pecado», si no lo deseaba. Pero poco a poco sus protestas me afectaron. Llegué a creer en su honestidad.

Porque había un aspecto del príncipe que me agradaba. Era un deportista. Tenía una gran casa de campo en Marcháis, en las fronteras de Lorena. En un tiempo había pertenecido a los Duques de Guisa y se levantaba, imponente, en medio de las marismas.

En los pantanos de Marcháis había excelente caza: gansos y patos salvajes llegaban en bandadas desde el norte en la época invernal, y también cisnes, y los bosques estaban bien provistos de faisanes, conejos y liebres.

Pero en Marcháis había otras diversiones. Mientras la princesa Alice fue su dueña, la comida era excelente y por las tardes solía haber música maravillosa.

En Marcháis era posible conocer a todos los genios literarios y

los líderes del pensamiento francés: Bourget y Loti, Saint-Saëns y Sarah Bernhardt. En Marcháis, más que en cualquier otra casa francesa, se palpaba la vida en muy diversos aspectos.

Como es natural, me encantaba ir allí y pasar largos días de caza con el príncipe. Se me había despertado a las cuatro de la mañana con la noticia de que acababan de aparecer cisnes salvajes y diez minutos después estaba levantado y vestido. Antes de salir, tomaba una o dos tazas de delicioso café y unos huevos con bacón, conservas y pan de calidad poco común. Después, la salida a la noche fría para cabalgar seis o siete millas hasta el lugar, y una vez allí, arrastrarse tal vez a lo largo de otra milla sobre el estómago, tras la protección del follaje, hasta los cobertizos, desde los cuales se podía vigilar a los grandes cisnes nadando y dispararles, si se deseaba. Después, cuando amanecía, registrábamos el bosque en busca de faisanes y la llanura de rastrojos en busca de la perdiz de rojas patas, y así volaba el día en medio de un saludable ejercicio. Después, a casa, para darse un baño caliente y disfrutar de una cena soberbia, con excelente vino y café francés, y luego la gran velada con buena música de Tosti o De Lara, o una charla en una habitación tranquila con un miembro del Instituto o la Academia.

¿Quién podía resistirse a la seducción de todo ello? Una tarde el príncipe me aseguró que, en cuanto tuviera derecho a hacerlo, cerraría el «garito» o «antro» de Montecarlo, y me rogó que lo difundiera en la prensa británica, de modo de no sorprender a la gente cuando esto sucediera.

—Quiero evitar quejas —dijo— y los líderes de la vida inglesa son poderosos en Francia.

Naturalmente, hice lo que pude por ayudarlo en tan altos propósitos.

Yo conocía muy bien «la casa de juego» de Montecarlo. Había pasado muchos inviernos en el Principado, y para mí era evidente que la manera de dar tono e importancia al lugar consistía en fundar un Sporting Club especial que tendría como miembros a los visitantes más distinguidos, en especial ingleses, franceses y americanos. Un día le sugerí esta idea al príncipe de Mónaco, diciéndole que si decidía que tenía que dejar la «casa de juego» como estaba, la manera de mejorarla sería fundar un Sporting Club de primera clase que estuviera en estrecha conexión con ella.

Me pidió que lo explicara en detalle. Le dije que requeriría cierto tiempo y trabajo y él quiso saber cómo podía recompensarme.

—Muy sencillo —dije—, puede hacer de mí su secretario permanente con un salario digno.

—Es verdad —exclamó entusiasmado—. Ayúdeme. Redacte el reglamento y artículos del club, imprímalos y póngalos en mis manos y será usted secretario permanente con un salario de, digamos, mil libras al año, y, por supuesto, alojamiento en el club.

Dije que eso me convenía. Planeé toda la cosa —reglamento, artículos, etc.— y se lo entregué. Me dijo que era exactamente lo que deseaba.

Poco más tarde se rumoreó que el príncipe de Mónaco había hecho un arreglo con Monsieur Camille Blanc, el principal accionista de la «casa de juego», dándole un contrato por tiempo indefinido con la condición de recibir algunos millones de francos.

Una noche, en Londres, mencioné el asunto a uno de los reyes de las finanzas. Se rió mucho.

—Así que es usted el culpable —exclamó—. Es divertidísimo.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿De qué se ríe usted?

—Me río —dijo—, porque ese zorro astuto, el príncipe de Mónaco, lo usó a usted por nada para asustar a Monsieur Blanc, de modo que ha firmado un nuevo contrato por cincuenta años, en las condiciones más favorables.

Yo sabía intuitivamente que el zorro me había vencido. Pero descubrí que había sido engañado mucho más completamente de lo que había imaginado. El príncipe de Mónaco vendió la idea del Sporting Club, tal cual yo la había imaginado, a Camille Blanc, y consiguió por ella otra fuerte suma, cuidándose de no concluir un trato con un secretario permanente, y así me engañó.

En el príncipe Alberto había dos aspectos distintos, como sucede con la mayor parte de los hombres: realmente amaba la ciencia y realizaba su pesca de alta mar en interés de ella, pero al mismo tiempo se casó con una heredera inmensamente rica y vendió el futuro de Montecarlo a Camille Blanc, después de sacarle lo más que pudo, mediante la publicación de su voluntad de cerrar el «garito» tan pronto como terminara el contrato.

En verdad: *Los hijos de este mundo son más sabios en su generación*

que los hijos de la Luz[56].

Jesús, el Cristo

Lentamente, la opinión pública va llegando a la conclusión de que Jesús de Nazareth fue el más grande espíritu de los tiempos históricos. Muy pronto fue proclamado divino y ahora, casi dos mil años después, hombres de todas clases y condiciones lo han estudiado y hablan de él. Pero por lo que sé, muy pocos han tratado de verlo como era. Era tan dulce y tan grande que incluso después de veinte siglos el juicio de sus pares no está formado todavía ni se ha pronunciado el veredicto final. Como lo he amado sin adorarlo, ofrezco aquí mi voz como contribución para alcanzar la decisión final, y describo además cómo llegué a albergar esta creencia y qué efecto tuvo sobre mi conducta.

Ya he relatado, en mi retrato de Renán, cómo, hacia finales de siglo, Sir Charles Dilke me dio una carta de presentación para él, y Dilke era una de los pocos ingleses que hablaba francés tan bien como inglés. Por lo tanto, su patrocinio tenía algún peso. Al comienzo, Renán me recibió con gran amabilidad y casi de inmediato comenzó a preguntarme cómo se había recibido en Inglaterra su *Vida de Jesús*. Le dije que era considerada la mejor biografía, mucho mejor que la de Strauss, pero él volvía una y otra vez al tema con un deseo de alabanza que me parecía casi infantil y con un invencible desdén hacia la crítica, por bien fundada que estuviera, que a veces me enfurecía.

Durante algunos años, cada vez que iba a París lo visitaba, y después de un par de visitas comenzó a tratarme con cierta condescendencia, que en realidad obedecía al hecho de que jamás había sido totalmente franco con él en relación a lo que pensaba de su trabajo. Finalmente, decidí hacerlo.

Un día me provocó, he olvidado cómo, y entonces le dije:

—Maestro, ¿cuál es la lengua en la que hablaba Jesús normalmente?

—Arameo —replicó—, el dialecto judío común del hebreo.

—Siempre supuse —dije—, que hablaba griego, aunque por

supuesto pudo haber sido latín.

—Oh, no —dijo Renán—, hablaba una sola lengua. Era bastante ignorante, en contra de lo que se cree.

—¿Qué significa —pregunté— cuando en la cruz grita: «*Eloi, Eloi, lama sabachtani*?». Eso es arameo, ¿no?

—Claro, por supuesto —dijo Renán.

—Entonces, en la Biblia dicen: «lo que, traducido, significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Evidentemente, de aquí se sigue que habitualmente él hablaba en otra lengua, que no era necesario traducir, y que allí, en la Cruz, en su angustia mortal, recae en la lengua de su niñez, y por lo tanto lo traducen.

—Veo su inferencia —exclamó Renán—. Es extraño que jamás se me haya ocurrido. ¿De dónde sacó esa idea?

Sonreí, pero casi me hizo decirle que apenas había sacado nada de su *Vida de Jesús*, por mucho que la había leído.

En la Biblia hay muchos pequeños detalles que me aclaran la figura del Maestro. Si tuviera otra vida que vivir, aprendería arameo y hebreo y trataría de hacer lo que Renán no hizo: hacer un retrato real del hombre más grande que jamás ocupó carne alguna.

Cuando siendo un muchachito, su madre y su padre lo dejaron y, descubriendo que no estaba con ellos, regresaron a Jerusalén y vieron que había estado en la sinagoga, él les dijo: «¿Acaso no deseáis que me ocupe de los negocios de mi Padre?». Esto y la posterior observación de que su madre debía guardar esas palabras en su corazón, me lo revelaron como extraordinario, incluso en su niñez.

Siempre me pareció extraño que Jesús llamara a sus discípulos y los eligiera en número de doce. La mayor parte de los grandes hombres tienen dos o tres que atesoran sus palabras y aman estar con ellos, pero no hay otro ejemplo de que fueran elegidos por el maestro. Por lo general, son los discípulos quienes eligen. La historia me parece difícil de comprender porque es muy inusual y, por lo que puedo ver, nada simbólica.

Un poco más tarde, Jesús se niega a ver a su madre y sus hermanos y desoye las exigencias de los lazos de parentesco. Hay una explicación posible, incluso probable, de esta actitud: cuando comprometió a sus discípulos y comenzó su carrera independiente, volvió en primer lugar a Nazareth, según nos dicen, pero su

pretensión de autoridad fastidió al pueblo y «los llenó de cólera». «¿No es el hijo de José?», preguntaron. «¿Y acaso no están con nosotros sus hermanos y hermanas?». Y tuvo que ocultarse a las iras del pueblo.

Se nos dice claramente: «Ni sus hermanos creyeron en él». De hecho, sus amigos y parientes parecen haberlo excusado diciendo: «Está fuera de sí», e imagino que esta excusa lo hirió de tal modo que más tarde se negó a verlos, declarando que «Quienquiera que cumpla con la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre».

Otra vez, más tarde, hallamos ese alejamiento de su madre en un modo más pronunciado. Según San Lucas, «Cierta mujer de las que allí estaban alzó la voz y le dijo: "¡Bendito sea el vientre que te llevó y los pezones que te alimentaron!". Pero él dijo: "Sí, y sin embargo, benditos aquellos que escuchan la palabra de Dios y la respetan"».

Es extremadamente difícil verle a través de la niebla arrojada a su alrededor por sus biógrafos. Comienza su Sermón de la Montaña con una serie de aforismos como los que acostumbran a pronunciar los jóvenes de talento: «Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra». ¡Indudablemente, esta es la más extraña predicción hecha a los hijos de los hombres!

Y más tarde, el estímulo:

> Bienaventurados seáis cuando los hombres os difamen y os persigan y digan de vosotros todo lo malo.
>
> Regocijaos y estad gozosos, porque grande será vuestra recompensa en el cielo, porque así perseguidos fueron los profetas que están delante de vosotros.

Y después, lo más bello de todo:

> Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.

Pero después de estas frases soberbias, que parecen mostrarnos el espíritu del joven profeta, vienen versos que es imposible comprender:

> Muéstrate prontamente de acuerdo con tu adversario, para estar en el mismo camino suyo. No sea que en cualquier momento tu adversario te entregue al juez y el juez al funcionario y seas arrojado en prisión. En verdad te digo, que no saldrás de allí hasta no haber pagado el último cuarto.

Esta moralidad infantil, basada en el miedo, está en desacuerdo con el resto. Tal vez fue una expresión juvenil de sumisión a la autoridad. Jesús retoma el tema hacia el final y lo lleva a nuevas alturas:

> Has escuchado decir: amarás a tu vecino y odiarás a tu enemigo. Pero yo te digo: ama a tus enemigos, bendice a los que te maldicen, haz el bien a quienes te odian y ruega por los que te utilizan con desprecio y te persiguen.

Y una vez, más, la frase inefable que es como un mandamiento:

> Sé por lo tanto perfecto, así como tu Padre que está en el cielo es perfecto.

Pero lo que primero me aclaró su figura fue la revelación de su debilidad física. ¿Por qué cayó bajo el peso de la cruz? La mayoría de los hombres hubiera podido llevarla, porque era de madera seca y no muy pesada. La primera vez que vi una fue durante la guerra ruso-turca del 76-77, cuando los turcos crucificaron a algunos de sus enemigos. Uno hubiera podido llevar estas cruces durante mucho tiempo sin dificultad, con un extremo apoyado en un hombro y el otro arrastrándose por tierra.

Pero la prueba principal de su debilidad es que se dijo que había muerto en la cruz al cabo de unas pocas horas. Y se nos dice que ante esto, «Pilatos se maravilló». Y no le faltaba razón, porque la mayor parte de los hombres puede soportar durante días la tortura de la cruz. Y fue para convencerse de que estaba realmente muerto que el soldado lanceó su costado y «salió de allí sangre y agua».

Ahora bien, si estaba muerto debía haberlo estado durante bastante tiempo, al menos el necesario para que alguien fuera a Jerusalén, viera a Pilatos y regresara al Calvario con la orden de asegurarse de la aparente muerte. Si hacía un par de horas que estaba muerto, nada hubiera salido de la herida, excepto algo de humedad. Por lo tanto, saqué la conclusión de que se había desmayado, sencillamente, y que posteriormente volvió en sí y gracias al cuidado de las mujeres que lo amaban, pudo mostrarse a sus discípulos. Pero la crucifixión lo había quebrantado y padeció la terrible duda: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», y poco después murió.

Como le dije a Renán, me desagradaba su insistencia en la

belleza personal de Jesús. Todos decían que Mahoma era sorprendentemente guapo, con ojos espléndidos, pero ningún discípulo de la época parece haber dicho semejante cosa de Jesús. Lo que los fascinó fue que «hablaba como nunca había hablado un hombre», y aunque su rostro debía estar transfigurado por la emoción, seguía siendo el mensaje y no la cara del mensajero lo que parecía a todos lo más importante.

Lo que más amo es la historia de la mujer sorprendida en adulterio, que en mi opinión es la más bella del mundo.

Sólo Juan habla de ella. ¿Acaso era él el discípulo bienamado porque recordaría lo más importante?

Jesús había dicho una y otra vez que había venido a hacer cumplir la ley de Moisés y no a cambiarla. Entonces, los judíos le llevaron a una mujer «sorprendida en adulterio, *en el acto mismo*», y dijeron: «Moisés ordenó que una mujer como esta fuera lapidada, ¿qué dices tú?».

Jesús fue sorprendido en una contradicción flagrante. Siempre había dicho que él había venido a hacer cumplir la ley, de modo que en ese momento, para ganar tiempo, se inclinó y escribió en el suelo con el dedo «*como si no los oyera*».

Entonces, consultó consigo mismo y contestó: «Aquel de entre ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra».

Y los judíos eran tan honestos que «acusados por sus propias conciencias» se fueron, uno por uno.

Cuando Jesús se hubo incorporado y no vio a nadie más que a la mujer, le dijo:

—Mujer, ¿dónde están quienes te acusaban? ¿No te ha condenado ningún hombre?

Y ella dijo:

—Ningún hombre, mi Señor.

Y Jesús le dijo:

—¡Tampoco yo te condeno! Ve y no peques más.

Ahora bien, ¿qué significan sus palabras sino que él tampoco estaba libre de pecado?

Lo sorprendente de los evangelios son las contradicciones en espíritu. Piensen en el versículo de San Lucas: «Pero a aquellos de mis enemigos que no desean que reine sobre ellos, traedlos y matadlos delante de mí». Y en casi todos los evangelios hay alguna

espantosa contradicción de este tipo que casi nos hace dudar. Por ejemplo, Marcos nos dice cómo Jesús llegó de Nazareth y fue bautizado por Juan en el Jordán, y los cielos se abrieron y sobre él descendió el Espíritu en forma de paloma. Y del cielo surgió una voz que decía: «Tú eres mi hijo bienamado, del cual estoy complacido».

Más tarde, Juan fue encarcelado y mientras estaba en prisión oyó hablar de los hechos de Cristo y, si debemos creer a Mateo, envió a dos de sus discípulos a preguntarle: «¿Eres tú quien debía venir o debemos buscar a otro?». En otras palabras: «¿Eres el Mesías?».

Pero esto es extraordinario, porque cuando Juan bautizó a Jesús tiene que haber visto abrirse los cielos y descender el Espíritu en forma de paloma y tiene que haber oído la voz que decía: «Tú eres mi Hijo bienamado». ¿Cómo pudo entonces dudar Juan?

Ni siquiera la plegaria que Jesús enseñó a sus discípulos alcanza las formas más altas: «El pan de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación». Yo preferiría, sencillamente: «Dar y perdonar».

¿Por qué creer entonces en la existencia de Jesús? ¿Por qué no aceptar la conclusión del señor Robertson y otros, así como la de la mayor parte de los rabinos que según me dicen, piensan que jamás existió?

En primer lugar, estoy convencido de que todo gran movimiento proviene de un gran hombre. No puedo creer que las palabras: «Ama a tus enemigos…» y «Sé entonces perfecto…» hayan salido de la fe ordinaria. Esas palabras son el perfume, por decirlo así, de una naturaleza noble y extraordinaria.

Aparte de esto, existen los dos relatos casi contemporáneos: uno de Josefo y otro de Tácito. El de Josefo ha sido corregido en interés del llamado cristianismo, pero el hecho de que, así y todo, haya sido incluido, da testimonio de una personalidad. Y la frase de Tácito «*quidam Jesu*», «un tal Jesús», despreciativa, es puramente romana y proviene del mismo hombre que juzgó «una buena solución» el asesinato de cincuenta mil judíos, hombres, mujeres y niños en las calles de Siracusa.

Sin ninguna duda, Jesús vivió y murió tal como nos cuentan sus

discípulos y qué consuelo hay para todos nosotros en su triunfo último. He aquí un pobre judío, conocido sólo por unos pocos pescadores de una pequeña y desdeñada provincia del imperio romano, hablando un dialecto que sólo era comprendido por un puñado de sectarios y condenado a una muerte vergonzosa entre los treinta y los cuarenta años de edad.

Durante los cincuenta años posteriores a su crucifixión, no hay registro de lo que dijo o hizo, y después, sólo los recuerdos fragmentarios de tres o cuatro de sus seguidores analfabetos. Sin embargo, mediante media docena de sentencias y un par de pequeñas parábolas (cómo no recordar aquí al hijo pródigo con su mensaje de amor) ha llegado a ser un líder y un maestro para cientos de millones de las personas más inteligentes del mundo; de algún modo, su ídolo y su Dios.

¿Acaso no nos dice este ejemplo único que el Bien es imperecedero y Divino y que en última instancia conquistará incluso este mundo?

Hace ahora dos mil años que se nos predica el cristianismo como ideal. Hasta los ministros del evangelio han considerado su enseñanza impracticable, y desde San Pablo para abajo, todos han procurado alear fuertemente una moral convencional con el dorado evangelio de Jesús, con objeto de hacerlo popular entre los hombres.

Yo deseo ir un paso más allá, llevar la luz a la noche que nos envuelve todopoderosa. En el Sermón de la Montaña, Jesús expresó su convicción de una vez para siempre:

> Y yo os digo: amad a vuestros enemigos, bendecid al que os maldice, haced el bien a quienes os odian y rezad por quienes os utilizan y persiguen.

Y esto destaca como un consejo de perfección. A mí me parece una manifestación imparcial de la verdad científica.

Jesús no dio razones para su evangelio, no intentó probarlo, salvo para el alma por su sola virtud. Durante muchos siglos, estas palabras fueron un verdadero obstáculo incluso para los más sabios, pero cuando se llegó a Shakespeare, él vio su eterna verdad, encontró una razón para ellas y agregó un remate al divino Templo de la Humanidad. El pasaje está en *Timón de Atenas*.

Verdaderamente valiente es el que puede sufrir con paciencia
Lo peor que puede sobrevenirle a un hombre, y hacer de sus errores
Sus apariencias, para usarlos como un traje, con descuido.
Y no prestigiar jamás las injurias en su corazón
Para no ponerlo en peligro[57].

En otras palabras, si abrigamos nuestros odios, nos hacemos daño a nosotros mismos. Debemos amar a nuestros enemigos, porque si los odiamos preferimos las injurias al bienestar de nuestro corazón, poniéndolo así en peligro.

Shakespeare no fue más lejos. Vio que el hombre debía tomar con ligereza los males que se le hacían y que por su propio bien no debía atesorar el resentimiento. Fue un gran paso adelante, pero hay otra verdad detrás, que Shakerpeare, siendo el más articulado de los hombres, hubiera expresado de haberla visto. Es mediante el corazón como crecemos. El odio daña el corazón, reseca las simpatías, empobrece la sangre, por decirlo así: detiene todo crecimiento.

Esta verdad me fue revelada por mi arte. Descubrí que hasta que no amaba a un hombre, no podía comprenderlo, no podía verlo como él se veía a sí mismo, y entonces no podía hablar de él con justicia. Pero en cuanto empezaba a gustarme, comenzaba a excusar sus faltas, y cuando llegaba a importarme realmente, veía que ni siquiera necesitaba ser disculpado. El odio no proporciona nada, más que las sombras en el cuadro. Es posible conseguir un parecido sólo con las sombras, pero si se desea revelar por completo el alma de un hombre, hacer una obra de arte, es necesario conocer lo mejor de ese hombre y usar también las luces. Y éstas sólo pueden obtenerse mediante la comprensión amorosa.

El camino ascendente es la compasión. Qué hermosa es la palabra griega «simpatía» y qué lección nos da sobre la divinidad del dolor. Literalmente significa «sufrir con». Nosotros, mortales, nos acercamos el uno al otro «sufriendo con» el otro y así, mediante el dolor, llegamos al amor, y mediante el amor, a la comprensión. El verso de Shelley es verdadero:

Aprenden en el sufrimiento lo que enseñan cantando[58].

El proverbio francés «*tout comprendre tout pardonner c’est*

» (comprenderlo todo es perdonarlo todo), no llega lo bastante lejos. Si comprendemos perfectamente a un hombre, no es necesario perdonar, porque entonces estamos por encima del perdón, incluso más allá del bien y del mal: vemos por qué y cómo actuó.

Y este esfuerzo por amar a nuestro enemigo y verlo como él se ve a sí mismo, enriquece el alma de mil maneras. En primer lugar, librarse de un enemigo es estimulante y delicioso. Después, todo nuevo amigo es una adquisición mucho más preciosa que cualquier cuadro para un coleccionista. Y cuando nos hemos obligado a adquirir varios de estos ricos premios sobre los cuales no teníamos derechos y que el dinero no puede comprar, comenzamos a ver que este mundo no es ajeno ni difícil ni peligroso. Los bosques que parecían tan oscuros y amenazantes en nuestra niñez, nos muestran ahora rincones umbríos, alegres reflejos verdes y senderos agradables frecuentados por el sol. El Amor es la guía. El Amor es el mago.

> Y os doy otro mandamiento: amaos los unos a los otros.

Esta es la ley científica de la vida, el final, si no el comienzo, de toda moral humana.

Tenía alrededor de cuarenta años cuando llegué a comprender su significación suprema. Me influyó en mi conducta en la «Saturday Review», como ya he dicho, en mi deseo de conseguir que los mejores hombres trabajaran para mí, sin importarme sus opiniones y de instarlos, en la medida de lo posible, a elogiar y no a culpar.

Creo que el mensaje de Jesús ha influido en mi vida cada vez más desde entonces, pero aún hoy apenas me atrevo a llamarme cristiano, porque también creo en la visión pagana de la vida. ¿Quién puede dudar de que el primer deber de un hombre es desarrollar todas sus facultades al máximo y gozar de las bellezas y placeres de la vida en la medida en que pueda hacerlo sin dañar a otros? La doctrina del amor por los otros sólo complementa y corona este credo primario.

Para mi es evidente que la intensa espiritualidad de la enseñanza de Cristo ha producido un resultado inesperado, aumentando la sensualidad y la expresión sensual del afecto. ¿Fue el amor de Magdalena —que, como todos saben, era el núcleo del entusiasmo

religioso en la Edad Media—, el que intensificó y de algún modo ennobleció la pasión, o fue esta exaltación de la mujer que había «amado mucho» también un resultado de la sensualidad creciente, probablemente a un tiempo causa y consecuencia?

No puede negarse que, desde entonces, el desarrollo de la sensualidad es el aspecto principal de los siglos que siguieron. Para mí, está explicitado en el ennoblecimiento del beso. Como es natural, al principio el beso era un acto puramente maternal. Es desconocido para las razas negra y amarilla, que en lugar de besarse se frotan las narices. También en la escritura sánscrita temprana el beso era siempre maternal o filial. Incluso para los antiguos griegos el beso parece haber sido desconocido como muestra de amor. En las escenas amorosas de Homero no se lo menciona, y entre los antiguos romanos el beso era un simple saludo.

Es posible que los judíos estuvieran algo más avanzados. San Pablo aconseja a sus seguidores saludarse el uno al otro «con un beso santo», y me parece que esa palabra «santo» encierra una extraña confesión.

Sea como fuere, en nuestra época el beso ha llegado a ser incluso más que una muestra de amor. No puedo dejar de mencionar los inmortales versos que Shakespeare dedica a su dama morena:

> De muchos miles de besos, el pobre y último
> Es el que deposito sobre tus labios[59].

Saint-Beuve dice, en uno de sus raros momentos de intuición: «*Nons somes tous fils littérature sensuelle*
aujourd’hui
d’une
». (En la actualidad, todos somos hijos de una literatura sensual).

Me parece curioso que hasta los más grandes hayan hecho tan poco para justificar el nuevo mandamiento de Jesús de amarse los unos a los otros.

Ni siquiera Cervantes habla de eso. Su Don Quijote lucha con los molinos de viento, pero no es lo bastante quijotesco como para predicar la doctrina del amor al prójimo. Y tampoco Goethe. Y sin embargo, ¿qué puede ser más claro que el hecho de que a menos que este evangelio de Jesús se aprenda y se ponga en práctica,

dejarán de existir las generaciones de hombres?

Un científico de Londres me escribió el otro día diciéndome que ya han conseguido controlar cinco o seis de los elementos originales. «Cuando hayamos controlado una docena», agregaba, «un hombre podrá andar por la calle con la capacidad suficiente en el bolsillo de su abrigo como para destruir una ciudad como Londres o Nueva York». Me parece posible que los hombres obtengan poder antes de obtener bondad, y entonces la especie puede tener un fin prematuro. Si no es así, su supervivencia se deberá en gran parte al espíritu divino de Jesús.

Mientras este capítulo iba a prensa, me han llegado noticias sobre una versión en lengua rusa de Josefo, descubierta recientemente. Este manuscrito de *Las guerras judías* se encontró en Estonia hace unos veinte años; tiene inmenso interés porque arroja una nueva luz sobre la vida de Cristo e incluso habla de hechos que no se encuentran en el texto griego de los evangelios.

El original estaba escrito en arameo o hebreo (por lo que se infiere de un pasaje) y los eruditos están comenzando a ver ahora que el texto recién encontrado se tomó de esta versión y que ciertas alusiones a la historia de Jesús fueron omitidas por el que hizo la traducción griega con el objeto de no ofender a sus amos romanos. He aquí algunos de los pasajes más interesantes del manuscrito ruso:

> En ese momento surge un hombre, si se puede llamarle hombre, que por su naturaleza y comportamiento se dio a conocer como más que humano. Sus obras eran maravillosas y obró maravillas, extrañas y poderosas. Y así me es posible llamarlo hombre; debido a que mirándolo de todas las maneras no lo llamaría tampoco un ángel. Y todo lo que hizo, lo hizo por palabra y mandamiento; como si proviniera de un poder interior. Algunos decían de él que quien primero nos dio las leyes se había levantado de entre los muertos mostrando gran poder curativo. Otros consideraban que era enviado de Dios. Pero él se oponía a la Ley y no observaba el sábado según la costumbre ancestral. No obstante, nada hacía que fuera abiertamente criminal, pero influía en todo mediante la palabra. Y muchos de entre el pueblo lo siguieron y recibieron su enseñanza. Y muchas almas vacilaron, preguntándose si a causa de ella las tribus judías podrían liberarse de manos romanas. Era un hábito en él hablar mucho en el monte de los olivos, frente a la ciudad. Y también allí manifestó su

> poder curativo al pueblo. Y allí se reunieron, por su causa, ciento cincuenta «Esclavos» y muchos de entre el pueblo. Cuando vieron su poder y que todo era como él deseaba mediante la palabra, le rogaron que «entrara en la ciudad y destruyera a los soldados romanos y a Pilatos y reinara sobre nosotros». Pero él se burló de esto.
>
> Y a partir de allí, cuando los jefes judíos se enteraron, se reunieron con los grandes sacerdotes y dijeron: «No tenemos poder y somos débiles para oponernos a los romanos. Pero como que está tensado el arco, iremos y le diremos a Pilatos lo que hemos sabido, y de este modo quedaremos libres de cuidado; no sea que lo oiga por boca de otros y nos roben nuestros bienes, nos maten y dispersen a nuestros hijos». Y fueron y se lo dijeron a Pilatos. Y él envió a que mataran, a mucha gente.
>
> Y en cuanto al hacedor de maravillas, hizo que lo llevaran frente a él. Y cuando lo hubo probado, percibió que hacía el bien y no el mal, que no era un rebelde ni luchaba por el poder político. Y lo dejó libre. Él había cuidado a su esposa perturbada.
>
> Y entonces volvió a su lugar acostumbrado e hizo sus obras acostumbradas. Y otra vez, en seguida, más gente se reunió con él, de modo que sus obras fueron más celebradas que nunca. Los Escribas se llenaron de envidia y dieron treinta monedas a Pilatos para que lo matara. Y después de haberlas tomado, consintió en que ellos mismos llevaran adelante sus propósitos. Y ellos lo cogieron y lo crucificaron según la Ley Imperial.

Era perfectamente natural que Josefo, al traducir su historia del arameo al griego, omitiera este soborno a Pilatos, que seguramente ofendería a los romanos. Después de una cuidadosa ponderación, considero que este relato es un maravilloso agregado al Evangelio tal como lo conocemos. No representa a Jesús como divino; en realidad, da una visión casi moderna del espíritu más extraño que haya guiado a la humanidad.

El fin de siglo

El último año del siglo quedó ennoblecido por una propuesta extraordinaria, que se ha dejado caer en el olvido más absoluto: el zar Nicolás II envió en agosto de 1898, a los gobernantes europeos y de los Estados Unidos, una invitación para realizar una gran conferencia con el objeto de asegurar la paz entre las naciones y poner fin a la carrera armamentista que empobrecía a Europa. Estas eran sus palabras: «El mantenimiento de la paz general y una posible reducción del exceso de armamentos que pesan sobre todas las naciones, se presentan, en las actuales condiciones del mundo, como un ideal hacia el cual deberían tender los esfuerzos de todos los gobiernos».

Las dificultades para llegar a un acuerdo eran necesariamente grandes, pero al comienzo no parecían ser insuperables. La conferencia se realizó y todas las naciones enviaron a ella a sus mejores hombres. El presidente era el señor de Staal; Alemania envió al conde Munster; Inglaterra a sir Julián Pauncefote; Norteamérica, al honorable Andrew D. White; Italia al conde Nigra; Francia, a León Bourgeois; España, al duque de Tetuán; China envió a Yang Yu; Persia, a su poeta Riza Khan; Serbia al celebrado escritor Miyatovich. La joven reina de Holanda puso el gran palacio de La Haya a disposición de los delegados. ¡Ay! Ya antes de celebrarse el congreso aparecieron señales de desacuerdo.

Una pequeña disputa entre lord Salisbury y Dick Olney, de Estados Unidos, resumió la principal dificultad. Supongamos que la conferencia condenara una guerra y cierta nación o naciones comenzaran las hostilidades. ¿Cómo podría la conferencia obtener poder para reforzar su decisión? Era evidente que de un modo u otro había que solucionar este problema, pero aunque las conversaciones se prolongaron durante meses, todo terminó en nada. Pero la propuesta de paz y la conferencia arrojan cierta luz desagradable sobre el posterior asesinato, en Siberia, del zar y su familia por sus súbditos rebeldes.

El año 1899 fue extraordinariamente penoso para mí. Ya he explicado cómo mi trabajo en Sudáfrica me impidió dedicar mi atención a mis inversiones en Montecarlo y Niza, que había descuidado y que resultaron por lo tanto muy desafortunadas. Perdí treinta o cuarenta mil libras y tuve que encontrar otro modo de hacer dinero. De pronto, hallándome en estas circunstancias, me fui de la Riviera y permanecí un corto tiempo en París.

En una de mis anteriores visitas apresuradas a París, había conocido a Whistler, que me llevó a almorzar a su casa de la Rue du Bac. Me habló apasionadamente de su pelea con sir William Edén, que se produjo a causa del precio a pagar por el retrato de lady Edén, que él había hecho. Me leyó su panfleto más reciente: «El baronet y la mariposa».

Yo ya había escrito a favor de Whistler en la «Saturday Review», porque me parecía mezquino que un hombre tan rico como Edén peleara por cien libras con un gran artista. Pero esta vez observé en Whistler una malevolencia que me sorprendió.

Ya he contado en mi *Lije of Wilde* cómo almorcé con Whistler en Londres y le dije que Oscar estaba ocupado, en prisión, en la escritura de un nuevo trabajo, un drama muy importante, y simplemente recordé lo que mi historia llamaba «un chiste punzante a expensas de Oscar».

Ahora puedo contar lo que dijo Whistler.

—Oscar escribiendo un nuevo drama —dijo—, un gran drama romántico. Tenemos que buscarle un nombre. Ya sé —exclamó—, debe llamársele *La ópera del sodomita*.

Si Whistler hubiera sido más amable habría sido un gran hombre. En plena madurez de su talento, se dispersaba en discusiones y peleas que realmente carecían de sentido y de importancia.

Por supuesto, siempre que iba a París me ocupaba de ver a Oscar. En ese momento estaba muy mal y tuve que prometerle dinero.

Tal vez deba contar ahora el rasgo de humor más característico que escuché de sus labios. Una mañana vino a visitarme y me encontró leyendo la Biblia.

—Magnífico libro, Frank —dijo.

—Un cuento de hadas religioso —dije—, el desarrollo de una

conciencia nacional.

—No exactamente, Frank —dijo gravemente—; es su verdad lo que me impresiona.

—¿Verdad? —pregunté.

—Sí, Frank —y sus hermosos ojos reían—. Ya sabes que comienza con un hombre y una mujer en un jardín y, como es natural, termina con Revelaciones.

Yo estaba encantado con la frase y por supuesto tenía que procurar igualarla, de modo que le conté la historia de mi viejo amigo Marix. Un día quedé sorprendido al encontrármelo saliendo de un reservado del Café Royal, porque en esa época estaba muy canoso y debía tener unos setenta años.

—Muchacho —dijo—. Acabo de estar con la chica más bonita de Londres, y lo he pasado en grande.

—Vamos, vamos, Marix —dije—, eres demasiado viejo como para alardear.

—Oh, tú, incrédulo —dijo—, ¿no conoces el proverbio inglés que dice que «salen muy buenas tonadas de un violín viejo»?

—Es verdad —dije—, pero ni siquiera los ingleses han sido lo bastante tontos como para decir que las buenas tonadas salen de un arco viejo[60].

En una de estas charlas, Oscar me contó una escena de una obra que había pensado escribir, en la cual la esposa, que era además la señora de la casa, ha subido a su salita a descansar. Está acostada detrás de un biombo con su *migraine*, cuando entra su esposo con la mujer de la cual está enamorado en ese momento. En medio de la escena amorosa, que la esposa no puede evitar escuchar, alguien golpea la puerta y escuchan la voz del marido de la dama, que quiere entrar. La escena se resuelve con la dueña de casa que sale de detrás del biombo y abre la puerta, salvando así a la pareja culpable.

Se me ocurrió que yo tenía en la cabeza una historia sobre un señor y señora Daventry que encajaba muy bien con esta escena. Finalmente, le compré a Oscar, por cien libras, el derecho a usar la escena. En realidad me pidió cincuenta libras y se las di, pero después le dije que le daría cincuenta más si escribía el primer acto. Prometió hacerlo, pero no cumplió su palabra. Yo regresé a Londres y escribí la obra, *Mr. and Mrs. Daventry*, en cuatro o cinco días, y se

la llevé, a la señora de Patrick Campbell, que la aceptó en seguida. Sólo puse una condición: que el señor Daventry fuera representado por Fred Kerr, a quien consideraba como uno de los mejores actores de carácter de la escena inglesa.

Como Oscar no escribía el primer acto, lo escribí yo y lo hice mal, y lo reescribí para la quincuagésima función, cuando ya tenía un poco de experiencia teatral. Después. Oscar se burló de mí por mi compra, diciendo que había comprado la gran escena de *Lady Teazle*, de Sheridan, sin reconocerla.

Al comienzo, cuando la obra empezó a representarse, tuve muy mala prensa. Todos los periódicos de Londres informaron que había escrito una obra francesa, más adecuada para París que para Londres. Y al día siguiente del estreno encontré a la señora Campbell desesperada a causa de las malas críticas. La animé diciéndole que pagarla los gastos de la obra si me daba participación en las ganancias, a medias.

—Si usted puede permitirse hacer eso —dijo—, yo puedo permitirme el riesgo.

—Esta mala prensa —dije— levantará la obra.

Clement Scott, el crítico más influyente del momento, trató de liquidar la obra porque sentía antipatía hacia mí, y dio sorprendente notoriedad a una frase. En la obra, la gente hablaba del «vicio inglés», hasta que por fin el protagonista, el señor Daventry, se vuelve y pregunta:

—Pero, lady Hillington, ¿existe algo que pueda llamarse un vicio inglés? ¿Cuál es el vicio específicamente inglés?

—Oh —respondía la inteligente mujer—. Pensé que todo el mundo lo sabía, señor Daventry. El vicio inglés es el adulterio en la comodidad del hogar.

Esto trajo al teatro a la mejor sociedad de Londres y produjo tal excitación, que más o menos la noche cincuenta el censor interfirió y vetó la frase. Fui a verlo.

—¿Por qué ha hecho eso? —le pregunté—. La frase es bastante inofensiva y además, cierta.

—Oh, si a mi me encanta —contestó—. La repito todas las noches. Me gustaría que pudiera inventar una igualmente buena sobre los franceses. ¿No podría decirme cuál es el vicio francés?

—Con mucho gusto —contesté—. Ya sabe usted que en todas las

casas de apartamentos de París hay un cartel que pone: «*eau et gaz à tous les étages*» (agua y gas en todas las plantas). Bueno, conocerá usted la palabra *garce*, que quiere decir «zorra», y sabrá que se pronuncia de una manera muy similar a *gaz*, así que yo digo «*eau et garces à tous les étages*». Ese es el vicio francés.

Se echó a reír y me dio las gracias, y esta frase mía tuvo casi tanto éxito como la otra, contada por él en privado. Pero en medio del éxito, cuando estaba recibiendo algunos cientos de libras por semana, murió la reina Victoria, y el período de duelo interrumpió durante una quincena las representaciones teatrales. Una vez pasado ese período, creo que mi obra fue la única que siguió representándose y duró todavía cincuenta o sesenta noches más, hasta que la señora Campbell se deshizo de Fred Kerr, a quien yo había elegido como protagonista, y arruinó el reparto.

El éxito obtenido me animó a escribir más obras y escribí tres o cuatro, de las cuales las mejores fueron *Shakespeare and his Love* y *The Bucket Shop*[61].

Beerbohm Tree aceptó inmediatamente la referida a Shakespeare, me dio quinientas libras por adelantado y me prometió abrir su temporada con ella. Pero mientras tanto, descubrió que su hija Viola tenía algún talento y deseaba dedicarse a la escena, y rechazó mi obra cambiándola por otra, porque, decía, no podía hacer el amor a su hija en el escenario y en mi obra Shakespeare era la personificación del amante. De modo que retiré la obra, que nunca se representó en Londres. Alrededor de un año después, escribí *The Bucket Shop* y la Stage Society me pidió que les permitiera ofrecer una representación. El éxito fue tan grande que la sociedad, con mi consentimiento, hizo una segunda función, llenando otra vez el teatro.

Sin embargo, encontré tantos obstáculos en mi relación con los actores y las actrices, que decidí volver a escribir cuentos. Cada actor o actriz parece estar firmemente convencido de que su papel es más importante que el conjunto de la obra, y son capaces de distorsionarla en cualquier momento para obtener un éxito personal. Además, gané más dinero en la bolsa que el que podía hacer escribiendo, de modo que decidí escribir simplemente los libros que me gustaran, sin preocuparme por el ingreso económico que podían representar.

Cuando hube escrito cierta cantidad de cuentos, algunos de los cuales aparecieron más tarde en mi libro *The Veils of Isis*[62], comencé a ver que el arte de la narración estaba todavía en su infancia. Vi que aunque los franceses eran maestros en el arte del relato, no había en francés ni un solo cuento, largo o corto, que yo pudiera considerar perfecto.

La práctica me enseñó que lo más importante en un relato es la velocidad de la narración. Nadie desea que el lector se saltee pasajes o que sienta que una u otra parte son demasiado largas. La mayor parte de los escritores piensa que pueden evitar ser tediosos saltando de una a otra parte de la historia. Pero este hábito puede distraer la atención. El verdadero arte consiste en graduar de tal manera la velocidad de la narración, que el lector sienta que está siendo conducido cada vez a mayor velocidad a conclusiones inevitables, como si estuviera siendo arrastrado por los rápidos del Niágara hacia las cataratas. Y con el objeto de graduar la velocidad, la introducción de los personajes debería ser deliberada y lenta en proporción exacta a la longitud del relato. Porque en cuanto el lector conoce todos los personajes y ya está indicada la dirección de la historia, el paso debe comenzar a hacerse más rápido y, capítulo a capítulo, la velocidad debe aumentar y es preciso que este aumento se perciba, de modo que el tedio o el saltarse pasajes sea absolutamente imposible. Puedo comprender que el final de una historia sea casi telegráfico, para evitar todo atisbo de aburrimiento.

Con el tiempo y mucha práctica, aprendí muchas cosas sobre el arte de escribir relatos, que tal vez cuente en un futuro volumen.

Mientras tanto, no tenía periódico y continuaba la guerra sudafricana. Las derrotas inglesas se hacían cada vez más frecuentes y todos estaban desilusionados y desanimados. ¡Triste final de un hermoso período! Mi viejo enemigo, la bronquitis, se había apoderado de mí en octubre y no podía sacármela de encima. Estaba en cama, en una casita de campo que tenía fuera de Londres, cuando leí que había muerto Oscar Wilde. El mundo se volvió más gris para mí.

Las noticias del frente eran cada vez peores. Me parecía que la guerra sudafricana marcaba la decadencia de Inglaterra. Esto pensaba y dije que evidenciaba una falta de comprensión, una carencia tan grave de las altas cualidades del corazón y la

inteligencia, que no veía ninguna posibilidad de que en el futuro Inglaterra estuviera a la misma altura que los Estados Unidos. Los ingleses habían gastado miles de millones en esa guerra estúpida, mientras que con la mitad de ese dinero hubieran podido poblar la meseta central africana, desde el norte del Transvaal al Zambese, con sus desempleados, y hubieran puesto los cimientos de un imperio más grande que el que habían perdido en Norteamérica.

Ahora, después de muchos años, sigo preguntándome si ya es demasiado tarde para que se recobren, pero su política, desde la Gran Guerra, es exactamente la misma que la que tuvieron en la guerra sudafricana: una política de tenderos, más interesados en obtener que en dar, ávidos de pequeñas ganancias inmediatas. Ridículas disputas con los mineros sobre la jornada de ocho horas. El minero tiene que ir a su trabajo, regresar y lavarse de pies a cabeza con agua caliente, y esto le lleva más o menos dos horas más. Diez horas diarias de trabajo miserable por ocho horas de paga ya es bastante malo para cualquiera. En Inglaterra, siempre se trata muy mal a los trabajadores.

Otro problema es que el aristócrata siempre apoya al empresario y al explotador del trabajo contra los trabajadores, aunque su conducta con sus sirvientes es por lo general óptima. En consecuencia, la lucha entre empresario y trabajador se agudiza cada vez más en Inglaterra. El empresario quiere pagar lo menos que pueda y, como es natural en estas circunstancias, el obrero tiende a hacer lo menos posible. El resultado de todo esto es que aunque las condiciones mineras en Inglaterra son más favorables que en cualquier otro lugar del mundo, porque tanto en el sur de Gales como en otras partes tienen el carbón muy cerca del mar, en Norteamérica pueden extraer carbón y embarcarlo en Virginia, atravesar cuatrocientas millas marinas y competir con los precios ingleses en los mercados de Londres. Los empresarios ingleses buscan continuamente ganar dinero exprimiendo a los trabajadores, en lugar de usar su cerebro en nuevos dispositivos e inventos que ahorren trabajo, y ahora, en este año de 1927, están a punto de promulgar una ley que considera criminal una huelga general, reduciendo así a los obreros prácticamente a la esclavitud. En veinte años no se ha hecho nada por desarrollar la meseta central africana, el más estupendo campo de colonización del mundo. Insisto en esto

porque es extraordinariamente importante. Le deseo lo mejor a Inglaterra, porque conozco bien su lado caballeroso y honorable, entronizado por la belleza y santificado por nobles actos; un lado que se expresa en su poesía, la mejor de la literatura mundial. Pero si llega a obtener otra vez poder financiero será a través de sus colonias, y no posee colonia alguna que pueda compararse con la meseta central africana.

Pero si Inglaterra no se ocupa de utilizar con prudencia su poder, ¿qué puede decirse de los Estados Unidos? El gobierno no ha mostrado ni siquiera tener noción de su alta función. Ya es, de lejos, el país más poderoso del mundo, lo bastante fuerte como para disolver su ejército y su marina y hacer de las principales armadas del mundo meras fuerzas policiales que constituyan un seguro contra la piratería. Y el dinero que ahora utiliza en armamento podría usarse para espiritualizar al pueblo. Poniendo fin a la guerra, puede inaugurar el reinado de la paz en la tierra y de la universal buena voluntad hacia los hombres que es, por decirlo así, el primer reconocimiento del alma del nuevo mandamiento que nos transmitió Cristo.

Las recompensas monetarias al trabajo son en Norteamérica mucho mayores que en cualquier otro lugar del mundo, de modo que los artistas, pensadores y escritores de todas clases, son llevados a la lucha por el dinero y arrastrados por el éxito. Por supuesto, esto debería haber conducido a los gobernantes a aumentar a cualquier costo el capital espiritual del pueblo. En cada ciudad de cincuenta mil habitantes, el estado debería haber fundado conservatorios de música y teatros de ópera. Hace mucho tiempo que Norteamérica debería tener teatros municipales, así como teatros de ópera e incluso escuelas de química y física para orientar la investigación, tal como lo hacen los alemanes, pero no se ha hecho nada de esto.

Me temo que América se está transformando, cada vez más, en una simple arma del rico para hundir al pobre. Sin embargo, siempre ha habido algo grande en Norteamérica que me ha atraído. Mi amor por el profesor Smith, que fue mi primer maestro en Kansas, me enseñó que allí había un ideal más alto que en cualquier otro lugar de la tierra, porque era más bondadoso. Toda muestra del esnobismo inglés me retrotraía con intenso placer al sentimiento democrático de Norteamérica. Siempre supe que todo esnobismo

era un amor por superioridades imaginarias, y siempre he detestado el vicio. Como decía Emerson, deforma la dignidad humana e impide que uno se sienta en casa en todas partes, en compañía de los mejores.

Permítaseme contar una historia en relación con esto. Cuando era estudiante en Lawrence, Kansas, había en la ciudad un golfo que pretendía haber sido amigo de Ulises Grant, el presidente. Este tipo siempre estaba dando vueltas por el bar de la Eldridge House u otro salón por el estilo, y si alguna vez se había encontrado con uno en alguna ocasión anterior, siempre lo llamaba después por su nombre de pila y proponía tomar un trago. Su debilidad era lo que llamaba vino de oporto, una horrible combinación de azúcar, palo campeche y alcohol sin refinar que no tenía más relación con el Oporto que la que tenía el golfo con la civilización.

He olvidado su nombre, pero nosotros, los jóvenes, estábamos más o menos interesados en él y sus historias. Nos dijo que en su juventud el presidente Grant acostumbraba a beber mucho más de lo conveniente. A menudo nos preguntábamos si decía la verdad o sencillamente inventaba.

De pronto, se anunció que el presidente Grant venía a Lawrence. Iba a cenar en Eldridge House cierto día, acompañado por el gobernador, dos o tres senadores y el alcalde de la ciudad.

Pensamos que había llegado nuestra oportunidad, de modo que nos apoderamos del tipo, lo pusimos a tono con uno o dos tragos de su vino de oporto, y lo llevamos a la Eldridge House cinco minutos antes de la hora en que debía llegar el presidente.

A su debido tiempo, el coche del presidente se detuvo en la entrada. Salió el gobernador, quien ayudó a bajar al presidente, mientras el alcalde y otros dignatarios formaban la retaguardia. En cuanto Grant apareció en la puerta del hotel, a plena luz, empujamos al viejo frente a él, y se quedó allí con una sonrisa tímida, tendiéndole la mano y diciendo:

—Ulises, Ulises.

La hosca cara de Grant no se movió. Miró a esa ruina humana con sus ojitos grises y agudos, observándolo todo: las ropas andrajosas y sucias, los pantalones raídos, las botas y el sombrero deshechos; en fin, todo, pero sin un vislumbre de reconocimiento.

El vagabundo era grotesco, patético.

—¿No habrás olvidado a Hap, eh? —dijo, sonriendo.

De pronto, el rostro de Grant cambió.

—¿Eres tal y tal? —preguntó.

—Seguro —balbuceó el golfo—. Seguro. Sabía que te acordarías de mí.

—Por supuesto que sí —dijo el presidente tendiéndole la mano —. Por supuesto que me acuerdo. Sin embargo, hace veinte años o más que no te veía. Debes venir a cenar.

El rostro del viejo tembló como una jalea y miró sus ropas y sus manos.

—¿Qué importancia tiene? —dijo cordialmente Grant—. Entra. Estos caballeros perdonarán tu traje.

Y allá se fueron, el presidente y el borracho adelante, dejándonos estupefactos.

Después se dijo que nadie había escuchado nunca hablar tanto a Grant como durante esa cena. Le habló al borracho en dos o tres ocasiones, algo que jamás había sucedido. Pero cuando nos íbamos, recuerdo que pensé que en el reconocimiento y la cordialidad de Grant había algo noble, algo que le hubiera parecido imposible a un europeo.

Recuerdo que una vez traté de convencer a Arthur Balfour, después de haberle relatado este incidente, de que este sentimiento de igualdad, esta generosidad, eran lo que mantenía unidos a los norteamericanos con un lazo incluso más fuerte que el que conocieron los romanos, que era más fuerte que la propia piedra.

Norteamérica padece de un individualismo exagerado y casi demente; sin embargo, está creciendo en ella un ideal de ayuda mutua que puede todavía redimir a la especie.

Lo que desespera es el lento índice del progreso humano. Nos ha llevado mil años liberarnos del infierno y los demonios y desconfiar de las prisiones y los castigos, pero ahora que creemos en la comprensión y el afecto, el progreso será más rápido. Ahora es el dinero el que nos separa. Es necesario conquistar la avaricia y el egoísmo endurecido, mediante un sentimiento nuevo, un verdadero sentimiento cristiano, de amor mutuo. Y así nos libraremos de la guerra y su insana estupidez y crueldad. Mi queja con respecto al presidente Wilson es que hubiera podido hacerlo fácilmente, pero cualquier presidente norteamericano podría hacerlo en un solo

período gubernamental, ganando para sí y para su tierra un renombre inmortal.

Este nuevo ideal nació en el maravilloso siglo diecinueve, el siglo que ha engrandecido y enriquecido la vida de tantas maneras distintas.

En 1870, un tercio del globo estaba inexplorado, era desconocido. Tan pronto como el continente oscuro fue medido y se descubrieron los polos, el hombre tuvo a las profundidades del mar por parque y a los campos ilimitados del aire por patio de juegos. También los rayos X y la telegrafía sin hilos han multiplicado nuestras posesiones espirituales y agregado a nuestros nuevos poderes el toque imaginativo, por decirlo así. En los últimos años de la década de los treinta se usó por primera vez el ferrocarril y después, en la década de los noventa, aparecieron los coches para hacer nuestros viajes fáciles y deliciosos. En lugar de tener sólo teatros para divertirnos, tenemos sorprendentes espectáculos de cine y podemos sentarnos en nuestra habitación y escuchar a los más grandes cantantes del último medio siglo o escuchar a los mejores actores modernos. También los estadistas muertos hace mucho tiempo nos harán escuchar sus mejores discursos como si todavía estuvieran vivos.

Y pese a nuestras mezquinas disputas y nuestro egoísmo cobarde, el ritmo se acelera a cada año que pasa. Pese a la guerra mundial y a los gases venenosos y a los infames bloqueos que arruinaron a mujeres y niños, la ciencia ha progresado más en los últimos diez años que en cualquier otra década precedente. Recién empezamos a comprender el infinito poder del átomo y estamos estudiando cómo dominarlo para satisfacer nuestras necesidades. Y pronto las fuerzas de la naturaleza quedarán dominadas y nos liberarán de la maldición de tener que trabajar para satisfacer las necesidades del cuerpo, y entonces podremos transformar al mundo en un lugar encantado, porque veremos que todo es posible y el espíritu alerta del hombre verá todavía maravillas indescriptibles.

Esta es mi fe, la fe que me guía y dirige, y espero que aquellos que me lean sean inspirados por ella. Creo firmemente en el espíritu sagrado del hombre; en su infinita perfectibilidad; en el divino impulso que lo lleva a crecer, no sólo en conocimiento o sabiduría, sino en bondad, en consideración para con los otros, en amor y

piedad y en todos los dulces oficios del amor. Pablo predicó la Fe, la Esperanza y el Amor, pero él no poseía nuestra fe, ni una esperanza tan bien fundada como la nuestra. Piensen en lo que hemos hecho en los últimos cien años y traten de predecir, si lo desean, el trascendente futuro. Vienen a mí las palabras de Tennyson:

> Vi las maravillas del mundo y el éxtasis que vendría.
> Porque miré en el futuro, tan lejos como le es posible ver al ojo humano.

Sexo e inhibición

Al igual que Heine, siempre me han desconcertado las inhibiciones sexuales y las prohibiciones de hombres y mujeres, y me ha fastidiado su gazmoñería al confesar sus prácticas y deseos. Como ya he dicho en este mismo volumen, estudié medicina en Viena cuando sólo tenía veintitrés años y dediqué una atención especial a las cuestiones sexuales. Ahora, algunos amigos me piden que diga lo que sé sobre estas cosas, porque son de interés general.

Dudaba entre si debía o no debía hacerlo cuando recibí una carta anónima de una muchacha norteamericana que, es evidente, relata en ella la historia de sus experiencias, que son muy tristes, por cierto. Si la muchacha hubiera tenido un poco más de conocimiento, hubiera podido evitar sus peores sufrimientos, de modo que pongo el poco conocimiento que poseo a disposición de los hombres y mujeres que lo desean y lo necesitan. Comienza así[63]:

> Esta es la contrapartida femenina de su volumen dos (quien escribe no ha visto el primero). No es que esto quiera ser un sermón, ni tampoco quiere decir que «la escritora» no crea en la franqueza y en la virtud (por el contrario, «la escritora» ha sufrido mucho porque otros pusieron objeciones a la verdad en lugar de ponérselas al disimulo).
>
> Una niña nacida en una comunidad católica romana, donde la bendita Virgen María es la gran patrona y donde la virginidad es tenida por joya inapreciable. La niña tiene una inteligencia brillante, está ansiosa por aprender y supera fácilmente a sus compañeras de clase. Le gusta «pensar», comienza a pensar en los dogmas católicos y esto culmina mucho después en su abandono de la Iglesia. De origen pobre, la niña tenía bastante trabajo que hacer con el objeto de poder estudiar, ir a una escuela preparatoria «selecta» (cosa que hizo), a una escuela comercial, a un colegio católico romano y después a una escuela de mujeres mucho más grande y excelente. Nunca tuvo oportunidad de tratar a los muchachos como a iguales sociales. En consecuencia, abrigaba una noción idealizada de la masculinidad. Siendo una joven guapa, no del tipo «bonito», atraía a los hombres y

este era un terreno nuevo, de posibilidades desconocidas para ella. Sin embargo, nunca conoció personas «elegibles» y, naturalmente, ella tampoco era demasiado «elegible» para la gente «meritoria», porque no tenía ningún apoyo como no fuera ella misma, ningún dinero más que el que ganaba, etcétera.

Después del colegio, llena de energía, entusiasmo, deseos de servir, etc. En el último año, conoció a un joven pobre, brillante, que la amaba ardientemente, brillantemente, juvenilmente y exploratoriamente, produciéndose mucho intercambio de correspondencia, examinando ideas, etc. Él era un héroe intelectual irresponsable. La muchacha deseaba del hombre fortaleza y osadía en todos los sentidos. Una ruptura y el joven muere a consecuencia de una gripe.

Otra zambullida en un grupo desconocido: enfermeras sin educación, muy jóvenes, arrojadas al conocimiento del sexo y la bestialidad. Nuestra joven estudia cirugía, presencia operaciones, etc., conoce al «sabio y amable» médico de la casa, un buen cirujano, gentil y a veces infatigable. Y este médico maduro tenía su misma opinión sobre el sexo, Frank Harris, y toda virgen era para él una atracción y (según él) no se le hacía ningún daño a una muchacha en la medida en que no se la embarazara, lo que por supuesto no hizo nunca. Era un hombre agradable y gentil, y a «nuestra muchacha» le interesaban las inteligencias nuevas en sus también nuevas experiencias. Él daba clases de anatomía a las enfermeras sin educación, lo que le proporcionaba una oportunidad única para insinuar velada y sinuosamente la idea de que los órganos sexuales deben utilizarse porque si no se atrofian. Sabía tanto de lo que una virgen no sabe, que manifestando una fuerte emoción al decirle ella que marchaba al día siguiente, la persuadió de que le permitiera «tenerla», después de haber tranquilizado su conciencia pidiéndole que se casara con él. Y ella, en su entusiasmo por servir, pensó en hacer de él un misionero o algo así, en su compañía. De modo que la noche siguiente se registraron en un pequeño hotel de Nueva York que él conocía, como el señor y la señora…

Para ella, fue un experimento anatómico con un amigo querido. Cuando él manifestaba su deseo de que jugara con su sexo, ella acariciaba en cambio su amada cabeza. Para ella resultó algo nuevo el hecho de que cuando le acariciaba la espalda, el «sexo» de él vibrara con cada caricia y él le pidiera que lo tocara. Y él —después—, habiéndola besado con fingido respeto, profunda y cariñosamente en la boca mientras ella yacía acostada, por la mañana, insistió en poner un billete de diez dólares en su vestido, mientras ella decía sorprendida: «Pero, cómo, querido, ¿por qué no me compras un pequeño recuerdo si

debes hacerlo?». Él le había explicado antes, como amigo, que las muchachas de servicio «pescaban» diez dólares por noche de un ligue hecho en la calle, y que esto redondeaba sus entradas. Y la crédula «chica» (y tenía más de veintiún años) jamás pensó que él fuera un libertino.

Para el hombre, para cualquier hombre, ahí había terminado todo,
ce pas?
n'est
Pero no es así con las mujeres o para esta mujer. Como usted sabe, para una mujer el sexo está muy ligado a la amistad y la ternura profundas y no es una cosa pasajera. Se escribieron. La idea de él era que ella pasara en su compañía los fines de semana, siempre que pudiera. Con la educación que ella había recibido, de una vida en común, de un intercambio de ideales —sólo eso, sin pensar en otras responsabilidades—, esto resultaba degradante. Cuando una amiga del hospital (la única que no pertenecía a la pandilla de golfas que eran las enfermeras) le escribió diciéndole que el doctor había dicho en una clase que nunca se había casado porque era incapaz de ser fiel a una mujer… la muchacha le envió una carta poniendo fin a la cosa. ¡Y él no volvió nunca!

Inmediatamente antes de eso, la chica había tenido su primera experiencia de «cita a ciegas». Esta era una expresión nueva para ella, que usaban las enfermeras del hospital. La amiga ya mencionada le había pedido que fuera con ella en un grupo de tres chicas y tres hombres, a dar un paseo en una gran limusina. Uno de los hombres era el dueño del coche, los otros dos eran hermanos y una de las muchachas había sido paciente de ella. La amiga vistió a «nuestra chica» con atractivas ropas de su hermana, la maquilló y «nuestra chica» estaba, según parece, impresionante, porque cautivó el corazón del hermano de su expaciente. ¡Para ella fue una experiencia nueva que le hicieran físicamente el amor con largos besos, y algo muy nuevo que un hombre condujera su mano hasta su «sexo» y encontrar que era una cosa grande y dura! ¡Y también que él tratara de meterle la mano bajo la ropa! Esto la asustó entonces y también después, cuando él volvió a intentarlo.

Ese año, la joven tomó clases en una universidad religiosa y allí conoció a un joven ministro presbiteriano, un británico de ascendencia escocesa e irlandesa. Este joven le parecía bastante sofisticado y se mostraba distante con él porque no terminaba de gustarle la expresión osada de sus ojos. Sin embargo, conversaron mucho después, cuando él demostró saber mucho más que ella sobre el curso (un curso de tendencia radical sobre cosas de actualidad). Un día, fue invitado a tomar el té para terminar una larga conversación durante la cual él

procuró averiguar todo lo referente a ella. La invitó a cenar y a bailar después, lo que resultaba nuevo y extraño para «nuestra chica». Como sucedió que en casa había una fiesta-sorpresa (en la escuela de prácticas; un bello lugar para vivir, arquitectonicamente hablando), ella no pudo aceptar y salió subrepticiamente para decirle que no podía ir. Más tarde, sin embargo, le pidió que fuera con ella al baile de Tammany Hall, como experimento sociológico. Él estaba magníficamente bien vestido, con frac, un elegante bastón, muy guapo y alegre y lleno de picardía. Una vez, ella había ido al cine con él y caminando después por el parque, él saltó sobre un banco e hizo otras pruebas de fortaleza física que la sorprendieron. Corrieron una carrera y, cuando la dejó atrás, volvió corriendo a buscarla, la levantó en sus brazos (era una muchacha grande) y la llevó. Esto la sorprendió y estremeció, porque él, siendo ministro practicante además de estudiante, era por supuesto un hombre bueno, con altos ideales.

Bailaron, él estaba, sorprendentemente, muy, muy apasionado. Durante un intervalo entre los bailes, que pasaron en el balcón, él le dijo cosas bonitas y sofisticadas y después sus ojos se encontraron y se dijeron «Te amo». Esto fue muy perturbador para la muchacha. Poco después se fueron a casa. «Esto se está poniendo muy caluroso», dijo él. Entonces se detuvieron en un restaurante chino para que ella comiera unos dulces. Pero él, dominante, fue hacia una mesa y le dijo: «Siéntate aquí, junto a mí». Comieron y él demostró tener un hambre voraz. Flirteaba con ella y para ella era algo nuevo. Jugaba con el azúcar y decía tonterías. Él miró a su alrededor para ver si los observaban (ella llevaba un gran sombrero) y la besó en la mejilla. Esto resultó insuficiente para su gran sensibilidad. Después se fueron a casa. Cuando acababan de salir, todavía en el rellano de la escalera, él la cogió y la besó y ella sintió su sexo acercándose al suyo, (¡y él era un ministro!) y se sintió abrazada como sólo puede abrazar un hombre fuerte. Para su estupefacción, él no dijo: «¿Te casarás conmigo?». Cuando llegaron a la calle (un chino que entraba los había hecho apartarse por fin), ella preguntó: «¿Por qué hiciste eso?». Y él, decepcionantemente, respondió: «Oh, soy muy apasionado». Tomaron el último bus, se sentaron arriba (estaban solos) y él la colocó sobre sus rodillas y trató de meter una picara mano (como dice usted) bajo su vestido. Ella parecía una víctima dispuesta, de modo que él se detuvo y dijo: «No debemos vernos muy a menudo dado que nos atraemos tanto».

Y una vez más, para un hombre esto terminaba el asunto. Para una muchacha esto parecía significar el comienzo de una amistad más profunda. Usted no parece comprender cuánta tristeza y desilusión puede dejar esto en una chica.

De pronto, otro hombre casado, un judío, la conoció, se ofreció a enseñarle a escribir, le hizo la corte y trató de hacerla su amante, sin conseguir nunca que ella se fuera con él. La crédula muchacha fue con él a su oficina en el edificio de la Escuela… Después, él le dijo que sólo la había llevado para hacerle el amor.

Nuestra chica estuvo a punto de morir de pura soledad. Un día salió hacia el centro de la ciudad con su nuevo traje (bastante llamativo), perdió el tren y cogió el *trolley*, llevando en el bolsillo sólo un billete de diez dólares (el salario del mes). Su compañero de asiento le pagó el billete y comenzó a hablarle de la soledad del viajante, gerente comercial, etc., de un coto de caza en Canadá, etc. Finalmente, la invitó a cenar con él esa noche. La solitaria muchacha aceptó. Él hablaba con liberalidad del matrimonio a prueba, etc. Nuestra solitaria muchacha era susceptible a la camaradería, pero no al matrimonio a prueba. Él le pidió que consiguiera una chica para otro hombre. Ella la encontró, y también al novio de la chica, a quien raramente veía. Los cuatro fueron a un lugar nuevo, un restaurante en medio de un jardín-terraza, donde vio cosas sorprendentes: niñas (muy jóvenes) exhibiendo de pronto sus sexos por atrás. Esto la turbó. Las compadecía, porque había estudiado a los niños y los amaba. ¡Eran niñas tan pequeñas y de aspecto tan ignorante! Sin embargo, su nuevo amigo era una persona receptiva, un conversador apasionado. Corrió con ella por la calle, la llevó al apartamento de su amiga, consiguió la llave y convenció a la chica de que le dejara tocar su sexo con el suyo. ¡Ese único acto pudo haberle contagiado una gonorrea! Le pidió que saliera con él al día siguiente. Trató de convencerla de que fuera con él al hotel, pero ella se negó.

Durante la semana, un amigo de él la telefoneó, diciéndole que el hombre le había dado su teléfono y su dirección y le había pedido que la llamara. Esto la humilló tanto, que colgó el receptor y se sintió terriblemente desdichada.

El sábado siguiente fue a la estación para coger un tren que la llevaría a una reunión del club del colegio (no tenía dinero suficiente como para ser miembro del club, pero esta era una reunión de grupo). En el camino hacia la estación, se detuvo junto a ella un hermoso coche y el chófer, muy bien vestido, dijo respetuosamente: «¿Puedo llevarla a algún sitio?». Muerta de sed en ese horrible lugar, ella, que jamás había aceptado una cosa semejante, aceptó esta vez, se sentó junto a él y se divirtió con la forma respetuosa en que le hablaba, llamándola «señora», hablándole de sus viajes por el mundo en el coche de su joven y acaudalado amo. El amo sonaba interesante. Él le dijo que era una tarea muy solitaria esa de conducir todo el tiempo. Parecía tener que hacerlo por alguna razón. Era verano, hacía mucho

calor, y la brisa le resultaba agradable a «nuestra chica». Él le dijo que se sentiría muy honrado de poner a su disposición su propio coche siempre que lo deseara. Le preguntó si aceptaría ir a un hermoso lugar del cual ella había oído hablar pero que no había visto nunca. No estaba segura, de modo que le pidió que la llamara por teléfono. Al día siguiente, lo llamó, pero no pudo hablar con él. En la casa contestaron y dijeron que él era un sirviente y estaba en el establo. Sin embargo, por la tarde, vio, al final del sendero que conducía a la finca donde languidecía nuestra muchacha, a un cochecito pequeño y al chófer, y con un libro de botánica bajo el brazo, nuestra chica entró en el coche. Fue un hermoso viaje y un bello lugar. ¡El chófer era respetuoso! No había nadie más que deseara la compañía de nuestra chica. En el camino de regreso, él detuvo el coche en un lugar arbolado, puso un periódico en el suelo y la invitó a sentarse. Puso sus iniciales en el árbol, diciendo que era un lugar al que acostumbraba a ir cuando era pequeño. No puso la fecha, de modo que la muchacha se ofreció a hacerlo por él. ¡Y cuando levantó los brazos, él de pronto la besó! A ella le pareció que con eso quería decirle que se sentía solo, y esto la conmovió. Trasladando estos sentimientos desde él y ella a un mundo lleno de seres humanos, como ellos, más o menos solitarios (ella había estado padeciendo soledad en medio de la gente) sintió pena, sintió piedad. Él la llevó en brazos (como ya he dicho, no era liviana) por un sendero y (no hay nada bello que describir) la usó para su propio placer como un animal, la usó sin tener en cuenta su *dolor*. Ella quedó anonadada por la falta de esperanza (y sin embargo, había siempre en ella una extraña e insaciable ambición por ser algo). Se fue a «casa» (a la de vieja solterona, la única casa que tenía). Él le escribió una carta mal escrita donde intentaba ser amable con ella.

Ella escribió al psicoanalista Doctor (hombres) [sic] y le describió algunos síntomas; él le contestó diciéndole que debía someterse a un examen porque estaba seguro de que tenía gonorrea. Sola en una ciudad extraña, sin nadie en quien poder confiar. Buscó una médica, no encontró ninguna, y finalmente acudió al director de una agencia social, a quien uno de los periodistas había escrito mucho. No fue en busca de caridad, sino de consejo. Él fue amable, le consiguió una doctora que finalmente la hizo acudir a un hospital donde la consideraban un caso perdido, la hacían comer en platos de hojalata al aire libre y donde las enfermeras desparramaban promiscuamente lisol por el suelo. La muchacha estaba destrozada, se sentía desdichada y sola. Escribió a la doctora y ella la sacó de allí (el hospital dijo que no la quería), llevándola al hospital del colegio de mujeres, después de pasar una noche con una enfermera asegurada por cuarenta dólares semanales (una tipa ignorante, vieja, ineficaz, una irlandesa de la

iglesia reformada que cantaba sus himnos), en una casa-escuela para niños llena de chinches, donde la chica pagaba las comidas. La enfermera no tenía nada que hacer y hacía menos todavía y estuvo a punto de ducharla con lisol puro por error, en lugar de hacerlo con permanganato de potasio, lo que no sucedió sólo porque nuestra chica se dio cuenta antes.

La muchacha pasó una temporada de gran perturbación espiritual y tensión mental, y nadie hizo absolutamente nada para mejorar sus condiciones en lo sucesivo. Finalmente, cuando pudo se consiguió otro trabajo en otra agencia social como secretaria de una directora. Se entregó completamente a su trabajo, que consistía en ayudar a los escolares. Trabajó industriosamente, con entusiasmo, y al menos la consideraban digna de quedarle debiendo su salario mes tras mes, «por el bien de la causa», y comprendió que aun con lo mucho que amaba a los niños, en ese campo era una estúpida y el matrimonio no era para ella. Estuvo un mes en el hospital, bajo tratamiento (la infección estaba en la cérvix, no había alcanzado al útero y el tratamiento era para evitar que sucediera esto).

La dieron de alta pero ella iba a ver a la doctora (la celebrada cirujana que la llevó al hospital y más tarde murió en un accidente de coche) todos los meses, para asegurarse. Después de un año o algo más, hizo uno o dos cursos en una escuela de asistencia social y allí tuvo un instructor que parecía muy eficiente, honrado, etcétera.

Para abreviar, diré que se enamoraron profunda, permanente y desesperadamente. Y él estaba casado con su prima (la hija de la hermana de su madre), ambos eran judíos y tenían dos niños: una niña y un niño. Y él dijo, bajo juramento, «que ya no estaba casado con la mujer, que vivía diariamente, en cuerpo y alma, para “nuestra chica” y que tenía intención de casarse con ella». Parecían hechos el uno para el otro en todo sentido. Él parecía rejuvenecer, ya que era diez años mayor que ella. Sin embargo, como todos los hombres, éste parece ser un cobarde de pies a cabeza. Omito todos los detalles de sus vacilaciones, de su no estar seguro de que ella estuviera embarazada (el médico le había dicho que no quedaría embarazada antes de un año) y después de un examen completo (cuando los sucesos posteriores demostraron que ya tenía un embarazo de tres meses) dijo que no lo estaba. Y finalmente, después de muchas penas y angustias ante la defección de su adorado, llegó el niño.

Nuestra chica había estado en el valle de la humillación y muerte del espíritu, y aun amando al hombre decidió que no era digna, «a causa de su pasado», a menos que honesta y verazmente le dijera todo antes incluso de consumar su «matrimonio», de modo que él pudiera retirarse si lo deseaba. Hablaron francamente de todo y se

reverenciaron y respetaron el uno al otro.

Y él (que mentía como un demonio) volvió a su prima y la chica pagó las cuentas sufriendo humillaciones y angustia y él le pedía que lo compadeciera, diciéndole que nunca más volvería a ser feliz, que la amaba sólo a ella, etc., etc., que era pobre (era la chica la que ahorraba; él gastaba mientras hablaba de pobreza), que si él tuviera dinero (ganaba $7500 al año) todo sería distinto.

Mientras tanto, hay otros hombres que, creyendo que nuestra chica es viuda, están muy dispuestos a ofrecerse como amantes, siempre y cuando no les cueste mucho en el sentido de la responsabilidad. Y ellos pueden obtener un «placer» de una hermosa experiencia y ella ha aprendido que los hombres pueden ser imprevistos y tempestuosos, audaces y brutales y que también pueden ser astutos y pacientes con ese solo objetivo en vista, y que pueden ser endiabladamente injustos y mezquinos y malos cuando no consiguen lo que quieren, hablando siempre con lindas palabras sobre la belleza en la intimidad.

El director del colegio de niños, ya mencionado, volvió a aparecer, eliminó el amor del hombre por su hija, lo tomó bajo sus alas para hacerlo regresar a su «santa familia», dijo una cantidad de mentiras sucias, cobardes, endiabladas, imposibles, sobre la chica (dijo que si el asunto salía a luz, esto arruinaría Ja asistencia social en la ciudad, de modo que el hombre tenía que ser salvado sin contemplaciones). ¡Y la megalómana esposa del hombre acababa de sufrir un aborto espontáneo mientras el hombre no pagaba para mantener a la hija habida con su bienamada!

Nuestra chica está manteniendo a su criatura en medio de muchos obstáculos y rigores y no puede correr el riesgo de que un gobierno la ponga en la cárcel por escribirle a usted. De allí el anonimato.

Según parece, a usted no le interesan mucho los niños ni la generación siguiente, al menos en su segundo volumen, y tampoco hasta qué punto puede estar dañando a una bella criatura en su camino al placer.

Me gustaron sus *Contemporary Portraits* y también *The Man Shakespeare*. Y me gustaron muchas cosas de su *Vida*.

Me parece que esta carta es un auténtico documento humano, que revela el punto de vista medio de la mujer. Cada una de sus páginas lleva la impronta de la realidad, en parte a causa de su desprecio por el uso del inglés, en su ignorancia de las reglas gramaticales, pero también porque es muy excepcional en cuanto a dolor y padecimientos. «La muchacha» no describe ni una sola vez, ni siquiera menciona, los goces del intercambio sexual, y si bien ha

gozado de pocos de sus placeres, me parece que decididamente le ha significado un excesivo coste de sufrimiento. Finalmente, se entregó por amor a un hombre casado. Tuvo una hija suya y fue brutalmente abandonada. Una historia muy triste.

Yo he gozado de todos los placeres posibles de la vida, tratando siempre de hacer todo el bien que podía y el menor daño posible a la muchacha o la mujer que estaba conmigo. Creo que, con una sola excepción, no he hecho mucho daño a nadie.

La razón por la cual las muchachas no se entregan libremente es que temen quedar embarazadas. Por lo general, son demasiado ignorantes o demasiado confiadas como para sentir temor de alguna enfermedad, aunque este temor obsesiona al hombre. Pero el terror a quedar *enceinte* tiene poco fundamento. Con un poco de cuidado es posible evitar esa catástrofe. Por regla general, el hombre cubre su sexo con un preservativo o, si no, cubre el cuello del útero de la mujer con un pesario. Pero ambas cosas disminuyen el placer y no son tan seguras como deberían, porque los preservativos a veces se rompen y el pesario se sale en ocasiones, con el resultado de que se produce el embarazo.

El método sugerido en la Biblia, en la historia de Onán, es el que me parece mejor. Cuando Onán se excitaba, retiraba su sexo y nos dicen que «derramaba su semilla en el suelo». En Viena descubrí que, por lo general, es necesario hacerlo sólo en el primer orgasmo. En los casos comunes, hay poco o ningún peligro en el segundo abrazo y en los que le siguen. Y por lo general vale la pena que el hombre lo practique, porque da una seguridad casi completa a la muchacha.

Pero si ésta no tiene suerte y queda embarazada, librarse del feto y provocar la menstruación es comparativamente sencillo en los dos primeros meses, y sobre todo a finales del primer mes. Por lo general, basta con una dosis de cornezuelo. De hecho, he conocido casos en los que bajar saltando uno o dos pisos de escaleras produjo el resultado buscado. Pero por lo general, la muchacha no actúa enérgicamente este primer mes y la dificultad aumenta enormemente si deja pasar dos meses, aunque sigue siendo fácil provocar un aborto en el segundo mes, sin demasiado peligro de inflamación o enfermedad posterior. El tercero, cuarto y quinto mes son excesivamente peligrosos y en estos casos el aborto debería

ser llevado a cabo por una mano experimentada, porque en cuanto el feto se adhiere a un lado del útero, no es fácil librarse de él. Aun cuando se produzca un aborto, es preciso cuidarse de quitar todos los filamentos adheridos al útero con una cuchara de plata, por supuesto bien desinfectada, y en este caso se precisa de una mano hábil. En el sexto, séptimo, octavo y noveno mes, el aborto es comparativamente fácil, pero el niño tiene vida.

En Viena teníamos un método para provocar un aborto, en especial al final del primer mes o incluso del segundo, que no acarreaba malas consecuencias: hacíamos un lápiz puntiagudo con ciertos ingredientes que se hinchan con el calor del cuerpo. Este lápiz se introducía lenta y cuidadosamente en el cuello del útero y en cuanto comenzaba a hincharse, empezaba también el aborto. Entonces, la naturaleza hacía su propio esfuerzo y se libraba del semen invasor.

Por supuesto, en todos los casos en los que la muchacha trata de abortar, debería tener el consejo y la asistencia de un buen médico, si es posible, y pese a las demenciales prohibiciones legales, no es difícil encontrar ayuda.

Ahora voy a completar este capítulo relatando una experiencia personal que puede tener cierto interés, ya que revela sobre qué profundidades se asienta la vida ordinaria.

Cuando fui por primera vez a Berlín, como estudiante, hace casi cincuenta años, salí a buscar alojamiento por los alrededores de la universidad y cerca de la gran Unter der Linden. Pronto encontré dos habitaciones excelentes, con baño, que alquilaba una guapa mujer de unos cuarenta o cuarenta y cinco años.

—¿Y quién me atenderá? —pregunté, porque el precio era bastante alto.

—Yo misma o mi hija —dijo la mujer, y yendo hacia la puerta, llamó—: ¡Kätchen!

Una bonita niña de unos dieciséis años entró de prisa y me hizo una reverencia, sonriendo.

—Muy bien —dije—, tomaré la habitación y me mudaré esta tarde.

Pocas horas después, llegué y madre e hija me ayudaron a arreglarlo todo y a ponerme cómodo.

Por la mañana, a las ocho, la mujer me trajo el café, preparó el

baño y se fue. Yo estaba perfectamente contento y estuve aún más satisfecho cuando, un par de días después, fue Kätchen quien me trajo el café y preparó el baño, charlando sin cesar.

Todo fue perfecto durante un mes. Kätchen y yo nos habíamos hecho muy amigos y yo ya le había enseñado que los besos endulzan el servicio. Para hacerle justicia, debo decir que parecía ansiosa de aprovechar la instrucción, pero al mismo tiempo manifestaba miedo de ser sorprendida, pensé que por su madre. Y esto me pareció extraordinario.

—¿Qué pasa con Kätchen? —pregunté.

—Su padre está allí —contestó la mujer—, y no le gusta que ella sirva a nadie.

—¡Entonces envíe a su hija más joven, Lisabeth! —dije con descaro, y la mujer, como si estuviera asustada, respondió:

—¡Oh, eso sería peor!

—¿Por qué peor? —continué—. No voy a comérmela y su esposo no esperará ser atendido por las tres chicas.

—Por favor, por favor, señor —exclamó—, no hable tan alto. Podría escucharlo y nuestros buenos momentos terminarían.

—¿Terminar? —pregunté—. ¿Es que es tan bruto?

—¡Oh, señor —sollozó—, perdóneme! Mañana se lo contaré todo. Ahora debo irme —y allá se fue, evidentemente muy asustada.

A la mañana siguiente volvió la madre y me dijo que el padre era muy suspicaz y le había dicho que yo era demasiado joven como para que me atendiera Kätchen.

—¡Tonterías! —exclamé—. Quiero que Kätchen venga conmigo al teatro.

—¡Oh, no, señor, por favor! —exclamó apasionadamente la madre—. Entonces se confirmarían sus sospechas y se pondría furioso. Conténtese conmigo por una semana o así y él se olvidará y volveré a enviarle a Kätchen.

—Está bien —dije—, pero es idiota —pero como tenía mucho trabajo por delante, no lamenté tener que conformarme.

Pasaron tres o cuatro días y Kätchen volvió a traerme mi café y se sentó en mi cama para hablar conmigo. Tenía mi brazo puesto en torno a su esbelta y bella cintura y estaba besándola, cuando se escuchó un golpe en la puerta y una voz de hombre que la llamaba. Ella se puso de pie de un salto, pálida y con ojos asustados, y

desapareció.

Me levanté, me bañé y me vestí de prisa, y después llamé para que se llevaran las cosas del desayuno. Entró la madre. Era evidente que había estado llorando.

—¡Por favor, por favor, señor, tenga cuidado! —dijo—. Está en uno de sus ataques de ira. Volvió del trabajo a propósito, para atrapar a Kätchen. Oh, señor, tenga cuidado y no salga hasta el mediodía.

—Saldré en seguida —dije, indiferente—, y nadie me lo impedirá.

—Le ruego que salga en silencio —dijo en voz baja—. Todas deseamos que se quede.

—No comprendo —dije, desconcertado, porque no había muchos estudiantes que pudieran pagar lo que yo estaba pagando.

—Nadie podría comprender lo desdichada que soy —exclamó—. Por favor, señor —agregó, implorante.

—Muy bien —dije, riendo para tranquilizarla—. Saldré como un ratoncito y volveré de la misma manera…

—Por favor, vuelva antes de las seis —dijo.

Se lo prometí y me fui.

Esa tarde volví alrededor de las cinco y vi a la madre. Pregunté por Kätchen.

—La enviaré, señor —dijo la madre—, pero por favor deje que salga pronto. El vuelve del trabajo poco después de las seis.

Vino Katchen y estaba más amorosa que antes, aunque evidentemente en el *qui vive*, atenta a todo sonido. Antes de las seis, me besó y me dijo que tendría que irse y la acompañé hasta la puerta. Allí recomenzaron los besos y supongo que duraron más de lo que pensamos, porque justo cuando abría la puerta que daba al pasillo donde estaba su habitación, vimos a un hombre al pie de las cortas escaleras. Subió de un salto mientras la chica corría hacia la puerta de la derecha, que conducía a bus aposentos. El hombre vino derecho hacia mí. Era más o menos de mi altura y fornido, y tenía por lo menos cuarenta y cinco años, si no cincuenta.

—Puede irse de aquí mañana —dijo en voz baja y áspera.

—¿Quién es usted para darme órdenes? —pregunté.

—Soy el amo aquí —contestó—, y le digo que lo mejor que puede hacer es irse.

—Ese mes acaba de empezar —contesté— y quiero que me dé el preaviso acostumbrado.

—Si no se va mañana —dijo—, lo sacarán fuera…

—Es usted tonto al amenazarme —dije—. Irme sería reconocer que estoy asustado y no lo estoy.

—Si tuviera más sentido común, lo estaría —contestó.

—Apártese de mi camino —dije—. Voy a salir.

—Salga —dijo— y no vuelva.

Como no se movía, lo empujé ligeramente. De inmediato, cogió mi brazo derecho y dirigió un golpe salvaje hacia mi cara.

Como atleta entrenado, yo ya había previsto esta posibilidad. Cuando tiró de mi brazo, lo seguí para hacerle perder el equilibrio. Cuando golpeó, moví la cabeza a un lado y el pie izquierdo detrás de él. Un momento después perdió el equilibrio y al retroceder para recobrarse, se deslizó sobre los escalones, cayó hasta el rellano y se quedó inmóvil.

De inmediato se abrió la puerta contigua y la madre un salto y había levantado al hombre. Le sangraba la y Katchen se precipitaron fuera. Yo ya había bajado de nariz, pero no tenía una herida seria en la cabeza. Tendría un hematoma doloroso y un dolor de cabeza y así se lo dije a la mujer, que parecía muerta de miedo. Con su ayuda, lo llevé a su habitación y de camino vi a las hijas más jóvenes. Lisabeth, a quien conocía un poco, una chica corriente de unos trece años, y Marie, una bonita niña de diez años que, para mi sorpresa, se limitó a mirar mientras Katchen lloraba.

Esa tarde recibí una carta de la madre, pidiéndome que me fuera, diciendo que el padre amenazaba con matarme y que ella estaba asustada. «Por favor, por favor, váyase», terminaba. «No quiero dinero, querido señor Harris, y perdóneme».

A la mañana siguiente entró con mi desayuno.

—Se ha ido al trabajo —dijo—, lleno de furia silenciosa. Dice que si no se va, lo matará. Por favor, querido señor Harris, váyase. Conseguirá fácilmente otras habitaciones.

—¡Y un cuerno que me iré! —dije—, y dígale que si trata de matarme, sólo conseguirá quedar mal herido. Pensé que ya se había dado cuenta.

Inesperadamente, ella rompió a llorar.

—Soy la criatura más desdichada del mundo. Me gustaría que

me matara a mí.

—No llore —dije—. Por supuesto que me iré, si lo desea, pero…

Cogió mi mano y la besó, mojándola de lágrimas.

—Se lo diré todo —dijo—. Se lo debo. No sé cómo empezar. Yo amaba a mi esposo y al principio fui muy feliz con él. Tiene muchas buenas cualidades. Trabaja duro y piensa en su casa, pero… no sé cómo decirlo. Un día, cuando Kätchen tenía unos doce años, vino y me dijo que su padre la besaba de una manera extraña, y desde entonces… oh, no puedo decírselo. ¡La metió en mi cama! ¡Oh, es espantoso! Imagínese, en mi cama. Sé que puedo confiar en que no dirá nada, pero soy la mujer más desdichada del mundo. ¡Mis queridas hijas arruinadas por su padre! ¿Hubo alguna vez alguien más desdichado que yo? ¿Qué voy a hacer? Si se lo hubiera dicho a usted desde el principio, hubiera sido distinto, pero no podía soportar esa idea. Pero ahora, perdónenos y olvídenos. Oh, soy tan desgraciada.

La consolé lo mejor que pude. Estaba horrorizado y lleno de disgusto por el hombre. Tal vez en mi odio por él hubiera un poco de envidia. El asunto terminó cuando dije:

—Me iré en una semana y lo escribiré para que usted pueda mostrárselo, pero tengo que conseguir un lugar y no puedo hacerlo en un momento. Me iré más o menos dentro de una semana.

Es extraño, pero el hecho de que el padre hubiera usado a Kätchen me hizo perder interés en ella.

Pero Lisabeth ocupó su lugar con creces. Una mañana, entró con mi café.

—Oh, me alegro de que hayas venido —le dije—. ¿Qué buen viento te ha traído a ti?

—Están todas llorando —dijo—. Papá ha sufrido uno de sus ataques de furia. Pero a mí no me importa lo que él diga.

—Supón que te pido un beso —dije, sonriendo y tendiéndole la mano—. ¿Tendrías miedo a dármelo?

—Yo no —exclamó, acercándose a mí en seguida y dándome no un beso, sino una docena—. Verás —dijo, sentándose en el borde de mi cama—. Papá las ha asustado, pero a mí no puede asustarme y lo sabe. El otro día trató de besarme, pero no me dejé. «Acude a mamá», le dije, «o a Käte, pero a mí déjame tranquila». ¡Ahí está! —exclamó y en ese momento se oyó la voz perentoria de su padre.

—Lisabeth, te necesitan.

—No me necesitan —replicó ella, con descaro—. ¡Vete!

Y para mi estupor, se fue, gruñendo.

Lisabeth me atraía y vino a verme en mi nuevo alojamiento; le di vestidos y algunos dijes tan pronto como me aseguré de que estaba absolutamente libre de la influencia de su padre.

—Nunca me gustó —me dijo una vez—. En cuanto vi cómo hacía sufrir a mamá. Terminé con él. Käte puede soportarlo, pero yo no.

Descubrí que Lisabeth era una amante práctica y atractiva. Pese a su juventud, calculaba todo en términos de dinero en efectivo.

—Quiero tener un monedero —acostumbraba a decir—, y cuando tenga en él diez mil marcos, me sentiré más segura.

Y antes de cumplir quince años había conseguido los diez mil marcos. Tenía una hermosa figura, pero su rostro no era tan bello como el de su hermana Käte; sin embargo, en cuanto a sabiduría mundana, le llevaba cien años.

No recuerdo por qué razón no conseguí alojamiento en el término de la semana, pero le dije a la mujer que había visto uno que me serviría y que quedaría libre en dos o tres días. Durante ese tiempo no había visto a Kätchen. Una tarde salí, habiendo dado orden de que fueran a buscar mis cosas por la mañana, para llevarlas a mi nuevo alojamiento. En esa época era muy difícil conseguir dos habitaciones con baño sin tener que arrendar todo un apartamento y tuve suerte de encontrarlas. Al atardecer salí a dar un paseo. Tenía intención de subir por Unter der Linden, atravesar el gran arco y entrar en el Tiergarten. Salí, di mi paseo y regresé. Al volver a pasar bajo el arco, observé la luz de uno de los hoteles, que brillaba en la oscuridad y aparté la vista. ¡Segundos más tarde, cuando estaba en completa oscuridad en medio del arco, volví a mirar y muy cerca de mí vi un centelleo! Por un momento, no supe de qué se trataba y me detuve. Un instante después, comprendí que era un gran cuchillo, una especie de trinchante, y justo a tiempo di un paso hacia la derecha, porque el hombre se arrojó sobre mí y descargó un golpe. Estuve bien al apartarme, y cuando el cuchillo bajó, le pegué en la mandíbula tan fuerte como pude y cayó como un leño. En un segundo, cogí el cuchillo y vi que el hombre era el padre de Kätchen. Yo estaba furioso. Su rostro estaba distorsionado

por el odio y por el golpe. Le sangraba la nariz y tenía un aspecto lamentable, pero el peligro que había pasado me puso furioso. No pude evitarlo: retrocedí y lo pateé con violencia y volvió a caerse. Esta vez se quedó quieto y tuve que arrastrarlo por los pies para llevarlo a la luz. Mientras estaba allí, lo pateé dos o tres veces y pensé en llamar a la policía. Recordando a su desdichada esposa y sus hijas, decidí que tal vez tenía bastante por esa vez, lo levanté y lo senté con la espalda contra el arco. Pocos minutos después, recobró el sentido.

—Imbécil —le dije—, lo mejor que puede hacer es irse a su casa y portarse mejor con su esposa y sus hijas. Tiene suerte de que haya decidido irme de su casa, si no le rompería todos los huesos, canalla asesino.

—Váyase —barbotó— o lo mataré, maldito inglés.

—Tiene suerte —respondí— de que haya decidido ir a dormir a otra parte esta noche, pero tendría que hablarle de usted a la policía.

Se puso de pie, temblando visiblemente.

—Me llevo el cuchillo como recuerdo —dije.

—Lo afilé para usted —dijo, echándome una mirada.

Mientras iba Unter den Linden abajo, me pareció realmente que el hombre estaba loco. Había locura en su cara distorsionada y su voz quebrada. «Su esposa tendrá que emparcharle el ojo, y la mandíbula no lo dejará comer durante días», pensé. Pero al enfriarme advertí de pronto que me había sacado la piel de los nudillos y me escocían. ¡Qué disparate! Todavía podía ver la cara de la mujer y escuchar su voz; «¡Soy tan desdichada! No hay nadie en el mundo tan desdichado como yo. ¡Que mis queridas hijas hayan sido arruinadas por su padre!».

Según mi experiencia, el incesto es muchísimo más habitual en los pueblos germánicos que entre latinos o eslavos. Es curioso que a pesar de la pobreza y del hecho de que familias muy grandes comparten muchas veces una sola habitación, el incesto es casi desconocido entre los celtas. Pero pienso que los irlandeses y escoceses y los celtas galeses son mucho más morales, en el mejor sentido del término, que sus vecinos ingleses.

Varios de mis corresponsales en Norteamérica e Inglaterra me han pedido que hable de las enfermedades venéreas, en especial

para saber si la sífilis puede curarse. En alguna otra parte diré cómo conocí a Ehrlich[64] en el congreso médico de Londres, que se celebró, creo, en 1913. Fue el descubridor del salvarsán o «606», como lo llamó después. Yo era uno de los pocos que hablaba alemán, así que nos hicimos amigos. Desde su muerte se ha dudado mucho de la eficacia del «606», pero el mejor conocimiento actual me permite decir que usado con diligencia y seguido por un tratamiento con mercurio, puede curar la sífilis, curarla tan completamente que no quedan trazas de ella en la sangre y que incluso los retoños habidos posteriormente son perfectamente sanos.

Ehrlich, como ya diré cuando me ocupe de hablar de él, fue uno de los grandes benefactores de la humanidad[65].

La gonorrea es mucho más común y se cura con mayor facilidad: mucho descanso y gran cantidad de hordiate, nada de vino, licores o cerveza. Este régimen debería producir la cura completa en alrededor de un mes, pero durante ese mes la enfermedad es muy molesta, muy dolorosa, muy sucia y, si no se la toma en serio, hay peligro de que se produzcan cosas peores.

Es posible que sea oportuno contar aquí una pequeña historia. Recuerdo a un joven amigo mío que se contagió una sífilis en Nueva York y me enseñó un revólver cargado con el cual tenía intención de matar a la mujer que se lo había infectado. Yo me reí de él.

—Es posible que la pobre chica ni siquiera supiera que estaba enferma —dije—. No seas tonto. Sigue mi consejo y siempre cúlpate a ti mismo por las desventuras de la vida y a nadie más.

El proceso de «Mi vida»

> Tranquila, tranquila, alma mía; no es más que una temporada.
> Soportemos una hora y veamos cómo se comete la injusticia[66].

En el segundo volumen prometí que terminaría este con una relación de mi vida hasta la fecha, de modo que ahora debo contar lo que me sucedió el año pasado, 1926.

Un día, aquí, en Niza, quedé estupefacto al recibir una citación para presentarme al juez Bensa para responder a una acusación de «*outrage aux bonnes moeurs*»: ultraje a las buenas costumbres. Y el juez me informó que el ultraje en cuestión era la publicación del segundo volumen de *Mi vida*.

—¿Y por qué no el primero? —contesté.

—Oh, porque ese se publicó en Alemania. No tenemos nada que ver con él. Pero este volumen fue impreso en Francia, de modo que debemos tenerlo en cuenta.

—Entonces —dije— mi crimen consiste en haber querido beneficiar a los impresores franceses, dándoles trabajo, porque si hubiera publicado el volumen en Alemania o en Italia, no se me hubiera molestado.

Se encogió de hombros.

—¿Ha vendido usted el libro en Francia? —fue la siguiente pregunta.

—Fue una impresión privada —dije—, como puede ver. No anticipé ninguna venta en Francia y por lo tanto no me preocupé por llevar el libro a las librerías. Pero después, algún librero a quien conozco me ha dicho que norteamericanos o ingleses le han pedido un ejemplar de *Mi vida* para completar los que ya tenían, y entonces les he dado a esos libreros algunos ejemplares para vender, siempre con la condición de que no se exhibirían en el escaparate ni se venderían de manera ordinaria. Por lo tanto, la venta en Francia ha sido muy restringida. De hecho, no debo haber vendido más de cincuenta ejemplares en total. Nunca ha sido *mise en vente* (puesto a

la venta).

El juez tomo nota de esto, pero dijo que no importaba si había vendido treinta, tres o tres mil; que lo importante era la venta en sí. Por supuesto, hube de aceptar este razonamiento judicial.

Al comienzo, mi abogado, *maître* Gassin, me dijo que el caso no sería llevado a la corte. Pensaba que era ridículo llamar crimen a la impresión de un libro en Francia, cuando no se hacía nada con el libro impreso en Alemania y entrado en Francia de a miles, pero la segunda o tercera vez que lo vi, descubrí que consideraba el caso mucho más serio.

—En Francia no somos ricos —dijo— y pensé que nunca gastarían los dos o tres mil francos necesarios para traducir el libro, pero he visto a las autoridades y me dicen que el proceso ha sido iniciado en París y que el dinero de la traducción del libro se ha pagado. Tiene usted un enemigo o enemigos en París, que hacen sentir su influencia.

Yo ya había obtenido del señor Bensa, el juez, una notificación de las páginas a las que se objetaba en el segundo volumen de *Mi vida*. Eran unas cuarenta sobre un total de cuatrocientas y entre las cuarenta marcadas, los pasajes molestos no constituían más que tres o cuatro páginas. En cuanto las miré, descubrí que una de ellas era mi descripción de la glotonería inglesa en los banquetes del alcalde de la ciudad de Londres, y otra se refería a la conducta de sir Robert Fowler, que había sido tres veces alcalde, su glotonería y su repugnante comportamiento en la mesa de sir William Marriott, cuando lady Marriott tuvo que abandonar la habitación.

Ahora bien, este episodio es simplemente desagradable y lo incluí porque pensé que era mi deber hacer un recuento de mi vida tan fiel como fuera posible, y el hábito de comer y beber en exceso reina en Inglaterra en las clases medias. Ya he hablado de cómo el príncipe Eduardo le puso fin, en las capas más altas de la sociedad, introduciendo el hábito del café y el cigarrillo inmediatamente después de comer, en lugar de bajarse botellas de borgoña o clarete, que era hasta entonces la costumbre de las clases altas.

Encontré que los pasajes en los que hablaba del gusto del príncipe Eduardo por los chistes verdes y las frases ingeniosas también me habían metido en líos, porque estaban marcados como ofensivos. Otro pasaje especialmente censurado era el relato de

cómo se había enfermado lord Randolph Churchill.

Con estos datos, me pareció evidente que el requerimiento provenía del Foreign Office, y desde entonces he sabido que la inferencia era correcta. La publicidad que el proceso ha dado al libro contribuirá sin duda a su venta. Ahora está a punto de aparecer en otras lenguas europeas.

Sin embargo, el proceso era un fastidio, aunque no fuera más que por el costo, y precisamente porque la acusación era ridícula, me puse muy ansioso. Yo ya había conocido la prisión por culpa del juez inglés Horridge, al comentar el desarrollo de un caso que nunca llegó a juicio, sólo porque todo el asunto era ridículo. Fui castigado sin la menor razón. Y ahora iba a ser castigado otra vez, sólo por decir verdades sobre Inglaterra y los ingleses en un país extranjero. Me dicen que el caso no llegará a juicio hasta dentro de unos meses, pero lo temo más, justamente por lo irracional del cargo.

Por ejemplo, aquí hay un libro, *Lo Garçonne*, de Marguerite, que habla del amor entre muchachos y hombres y entre mujeres y este libro ha vendido cinco mil ejemplares en Francia y su autor no ha sido llevado ante ningún tribunal como no sea el de la Legión de Honor. También Verlaine, el gran poeta, ha dado al mundo, póstumamente, un libro de poemas adornado por las ilustraciones más obscenas, donde hace las alabanzas de los vicios antinaturales.

Finalmente, tengo frente a mí una copia de la circular de un editor, editada expresamente por el *Libreare du Ministère des Affaires Etrangères* —y por lo tanto aprobada por la Oficina de asuntos extranjeros en París—, donde encuentro ofrecidos a bajo precio al marqués de Sade, *Gamiani*[67], *Les mémoires de Suzon*, en francés, y *The Pearl*, en inglés, todos ellos trabajos francamente pornográficos.

Después de todo, mi ofensa consiste en la descripción del amor normal entre un hombre y una mujer y van a castigarme por veinte páginas sobre cuatrocientas y por vender treinta o cuarenta volúmenes en Francia, ejemplares que, según creo, se han vendido a ingleses o norteamericanos. Mi crimen es haberle dado trabajo a los impresores franceses más que a los alemanes o italianos. No obstante, mi abogado, *maître* Gassin, me dice que el asunto es serio y se sigue con endiablada severidad.

Hay algo que debo decir aquí. En cuanto apareció en la prensa la

noticia de este proceso que se me sigue, todos los escritores franceses que conozco, sobre todo Barbusse, Morand, Willy Bréal, Davray, De Richter, Maurevert y otros, han escrito en mi favor, expresando su desprecio por esta persecución. Todo autor francés notable parece estar de mi parte y todos están de acuerdo con la gran frase de Vauvenargues: «*Ce qui noffense pas la société, pas du ressort de la justice*
n'est
». (Lo que no ofende a la sociedad, no es de competencia de la justicia).

Pero ningún escritor inglés o americano ha salido en mi defensa o escrito una sola palabra a mi favor. Lejos de ello. Ni un solo escritor inglés o norteamericano se ha tomado el trabajo de considerar seriamente el libro o de ver en él algo meritorio, y mientras los periódicos ingleses han dado la indecencia por sentada, los periódicos norteamericanos, como el «New York World» y el «Nation», me han dedicado los insultos más bajos. Esto era de esperarse, por supuesto. Pero se me permitirá creer que la conducta cordial de los escritores franceses demuestra un más alto nivel de comprensión y una mayor humanidad.

Esta creencia se apoya en una experiencia previa. Yo estaba en París cuando Zola publicó *Nana*, que describe la vida de una cortesana de París. Para los lectores fue como un golpe. No sólo vendió cincuenta mil ejemplares en la primera semana, sino que al día siguiente de su aparición toda persona de nota lo había leído y no hablaba de otra cosa.

«Este es el límite», era la observación en la que todos estaban de acuerdo. El libro no sólo era franco, sino indudablemente salaz e increíblemente sugestivo y provocativo. La gente seria comenzó a hablar en seguida de juicio. Y pensando en esto me precipité a ver a Daudet, a Dumas hijo y otros.

Daudet me recibió con su habitual gentileza.

—Lamento lo del libro —dijo—. Siento mucho que Zola lo haya escrito. Le dará a la literatura francesa una reputación peor de la que ya tiene en Europa y, realmente, el estigma será merecido. Zola ha ido demasiado lejos esta vez. Sólo le he echado una mirada, pero hay páginas que son más provocativas que las indiscreciones juveniles de Mirabeau o Gustave Droz.

—¿Entonces estaría usted a favor de un juicio? —pregunté.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Daudet—. ¿Cómo puede imaginar semejante cosa? Zola es un gran escritor. Se le debe permitir una licencia que no se le acordaría a un escritor común. No habrá juicio. Todos nos pondríamos en contra de inmediato. Ningún magistrado ordinario puede enjuiciar a Emile Zola. Aunque siento muchísimo que haya publicado este libro. Sólo puede dañar su reputación.

—Sin embargo, todo el mundo dice que engrosará su cuenta bancaria —aventuré.

Daudet levantó las manos.

—Sin duda, a Zola no le ha preocupado ese aspecto de las cosas —contestó.

Dumas y los otros estaban de acuerdo con Daudet y no se enjuició a *Nana*.

Soy incapaz hasta de suponer cuál será el resultado del juicio de mi libro. Sólo puedo esperar. Mientras tanto me descubro a menudo recitando lo que Matthew Arnold llamó *Mi última palabra*:

> Que cese esta larga disputa.
> Los gansos son cisnes y los cisnes, gansos.
> Déjalos que hagan lo que quieran,
> Tú estás cansado, quédate tranquilo.
>
> Abusaron de ti, se burlaron, te maldijeron,
> Hombres mejores corrieron la misma suerte antes que tú,
> Dispararon sus balas musicales y pasaron
> Llenos de cargos y quebrados al final.
>
> Una carga más y quédate mudo.
> Que los vencedores, cuando lleguen,
> Cuando, caigan las fortalezas de la locura,
> Encuentren tu cuerpo junto al muro[68].

Y ahora, déjenme hablar otra vez, por un momento, de la vejez. En el segundo volumen dije que la ancianidad tenía poco de recomendable, pero descubro que muchas autoridades me contradicen en la materia.

Y muchos amigos me han reprochado la tristeza del último capítulo del volumen anterior, que escribí alrededor de los setenta

años. Por lo menos una docena de ellos me ha escrito, preguntándome si no había consuelos propios de la vejez. Es posible que haya muchos, pero no para el hombre que, después de los setenta años, sigue sintiéndose joven. A Fontenelle le preguntaron, cuando tenía noventa y cinco años, cuáles eran los veinte años de su vida que lamentaba más. Respondió que no se arrepentía de ninguno, pero que, no obstante, el período que le hubiera gustado volver a vivir, el período durante el cual había sido más feliz, era aquel de los cincuenta y cinco a los setenta y cinco años. «A los cincuenta y cinco años —dijo—, se tiene hecha la propia fortuna; la reputación está establecida; uno está bien considerado por los más y, tal vez, es honrado por los menos. Además, se ven las cosas como son. La mayor parte de las pasiones se han enfriado y calmado. Se ha alcanzado la meta de la carrera personal; se ha hecho por la sociedad lo que se ha podido, y se tienen menos enemigos o tal vez debería decir que hay menos personas que lo envidian, porque se reconocen unánimemente los propios méritos».

También Buffon, a los setenta años, declara que el filósofo sólo puedo considerar a la vejez un prejuicio estúpido. Y continúa describiendo un panorama de los placeres seniles.

«Todos los días —dice—, cuando me siento bien de salud, ¿no gozo acaso de la jornada tan completamente como antes? Si ordeno mis apetitos, mis deseos y mis esperanzas según los dictados de la razón y la sabiduría, ¿no soy acaso tan feliz como he podido serlo siempre? Y la idea del pasado y sus placeres, que parece despertar remordimientos en los viejos idiotas, a mí me permiten, por el contrario, un recuerdo gozoso de escenas encantadoras, recuerdos preciosos de incidentes agradables».

Y estas escenas e incidentes están libres de toda mácula y producen en el alma una emoción agradable. La inquietud, las desilusiones, los errores que acompañan a los placeres de la juventud, han desaparecido con la edad y toda pena debería desaparecer con ellos, porque, ¿qué es, después de todo, la pena, sino el último estremecimiento de esa estúpida vanidad personal que se niega a envejecer?

Hay gran parte de verdad en todo esto, pero no, como digo, para el hombre que después de los setenta sigue sintiéndose joven. Para ese hombre, la vejez es como la pobreza; sus bendiciones deben

buscarse en su rareza. Bernard Shaw me escribe que es «una ruina» y que todo lo anterior a los setenta ha muerto en él. Para mí, todo lo que precedió a los setenta, así como lo que precedió a los cincuenta, está tan vivo adentro mío como hace veinte años. La pena más honda que me agobia es no tener dinero suficiente para dar la vuelta al mundo por tercera vez, verlo todo y hablar de los cambios que han producido estos cincuenta años. Yo hubiera creído que algún periódico estaría dispuesto a pagarme este viaje, pero ninguno se ofrece a hacerlo y mi autobiografía y mis trabajos de los últimos cuatro o cinco años, me han producido menos que un solo año de trabajo en toda mi vida.

Cuando me decidí a hablar francamente de mi vida, no tenía idea de que sería castigado como lo he sido por mi sinceridad. Por supuesto, sabía que la mayoría de los estúpidos y todos los envidiosos del mundo declararían que, en mi vejez, estoy escribiendo pornografía. Dirían «Harris siempre fue sucio, sabe. Una mentalidad pervertida». Conocía de antemano el veredicto popular y me reía de él, pero no tenía idea de que la condena anglosajona dañaría la venta de mis otros libros como lo ha hecho. Acostumbraba recibir diez mil dólares al año por ellos. La publicación del primer volumen de *Mi vida* disminuyó este ingreso hasta menos de mil dólares anuales y dañó en igual medida el valor de cualquier cosa que pueda escribir. Además, esta condena me impide regresar a Londres o a Nueva York para recomenzar la vida, si así lo deseara, utilizando mis conocimientos de la bolsa para rehacer mi fortuna.

Hace treinta y pico de años, mi amigo Burton publicó su *Arabian Nights*, que era más incómodo, por no decir más vil, que cualquier cosa que yo haya escrito nunca, y los libros pasaron libremente por correo y ganó diez mil libras con su publicación. Pero ahora Inglaterra ha imitado a Estados Unidos en una de las peores cosas que tiene. Todos saben que en Norteamérica, si uno envía por correo un libro obsceno, se le puede juzgar y castigar como si hubiera publicado el libro. Y esta ley execrable, que permite que un funcionario estúpido juzgue a los grandes innovadores con el mismo baremo que a los corruptores, ha sido adoptada ahora por Inglaterra. Hace veinticinco o treinta años, tenía más sentido común. Sin embargo, una traducción inglesa de Brantôme[69] se

publica y distribuye libremente en Inglaterra en este mismo momento. Pero los mejores abogados ingleses me aseguran que no puedo esperar clemencia.

Recuerdo que en el juicio que se entabló contra la señora Besant[70] y Bradlaugh el juez declaró que si el libro era valioso, no podía condenársele como a un libro vulgar que podía caer en manos de los jóvenes. Este sano compromiso inglés ha sido dejado de lado y el fiscal puede proceder contra cualquiera por enviar por correo un libro obsceno o indecente, tal como sucede en Norteamérica, aun cuando uno le haya marcado un precio, como yo lo hago, para evitar que caiga en las manos de cualquiera que no sea una de las personas que realmente lo quieren. Pero ahora que la aristocrática Inglaterra se ha puesto la librea de la Norteamérica democrática, no hay lugar para el hombre que utiliza el inglés como lengua materna y desea advertir o aconsejar francamente a su prójimo. «Los espías de Dios» son castigados como si fueran los secuaces del diablo.

No creo haber violado ni siquiera una de estas leyes idiotas, pero me aseguran que encontraré poca justicia en Estados Unidos, en manos de los jueces Levy y Mayers y tal vez suceda lo mismo en Londres, en manos de Horridge.

Aquel que desee hacer un relato veraz de su vida se ve casi obligado a dejar fuera lo más interesante. Pero hay algunos incidentes divertidos que un alma valerosa puede contar todavía.

Heine ha contado cómo fue tratado por el siniestro enjambre de los críticos suabos, pero ninguno de ellos lo atacó tan venenosamente como yo he sido atacado en Norteamérica. Quiero dar algunos ejemplos. Aquí hay un editorial del «Evening World» de Nueva York, del 23 de agosto de 1926. Su encabezamiento pone:

EL CASO DE
FRANK
HARRIS

> En las sesiones judiciales de otoño, en Niza, el escritor Frank Harris enfrentará distintos cargos por ofensa a la moral pública y posiblemente la prisión. Hace muchos años, fue una figura de cierta importancia en la vida literaria de Londres. Director de un periódico importante, se asoció en términos de mayor o menor intimidad con muchos de los escritores más distinguidos de Inglaterra y Francia. En aquellos días, lo único que tenía de escandaloso era su egotismo

insufrible. Su relación con Oscar Wilde lo llevó a escribir una biografía del dramaturgo, que tiene mucho mérito. Posteriormente, se distinguió en la escritura de agradables estudios de caracteres de celebridades literarias y políticas, bien que en este momento se le acusa de haberse tomado libertades con la verdad.

Después, viejo, cansado del mundo, resentido en su salud, escribió el primer volumen de una autobiografía, que se publicó en principio en Alemania, que era repugnante por su franqueza y crudeza. El intento de hacer circular en Norteamérica esta nauseabunda colección de historias obscenas condujo a algunos arrestos.

Parece que el rechazo manifestado incluso por los que lo querían bien no le ha enseñado nada, porque su arresto en Francia sigue a la publicación del segundo volumen. Habiendo sido siempre un sensualista, es imposible creer que se presente al desnudo por otro motivo que no sea el de hacer dinero. Habiéndose colocado en la categoría de las busconas, no tiene derecho a simpatía alguna. El Frank Harris de hace muchos años murió hace tiempo y recientemente su cadáver ha estado escribiendo. El olor lo prueba.

Este editorial es una colección de mentiras difamatorias. Estoy tan lejos de padecer una salud quebrantada, que jamás he estado mejor en mi vida y este mismo mes de agosto caminé un día más de veinte millas sin sentirme siquiera cansado. Jamás fui arrestado en Francia; ese es otro invento del «Evening World». Antes de empezar a escribir *Mi vida*, sabía que hablar francamente no me produciría dinero, pero hasta las «busconas» tienen mi simpatía. Creo, junto con Anatole France, que en el Reino de los Cielos serán puestas por encima de las reinas. Instruidas por el Foreign Office inglés, las autoridades francesas encontraron treinta páginas objetables sobre cuatrocientas treinta; una proporción ligeramente mayor que la de Whitman, pero difícilmente suficiente para que un hombre honesto hable de un libro como de una «nauseabunda colección de historias obscenas».

Ningún periódico decente del mundo, con excepción de en New York, hubiera permitido que un difamador anónimo y cobarde escribiera semejante editorial: un tejido de mentiras inmundas e insultos más inmundos todavía. No es que esté solo en ello. «La Saturday Review of Literature», el órgano literario de mayor circulación en los Estados Unidos, dedica en su número del 13 de febrero de 1926 más de una página al vertido de mentiras y abusos

similares. Y lo que es peor, Upton Sinclair, el autor de *The Jungle*, a quien yo he elogiado, me escribió diciendo que: «Pienso que es el libro más vil sobre el que jamás haya puesto los ojos. Creo que es totalmente inexcusable… Lo considero un libro venenoso».

Relato todos estos estúpidos abusos para consolar a aquellos «espías de Dios» que vengan después de mí y que sin duda serán perseguidos por los imbéciles y los envidiosos, como yo lo he sido.

¡Me han preguntado qué quiero decir cuando hablo de «los espías de Dios»!

Sea quien fuere uno de los «espías de Dios», como los llama Shakespeare, debe pasar años consigo mismo en alguna soledad desértica o urbana, desnudándose resueltamente del traje temporal de su propio ego insignificante, solo con las estrellas y los vientos nocturnos, entregándose a pensamientos que atormentan, a una lucha con el Ángel que desconcierta y agota. Pero por fin el trabajo de su alma es recompensado. De pronto, sin anunciarse, el Espíritu que ha hecho el mundo lo usa como portavoz y habla a través de él. En un éxtasis de humildad y orgullo —«un junco sacudido por el viento»—, recibe el mensaje. Años más tarde, cuando entrega el evangelio al mundo, descubre que los hombres se burlan y se ríen de él, le dicen que está loco o, peor aún, declaran que conocen al tipo y le atribuyen su propia lascivia y bellaquería. Nadie le cree ni lo escucha, y cuando él comprende su soledad, su corazón vacila y comienza a dudar de su inspiración. Ese es el peor de los infiernos. Después, en la miseria y la desesperación, llega un hombre que acepta su mensaje como una verdad auténtica; un hombre que con sus palabras de alabanza demuestra que él también ha tenido la Visión Beatífica y ha escuchado la Voz Divina. Y el profeta es salvado. El sol funde su prisión helada; el desierto florece como una rosa; su soledad canta con coros invisibles. Y después, siempre se hablará de ese discípulo como el bienamado y el destacado y el que está por encima de los otros.

Afortunadamente para mí, he encontrado varios de esos discípulos: Esar Levine, Ben Rebkuhn, Raymond Thomson y (Einar) Lyngklip. Estos jóvenes norteamericanos asistieron a mis conferencias en Nueva York y me ofrecieron sus servicios. Hace ya años que me ayudan con todas las delicadezas del afecto, y han sufrido multas o prisión por mí… ¡y ningún hombre ha tenido un

amor más grande que este! Esar Levine me ha ayudado mucho con este volumen, porque él conoce mi escritura mejor que yo. Y ahora otros norteamericanos, Thompson y Lyngklip, vienen a mí con el mismo dulce espíritu. Pienso que el mundo pronto comprenderá —porque todos ellos están todavía en la veintena— que la amistad de estos hombres es para mí un título honorífico.

Como ya he dicho al final del segundo volumen de *Mi vida*, los principales placeres de mi vida siguen siendo aquellos derivados de la literatura y el arte y la relación con amigos sabios y afectuosos. También obtengo el mismo placer de una buena cena, a pesar de que uso de la mayor moderación, como siempre lo he hecho, y aun más de un hermoso atardecer o un cielo exquisito o del espectáculo de la montaña y el mar. Pero más que nada obtengo placer de mi trabajo y de la resolución de que cada libro sea mejor que el anterior, a costa de múltiples revisiones.

Y ahora unas palabras sobre mi convicción más profunda. Ya he dicho cómo, cuando era un escolar, antes de tomar mi primera comunión, llegué a dudar de la religión revelada. Sin embargo, de manera vaga, creía en una buena orientación de la vida, aunque algo ineficaz, y durante treinta años atesoré una nebulosa creencia en un Dios y su bondad y en el progreso humano. Pero entre los cincuenta y los sesenta años, cuando leí al entomólogo Fabre por primera vez y comprendí la crueldad insensata que domina el mundo de los animales e insectos, comencé a dudar y pronto perdí de vista todo camino ascendente en medio del horroroso caos. Mis dudas tomaron forma y significado. Al hombre le son dados cien órganos para el dolor y uno para el placer. Tiene treinta pies de intestinos, todo ello para sufrir, allí donde bastaría uno, y lo que es peor, el dolor nunca está en relación con el bienestar, no tiene en él ni siquiera una advertencia. Se sufre más con un dolor de muelas que con una herida mortal. Si hay un creador, es malevolente más que amable.

Me desagradaba la palabra «ateo» y sentía, como Huxley, que «agnóstico» se adecuaba mejor a mi estado mental, porque si bien la idea de un Dios personal se había desvanecido de mi conciencia, seguía creyendo en un desdoblamiento gradual y lento de una vida social más noble y más elevada para los hombres de esta tierra. Una y otra vez volvía a las palabras de Goethe:

Uns zu verewigen
Sind wir ja da[71]!

Al menos los hombres deberían crecer en bondad y comprensión amorosa, deberían poner fin, no sólo a la guerra y la pestilencia, sino también a la pobreza, el abandono y la enfermedad, creando así para sí mismos un Paraíso en la tierra, transformando la peregrinación de la vida primero en una Cruzada en la cual toda cruz esté coronada de rosas, y finalmente en una lucha sagrada digna del mismo Dios, para terminar con todos los sufrimientos y hacer de la existencia un himno a la realización más alta.

La verdad es que el hombre debe ser su propio Dios en el más alto sentido y debe crear no sólo un Cielo para los hombres sino también para los insectos y las plantas, para toda vida, en especial para las formas llamadas más bajas de la vida: un cambio triunfal al esfuerzo coronado por la alegría.

Los árboles, hasta las plantas más humildes, pugnan por subir hacia la luz. Es indudable que habría que ayudarlos. Todas las dificultades y desórdenes deberían ser incentivos para el divino espíritu del hombre.

No obstante, Whitman elogiaba a la muerte, «muerte benéfica». «¡Muerte odiosa!», digo yo. La odio como la odiaba Goethe, al menos en lo que se refiere a la muerte de los espíritus elegidos. ¿Quién hará buena una pérdida? Para mí, es irreparable. ¡Muerte!

En este caso, prefiero las palabras de Browning a las de Whitman: son más verdaderas. El llama a la muerte «El gran miedo». A menudo pienso en ella como en un océano. En esa gran corriente, otra ola se hunde y nada ha cambiado… ¡excepto para la ola y aquellas otras que la rodean!

No puedo imaginar cómo un hombre pensante puede creer en un Dios omnipotente y benéfico, teniendo frente a sí a la muerte. No estoy pensando ahora en la crueldad, aunque es la ley primera de Su creación, sino simplemente en la muerte que llega para todos nosotros, hayamos vivido noble o vilmente. Qué fácil le hubiera resultado a una deidad benevolente conceder una segunda vida de vigor juvenil a todo hombre o mujer que hubieran vivido para lo más alto de ellos, y cómo semejante recompensa hubiera estimulado a la virtud y descorazonado al vicio y hecho de la vida de un hombre un progreso sagrado hacia las mayores alturas. Pero tal

como son las cosas, es la muerte quien viene. Y aun antes de ella, sus terribles heraldos: el deterioro de la fuerza, la disminución de las facultades, la pérdida de la memoria y la alegría, hasta la luz del sol exhausta de calor. Y nosotros, criaturas de una hora, peleamos y disputamos y manifestamos avaricia y envidia, mientras los días se acortan hacia el fin inevitable. ¿Cómo podía Whitman elogiar a la muerte?

Aunque después de todo, ¿qué importa la muerte? Es odiosa y terrible, sí, pero pocos pueden decir cuándo caerá el telón y terminará para ellos la obra. Y mientras tanto, el trabajo permanece. A, B y C lo miran y se encogen de hombros, indiferentes; pasan los años y uno parece olvidado. De pronto, viene alguien que está interesado en él. «Es extraño —dice—, ¿por qué no fue alabado este trabajo?». Y comienza a elogiarlo y otros lo siguen, preguntándose dónde hay que colocar a este nuevo maestro.

A veces, como en el caso de Shakespeare, el reconocimiento tiene que esperar trescientos años. ¿Qué importa? Pasó un siglo antes de que alguien pensara en colocar a Heine junto a Goethe. ¿Qué importan los años? Más pronto o más tarde, somos juzgados por nuestros pares y ese juicio es inamovible. Yo espero a mis pares y les doy la bienvenida.

«Ha escrito cosas perversas», dice uno, y mi amigo contesta: «también lo hizo Shakespeare en *Hamlet* y con menos provocación». «Su vida es la más plena que se ha vivido», dice mi discípulo, y todos comprenden que se ha dicho algo importante y que ese hombre está para siempre entre los grandes.

Volumen 5

Prólogo

En el cuarto volumen de *Mi vida* he contado cómo las autoridades judiciales francesas, aunque instadas por el gobierno británico, se negaron a procesarme por la publicación en Francia de mi segundo volumen. El juez, señor Bensa, ordenó un *non-lieu*, declarando que no había base para una acusación[1].

En cuanto se debatió la posibilidad de un proceso, una docena de importantes literatos franceses me escribieron, protestando contra la idea y declarando su intención de estar de mi lado en todos los casos. De hecho, un escritor muy conocido se ofreció a traducir los pasajes más audaces y a hacerlos publicar en una gran revista francesa. Esto pareció acrecentar la malevolencia del gobierno inglés hasta hacerla una verdadera fiebre. Poco después, recibí cartas de amigos de Inglaterra a los que había enviado ejemplares de mis libros, en las que me decían que habían sido visitados por inspectores de policía que les presentaron copias fotográficas de mis cartas y sus respuestas, en las que se probaba que habían recibido mis libros, y exigiendo que entregaran estos libros obscenos a las autoridades, amenazándolos con procesarlos por su posesión. De esta manera, no sólo han cortado de raíz la venta de *Mi vida* en Inglaterra, sino también la de mis otros libros.

Ahora bien, esto va contra la ley y es un desprecio a la justicia. ¿Qué derecho tiene cualquier gobierno inglés a abrir cartas privadas, fotografiarlas y usarlas luego de esa manera? Pero el actual gobierno inglés de Joynson Hicks (de nuevo la mediocridad adornada con doble apellido) fue más lejos aún. Uno de mis amigos contestó al inspector de policía que sólo había recibido un ejemplar expurgado del libro, lo que era cierto, pero el inspector le dijo que todo el libro era obsceno y en especial el pasaje sobre el alcalde Fowler.

Con el objeto de saber si era exacta mi corazonada de que la persecución del gobierno inglés era totalmente política y no moral,

dos o tres días después hice pedir a un editor londinense un ejemplar de Brantôme traducido literalmente del francés. El libro llegó sin problemas por el correo inglés. El gobierno inglés no ve nada reprensible en las lascivas descripciones de Brantôme ni tampoco en Rabelais o Chaucer o Shakespeare o Wycherley, pero no les gusta que se hable al mundo de la bestialidad de los banquetes del actual alcalde. Y el gobierno inglés llegará a cualquier grado de ilegalidad o iniquidad para salvar su cara y la reputación de sus funcionarios.

El gobierno inglés no ha cambiado mucho en los últimos cien años: la oligarquía sigue siendo todopoderosa y castiga a sus críticos y enemigos con más veneno que el zarismo ruso.

El inglés cree hasta cierto punto en la libertad política, pero la verdadera libertad de expresión y pensamiento no se detesta en ninguna parte tanto como en Inglaterra, donde se adora lo convencional. El otro día encontré entre mis papeles la historia de Ernest Jones, el poeta y cartista de mediados del siglo diecinueve[2]. Había escrito libros notables tanto en prosa como en verso y se había hecho de una reputación considerable en los medios literarios. Ya he dicho en alguna parte que la aristocracia inglesa mira a un poeta con el mismo alegre desprecio con que mira a un acróbata. Tuvieron que pasar treinta años después de la muerte de Keats para que su obra maestra se reeditara. Pero quienquiera que se atreva a escribir en contra de la oligarquía inglesa o a favor de la igualdad de derechos ante Dios y ante la ley, es considerado como un enemigo por la clase gobernante inglesa. Un enemigo que hay que suprimir a toda costa.

En el fervor revolucionario de 1848, Jones habló a favor del pueblo. De inmediato fue juzgado y condenado a dos años de prisión. Ya estaba casado con la hija de un miembro del Parlamento, pero eso no hacía más que agravar la ofensa. Una de mis posesiones más valiosas es la carta escrita por Jones a un amigo, contándole como fue tratado en prisión y después. Voy a citar ahora trozos de esta carta, porque en casi todos sus detalles su persecución muestra la misma malevolencia desdeñosa que se ha utilizado conmigo. Con fecha del año 1855, Jones, después de elogiar a la prensa por su apreciación generosa de su trabajo, escribe lo siguiente:

> Más o menos para esa época, me mezclé en la excitación política de 1848, y a causa de un discurso pronunciado en enero de ese año, fui arrestado y encerrado en la Prisión de Westminster durante dos años y una semana, en confinamiento *solitario*, según el *régimen de silencio*, sin libros, pluma, tinta o papel durante los 19 primeros meses; encerrado durante *catorce* días en una celda oscura, *a pan y agua durante la epidemia de cólera* de 1849. ¡Durante ese tiempo terrible no se me permitió saber si mi mujer y mis hijos estaban vivos o muertos! Me dejaron intercambiar una carta con mi esposa sólo cuatro veces por año y verla también cuatro veces por año durante 20 minutos cada vez, en presencia de un carcelero. Como escribí una vez a sir George Grey, ya no se me permitió escribir esa misma vez a mi esposa (¡increíble mezquindad!); como vi una vez a sir J. Walmesley, George Thompson y O'Connor, no se me permitió ver a mi esposa esa cuarta parte del año. Cuando me enteré de que estaba gravemente enferma, no se me permitió preguntar cuál era su evolución, y yo mismo quedé reducido a tal estado de debilidad, que una vez me vi obligado a *arrastrarme* por la celda para poder moverme. Mi celda diurna tenía ventanas sin vidrios durante todo el invierno y mi celda nocturna una raja de un pie y medio de lado que daba directamente al exterior. Todo esto se probó en el Parlamento cuando lord Dudley Stuart presentó mi causa, y mi petición y la evidencia fueron impresas por orden de la Casa.
>
> *En prisión* escribí (furtivamente, *en papel que me hicieron llegar de contrabando*) «El nuevo mundo», «El pintor de Florencia» es el poema publicado ahora con el nombre de «El precio de la gloria». Al no tener tinta, escribí «El nuevo mundo» en su mayor parte *con mi sangre*.
>
> ¡Pero cómo cambió la prensa cuando terminó mi prisión! (Todos los demás fueron liberados seis meses antes de terminar la condena; sólo a mí me tuvieron dos años y una semana completos). ¡La prensa ya no mencionaba mis escritos! Soy abogado: mi práctica terminó de inmediato.

Doy este ejemplo de la aterradora malevolencia y la mezquindad de la clase gobernante inglesa de hace tres cuartos de siglo sólo para mostrar que, en esencia, no ha cambiado. No objeta a la libertad de lenguaje en asuntos sexuales; pero la crítica a sus alcaldes y ministros debe suprimirse a cualquier costo. Y esta clase gobernante inglesa, que es más poderosa que la de cualquier otra nación, es sorprendentemente analfabeta e ignorante. En todos estos siglos, jamás ha producido un artista, un escritor o un pensador de

primera línea, ni siquiera una palabra que demuestre una más alta apreciación del genio y mucho menos un acto que lo favoreciera. En mi opinión tiene la influencia más execrable del mundo, peor aún que la del norteamericano ciento por ciento que perdona a Coolidge por hacer la guerra en Nicaragua, en menoscabo de la Constitución. Ese norteamericano ciento por ciento que es, según Bernard Shaw, «un noventa y cinco por ciento de idiota de pueblo». Pero el idiota norteamericano por lo menos tiene buenas intenciones, siempre está dispuesto al perdón y a la generosidad, mientras que el aristócrata inglés es más conservador y amargo que un oficial prusiano. El otro día, el gobierno conservador inglés trató de esclavizar a los obreros declarando que una huelga general era un acto criminal. Como en este momento los norteamericanos son aptos de quedar cautivados por las pretensiones de afecto inglesas, he escrito esta advertencia para ponerlos en guardia contra la oligarquía más egoísta del mundo.

En cuanto a mi propio caso, me pareció evidente, cuando comencé a escribir *Mi vida*, que los buenos lectores comprenderían y perdonarían rápidamente, aun cuando no aprobaran mi libertad de expresión y el recital de relaciones amorosas. «Con toda seguridad —me dije—, verán que he escrito veinte libros totalmente convencionales y que no empecé *Mi vida* hasta los sesenta y cinco años, cuando mi sangre se había enfriado». Pensé que los imparciales norteamericanos dirían: «Si Harris afronta la crítica finalmente mediante su libre expresión, es evidente que lo hace porque considera que es su deber. Haremos bien en tratar de ver las cosas con sus ojos, porque no hay en las descripciones ninguna seductora intensificación de las sensaciones ni ningún intento de exagerar el placer sexual». Pero ¡ay! Casi sin excepción los llamados críticos cayeron sobre mí con toda clase de insultos. Realmente, comienzo a pensar que el gran público es inmerecedor de toda consideración. ¿Por qué habría que esforzarse por esos gusanos? Pero, después de todo, uno lo hace por sí mismo y por el futuro.

Antes de terminar este prólogo, debo llamar la atención sobre uno o dos errores que he cometido en el tercer tomo de *Mi vida*[3].

Después de contar cómo los literatos franceses estuvieron a mi lado y me ayudaron, dije que ningún escritor inglés o norteamericano había actuado de la misma manera. Estaba

equivocado. Dreiser vino noblemente en mi ayuda, pese al hecho de que anteriormente se había resentido por ciertas críticas mías. También Isaac Goldberg, escribió de inmediato en mi favor y Haldeman-Julius, publicó una defensa mía. Estaba totalmente equivocado al decir que ningún norteamericano había venido en mi ayuda. Quedé atónito ante este error, de modo que repasé mis notas y descubrí que ya había dicho que ningún escritor inglés me había ayudado, pero mi secretario lo había ampliado a «escritor inglés o norteamericano» y yo había visto esta extensión en las pruebas sin notarla. Se me preguntará cómo pudo suceder algo como eso. Bueno, el libro fue impreso aquí, en Francia, y los impresores franceses cometen tales errores que siempre leo las pruebas en busca de faltas ortográficas más que de sentido.

Debo esta disculpa a los amigos norteamericanos, sobre todo Dreiser, Mencken, Viereck, Goldberg, Haldeman-Julius y otros que se pusieron de mi lado valientemente.

Hay otra cosa por la que he sido criticado en Inglaterra, aunque es un punto menor. Dije que pese al aterrador crecimiento del poder del puritanismo en su época, Shakespeare demostraba una y otra vez que, de haber podido, hubiera escrito por lo menos tan libremente como Chaucer. Cuando se me pidieron pruebas, ofrecí la conversación en la cual el príncipe Hamlet, hablándole a su amor, Ofelia, frente a toda la corte y al alcance del oído de su madre, utiliza una y otra vez expresiones indecentes. Es imposible creer que un príncipe, y sobre todo un príncipe cortés como Hamlet, ofendería las leyes elementales de la decencia de ese modo, a menos que los sentimientos personales del poeta lo cegaran a la probidad y las buenas maneras.

En alguna parte anterior de *Mi vida*, he dicho que después escribiría sobre la sexualidad tal como se entiende en la India, en China y en el Japón. Muchos amigos me han escrito preguntándome por qué no cumplí esta promesa. Espero disculparme ampliamente en este volumen. Pero aquí me gustaría dejar sentado ya desde ahora que la sexualidad es en Japón mucho más evidente que en cualquier otro lugar de la tierra. Ya he hecho en alguna parte, creo que en un volumen de «ensayos», un corto relato sobre la moralidad japonesa ejemplificada en diez o doce de sus mandamientos, que son simplemente leyes de sanidad. Uno de ellos insiste en la

necesidad de tomar un baño caliente todos los días. Pero aquí puedo profundizar más.

Todo el mundo sabe cómo se estiman las flores en el Japón. Siempre que ponen, en las paredes de una habitación, una pintura o kakemono, no consideran completa la decoración sin el agregado de flores. Para los japoneses, las flores no sólo tienen un interés espiritual, sino también sexual. La parte anterior de una hoja se considera el macho y el reverso la hembra. Las formas de las flores son sexualizadas de manera similar: los capullos son masculinos, mientras que las flores abiertas, en especial las que han dejado atrás su frescura primera, son consideradas femeninas. Con frecuencia, los japoneses asocian los capullos y las flores abiertas colocando unos junto a otras de una manera que para ellos es tan reveladora como cualquier pintura. Hasta el color de las flores tiene significación sexual, sí, hasta la dirección de los tallos: los que se inclinan hacia la derecha son masculinos, mientras que los que van hacia la izquierda son femeninos. También está claramente sexualizada la diferencia entre plantas acuáticas y flores de tierra.

Por lo que sé, nadie ha observado todavía esta tendencia de la mentalidad japonesa. La verdad es que los japoneses sexualizan todo: plantas y árboles y hasta rocas y piedras. Para ellos una cascada debe ser masculina o femenina y la peculiaridad que provoca la distinción es bien conocida por todos. Recuerdo bien un día en que un amigo japonés señaló una cascada, diciendo:

—¡Qué espléndida es, qué fortaleza en el chorro de agua y cuánto coraje en ese salto a lo desconocido! ¡Espléndida virilidad!

Cuando reí y le pedí que me explicara sus palabras, señaló una cascada pequeña, que estaba cerca, y se deslizaba tranquilamente, casi tapada por arbustos.

—Allí tienes la doncella —dijo—. Algunos la encuentran más bella, pero yo prefiero la fuerza y el coraje del macho.

Creo que sería exacto decir que los japoneses sexualizan toda la naturaleza. Por ejemplo, el sur es masculino mientras que el norte es femenino.

En mi pequeño «ensayo» sobre la moral japonesa dije que sus mandamientos eran tal vez más valiosos y con toda seguridad más razonables que los llamados mandamientos judíos. Esta comparación hizo que el «Spectator» de Londres se mostrara

terriblemente enojado. Llegó incluso tan lejos como para decir que ese tipo de cosa debía ser boicoteada. Me pregunto qué dirá el inglés ordinario ante estos nuevos pasos exploratorios en el sentimiento sexual de los japoneses. Cuando llegue a ello, tendré que decir con cuánta franqueza tratan el sexo los maestros japoneses. Sus mejores poetas y pintores han escrito libros y pintado cuadros que los puritanos ingleses considerarían más graves que la pornografía, y si pudieran conocer el trabajo de Hokusai en toda su magnitud, les daría rabia o lo desdeñarían.

Como de costumbre, me siento impulsado a decir algo sobre mi salud y mis hábitos en este capítulo preliminar. El invierno pasado, a mis setenta y un años, sufrí un serio ataque de gripe. Había trabajado mucho durante más de un año en el tercer volumen de *Mi vida*, que había quedado transformado en dos, y al mismo tiempo había reunido dos volúmenes de *Retratos*, habiendo terminado casi un par de novelas. Agotado por el exceso de trabajo y la falta de mis habituales ejercicios al aire libre, la virulenta enfermedad me cogió desprevenido.

Después de casi un mes de fiebre y somnolencia, empecé a convalecer y, comprendiendo que la causa principal de mi enfermedad era que había descuidado las caminatas, me puse en movimiento de inmediato, dando largos paseos por la mañana y por la tarde, mezclados con pequeñas carreras. Una semana después me sentía tan bien como siempre, cuando una mañana observé que las venas de mi pierna derecha sobresalían, nudosas, y que toda la pierna estaba muy hinchada. Fui inmediatamente al médico. En cuanto vio mi pierna, exclamó:

—¡Flebitis! Debe dejar de caminar y tener la pierna levantada la mayor parte del día.

—Pero mi salud general sufrirá —dije—. Si no hago ejercicios, tengo indigestión.

—Es mejor eso que perder la pierna —me dijo—. Esto es serio. Usted ha estado jugando con fuego. No camine durante seis meses.

Seguí sus órdenes, estuve echado prácticamente seis meses e hice muy poco ejercicio. La pierna mejoró, pero pronto comenzó a atormentarme la digestión y descubrí que cada vez comía menos. Sin embargo, en dos o tres meses recuperé una salud general bastante buena. Naturalmente, en este período de inanición forzada

había estado leyendo más que nunca y de pronto mis ojos volvieron a molestarme después de quince años de paz. Fui al oculista, pero sólo pudo darme gafas para leer y para ver de lejos. Exactamente lo mismo que veinte años antes. Pero la nube que había frente a mis ojos se mantuvo y se me hizo penoso leer más de seis horas por día. En un volumen anterior he contado cómo me curé los ojos hace veinte años ejercitándolos un cuarto de hora por la mañana y un cuarto de hora por la noche. Entonces ejercitaba la vista moviéndola sobre el horizonte en lugar de limitarla a un libro y después de un mes o dos el ejercicio me hizo tanto bien que pude dejar de usar las gafas.

Comencé a experimentar con el mismo remedio, pero no produjo el mismo efecto curativo. Descubrí que tenía que reducir mi lectura a seis horas diarias y las gafas no me ayudaban en lo más mínimo, aunque el oculista insistía en que mis ojos estaban perfectamente sanos. Sencillamente, debo aceptar la visión borrosa como algo que acompaña a la vejez.

Al mismo tiempo, he sido atacado por una incapacidad peor. Durante este año, he perdido gran parte de mi memoria verbal. No puedo recordar los nombres por mucho esfuerzo que haga. Puedo recordar versos y frases, pero no quién los escribió. Esto duplica el trabajo de escritura. Aparentemente, la vida me está diciendo que mi tiempo de trabajo está casi completado. Lo peor de todo es que esto ha llegado en el momento en que la publicación de *Mi vida* me ha llevado de una relativa riqueza a la pobreza. Mis ingresos han ido disminuyendo hasta casi desaparecer.

Tal vez esté bien que «llegue la noche en la cual ningún hombre puede trabajar»[4].

Sin embargo, mantengo mi propósito de completar mi tarea cueste lo que cueste. El año pasado me llegó una ayuda inesperada gracias a la extraordinaria venta de los dos primeros volúmenes de *Mi vida* publicados en Alemania. Tal vez los otros tengan el mismo éxito. Y lo que me divierte es que la mayor publicidad provino del anuncio del proceso entablado por los británicos. De modo que los Joynson Hick sirven a propósitos mejores que los que sospechaban.

¿Quién puede decir dónde termina el bien que pueden hacer las influencias de la vida? Nos movemos en un mundo que no conocemos, pero siempre recuerdo unos versos malos que dicen:

En la vida de discordias y luchas
Hay dos cosas inamovibles:
La dulzura para con el problema de otro
Y el coraje en la propia[5].

Para un alma valerosa, la ayuda llega cuando menos se la espera.

Capítulo 1

No estoy satisfecho con lo que he escrito en *Mi vida*. Hubiera podido hacerlo mejor. Estoy obsesionado con el deseo de que cada uno de los capítulos de este volumen sea memorable a causa de una idea nueva.

Creo haberlo cumplido en el prólogo. Por lo que sé, jamás se ha hablado de la curiosa sexualidad de los japoneses. Y ahora estoy decidido a que este primer capítulo sea aún más digno.

El otro se refiere a 1900 y los años posteriores y enseguida se me hace evidente que con el nuevo siglo se anunciaba una nueva era. En 1890, Bismarck perdió el poder y nació una Europa nueva; en 1899 murió Gladstone; en enero, murió la reina Victoria después del reinado más largo de la historia de Inglaterra. Después terminó la guerra sudafricana y lord Salisbury renunció a su posición de primer ministro, retirándose con él sus principales seguidores, como Hicks Beach. En 1902 murió Cecil Rhodes, el último y tal vez el más grande de los constructores de imperios.

En 1900, murió Oscar Wilde en París y el Kaiser echó al olvido el tratado entre Rusia y Alemania. Pero lo que más me impresionó en esa época fue la incursión de Jameson, el extraordinaria telegrama de aliento enviado por el Kaiser a Krueger en 1896 y posteriormente la guerra sudafricana y la muerte de Cecil Rhodes, aunque en el orden de mi vida privada tuvieron profunda influencia mi venta de la «Saturday Review» y mi mudanza a Niza para dedicarme a escribir y en especial a terminar «The Man Shakespeare».

Ahora, en 1927, cuando tomo la pluma para escribir sobre el comienzo del siglo veinte, siento que tengo poco tiempo. He pasado ya los setenta años concedidos al hombre y, si es posible, debo apresurarme en hacer las cosas lo mejor que pueda.

En alguna parte, Huxley dice: «El núcleo de la lucha es: ¿has hecho tu trabajo, has dado todo lo que tenías para dar, has transmitido el mensaje que te fue confiado, tan perfectamente como

has podido hacerlo? Si es así, la muerte es simplemente el sello. El trabajo está allí y espera el juicio final».

Estoy de acuerdo con eso.

Lo primero que me impresionó en este siglo fue el vuelo del brasileño Alberto Santos-Dumont en un dirigible, en el año 1901. Después de numerosos intentos, resolvió el problema volando en círculo sobre París y rodeando la torre Eiffel.

En 1906 hizo el primer vuelo totalmente exitoso en un aeroplano con motor, en Bagatelle, en el Bois de Boulogne. Por supuesto, entre 1901 y 1906 oímos hablar de los experimentos y hazañas de los hermanos Wright, en América, pero nadie puede quitarle a Santos-Dumont el honor de haber sido el primero en volar en un aeroplano mecánico. Nos pareció una hazaña que levantaba el ánimo y era digna del siglo. Pero al mismo tiempo estábamos perturbados por la locura del emperador alemán. Su desdichado mensaje a Krueger en 1896 estaba todavía fresco en la memoria de todos y en 1898, en 1899 y oirá vez en 1905, los bien informados supimos que el insoportable estúpido estaba a punto de enviar ultimátums o amenazas de guerra a Londres, rehusándose a aceptar las ofertas inglesas de paz y amistad. En 1911, supimos de buena fuente que su ministro de asuntos exteriores estaba preparado para declarar la guerra a Francia.

La conquista del aire por un lado y estas presiones y amenazas criminales por el otro, fueron las principales características de los primeros años del nuevo siglo.

Pensando en todo eso, recordé un día una frase de Lincoln que me produjo una impresión extraordinaria. «A veces me parece —dijo— que la vida es un chiste obsceno». Esto me pareció una de las grandes cosas que se han dicho en el mundo. Me cautivó que Lincoln —alma piadosa si las hubo— hubiera llegado a esta altura de intuición y exposición. Para el espíritu devoto y afectuoso la vida, con su crueldad gratuita, debe parecer a menudo un chiste desdichado. Pero Lincoln hizo del final de su vida un gran himno de coraje y de amor. ¿Por qué no podría yo hacer en mis últimos años uno o dos versos meritorios?

Para el alma femenina, la vida debe parecer a menudo un chiste obsceno.

> Oh, no temas en este mundo

Y antes de mucho sabrás.
Sabrás hasta qué punto es sublime
Sufrir y ser fuerte.

Pero el espíritu del hombre debería transformar el chiste en una cruzada y hacer de la «obscenidad», que no es más que falta de comprensión, una consagración, una alegría sagrada.

Inicié estos [pensamientos] con la frase de Lincoln, porque para mí separa la primera mitad de mi vida, hasta alrededor de los cuarenta y cinco años, del resto. Hasta el comienzo de siglo yo había tratado de creer en Dios y en algún objetivo trascendente de la vida, tenía los mismos sueños optimistas que abrigaba Whitman, pero gradualmente fui aprendiendo, de Fabre y otros, que esas esperanzas eran inútiles. ¿Cómo puede imaginarse un alma o propósito en un mundo gobernado por leyes mecánicas en el que la crueldad es la regla y la belleza y el amor son meros accidentes? Un mundo en el que la bondad es rara y esporádica y el odio y la maldad son universales; un mundo en el cual podría asegurarse el bienestar de todos, pero en el cual, no obstante, la pobreza y la prostitución reinan. En una palabra, un mundo en el cual los pueblos más civilizados, que se autodenominan cristianos, libran una guerra diabólica durante cuatro años, sin ningún propósito y al costo de treinta millones de vidas. La estupidez y la malevolencia son los gobernantes gemelos del destino humano y no hay esperanza para el futuro como no sea en el alma del hombre, y aun allí ese alto propósito es caprichoso y a menudo distorsionado por las necesidades humanas.

Ocupado con esta aterradora comprensión, me dediqué al oficio de escribir. Estaba ganando dinero suficiente como para vivir con desahogo; el mundo estaba ante mí: podía viajar y estudiar y divertirme sin restricciones. Sin embargo, elegí deliberadamente dedicar todas mis energías a un trabajo del que no podía esperar dinero ni honores. Sabía que si daba lo mejor de mí, un trabajo de primera clase, encontraría pocos lectores. Cuanto mejor fuera el trabajo, menos serían. Sin embargo, estaba decidido a hacer todo lo que pudiera, pasara lo que pasase.

Antes de comienzos de siglo había vendido «The Saturday Review» a una compañía dirigida por lord Hardwicke, yéndome a Niza para escribir mi interpretación de Shakespeare. Tal vez no

relaté lo más íntimo: fue lo relacionado con Wagner y la manera en que era odiado en Munich lo que me dio la clave. Recuerdo que deseaba dar una cena en su honor en el Vierjahreszeiten Hotel, donde era bien recibido. Le expliqué al gerente lo que quería, pero me sorprendió diciendo:

—Seguramente, tomará usted una habitación privada.

—Habitación privada —repetí—. ¿Por qué?

Sonrió.

—Todo el mundo conoce la relación de Wagner con el joven rey. Todos saben que son amantes.

—Usted debe estar loco —exclamé—. ¡Cómo! ¿Un joven rey escoge a un hombre que lo dobla en edad?

—Bueno —dijo untuosamente—. Sólo puedo decir lo que cree todo el mundo, y sabemos que el rey está gastando estúpidamente nuestro dinero en ese viejo músico comunista.

—Usted debe estar loco —repetí.

Pero en todas partes encontré una antipatía por Wagner que no podía comprender. Cuando caminaba con él por la calle, las personas que conocía fingían no verme. Y el hecho de este desprecio universal no puede negarse, [porque] cuando el rey propuso construir para él un teatro en Munich, el pueblo manifestó una oposición tan enconada que hubo que abandonar el proyecto; y poco más tarde me enteré por el propio Wagner de que el rey le había dicho que no podía protegerlo ni siquiera en su propia capital, de modo que Wagner tuvo que abandonar Munich.

Fue esta extraña antipatía que se le tenía a este genio extraordinario lo que me hizo comprender una o dos cosas de la vida de Shakespeare que por lo general no se comprenden. Cuando hacia el fin de su vida vivía en Stratford como «hidalgo campesino retirado», según los comentaristas ingleses, se nos dice que su mejor amigo en la aldea era el usurero, una persona por supuesto *non grata* para la clase alta. Y cuando Shakespeare se iba a Londres a hacer alguna visita, nos informan que su hija acostumbraba a invitar a algún clérigo a que durmiese en la habitación de él. Estoy convencido de que era de alguna manera [un medio] para suavizar la mala reputación de su padre.

En aquellas épocas, un hombre que se ganaba la vida en el teatro era para la gran masa puritana algo apenas mejor que el

dueño de un burdel. Fue el odio que le manifestaban a Wagner lo que me hizo ver por primera vez lo que debe haber sufrido Shakespeare: nueve de cada diez hombres odian y vilipendian al genio. Y cuanto mayor sea el genio, peor será su destino. Sócrates tuvo una muerte indolora, pero Jesús fue crucificado. El más noble tuvo el peor destino.

No quise subrayar este hecho en mi libro sobre Shakespeare. Sabía que ya había lo bastante como para que no se me tuviera simpatía en Inglaterra y no quise empeorar mis posibilidades de ser escasamente leído. Pero ahora que las autoridades inglesas me han puesto definitivamente fuera de la ley, me siento libre para decir la verdad. Hacia el final de su vida, durante los años 1614 y 1615, a Shakespeare se lo menospreciaba en su aldea natal y las clases más altas lo esquivaban. Si, como le sucedió a Wagner, hubiera sido distinguido por el favor del monarca, le hubieran hecho una gran recepción en Stratford y hasta las Lucys hubieran olvidado su viejo resentimiento y le hubieran hecho honores. Pero hacia el final Shakespeare no tuvo respaldo en las clases privilegiadas: lord Pembroke, después de haberlo herido robándole a su amor, Mary Fitton, había transferido su protección a Ben Jonson, su rival. Poco puede sorprendernos, entonces, que Shakespeare, abandonado en la vejez, centrara su afecto en su hija más joven e inmortalizara su dulzura y su inocencia en tres obras: Perdita, la perdida; Marina, hallada al final, y Miranda, nacida para ser admirada. ¡Pobre Shakespeare! Fue idealista hasta el fin.

Yo decidí hacer un verdadero retrato de Shakespeare y terminar de una vez por todas con su tonta efigie entronizada como la del héroe inglés por generaciones de críticos y comentaristas que no hubieran podido comprenderlo aún si hubieran querido, porque en ellos mismos no existía la clave para descubrir su naturaleza.

Por lo tanto, me puse a trabajar de la manera exhaustiva en que me habían enseñado a hacerlo en las universidades alemanas. Una y otra vez volvía a leer lo que había escrito, para asegurarme de un rasgo de su carácter. El libro, tal como está, me costó casi diez años de trabajo. Lo inicié en 1898 y no lo terminé hasta 1907. En esos diez años hice otros muchos trabajos, cuentos y retratos, pero Shakespeare siempre figuraba en el primer plano de mis pensamientos.

Voy a dar un pequeño ejemplo. En la página 386, yo había escrito que «la pasión de Shakespeare por Mary Fitton duró unos doce años». Una noche, el profesor Tyrrell, de Dublín, un amigo querido que había venido a Londres a verme, insistió en discutir esto.

—Me pregunto de dónde sacó lo de esos «doce años» —dijo—, porque en los sonetos, el propio Shakespeare habla de su amor como si hubiera durado «tres años».

—Sí —contesté—, pero escribió ese soneto en el año 1600. Vio por primera vez a Mary Fitton en 1597, pero su pasión duró desde su retrato de ella como Rosalinda en *Romeo y Julieta* y después como la Rosalinda de *Trabajos de amor perdidos*, hasta el último retrato suyo que hizo en *Cleopatra*, publicado por primera vez alrededor de 1608, porque en ese año Mary Fitton se casó y marchó de Londres definitivamente y fue el mismo año en que Shakespeare también abandonó Londres y se retiró a Stratford. En Cleopatra habla de su «oscura gitana» con mayor osadía aun que en las dos Rosalindas o en la «dama morena» de los sonetos, aunque Plutarco sólo le había indicado que era una «bella griega».

—Qué bien lo conoce —exclamó Tyrrell—; hasta Dowden lo admite. ¡Pero doce años de pasión son muchos!

—Alrededor del 1600 —dije— la reina Isabel desterró a Mary Fitton. Ella regresó en 1605 y se quedó hasta 1608. En esos cinco años de su ausencia, Shakespeare escribió todas sus grandes tragedias.

Esa noche, cuando nos separamos, yo estaba seguro de que en uno u otro lugar Shakespeare había aludido a esos doce años de pasión, de modo que tomé sus últimas obras y en una hora encontré la alusión en *La tempestad*. Yo siempre me había representado a Ariel como «el espíritu moldeado por su imaginación», pero para mí Sycorax no era más que una bruja, y sin embargo encontré la frase, totalmente inesperada, según la cual Sycorax aprisionó a Ariel durante «una docena de años», porque Ariel era

> un espíritu demasiado delicado
> Como para obedecer sus órdenes terrenas y aborrecibles[6]

Es el alma de Shakespeare rebelándose contra el yugo de la pasión.

Es sólo un signo, de acuerdo, pero en *La tempestad* estos «doce años» reaparecen una y otra vez, doce años durante los cuales el bienamado espíritu de Shakespeare, Ariel, estuvo sujeto a las «órdenes terrenas» de la inmunda bruja, sin razón aparente.

A la mañana siguiente mostré el pasaje de Tyrrell y él estuvo de acuerdo conmigo en cuanto a su significación: el amor de Shakespeare duró entre 1597 y 1608.

Ya terminado mi libro sobre Shakespeare, descubrí que Arnold Bennett, utilizando un *nom de plume*, estaba elogiando mis trabajos anteriores. Fui a París y lo visité en Fontainebleau para darle las gracias.

—¿Por qué no escribe más? —me preguntó.

De modo que le hablé de mi libro sobre Shakespeare y de que nadie quería publicarlo. Quiso leerlo, de modo que le mandé una copia. Me contestó escribiendo que «a menos que los profesores puedan señalar errores que yo no veo, es el mejor trabajo que se haya hecho nunca sobre Shakespeare, y puedo conseguir que se publique en seguida».

Y lo hizo, Shaw elogió francamente el libro, Middleton Murray también y muchos otros, pero jamás saqué dinero de ese libro.

Muchos años antes, había descubierto Niza y pensaba que no sólo tenía el mejor clima de Europa, sino también que era un lugar encantador para vivir en él. Los mejores ingleses y americanos frecuentan Niza y también los escritores franceses van en invierno, los intelectuales del mundo. Los alrededores son sorprendentemente hermosos, de modo que decidí instalarme en Niza y continuar escribiendo. Lo hice y en los diez años siguientes escribí tres o cuatro libros de cuentos y varios de *Retratos*, disfrutando mientras tanto de una vida soleada y despreocupada, yendo a Londres a pasar algunos meses para editar «Vanity Fair»[7] y otras revistas, pero regresando siempre a mi amada Niza para pasar el invierno, que allí no me asustaba. Nunca tuve una bronquitis, mi antigua enfermedad, ni ninguna otra, y podía trabajar diez horas diarias sin sentir una fatiga anormal.

Algunos se preguntarán por qué dejaba Niza una y otra vez para hacer periodismo en Londres. En primer lugar, la vida placentera y fácil de Niza no me proporcionaba material para nuevos cuentos o retratos, como sí lo hacía la vida inquieta de Londres. Además, la

extraordinaria conducta del Kaiser me tenía sobre ascuas. Su carta a Krueger había cambiado los sentimientos de los ingleses hacia él, y sus actos posteriores tendieron a exasperar aún más a la nación más orgullosa de la tierra.

Desde la destitución de Bismarck en 1890 hasta la guerra mundial, en 1914, la principal figura de Europa fue el Kaiser Guillermo II. Ya he hablado de cómo lo conocí con Eduardo, el príncipe dé Gales, y lo sorprendido que quedé por su rudo autoritarismo.

Quien desee comprender la tragedia de la guerra mundial sólo tiene que leer el libro de Emil Ludwig llamado *Kaiser Wilhelm II*. No es una gran biografía, pero sí una acusación impresionante. Ludwig demuestra que el emperador creía realmente que podía transformarse en el protector de Krueger y del Transvaal aun a costa de una guerra con Inglaterra. No comprendía que no hubiera podido desembarcar ni un solo soldado alemán en el Transvaal contra la voluntad de los ingleses. Cuando comenzó a construir su flota de guerra con el objeto confesado de equipararse a los ingleses, no comprendió que éstos se verían obligados a mantener su supremacía en el mar y que, si dejaban algún cabo suelto, serían apoyados con toda seguridad por el enorme poder y riqueza de los Estados Unidos.

Durante años se movió con el apoyo de Rusia y la amistad personal del zar «Nicky», aunque Büllow lo convenció de que Rusia había hecho un pacto con Francia.

No hay en toda la historia ejemplo parecido de gobernante sin cerebro. Y, sin embargo, el Kaiser Guillermo tenía cierta inteligencia y encanto personal. Era un actor por naturaleza, ávido del aplauso popular. Pienso en la carta encantadora que le escribió a su abuela, la reina Victoria, cuando tenía cuarenta años:

> Qué increíble debe pareceros que el pequeño y quejumbroso muchachito que tan a menudo tuvisteis entre vuestros brazos, y a quien el querido abuelo levantaba por el aire con sus pañales, haya alcanzado ahora los cuarenta años, exactamente la mitad de vuestra vida próspera y exitosa… Sólo puedo esperar que no estéis disgustada con vuestro extravagante e impetuoso colega.

Y luego el desafío:

> Cuando en julio de 1908, Metternich declaró francamente que los ministros ingleses querían la paz y sólo deseaban una disminución recíproca del poder naval, el emperador 6e enfureció y escribió en el margen: «¡Una amenaza velada! ¡No admitiremos órdenes! ¡No admitiremos órdenes! ¡El embajador se ha excedido en sus instrucciones!». Y después: «Debe quedarle claro que un arreglo con Inglaterra a expensas de la flota no coincide con mi deseo. Es un ejemplo de desvergüenza increíble, un insulto mortal al pueblo alemán y a su emperador y es preciso desaprobarlo de manera imperiosa y definitiva… Se cumplirá la Ley hasta el final; si a Gran Bretaña le gusta o no, es cosa que no tiene nada que ver con nosotros. Si quieren la guerra, que la inicien ellos. ¡No tenemos miedo!… ¡Debo rogar que a partir de ahora el embajador no tome en cuenta ninguna de estas insinuaciones!».

«De este modo el Emperador, habiéndose ganado el Reichstag de modo que fueran los perros los que tenían que pagar», asumió la actitud del Todopoderoso.

Los que hayan leído este libro de Ludwig sobre el Kaiser tendrán que admitir que Guillermo fue la causa principal de la guerra mundial.

Hay un hecho curioso que deseo mencionar aquí. Ludwig habla del crecimiento de la vanidad del emperador de manera maravillosa. Ya tempranamente Ballin escribió sobre Büllow: «Büllow está arruinando de la peor manera al emperador. Con su perpetua adulación está haciendo que se sobrestime más allá de lo razonable».

Y la marea de adulación creció enormemente. En 1912, Lamprecht, el gran historiador alemán, escribió sobre el Kaiser: «Es una personalidad de potencia primitiva, de autoridad irresistible, para quien… el entero dominio de la emoción y de la experiencia se renueva permanentemente, como sucede con el alma de un artista creativo… Confianza en sí mismo y tenacidad siempre dirigidos a los objetivos más elevados: estos son los rasgos distintivos de la personalidad Imperial».

Y el Kaiser mamaba todo esto como si se tratara del Evangelio. Escribió: «Mis súbditos siempre harán lo que les diga, pero pensarán por sí mismos y en esto radica el problema».

Una y otra vez, Ludwig da pruebas de la cobardía del Kaiser. La llama «poltronería», pero lo peor de todo era su inestabilidad y su

curiosa creencia en los derechos divinos del monarca. Leyendo esta larga exposición, parece como si tuviera que ser especialmente designado un Rey por el Ser Supremo con el objeto de asegurar la derrota de Alemania en la guerra mundial.

El Kaiser formó la marina que le valió la enemistad de Inglaterra, [pero] cuando Tirpitz quiso, en diciembre de 1914, utilizarla para bloquear a Inglaterra, el Kaiser no lo permitió pese a que el almirante inglés, sir Percy Scott, admitió después que si la flota alemana se hubiera usado como quería Tirpitz «Inglaterra se hubiera visto obligada a negociar la paz en un mes, para evitar el hambre».

El Kaiser no sólo provocó la guerra, sino que se cuidó de librarla de modo de perderla. La guerra también había cambiado la posición de Inglaterra: su insularidad ya no era una protección y aunque no parecía comprenderlo, había cedido su lugar a los Estados Unidos como potencia mundial y como potencia comercial. Y sin embargo este fue el país que, gracias a sir Austin Chamberlain, se negó en 1927 a disminuir el número de destructores, incitando así al gobierno norteamericano a acrecentar la marina de los Estados Unidos, como si existiera el temor de una guerra inmediata.

Por supuesto, la reforma primordial y más necesaria de nuestra época es prescindir totalmente del armamento, porque es el armamento el que provoca las guerras. Los Estados Unidos, confiados en su fuerza única y en su posición inatacable, hubieran debido ser los primeros en iniciar esta nueva política, pero sus políticos son simples niños. También Inglaterra hubiera debido asumir ese deber, pero en lugar de hacerlo gasta en armamentos, hoy, más de lo que gastó antes de la guerra mundial, y así prosigue esta competición vil y demencial. Si nos secáramos de encima los armamentos, también podríamos poner fin a la pobreza. El coste de la guerra mundial fue más que el suficiente para abolir la pobreza en Europa durante cien años.

En menos de un siglo la duración media de la vida humana ha aumentado en más de diez años y en este momento la perfecta salud es tan habitual a los cincuenta años como antes lo era a los treinta. Día a día, la vida se hace más bella y atractiva. Aquí y allá han aparecido videntes o profetas que prueban que los males gemelos de nuestra civilización, la pobreza y la prostitución,

podrían eliminarse fácilmente, haciendo de la vida un paraíso. ¡Imagínenlo! Ya es posible para uno sentarse en su habitación en París o Londres o Nueva York y escuchar una ópera que está siendo representada en cualquier capital, y pronto no sólo oiremos las voces sino que veremos a los cantantes. Hemos eliminado la distancia, dándonos ojos y oídos para gozar de las mejores cosas del mundo.

Se me ha pedido que exprese mis puntos de vista sobre la religión. Un amigo me pregunta: «¿Puede usted o cualquier hombre sano creer en Dios o en la Providencia?».

En vista del dolor y el sufrimiento casi universales, con la perspectiva de la extinción final, me parece imposible creer en la sacralidad de ningún Dios. De hecho, estamos comenzando a entender por «Dios» una fuerza vital que se manifiesta en los mejores hombres como una más alta consciencia. Si por «Providencia» nos referimos a la firme convicción de que hay a través de los tiempos un orden sin fractura que ha reinado en el universo, creo en eso; pero para mí, esto no descarta totalmente el azar. Para mí, la Providencia es una versión antropomórfica de la fe en la evolución. Creo que es verdad que es difícil encontrar un propósito moral en la naturaleza, *eso* es un producto de la inteligencia del hombre y le hace un gran honor. Pero también ha evolucionado según la ley.

La esperanza del mundo está en la evolución creativa, ¿pero cuándo comenzarán las grandes personalidades a actuar en concierto y desempeñar el papel de dioses, desarrollando el Reino del Hombre? ¿Cuándo comenzaremos a remodelar deliberadamente la vida? ¿Quién será el líder generoso de la Tierra Prometida? La era está madura como para un nuevo comienzo. Cuando hayamos puesto fin a la guerra y a la pobreza, el próximo paso deberá ser la abolición de las prisiones y la fundación, en su lugar, de hospitales con médicos y enfermeras como únicos carceleros. Porque el robo y el asesinato, y de hecho todo el comportamiento criminal, provienen de mentalidades enfermas y deberían tratarse como una enfermedad, con amorosa paciencia.

Capítulo 2

Era mi intención dedicar este capítulo a un exhaustivo «Retrato» de Cecil Rhodes como contraste en sabiduría política con la estupidez casi única del kaiser alemán. Pero, pensándolo bien, no es necesario. Creo que bastará con destacar uno o dos puntos, contrastando así los métodos y pensamientos de un constructor de imperios y el proceder de un destructor de imperios.

Ya en 1887, en la Conferencia Colonial en Londres, Rhodes había esbozado la verdadera política colonial de Inglaterra para el futuro. No había esnobismo en él y comprendió que él despotismo de la clase aristocrática no estaba en consonancia con las ideas modernas. Una vez me dijo que si los gobernantes ingleses hubieran tenido algo de cerebro, la sede del gobierno hubiera estado cinco años en Washington y cinco años en Londres, alternativamente. Para él la «Constitución británica» era un anacronismo absurdo que debía remodelarse siguiendo las directrices de la Unión Americana, con colonias de autogobierno federal como estados constituyentes.

Rhodes tenía muchos defectos, pero había en él grandeza y en lo fundamental parecía inclinarse siempre hacia lo correcto. Cometió errores terribles: no podía creer que Krueger lucharía y en este caso pecó contra lo evidente porque era el único hombre importante en Sudáfrica que mantenía esta opinión. También creía que los ingleses derrotarían fácilmente a los bóers y se equivocó una vez más. Pero era el mayor exponente del verdadero imperialismo.

A comienzos de siglo, cuando la guerra estaba prácticamente terminada, habló en un mitin de la Liga Sudafricana en Ciudad del Cabo y sus palabras merecen recordarse.

> Los holandeses no están derrotados; lo que está derrotado es el kruegerismo, un gobierno malevolente y corrupto, no más holandés que inglés en su esencia. ¡No! Hoy, los holandeses son tan vigorosos e independientes como lo han sido siempre. El país sigue siendo de ellos en la misma medida en que lo es vuestro, y tendréis que vivir y trabajar con ellos de la misma manera en que lo habéis hecho en el

pasado. Recordad, cuando volváis a vuestros hogares en las ciudades o en las granjas y pueblos del país, que no debe haber palabras jactanciosas ni ninguna vulgar sensación de triunfo sobre vuestros vecinos holandeses. Hacedles sentir que el resentimiento es cosa del pasado y que la necesidad de cooperación es más grande que nunca. Enseñad a vuestros hijos a recordar, cuando vayan a la escuela del pueblo, que los niños y niñas holandeses que están sentados en los mismos bancos son tan parte de la nación sudafricana como ellos y que, en la medida en que ahora aprenden las mismas lecciones, tendrán que trabajar después como camaradas para conseguir un objetivo común: el bien de Sudáfrica.

Durante los tres o cuatro años de la guerra había cambiado físicamente de una manera impresionante. Estaba abotargado, hinchado, pero mantenía sus altos propósitos. Había hecho su primer testamento a los 24 años. En su testamento definitivo, redactado en 1899, hacía pública su resolución de crear un gran programa educativo a aplicar en todos los lugares de habla inglesa del mundo. Dio becas a jóvenes americanos, alemanes, etcétera, para que pudieran estudiar en Oxford.

Todavía no es tiempo de juzgar el resultado de estas «becas Rhodes», pero es evidente que han hecho bien.

Por extraño que parezca, basó sus ideas sobre la educación en las exigencias del All Souls College de Oxford, donde hablan de *bene natus, bene vestitus et mediocriter doctus*. Rhodes no sabía suficiente latín como para escribir correctamente la frase; escribió: «*moderate doctus*».

Nadie sabía mucho de su vida privada. Una vez tuvo un secretario que me contó historias sobre sus tendencias eróticas, dignas de Oscar Wilde, pero nunca terminé de creérmelas. Rhodes siempre me pareció carente de virilidad. Las ideas políticas despertaban su interés, mientras que los cuentos eróticos realmente buenos lo dejaban indiferente. Y en Ciudad del Cabo, donde era bien conocido, jamás intentaron siquiera abordar el tema de su reputación a este respecto.

El final de su vida fue trágico. Durante años, había bebido mucho y comido mucho y el corazón empezó a fallarle. La princesa Radziwill, que había estado en conexión con él de alguna manera, había falsificado su firma en algunas letras de cambio. Se vio obligado a ir a Ciudad del Cabo para defenderse. Declaró

prácticamente en su lecho de muerte, pero su último hogar fue elegido cuidadosamente por el doctor Jameson, que lo llevó a un pequeño chalet en Muizesberg, junto a la playa, donde podía contemplar el gran océano y aspirar las brisas frescas. Pusieron sobre su cama una especie de cable del cual acostumbraba a cogerse cuando su corazón aleteaba y la respiración se hacía dificultosa. Todos sus viejos amigos le escribieron afectuosamente. Hofmeyr fue el primero en enviarle un mensaje de reconciliación y diariamente llegaban cables de sus amigos de Londres.

Moribundo, Rhodes alcanzó su verdadera estatura.

—Todas las cosas del mundo son demasiado breves —dijo un día —. La vida, la fama, los triunfos, todo es demasiado breve.

Y el 26 de marzo de 1902, momentos antes de morir, se le escuchó decir: «He hecho tan poco; queda tanto que hacer», lo que podría muy bien ser su epitafio.

Siento que debo decir algo sobre el mayor rival de Rhodes, Paul Krueger, presidente del Transvaal, aunque como estadista no estaba a su altura. Se decía que en su juventud había sido el mejor atleta del país. Tenía exactamente seis pies de altura y, según se decía, era un corredor extraordinario, además de poseer una fuerza prodigiosa.

Fue sir James Sivewright quien me dijo una vez que en una ocasión Krueger corrió una carrera contra la flor y nata de los bravos de Kaffir. Había grandes premios en buen ganado. Fue una larga carrera de un día a campo traviesa, más allá de ciertos mojones conocidos, uno de los cuales era la casa de su padre. El joven Krueger pronto dejó atrás a sus perseguidores y cuando llegó a la casa de su padre estaba tan adelantado, que entró y se tomó un café. Sin embargo, su padre estaba tan enojado con él por correr a campo traviesa sin llevar su rifle, que estuvo a punto de darle una azotaina. Y cuando el joven salió dispuesto a terminar la carrera, lo obligó a llevar un fusil liviano.

Detrás del veloz Krueger, iban los valientes Kaffir, esforzándose todo lo que podían. A medida que sus músculos se debilitaban, iban abandonando impedimenta. El camino quedó atestado de escudos, lanzas, palos y hasta las ajorcas que llevaban en las piernas y los brazos. Pero a pesar de todo, Paul Krueger seguía estando muy adelantado.

Su velocidad era tan extraordinaria que se decía que podía ganarle a un caballo, y creo que un día lo hizo, pero con el tiempo comenzó a actuar el poder del mito y pronto esa jornada se trocó en media milla y se decía comúnmente que Krueger corría más rápido que el galope de un caballo durante media milla, lo cual, por supuesto, es totalmente imposible. Aunque creo que en doce horas sí superó a un caballo.

También me contaron otra historia igualmente extraña. Krueger había estado cazando búfalos y su caballo lo había conducido cerca de su víctima. De pronto, la inmensa bestia metió la pata en un agujero y cayó de cabeza en una ciénaga. Un instante después, Krueger estaba encima, caballo, jinete y búfalo rodando en el mismo terreno blando. Krueger fue el primero en reaccionar. Saltó a la cabeza del búfalo, le cogió los cuernos y, mientras la bestia yacía de costado, la obligó a doblar el cuello hasta hacerle meter las narices bajo el agua; y así, después de una lucha, Krueger mató al búfalo, ahogándolo sólo con su fuerza. Ya había oído esta historia en Ciudad del Cabo, pero me había negado a creerla hasta que me fue corroborada por el propio presidente en una de nuestras conversaciones.

Fue el mismo Sivewright, ministro de trabajos públicos en Colonia del Cabo, quien me dijo que una vez fue a ver a Krueger con cierto duque inglés, que no era en absoluto vanidoso pero sí algo torpe en cuestiones de diplomacia. La conversación, tal como la recuerdo, se desarrolló de la siguiente manera. Por supuesto, se llevó a cabo mediante intérprete.

Duque: Dígale al presidente que soy el Duque… y he venido a presentarle mis respetos.

Krueger dejó escapar un gruñido que significaba «bienvenido».

Duque, después de una larga pausa: Dígale que soy miembro del Parlamento inglés.

Krueger lanzó otro gruñido, chupando su pipa.

El Duque, después de una pausa aún más larga: Y… puede decirle que soy… ehh… miembro de la cámara de los lores… un lord, sabe.

Krueger volvió a aspirar el humo y asintió con otro gruñido. Después, volviéndose, dijo ásperamente.

—Dígale al inglés que yo era vaquero.

En Krueger no había esnobismo, pero sí gran obstinación, y era combativo como un bull-terrier. Yo le dije que haría bien en rendirse a Chamberlain y dejar a los ingleses el orgullo de una victoria de palabra.

—Si no —le dije—, puede estar seguro de que habrá guerra y eso no ayudará a nadie.

—Es posible que tenga razón —dijo Krueger—, pero el resultado está en manos de Dios. Yo sólo puedo hacer lo que me parece justo y el asunto no es tan seguro como usted piensa. Nosotros, los bóers, somos huesos duros de roer.

Después envió a buscarme diciendo que yo era el único inglés que había conocido que le había dicho la verdad. A Chamberlain le hubiera resultado fácil manejar a Krueger, así como a Krueger le hubiera sido fácil aplacar a Chamberlain, pero ¡ay!, prefirieron pelear, y no puedo dejar de admitir que el más equivocado era Chamberlain. La conciencia del poder conduce habitualmente a un comportamiento provocativo. La lucha le costó la vida al pobre Krueger.

Unos meses después que Rhodes, en ese mismo año de 1902, murió en París un gran hombre: Emile Zola. Una mañana los encontraron a él y a su esposa asfixiados en su cama: un simple accidente que puso fin a una vida muy laboriosa, valiente y noble. Conocía a Zola bastante bien, [pero] no tan íntimamente como a Rhodes. Pero era mucho más claro y vivía normalmente en un nivel de pensamiento más elevado que el del estadista sudafricano. Por ejemplo, recuerdo que una vez dijo: « *de génie jamais*
L'homme
n'a
d'esprit
», lo que tal vez sea una generalización excesiva, pero ciertamente manifiesta una verdad que ni siquiera las personas inteligentes tienen presente siempre. Su verdadera explicación se encuentra en una frase de Lincoln: «El ingenio se ríe *de* todo; el humor se ríe *con* todo».

Recuerdo que una vez le pregunté a Zola por sus comienzos. Me contó cómo había trabajado para conseguir su licenciatura en Artes, pasando decenas de horas estudiando latín y griego y presentándose al examen con ciertas esperanzas, ¡sólo para descubrirse rechazado

por su debilidad en lengua francesa! Zola inició su carrera literaria escribiendo poesía, pero no tuvo éxito; después, intentó los cuentos, con *Contes à Ninon*, creo, pero no vendió nada. Aun después de haber hecho el borrador de la serie *Rougon-Macquart*, le dijo a un amigo: «Nunca seremos populares».

Dijo esto a los treinta años; antes, de los cuarenta era un *best-seller*, no sólo en Francia sino en todo el mundo.

Cuando Zola visitó Londres por primera vez, salí con él una o dos veces, prácticamente después de su primer paseo, comenzó a elogiar la ciudad.

—Una ciudad maravillosa, la capital más adorable del mundo, porque es la más tranquila.

Tuve que reconocer la verdad de su observación, pese a que nunca lo había oído decir antes. Pero piénsese en ello y se admitirá la profunda aunque obvia verdad de que Londres no sólo es peculiar por las nieblas y la lluvia, sino también por su extraña quietud.

Zola tenía una hermosa inteligencia. Incluso en París fue condenado por su lenguaje libre y su obsesión con los asuntos sexuales, pero aquellos que lo señalaron parecen haber olvidado sus trabajos tempranos como *La rêve* y *La faute de Mouret l'Abbé*, en los cuales se mostraba como un escritor puramente poético, un idealista y no un realista. Pero sus libros llamados realistas, como *Nana, L'assommoir* y *La terre* también serían fáciles de defender: deseaba dar la verdadera imagen de lo que veía y lo ha hecho. Su defecto es que no nos ha dado un, retrato de reformador o de un líder de hombres, pero su trabajo era bueno y estaba bien hecho.

Los errores de juicio siempre me han espantado. Un amigo acaba de recordarme que Matthew Arnold, el mejor crítico inglés, escribiendo sobre Wordsworth poco antes de morir, declaró que muy probablemente Byron y Wordsworth terminarían por ser considerados como los maestros de la poesía inglesa. No Keats o Shelley, sino Byron y Wordsworth; Byron, quien, según yo acostumbraba a decir, no ha escrito un solo verso en su vida, y Wordsworth, que no podría precisamente conducir a Byron al Sanctasanctórum. Estos graves errores de juicio no sólo son posibles

en Inglaterra y América; en todos los países se observan este tipo de malas evaluaciones, debidas en su mayor parte a peculiaridades nacionales.

El otro día leí la afirmación de un ruso de talento según la cual «Tolstoy fue por supuesto el más grande de los escritores rusos, pero Dostoievsky era el más específicamente ruso y siempre sería el más estimado». No dice nada de Turgueniev, que fue el más grande de todos los rusos y el único maestro entre ellos. Yo preferiría haber escritor *Padres e hijos* que toda la obra de Dostoievsky.

A mediados de la década del ochenta conocí a en Londres a Andrew Lang y simpaticé con él. Escocés, había obtenido grandes honores en Oxford y tenía todo a su favor: era más bien alto, apuesto y de palabra agradable y franca. Además, era un buen escritor y sus colaboraciones eran muy leídas. Finalmente, llegó a ser miembro de la *Royal Academy*. Cuando me nombraron director de la «Fortnightly Review», invité a Land a almorzar y tuvimos una larga charla. Me rogó que agregara de inmediato dos hombres a mi grupo de colaboradores: Robert Louis Stevenson, a quien llamó «un hombre indudablemente genial» y Rider Haggard, «el mejor novelista de Inglaterra». Yo estaba pasmado, pero como insistió le dije que me interesaba más una palabra de Swinburne sobre poesía que todo lo que
R. L. S.
podía escribir en un mes. Y en cuanto a Rider Haggard, bueno, según las palabras de un satírico posterior, me alegraría

> Cuando los Rudyards dejaran de manar de Kipling
> y los Haggard no cabalgaran[8] más[9].

Siempre que estoy cansado de la vida y las ideas ordinarias, me vuelvo o trato de volverme al encanto de la poesía o a la prosa de elevado pensamiento. Ahora, de pronto, me vienen a la memoria algunos versos que me gustan infinitamente, aunque por más que hago no puedo recordar quién los escribió o de dónde vienen:

> Y yo, que con ojos expectantes
> He viajado sobre la espuma iluminada por las estrellas,
> Veo en mis sueños levantarse un Sol nuevo
> Para conquistar cielos inalcanzados
> Y llevar a casa al soñador[10].

Esos «cielos inalcanzados» son una obra maestra y por supuesto el poeta era mi querido amigo Richard Middleton.

En mi primer volumen de *Retratos*, he escrito sobre él y Davidson y he culpado al gobierno y al pueblo inglés de dejar que esos hombres se murieran de hambre mientras ennoblecían a mediocres y millonarios y gastaban mil millones de libras en la estúpida guerra sudafricana. Poco después, recibí un par de cartas anónimas en las que me preguntaban por qué no hacía yo algo por esos poetas cuyo valor para la humanidad parecía apreciar tanto. Agradezco a mis estrellas ser capaz de recoger ese guante. Permítaseme primero ocuparme del caso de Davidson, ya que desde el punto de vista cronológico fue el primero. Yo había descubierto lo desesperado de su situación y le había ofrecido dinero, que aceptó con dificultad, debido a su orgullo. Preocupado con este asunto, fui al Savoy a almorzar y apenas acababa de acomodarme cuando entraron el señor Asquith y un amigo y se sentaron a una mesa que se encontraba a unas quince yardas de la mía. «Esa es mi oportunidad —pensé—, ¿por qué no podría Asquith darle una pensión a Davidson, para ayudarlo realmente?». Media hora después, su amigo salió, dejando a Asquith solo.

De inmediato, me armé de coraje, me acerqué y le hablé.

—Tengo una extraña solicitud que hacerle —dije—. Hay en Londres un verdadero poeta que está medio muerto de hambre y pienso que debería ponerlo en la lista de pensiones. Es demasiado orgulloso para aceptar dinero de mí, pero usted podría enorgullecerlo aún más mediante su ayuda. Tiene hijos y merece que lo ayuden. Se llama John Davidson.

—Jamás he oído hablar de él —dijo el señor Asquith.

—Permítame citarle uno o dos versos suyos —exclamé, y de inmediato recité los siguientes versos:

Mis pies pesan ahora, pero sigo adelante,
La cabeza levantada bajo los años trágicos.
El camino es empinado, pero lo acepto así;
Y polvoriento, pero asiento el polvo con lágrimas,
Aunque nadie me vea llorar. Trepo solo
El sendero accidentado que me saca del tiempo,
Del tiempo y de todo,
Cantando sin embargo con sol y con lluvia.

«Talón y punta del amanecer al atardecer,
Alrededor del mundo y de regreso a casa».

—Hermoso, realmente —exclamó el señor Asquith con inmediata apreciación—, hermoso e inspirador.

—Ha hecho grandes cosas —dije—, cosas que con seguridad pasarán a formar parte de la literatura inglesa. Y cité otra estrofa:

Adiós a la burlona esperanza, adiós, desesperación
Que iba delante y me marcaba, el camino.
La tierra está llena de tumbas y la mía estaba allí
Antes de que empezara mi vida; mi lugar de descanso.
Y yo lo buscaré y con los muertos
Yaceré para siempre, todas mis palabras dichas,
Todos los actos hechos y cantadas las canciones,
Mientras otros cantan con sol y con lluvia
«¡Talón y punta del amanecer al atardecer,
Alrededor del mundo y de regreso a casa!»[11].

—Deme su nombre y dirección —dijo el señor Asquith—, y veré qué puedo hacer.

Naturalmente, ese mismo día le envié al primer ministro un breve relato de la vida de Davidson y un ejemplar de sus poemas en el que había marcado los mejores.

Poco después, el nombre de Davidson apareció en la lista de pensionados con cien libras al año.

Menciono esto sobre todo para hacerle honor al señor Asquith. Es por ignorancia que no se recompensa a la mejor gente de Inglaterra. Nadie hubiera podido ser más rápido que el señor Asquith en la apreciación del genio poético ni tampoco más ansioso de recompensarlo.

Pero la ayuda llegó tarde y era insuficiente para salvar a Davidson. Imagínense. Gran Bretaña asigna anualmente mil doscientas libras para ayudar a poetas y artistas y sus familias. Doce mil al año o ciento veinte mil no serían demasiado pagar para sacar al genio de la miseria actual.

He contado la historia de Davidson porque cuando se suicidó poco después, su desesperación me puso en guardia. Y cuando uno o dos años después comprendí la difícil situación de Middleton y su curioso fatalismo, decidí salvarlo de un destino parecido. Le di

trabajo en «Vanity Fair» y además le pagué con largueza sus colaboraciones, fueran en prosa o en verso, pese a que él siempre intentó hacerme creer que su familia tenía una posición desahogada y que no necesitaba dinero. Pero yo tenía veinte o veinticinco años más que Middleton y por lo general los hombres son completamente francos sólo con su generación. Middleton no me habló de su enfermedad —probablemente le avergonzaba hablar a un hombre mayor de lo que era el resultado de una locura juvenil—, pero sí me confesó una vez que deseaba abandonar Inglaterra y hacer un serio trabajo poético. En seguida le dije que tenía una casita en Niza a la que podía ir a pasar el invierno, en medio de un paisaje perfecto.

—Siempre luce el sol —le dije—, y la montaña y el mar tienen una rara belleza. No le costaría nada. Vaya y trabaje lo mejor que pueda y todos nos sentiremos orgullosos de los resultados.

Me lo agradeció cálidamente y dijo que lo pensaría. Pocos días después, cuando volví a hacer el elogio de Niza, me confesó que no tenía dinero para el viaje. Le di veinte libras y le rogué que se fuera en seguida, diciéndole que ya había escrito a los sirvientes para que se cuidaran de él.

Un par de días más tarde, se fue a Bruselas y me dejó una nota a lápiz diciendo que en Bruselas había una muchacha a la que deseaba volver a ver y que esperaba que no lo culparía por preferir Bruselas y la belleza a Niza. Le contesté diciéndole que mi deseo había sido el de complacerlo, no el de obligarlo, y que esperaba que si había algo que yo pudiera hacer por él en Bruselas me lo haría saber. Un mes después, su hermana y su amigo Savage vinieron a decirme que Middleton se había suicidado en Bruselas.

Es difícil salvar a estos poetas, pero en estos dos casos no puedo culparme. Por lo menos en lo que se refiere a Middleton, había hecho todo lo posible.

La época en que vivimos es particularmente inadecuada para el genio, siendo a un tiempo materialista y escéptica, y la fricción entre la fina piel y ese rudo «mundo cruel» es muy penosa en la juventud. Davidson hubiera tenido que soportarla. Tenía alrededor de cincuenta años y todavía muchas cosas que decirnos, sin necesidades abrumadoras que lo distrajeran. Una vez, cuando le hablé en este sentido, me dijo que no había esperanza de nada *nuevo*, nada que inspirara al alma y al cuerpo.

—He vivido —agregó melancólicamente—, y es todo cuanto puede decirse.

Es una pobre filosofía, ¿pero quién puede reemplazar al arroyuelo de la vida que se ha secado? Pero Middleton no tenía ni treinta años, no había dado lo mejor de sí, y sin embargo él también se retiró del juego de la vida, diciendo «Tú no despreciarás a un espíritu quebrantado y contrito».

Cuando volví a leer su poesía lo comprendí mejor:

Así que este es el final y pido olvido
Ahora que he gastado mi pequeña reserva de horas.
Y mi corazón se ríe del castigo.
Querido Dios, ¿qué importa un poeta más o menos[12]?

Pero, ay, cómo desearía que hubiera recordado una disposición de ánimo anterior:

Somos más ricos que los reyes
O que cualquier hombre que haya,
Cuando en la eternidad
Golpeamos con alas oscuras[13].

La muerte de Middleton, que se produjo tan pronto después de la de Davidson, me entristeció profundamente y aún ahora, cuando pienso en estos espíritus dotados que enriquecieron mi vida, mis ojos se llenan de lágrimas. Sin embargo, hay algún consuelo al que otro poeta ha dado voz:

Si no tuvo
Los honores del mundo, sus aplausos y el salario
De los diestros lacayos del mundo, sin embargo sus labios fueron besados
Diariamente por los altos ángeles que calman
La sed de los poetas —porque había nacido
En el canto—, y una carga pesaba
Poderosamente en él, y gemía porque
No podía expresar verazmente en el día
Lo que Dios le enseñaba de noche. A veces, inesperado,
Caían sobre él el poder y brillantes lenguas de fuego
Y lo alcanzaban las bendiciones de pobres almas angustiadas;
Y bendiciones de negros agujeros de vergüenza
Y el amor de los niños y la plegaria de los viejos

Y una Gran Mano que lo guiaba imperceptiblemente.
Así que murió rico. Y si sus ojos estaban empañados
Por grandes brumas… ¡silencio!, está en su tumba.
Mucho sufrió; mucho, también, erró;
Y sin embargo destrozó su corazón tratando de ser bravo.
Y no esperó a que la Libertad se hubiera transformado
En popular consigna en labios del cortesano.
Y se batió por ella cuando el propio Dios parecía mudo
Y sus combados cielos estaban en eclipse.

Dowson hasta 1900 y Davidson y Middleton durante los diez años siguientes, fueron los compañeros de mi espíritu. Apenas sé por qué, pero Dowson siempre estuvo más cerca de mí que el propio Davidson. Ciertas cadencias suyas vivían en mí con tanta intimidad como cualquier poesía inglesa. Supongo que entre nosotros debe haber habido un cierto parentesco de almas, y sin embargo éramos totalmente opuestos en muchísimos sentidos. Él no resistía la bebida o las seducciones de la pasión. Yo sí, y de hecho desdeñé a ambas durante años, en pos de una perfeccionada masculinidad. Y no obstante, cómo me atraían sus palabras, no sólo las mejores sino también algunas de las más despreocupadas:

Demasiado cansado como para burlarme o llorar
El mundo que he perdido.
Amor, déjame dormir en tu cielo
Una o dos horas, antes de acudir
A mi infalible cita[14].

Amor y deseo y nada más, ¿pero acaso hay cosas mejores en la vida?

Capítulo 3

A comienzos del siglo, cuando tenía unos 45 años, decidí volver a dar la vuelta al mundo, como había hecho veinte y tantos años antes, y estudiar aquellos países como la India, China y el Japón, que antes me había limitado a recorrer. Para esa época había llegado a tener un conocimiento bastante exacto de mi propia naturaleza y había conseguido dominarla, si bien no conocía a nadie más prudente o más bondadoso que yo. Comprendía con claridad que me gustaban más de lo debido los cuerpos de las niñas entre doce y dieciséis años. Me atraían intensamente las formas infantiles, antes de que predominaran en ellas las características sexuales.

Una noche, en Londres, un amigo me aconsejó que visitara la India, asegurándome de que esta peculiaridad mía era allí dominante, que con frecuencia las niñas se casaban antes de la pubertad; mejor dicho, que las niñas de diez años tenían con frecuencia niños y eran madres antes incluso de ser mujeres. En consecuencia, me puse en camino hacia la India, decidido a ver todo lo que hubiera que ver y a permitirme todas las tentaciones irresistibles.

Atravesando el Mar Rojo en septiembre, el calor era aterrador; las mujeres del barco elegían en su mayoría para dormir las sillas de cubierta y sus ropas eran cada vez más ligeras. Yo había trabado conocimiento con una tal señora y su hija de quince años, que iban a reunirse con su padre y marido, un funcionario civil, en Bombay. La señora Wilson era bonita, informada, y le entusiasmaban mis obras. La niña, Winnie, era mucho más bella, con un cuerpo apenas formado y adorables ojos oscuros. Me parecía una belleza casi perfecta, con sus contornos infantiles y su rostro arrebatador. ¿Cómo ganármela? Naturalmente, empecé por prestarle atención y dedicarle cumplidos diversos en todo momento. Descubrí que amaba la música, de modo que le hablaba de Wagner y de Liszt la mitad del tiempo que pasábamos juntos, y un día aventuré la tesis

de que una belleza perfecta como la suya debía ser el signo exterior y visible de un alma perfecta.

—Debe vivir de acuerdo con ella —dije— y en diez años será famosa. Hará que la adoren todos los hombres, no sólo uno. Todos anhelamos la perfección y por desdicha nunca la encontramos… es la pasión del alma.

Pronto nos hicimos amigos y recuerdo que un día la señora Wilson me llamó la atención.

—Está usted enloqueciendo a Winnie —dijo— y me parece que no es justo.

—Le prometo que no le haré ningún daño —dije—. Sólo le digo que debe modelar su espíritu con tanta perfección como su rostro.

—Es bonita, ¿no es cierto? —dijo la madre—. Y ahora está más dulce que nunca.

Estuvimos de acuerdo en que era una criatura encantadora. Y todo el tiempo trataba de imaginar cómo conseguirla. La suerte me favoreció dos veces.

Nuestros camarotes estaban en la misma planta y una vez escuché quejarse a Winnie de que tenía que esperar el baño. Llamé al camarero, le di una buena propina y le pedí que apresurara a la camarera y le dijera que me avisara cuando el baño estuviera preparado. Un cuarto de hora después, la camarera me dijo que «el baño de la señorita estaba listo». Le di una buena propina y le pedí que tuviera toallas calientes preparadas para cuando la niña saliera del baño; lo prometió a toda velocidad, demostrando con ello que las propinas en monedas de oro eran escasas. Yo fui hasta la puerta de Winnie, golpeé y le dije que su baño estaba listo, cambiando la voz. Después regresé a toda prisa a mi habitación.

Cinco minutos después vino a verme la camarera.

—Si quiere usted verla —susurró—, puedo mostrársela.

—¿De veras? —exclamé—. Nada me gustaría más —y la seguí al cuarto de baño contiguo, donde había un agujero en la madera que permitía una vista completa del baño y la bonita bañista.

—Entre —susurré a la camarera después de recrearme un rato con la visión—, entre y ayúdela a secarse y muéstreme todas sus bellezas, hasta la más secreta, todo. Le pagaré bien.

La camarera sonrió, nada renuente, entró y enjabonó la espalda de Winnie, colocándola de modo que enfrentara el agujero, y

después de pasar una gran toalla por sus hombros, la hizo levantar una pierna por vez para secarle los pies. Viendo a Winnie erguida con un pie en el borde de la bañera, pensé que nunca había visto nada más delicioso. Me ardía la cara y a medida que aparecían curvas delicadas fui enloqueciendo con el deseo de tocar y besar. La camarera desempeñó su papel a la perfección. Mientras le secaba la pierna derecha, la separó de modo que quedó al descubierto todo el sexo, y en el instante en que pensaba que no iba a poder soportar nada más, comenzó a secar suavemente el sexo mismo, antes de ayudar a Winnie a salir del baño y comenzar a secarle la otra pierna.

—A usted nunca la han tocado allí —le dijo a la niña y unió la acción con la palabra.

—Claro que no —dijo Winnie—. Mamá me sacó del colegio porque le gustaba demasiado a una de las profesoras.

—Oh, bueno —dijo la camarera—, uno de estos días algún hombre hará un intento, porque nunca he visto un cuerpo más bonito, nunca.

Y tenía razón, porque en ese momento observé que los senos de Winnie eran soberbios: redondos, pequeños, muy separados y altos, tal como los deseaba Chaucer. La absoluta perfección.

—El caballero que pidió su baño —continuó diciendo la avispada camarera— está enamorado de usted, me parece.

—¿De veras? —preguntó Winnie, ruborizándose un poquito.

—Nos cae bien a todos —dijo la camarera—; es lo mejor que hay a bordo. Siga mi consejo. Sea amable con él y no lo lamentará. Sabemos que es realmente una excelente persona.

Esta vez estuve seguro de que Winnie se ruborizaba de placer.

—A mí también me gusta —dijo sencillamente y comenzó a buscar su bata.

Dos minutos después estaba de regreso en mi cabina Cuando la oí pasar abrí la puerta.

—¿Ha tenido un buen baño? —pregunté, sonriendo.

—Excelente —dijo Winnie, todavía con la toalla sobre los hombros. Entreví un poco el escote.

—Me gustaría ver su cuerpo —exclamé—. Estoy seguro de que es adorable.

Frunció un poco el entrecejo, de modo que me limité a

inclinarme y besar su mano, y siguió de prisa su camino.

Mientras rememoraba todo, reviviendo la escena, recordé una pequeña mancha negra, como una verruga, en la nalga derecha. De pronto se me ocurrió que podía utilizar este dato para sorprender su modestia. Decidí intentarlo por la mañana. Por supuesto, recompensé a la camarera en cuanto la vi y ella, sin ningún rodeo, me dijo que en tercera clase había una muchachita por lo menos tan bonita como Winnie.

—¿La hago subir para bañarla, señor? Estoy segura de que le gustaría venir, en cualquier momento.

—Muy bien —dije—, aunque durante uno o dos días no hay prisa. Ya se lo haré saber —y con una sonrisa cómplice regresé a mi camarote.

Al día siguiente, mientras paseaba por cubierta con Winnie, le dije que había tenido un sueño extraordinario.

—Vino usted a mí —le dije— tal como estaba después de bañarse, pero sin el *peignoir*, y la vi tal como es.

Ella hizo una mueca, a la vez algo incrédula y algo desdeñosa.

—¿Si le digo sobre usted algo que usted ignora —continué— me creerá y se mostrará a mí tal como la vi en mi sueño?

—No quiero prometer nada —dijo—, pero quiero saber qué vio.

—Tiene un pequeño lunar negro aquí —dije, tocando el lado derecho de su cadera—, y quiero verlo. ¡Es tan gracioso!

—¡No es verdad! —dijo.

—Esta noche, cuando se desnude, fíjese —dije— y verá que tengo razón.

Después del almuerzo estábamos descansando a la sombra y de pronto dijo:

—Tiene razón, hay un lunar. Me fijé. Sentía curiosidad. ¿Pero cómo pudo soñarlo con tanta exactitud? Eso me desconcierta.

—El gran afecto —empecé a decir como si pensara en alta voz— tiene grandes recursos. La vi, sus pequeños pechos y su cuerpo… todo, cada pelo, con tanta claridad como si la estuviera viendo desnuda en este instante. Algún día me permitirá verla, ¿no es cierto?

—No lo sé —contestó—. Es usted un hombre extraño —musitó —, pero me interesa mucho. ¿Por qué quiere verme?

—Su belleza me arrebata. Seguramente usted lo sabe.

—Los hombres son criaturas peculiares —dijo—. Si yo pudiera soñar como usted, desearla ver su corazón para saber si realmente le importo, pero el cuerpo en cambio no me parece importante.

—El amor no nace ya crecido —repliqué—. ¡Hay que ganarlo!

—¿Cómo? ¡Dígame cómo!

—Sobre todo, dando —contesté—. Supongo que lo sabe —y así continuó la conversación.

A la mañana siguiente, cuando salía del baño, la encontré como la vez anterior y cuando me sonrió, la conduje resueltamente a mi camarote y cerré la puerta.

—Por favor —le dije—, muéstreme.

Le aparté la bata, que por fortuna se le escapó de entre las manos y quedó completamente abierta.

Le eché una larga mirada, pero en seguida Winnie la cerró, exclamando:

—Esto es desagradable. No me gusta. Por favor, déjeme ir.

Hablaba con ira, de modo que abrí la puerta diciendo «lo siento» y la dejé ir, algo decepcionado.

Cinco minutos después, la camarera llamó a mi puerta y le di otro soberano casi mecánicamente.

—Gracias, señor, muchas gracias —dijo, remoloneando—. ¿Puedo decir algo? —preguntó.

—Por supuesto —contesté—. ¿Qué es?

—Estas jovencitas —dijo— se dan aires. En realidad no saben nada. Siga mi consejo, señor, deje a la señorita Winnie sola durante uno o dos días; deje que lo vea con Ethel Dodge, de la segunda cabina, y pronto se arrepentirá y cambiará. No hay nada como un poco de celos para ablandar a una chica —y sonrió—. Esta señorita Winnie piensa que usted le pertenece y debe hacer lo que ella desee, que es usted suyo. Una vez que lo vea con otra chica y que a ella le gusta, otra será su canción, créame.

—Le creo —dije—, ¿pero cuándo puedo ver a la señorita Dodge?

—Mañana, señor —dijo—. Le he dado un baño y le dije que era usted quien lo pagaba y desea darle las gracias. En mi opinión, tiene una figura más bonita, que la de la señorita Wilson, más llena y redondeada. Pero puede verlo por sí mismo, si quiere —agregó—. Mañana temprano golpearé su puerta y el agujero en la pared sigue allí —y rió.

—Es usted una maravilla —dije—. Entonces de acuerdo. La esperaré mañana alrededor de las ocho y le diré qué pienso de la señorita Dodge.

—Permítale venir después a su camarote para agradecerlo —dijo la astuta camarera— y permita que la señorita Wilson se entere de que están juntos. Yo le sugeriré que va a perderlo a usted si no tiene cuidado y no tendrá más problemas.

—Es usted una hechicera —exclamé—. Conduzca esta campaña como mejor le parezca y tome esto por sus atenciones —y le di un billete de cinco libras.

—Gracias, gracias —exclamó.

—Es sólo el comienzo —dije—, si tiene éxito. Ya sabe que nos quedan pocos días.

—Las tendrá a las dos, señor, confíe en mí. ¡Conozco a las chicas! —y desapareció sonriendo alegremente.

A la mañana siguiente vi a Ethel Dodge por el agujero en la pared. Era tan atractiva, que cuando salió del baño quise que viniera a mi camarote. La camarera me presentó y Ethel parecía desear ser mi amiga. Era bonita y bien formada, pero no tan encantadora como Winnie. En todo caso, quería dinero e iba a casarse con un sargento. Confesó de inmediato que amaba el amor y no tenía nada en contra de ganar dinero durante el viaje. Mientras hablábamos como los mejores amigos del mundo, escuché que la camarera golpeaba suavemente la puerta y quienquiera que pasara en ese momento debe habernos oído reír. Le di a Ethel más de lo que esperaba y me dijo claramente que estaba a mi disposición porque yo le gustaba mucho.

—Usted no tiene remilgos, eso es lo que me gusta —dijo Ethel.

Apenas supe qué quería decir con eso.

Cuando media hora más tarde encontré a Winnie en cubierta, se mostró muy fría, de modo que me limité a inclinarme, sonreír y pasar de largo. Algo más tarde, mientras recorría la cubierta, me detuvo y habló.

—Supongo que estará orgulloso de su nueva conquista —dijo.

—No —repliqué—. No he hecho ninguna conquista, ni nueva ni vieja.

—Sin embargo, los oí reír cuando pasé junto a su camarote —dijo.

—Es posible —dije—, pero eso no prueba nada.

—Probablemente, le quitó usted la bata —dijo apasionadamente Winnie.

—Ni siquiera deseé hacerlo —contesté.

—Me gustaría poder creer eso —exclamó con un gran sentimiento en la voz y en la mirada.

La suerte quiso que hubiéramos alcanzado el castillo de proa y estuviéramos al abrigo de todas las miradas, solos. Pasé mi brazo en torno a su cintura, la apreté contra mí y besé sus labios. Mientras mi boca se demoraba sobre la suya, me rodeó el cuello con los brazos.

—Entonces me quieres más a mí —dijo.

—A ti sola —exclamé apasionadamente—. Prométeme que vendrás mañana por la mañana y estaré esperándote, anhelante.

—Iré —dijo, mirándome con toda su alma—. No sabes cuánto he sufrido esta mañana cuando escuché esas dos voces. Y esa camarera acababa de decirme cómo iba detrás de ti esa señorita no sé cuántos. Oh, Frank, sé bueno conmigo. ¡Te amo más de lo que puedo decirte, querido! —y nuestros labios se unieron en un largo beso.

A la mañana siguiente, mirando por el agujero mientras Winnie se bañaba, observé que estaba muy reservada con la camarera. Su reserva me prometía felicidad. Por lo tanto, me apresuré a regresar a mi camarote y naturalmente la encontré en la puerta. La conduje a mi cabina y sin una palabra le quité la bata y la ayudé a acostarse. Advertí de inmediato que estaba muy nerviosa y asustada, de modo que me eché a su lado cubriéndonos con una manta y comencé a besarla y hablarle para tranquilizarla. Cuando vi que había tenido éxito, dejé vagar mis manos por su cuerpo. Comencé a besar sus senos mientras elogiaba su belleza y pronto mi mano derecha comenzó a acariciar su sexo. Incluso esta primera vez que más sensible de lo que yo me había atrevido a esperar. Pero cuando un momento después se apretó contra ni, besándome, dije:

—No debes temer nada estando conmigo. Detesto causar dolor o exponerte a algún peligro. Confía en mí y desabrirás que puedo conducirte del deleite al éxtasis.

Un instante después, había apartado la manta y mis labios besaban su sexo. Luego sus manos estuvieron sobre mi cabeza, en

parte acariciándome y en parte guiándome al centro del placer. Al cuarto de hora, estaba enloquecida con las sensaciones, sollozando de placer.

—Bueno —dije, tomándola en mis brazos—, ¿te decides a confiar en mí ahora?

Asintió mientras sus grandes ojos castaños me daban as gracias.

—Pero, pero…

—¿Pero qué? —pregunté.

—¿Eso te da placer a ti? —preguntó.

—Querida —exclamé—, es muy tuyo eso de desear darme placer. Queda para una lección posterior —continué—, cuando estés tan segura de mí como de ti.

—No es necesario que esperes —dijo picaramente—. Estoy más que segura de que tengo el mejor amante del mundo y el más adorable.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que estamos aquí? —pregunté algo después—. Son más de las diez y es posible que venga a buscarte tu madre.

—¿De veras? —preguntó—. Oh, debo levantarme —y cuando se incorporó besé esa verruga que me había degrado tantos deleites y acaricié su hermoso cuerpo. Un instante después se había ido y comencé a vestirme.

Por la tarde vino la camarera en busca de su recompensa. Le di algo más y le hablé de su *protégée*, la señorita Ethel, quien al parecer gustaba sinceramente de mí y estaba más que dispuesta a ser mi amante. Descubrí que la camarera era muy juiciosa y ansiaba ayudarme en todo. Tuvimos una larga charla y al final me dijo más sobre la India y las muchachas indias, que lo que hubiera podido aprender en cien libros.

—Si le agradan las muchachas jóvenes, señor —comenzó—, la India es el mejor coto de caza para usted. Hacia los once años, casi todas están casadas y yo he conocido a niñas de nueve años embarazadas. La India es un lugar terrible para las niñas. Con frecuencia las asan antes de que sean mujeres y las comadronas que las atienden durante los partos son aterradoras, sucias, crueles e ignorantes. Y después, cuando muere el marido de cincuenta o sesenta años, a una chica viuda no le queda más que la prostitución. ¡Y las enfermedades! Jamás habrá visto algo parecido. Se puede

decir que todas las chicas tienen gonorrea y de cada diez, cuatro son sifilíticas. Es espantoso.

—Me gustan los cuerpos juveniles —dije—, pero lo que usted me dice me mantendrá tranquilo.

—Tiene usted suerte de haberme encontrado —dijo—. Conozco Bombay y el mercado como la palma de mi mano. Puedo conseguirle lo que quiera y me cuidaré de que no tenga malas consecuencias. Puede confiar en mí.

—Y lo hago —contesté sinceramente—. Haberla encontrado me parece un golpe afortunado.

—Todavía no he hecho nada —ˆcontinuó—, pero en Bombay puedo serle de gran utilidad.

Yen ese entendimiento nos separamos por el momento.

Esa noche Winnie vino a mi camarote.

—No debo quedarme demasiado tiempo —dijo—. Mamá podría descubrirnos.

—Haz lo que desees —contesté, tomándola en mis brazos y besándola—. Siempre tenemos nuestra hora de las mañanas —y la puse sobre la cama.

¿Cómo puedo describirla? Que el lector piense en una estatuilla de Tanagra en carne y sangre cálidas. Después de besar su boca, su cabello y sus senos, descendí al lugar sagrado y pronto descubrí que el instrumento del amor respondía mucho más apasionadamente que la primera vez. Seguí besándola durante un cuarto de hora, más o menos, hasta que comenzó a agitarse convulsivamente y trató de levantar mi cabeza. De inmediato me incorporé y fui hasta su boca, y no pude dejar de advertir que su pequeño sexo estaba abierto, redondo y rojo.

—Tómame —dijo—. Quiero hacerte gozar como gozo yo; quiero que enloquezcamos juntos.

En seguida puse mi sexo, en su mano y ella lo guió hacia la entrada.

—Si duele demasiado —le dije—, detenme. No puedo soportar producirte dolor.

Yen verdad ésta ha sido una característica mía prácticamente durante toda mi vida; la violación me resulta casi impensable. Siempre prefiero dejar mucho a la iniciativa de la mujer. Si ella ama, soportará mucho sufrimiento para dar placer.

Naturalmente, como era difícil entrar, mojé la cabeza de mi sexo con saliva y después, como no bastaba, con crema. En unos instantes, la cabeza había entrado y Winnie quedó sin aliento. Supe que había llegado el momento de ser brutal, de modo que empujé con todas mis fuerzas y para mi sorpresa Winnie, en lugar de retroceder, respondió valerosamente y mi sexo entró hasta que nuestros pelos se tocaron. Temeroso de hacerle daño, me quedé quieto, pero pronto Winnie comenzó a retorcerse y, así inspirado, proseguí con el gran juego mientras Winnie entrelazaba sus piernas alrededor de mi cuerpo. Momentos después, estábamos ambos inmersos en un exquisito deleite mutuo.

—¿Me amas? —fue su primera pregunta—. ¿Soy una buena amante? —la siguiente.

—Es mejor que cualquier cosa que pueda imaginar —dije—. Eres una amante divina, pero ahora debo enseñarte a evitar las consecuencias.

Cuando nos levantamos, tuve primero que secar con una esponja la sangre que manchaba sus adorables muslos, y después le mostré la jeringa.

—No es completamente segura —dije—, pero siempre resulta muy útil y al comienzo suele bastar. La próxima vez tomaremos otras precauciones, porque eres mucho más apasionada de lo que había imaginado y eso aumenta el riesgo.

—Me encantaría tener un hijo tuyo —ˆobservó—, y estoy segura de que no permitirías que sufriera sola.

—Por supuesto que no —respondí—, pero la prudencia es buena consejera y antes debemos conocernos mejor.

—¿Y cómo podríamos conocernos mejor, hombre absurdo? —preguntó con esa suerte de humor malicioso que pronto consideraría uno de sus rasgos más queribles.

—En todo caso —dije— espera a no sentir dolor, sino sólo placer. Pienso que el dolor siempre daña y podría perjudicarte.

Después de uno o dos abrazos y caricias, Winnie decidió regresar a su cabina y la acompañé hasta que me ordenó volver con un imperioso besamanos.

Ya en mi cama, reviví una y otra vez cada momento, me demoré en cada incidente, cada palabra y movimiento de Winnie, hasta que de pronto vi luz por la portilla y supe que había llegado la mañana.

Entonces caí en [un] profundo sueño, me desperté alrededor de las ocho y pensé de inmediato en el baño y el agujero en la pared. Pero, ay, por el momento no estaban allí ni Winnie ni la camarera. Sin embargo, sabía que por la tarde vería a esta última y deseaba volver a conversar con ella, porque me interesaba y todavía no tenía ni idea de como había obtenido sus conocimientos sobre la India, que me parecían extraordinarios.

Esa tarde advertí que la señora Redfern, la camarera, no era reacia a hablar de sus experiencias pasadas. Había vivido diez años en Bombay como esposa de un funcionario no comisionado que más tarde consiguió un puesto gubernamental. Después de la muerte de su esposo, trabajó un tiempo como enfermera y a través de ese trabajo llegó a conocer desde dentro las condiciones de la India. Me dijo que la vida de la mayor parte de las esposas-niñas era espantosa. De cada seis, tres morían en el primer parto a causa de las condiciones insalubres y la terrible suciedad de las comadronas. Y los niños de estas niñas eran casi invariablemente criaturas débiles y poco desarrolladas. Rara vez había podido encontrar una muchacha casada desde varios años atrás que no estuviera enferma, pero me aseguró que podría encontrar fácilmente a una niña viuda que estuviera perfectamente sana y que complacería al más exigente. Le dije que la tomaba como mi guía y guardiana.

Una o dos veces insistió en su convicción de que Ethel sería una amante muy atractiva, y aquí debo confesar algo. Desde que había poseído a Winnie y ya no existía el factor de la novedad, me había encontrado a menudo deseando los encantos más opulentos de Ethel. ¿Qué demonio hay en los hombres que los hace desear lo desconocido? Me importaba Winnie, la estimaba más de lo que podía estimar nunca a Ethel, sabía que era mucho más hermosa y sin embargo comenzaba a desear a Ethel contra toda razón.

Esa misma tarde, la señora Redfern me encontró en mi camarote y propuso la visita de Ethel para esa noche.

—En esta cabina, no —dije, pensando que podía ir Winnie.

—La pondré a dos puertas de distancia, en el número diecisiete —contestó—, y si desea visitarla, la puerta no se le cerrará.

Me reí pero le pedí que pospusiera lo de Ethel por una o dos noches y después le di una propina en oro y seguí mi camino.

Más tarde, en mi camarote, vacilé. Si Winnie hubiera venido, me

hubiera sentido contento. ¿Por qué no lo había hecho? No lo comprendía, pero esperé viendo mientras tanto las caderas más pesadas y la boca más lúbrica de Ethel. A las once llegó Winnie, pero estaba enferma. Me dijo que a causa de la excitación intensa su regla se había adelantado mucho. La besé y consolé y la acompañé hasta su habitación. La noche siguiente, cuando supe que Winnie no vendría, fui al número diecisiete, abrí la puerta y encendí la luz. Ethel estaba en la cama, esperándome. Cerré la puerta y ella apartó las ropas. Tenía el camisón puesto. Lo levanté y cuando lo hacía ella me tendió los brazos y quedé sorprendido por la espesa mata de pelos oscuros.

Encontré a Ethel tan apasionada como Winnie, pero de una manera más egoísta. Una vez totalmente excitada, pensaba más en su placer que en el del otro, mientras que Winnie siempre pensaba en el placer del amante. Estaba hecha de una arcilla infinitamente más basta. No quería hablar de sus sensaciones, pensaba que yo también desearía olvidar el acto en cuanto hubiese terminado.

La noche anterior a nuestra llegada a Bombay, Winnie vino a verme y tuvimos una larga charla íntima, arreglando citas para Bombay. Dijo que no podía vivir sin mí, y me rogó que me mostrara amable con su padre para tener la posibilidad de vernos con facilidad. Juré que sería tan agradable como pudiera, y al día siguiente las acompañé, a ella y a su madre, hasta el coche.

Fui al hotel que me había recomendado la señora Redfern, que también se alojó allí.

madura. Algunas de las mujeres mayores, sobre todo en Francia, utilizaban toda la capacidad contráctil de su sexo y el movimiento espasmódico de las caderas para aumentar la intensidad del placer. Una mujer de más de veinte años apasionada y enamorada de un hombre, le da más placer que casi cualquier niña.

Es extraño el hecho de que casi en cualquier lugar del mundo las mujeres piensan que el acto del amor, por su parte, se resume en la rendición. Excitar al hombre, darle un placer intenso, responder al menos apasionadamente a su deseo, son cosas que jamás parecen ocurrírseles a las mujeres-tipo de casi ninguna parte, excepto con frecuencia en Japón, a veces en China y bastante en ese jardín de la India que es Ceylán. Pero en la India propiamente dicha, raramente hay respuesta de parte de una niña, y la señora Redfern me confesó que todas las chicas mayores de diecisiete años estaban o habían estado enfermas.

No me importó mucho, porque al segundo día Winnie vino a mis habitaciones, me encontró en ellas y tuvimos otra larga charla. Estaba tan encantadora como siempre y me dijo que al día siguiente volvería a estar bien.

Reflexionando en ello, he advertido que no he hecho lo bastante para retratar a cada una de las muchachas con las que he formado duetos amorosos. Estoy decidido al menos a tratar de hacerlo en este volumen, hablando de su visión de la vida y de los episodios amorosos.

Me da la impresión de haberlas diferenciado mejor en el primer volumen que en los siguientes, porque de un modo u otro la frescura de la juventud me las hacía más vividas. Pero en la madurez hubo algunas mujeres que me produjeron una impresión imperecedera y no quiero mencionarlas sin perfilar sus almas; porque algunas de ellas fueron más cariñosas, más amantes y más generosas de lo que hubiera podido imaginar, y sin duda merecen ser rescatadas del olvido.

Recuerdo una en especial, en el sur de Francia, que se me entregó tan sencilla y fácilmente, que no comprendí en absoluto que se hallaba poseída —ignorándolo todo en materia sexual— por el propio espíritu del amor. Era de buena familia y pronto advertí que su abandono era tan completo que casi con seguridad conduciría a un embarazo y esto me asustó. Yo conocía y estimaba a su padre y a

su madre y en ese momento no era libre ni podía esperar serlo durante bastante tiempo, de modo que me aparté de ella con tanta mayor decisión cuanto que mi pasión se intensificaba, y sabía que si me dejaba llevar por ella, el resultado sería el desastre.

Años más tarde me encontré con ella. Se había casado y era feliz. Y no obstante había entre nosotros una simpatía instintiva, un vínculo del corazón, el cerebro y el alma, que me llena de reverencia por ese puro espíritu amoroso que habitaba en ella. Tan prudente era y sin embargo tan entusiasta; tan capaz de devoción y sin embargo tan libre de superstición. Y en esa ocasión me dijo que al comienzo su rendición había estado totalmente libre de sensualidad; que todo lo que deseaba era complacerme, contentarme y, de ser posible, darme placer. Y recordé pequeñas cosas que me convencieron de que su confesión era perfectamente veraz. No había sopesado las consecuencias ni pensado en el deshonor. Le bastaba con amar y entregarse al amor en cuerpo y alma. Nunca conocí una naturaleza más noble. Y muchos años más tarde, cuando volvimos a encontrarnos, me demostró una generosidad y un deseo de ayudarme de todas las maneras posibles, que me llenó de vergüenza por mi falta de méritos. Hay algunas mujeres más nobles que los hombres y gracias a Dios he conocido a una o dos de ellas que han reforzado mi estimación por las posibilidades de la bondad humana… Y E. era la mejor de todas.

Capítulo 4

Media docena de amigos que han leído los tres primeros volúmenes de *Mi vida*, me han rogado que en el cuarto[15] hablara de aquellas influencias formativas que mayor efecto han producido en mi trabajo. Ahora bien, no puedo decir que nada exterior a mí haya influido nunca en ni trabajo. Pero mi cerebro, mi alma, han sido excitados por este poeta o aquel prosista. El artista, ya sea mediante palabras, colores, formas o ideas, siempre ha influido profundamente en mí, y ahora estoy más que deseoso de pagar mi tributo a algunos de aquellos de los que todavía no he hablado.

Tal vez el hombre más sabio, que conocí en mi vida fue Alfred Russell Wallace, el científico que escribió sobre la supervivencia del más apto un tiempo antes que Darwin. El folleto del doctor Wallace era tan similar al trabajo le Darwin que incluso algunas de sus frases aparecían como títulos en los manuscritos de éste. De hecho fue el primero en interpretar la evolución del mundo como la interpretó después Darwin. En su honor hay que decir que tan pronto como salió *El origen de las especies* en 1859, Wallace saludó a Darwin como el jefe de la escuela y declaró de inmediato que la teoría se conocería como darwinismo, aunque había sido él quien la enunciara años antes. Cuando le pregunté cómo había llegado a ese gesto de generosidad sin precedentes, sonrió gentilmente y lijo:

—No se podría hablar de wallacesismo, pero sí de darvinismo. Además, hablando en serio, Darwin hizo todo de trabajo de campo que yo había descuidado, creyéndolo innecesario.

Algo más en honor de Wallace. Tan pronto como Henry George llegó a Inglaterra, asistió a sus mítines y escriño y habló a favor de la nacionalización de la tierra. Aunque él tenía una posición desahogada, sé proclamó socialista y declaró que Inglaterra era culpable, porque pese a ser el más rico de los países, era hogar de la peor miseria del mundo. Yo quedé sorprendido y contento al descubrir que el más sabio de los hombres era también el más gentil y el mejor.

La primera vez que vi a Wallace fue en el despacho de la «Fortnightly Review». Él y Frederic Chapman, el presidente de la editorial, habían ido juntos a la escuela en el oeste de Inglaterra. Los llevé a cenar, los hice hablar y así, mediante los recuerdos escolares de Wallace, lo conocí más íntimamente.

Después, acostumbraba a venir a verme cuando estaba en Londres. Solíamos almorzar juntos y pasar la tarde jugando innumerables partidas de ajedrez. No era un gran jugador, pero sí un buen aficionado. Cuidadoso, no brillante.

Llegué a sentir la más sincera admiración por él como hombre de raro genio. Era alto, diría unos seis pies, y bien hecho aunque de manera algo imprecisa. Un rostro agradable enmarcado por cabellos blancos; rasgos regulares, bien equilibrados; ojos soberbios, con una luz que era la gentil radiación del genio. Wallace tenía el candor de un niño y trataba a todo el mundo con amabilidad y cortesía. Podía hablar sobre cualquier tema y mientras defendía sus opiniones hábilmente, escuchaba argumentos diametralmente opuestos con gran sensibilidad. Una naturaleza muy sencilla y grande.

Es por el corazón por donde crecemos y Wallace se mantenía tan sincero, tan gentil, que creció en sabiduría hasta el fin de su vida en lugar de detenerse mentalmente como se detienen la mayor parte de hombres y mujeres, casi antes de que esté completo el crecimiento de su cuerpo. Hace un cuarto de siglo era consciente de que «la mentalidad materialista de su juventud y primera madurez había ido transformándose lentamente en una mentalidad socialista, espiritualista y teísta». Había atravesado ese desierto de escepticismo del cual habló a veces como extendiéndose desde Lutero a Voltaire, y había entrado en la tierra prometida de la fe y la esperanza. Creía devotamente en Dios, en una mente constantemente actuante de grandeza y presciencia casi inimaginables.

Tal vez tenga yo una tendencia a sobrestimar a Wallace porque descubrí que estaba de acuerdo con él en muchos puntos, aunque nunca pude aceptar su visión de Dios o lo que acostumbraba a llamar «el artículo fundamental de mi creencia»: la fe en una vida después de la muerte. Un día llegué tarde a una cita y lo encontré en mi salón de fumar, esperándome. Su rostro estaba transfigurado, sonreía en una especie de éxtasis. Me disculpé y dije que lo sentía

mucho.

—No tiene importancia —dijo—, he estado escuchando armonías celestiales.

—¿De veras? —pregunté—. ¿Qué quiere decir?

—¿No escucha violines? —dijo—. Yo los escucho claramente. Cuando entró usted había uno tocando en mi rodilla.

Lo miré estupefacto, pero era perfectamente sincero. Levantó la mano.

—Escuche —dijo.

Escuché, pero no oí nada.

—Los oirá —continuó— uno de estos días, porque todos los que los aman terminan por escucharlos.

—¿Qué quiere decir exactamente? —pregunté—. ¿Puede recordar pasajes musicales con tanta intensidad que vuelve a oírlos realmente, como un gran músico que conocí una vez?

—Oh, no, no —dijo tranquilamente—. No soy un músico. De hecho, nunca me interesé mucho por la música hasta que me hice espiritualista. Estaba escuchando la música de las esferas, armonías celestes —y su rostro era como el de un ángel y sus ojos brillaban con una especie de felicidad extraterrena.

Evidentemente, después mantuvimos largas conversaciones sobre el asunto. Creía devotamente, simplemente, en una vida después de la muerte, en esta vida como un mero momento de la vida del espíritu, e insistía en que la identidad personal sería preservada más allá de la tumba. No podía seguirlo en esto aunque admiraba la belleza espiritual del credo y su efecto incalculable en la vida y la conducta. Sin embargo, no pude evitar mostrarme en desacuerdo, y sólo puedo afirmar que todas las veces que evocó fenómenos espirituales en mi presencia, fui incapaz de captar las manifestaciones. Hice estos experimentos una y otra vez, pero jamás pude tener siquiera la más leve señal de ese país no descubierto que, según él aseguraba, está más allá de esta vida.

Y sin embargo, ¿quién podría decir que Wallace no tenía razón? En esta época no ha existido un alma más sencilla, sincera y noble que la suya.

Recuerdo que una vez fui a pasar unos días con él en el campo. Una tarde tuvimos visitas, creo que unas veinte personas en total entre damas y caballeros. Después de cenar fui a mi habitación a

escribir una carta y cuando bajé a la sala, encontré a todos reunidos y muy silenciosos.

—¿Qué sucede? —le pregunté a una muchacha que estaba cerca de la puerta.

—Estamos escuchando música celestial —dijo—. ¿No la oye usted?

—No —contesté— no oigo nada. ¿Cómo es la música que debería oír?

—Indescriptible —dijo—. Más dulce que Mozart.

Más tarde, durante una pausa, atravesé la habitación e interpelé a una anciana.

—¿Escucha usted la música, señora? —pregunté.

—Por supuesto —dijo.

—¿Y a qué se parece? —continué.

—Es arrebatadora, como lo mejor de Mozart.

Yo estaba atónito. Durante media hora escucharon una música que no había forma que yo la oyera y se deleitaron con armonías que quedaban más allá de mis posibilidades.

Si la Orden del Mérito tuviera algún sentido, el nombre de Wallace hubiera figurado en la lista cuando esta orden fue creada, en lugar de los nombres de algunos generales y almirantes cuyos servicios a la humanidad nunca llegaron más allá del alcázar o la mesa de la habitación de los oficiales.

Parte de sus creencias tiene un valor permanente: fue el primero en señalar que el hombre es el centro del universo. No hay razón para creer, dice,

> que el número de las estrellas es infinito. El creciente tamaño y poder del telescopio y esa poderosa máquina de investigación que es la placa fotográfica, nos llevan a la misma conclusión; o sea, que tocamos los elementos exteriores del sistema estelar. El número total de estrellas visibles desde la primera a la novena magnitud es de alrededor de doscientas mil. Si aumentaran en número hasta la decimoséptima magnitud en la misma proporción en que aumentan de la primera a la novena, a través del mejor telescopio deberían verse mil cuatrocientos millones de estrellas, en lugar de lo cual no se ven más que cien millones. A medida que nuestros instrumentos nos permiten indagar cada vez más lejos en el espacio, encuentran una disminución permanente de la cantidad de estrellas, indicando así la cercanía de los elementos exteriores del sistema estelar. Si el universo no es infinito

sino que tiene límites, ¿dónde está su centro?

Y resume sus conclusiones como sigue:

> Estos tres hechos llamativos (que *estamos* en el centro de un racimo de soles y que ese racimo *está* situado no sólo en el *plano* de la Galaxia, sino también en un lugar *central* de ese plano) difícilmente puedan considerarse ahora casualidades sin significación en relación con el hecho culminante de que el planeta así situado *ha producido* la humanidad.
>
> Por supuesto, la relación señalada aquí *puede* ser una verdadera relación de causa y efecto y sin embargo ha surgido como el resultado de una casualidad entre mil millones que se dan durante un tiempo casi infinito. Pero por otro lado pueden tener razón aquellos pensadores que sostienen que el universo es una manifestación de la Mente, y que el desarrollo ordenado de las Almas Vivientes proporcionaba una razón adecuada por la cual este universo habría sido creado, para creer que nosotros mismos somos su resultado único y suficiente y que en ninguna otra parte podría haberse alcanzado la posición central que ocupamos en el universo.

Wallace hace una diferencia entre la lucha por la existencia *per se*

> y la lucha por la existencia espiritual, intelectual y moral. La evolución puede dar cuenta del ladrón de tierras, el promotor de una compañía y el explotador; pero si no logra hacer lo mismo con la devoción del patriota, el entusiasmo del artista, la constancia del mártir, la búsqueda resuelta del trabajador científico detrás del secreto de la Naturaleza, no ha explicado el misterio de la humanidad.

Wallace sigue hablando del Espiritualismo. Sostiene que ya se ha establecido la prueba de la existencia del alma más allá de la tumba. El estudio de la naturaleza espiritual del hombre, dice,

> está cada vez más en la vanguardia de la investigación humana. El objeto de estudio de la humanidad es el hombre y si se deja afuera la naturaleza espiritual del hombre, no se estudia en absoluto a los hombres. Prefiero el término espiritualismo. Soy un espiritualista y la palabra no me asusta en lo más mínimo.

Wallace no creía que todo lo que no hubiera sido hecho por el hombre había sido hecho por Dios. Su cosmogonía era espaciosa y

en ella había lugar para otras inteligencias distintas de las de la humanidad y la deidad. Creía que estamos rodeados por una infinidad de seres, tan numerosos como las estrellas, y que el vasto universo está poblado por tantas gradaciones de inteligencia como formas de vida pueblan esta tierra. Negar los fenómenos espirituales sólo porque algunos de ellos parecen estar por debajo de la dignidad de Dios le parecía a este investigador paciente y valeroso un acto de locura, una confesión demasiado milagrosa para su investigación, y en su filosofía no había nada imposible ni sobrenatural.

Alfred Russell Wallace era demasiado grande para ser visto o comprendido por reyes, ministros o cortesanos; su trabajo y su fama, su noble sabiduría y su vida sencilla, pertenecen a la humanidad; son, como decía de sí Tucídides, parte de la posesión de los hombres para siempre. Era incluso demasiado noble como para ser lamentado a su muerte; lo mejor de él sigue viviendo en aquellos sobre los cuales influyó, y su memoria es una inspiración.

Reproduzco aquí su semblanza tal como lo conocí.

En cuanto regresé a Londres en
1880-1881,
después de mi período estudiantil en Alemania y Grecia, conocí a William Morris. No me afectó de manera profunda, me pareció un Wallace menor, aunque su trabajo en verso y en decoración siempre fue original y bueno. Pero me conmovió mucho el hecho de [que] conocía a Dante Gabriel Rossetti y todo cuanto hacía, en el terreno de la poesía y la pintura.

Por extraño que parezca, la pintura de Rossetti me atraía más que su poesía. Naturalmente, había leído todo lo que pude encontrar sobre su esposa y su hermana. No encuentro mejor manera de explicar la impresión que me produjo, que reproducir aquí su retrato de Lucy Rossetti. Me parece informado por el espíritu del amor puro. También es capaz, evidentemente, de pasión, pero lo que lo caracteriza es la curiosa amalgama de afecto, devoción y simpatía que constituye el alma del amor, como saben las mujeres. Y sin embargo, por extraño que parezca, a las mujeres no les gusta Rossetti tanto como a los hombres. También me interesó la visión de Rossetti del joven Swinburne, y la reproduzco, aunque es muy distinta del Swinburne a quien conocí quince años

más tarde. Sin embargo, en sí misma, es una obra maestra.

Desde que vi el *Ecce Ancilla Domini* de Rossetti, quedé fascinado y sólo quise conocer al maestro. Por esta razón, en cuanto vi a William Morris en algún mitin socialista, conseguí que me presentaran y pronto lo llevé a hablar de Rossetti. Por supuesto, le dije cuánto me gustaría conocer al maestro y de inmediato, de la manera más amable, me prometió organizar una entrevista tan pronto como pudiera, aunque me advirtió que Rossetti no estaba tan fuerte como solía y de hecho había abandonado Londres por un tiempo a causa de su salud. Según parece, sufría de insomnio, esa «mente palpitante» que atormentaba también a Shakespeare. Y esto pese al hecho de que Rossetti, según dijo Morris, era bajo, fornido y fuerte. Supongo que la explicación era que no hacía suficiente ejercicio y realizaba excesivo trabajo mental.

Algo más tarde, Morris me dijo que Rossetti había ido a Birchington-on-Sea para tomarse [un] descanso, y cuando propuse que fuéramos a visitarlo, se ofreció a darme una carta para él, pero me explicó que tenía demasiado que hacer como para acompañarme. Entonces me pareció mejor esperar a que Rossetti regresara a Londres [pero] de pronto llegó la noticia de que había muerto. Nacido en 1828, murió en 1882.

Morris me dijo que era muy afectuoso —«sin un enemigo en el mundo», éstas fueron sus palabras— y un compañero encantador. Para mí era alguien cuya visión apasionada me había llegado al corazón y lloré por él como se llora por esos espíritus afines que aman lo que amamos y desean lo que deseamos.

No quiero sobrestimar a Rossetti. Puedo ver con suficiente claridad que su capacidad técnica como poeta era muy superior a su habilidad como pintor; a veces su artesanía deja mucho que desear y su paleta no era tan rica como la de los grandes maestros. Pero en todo su trabajo hay lo que un crítico ha llamado «el renacimiento de la maravilla»; para él, el mundo era un lugar encantado y todas sus mujeres eran heroínas del espíritu. Me atraía de manera curiosa, mientras que su extraordinaria admiración por Dante me parecía semejante a mi pasión por Shakespeare. Mi vida me parecía más pobre por no haber visto o hablado a este maestro del romance.

El otro día, Karin Michaelis, la escritora danesa, me escribió que «lo único que le agradecía a Dios (caso de que fuera digno de

mencionarse), era que la había hecho capaz de admiración entusiasta». La frase me gustó mucho. Es mediante nuestras admiraciones apasionadas como crecemos.

Yo tuve demasiado pocas en mi vida. Por supuesto, siempre estuvo allí Shakespeare, el dueño de mi admiración. Y después de él, aprendí mucho de Coleridge y Blake y Keats, en lengua inglesa. Pero ningún pintor, con excepción de Rembrandt, me atrajo como Rossetti, y de una manera extraña, la debilidad de su mano acrecentaba mi amor por su espíritu. *El sueño de Dante* y *Dante dibujando a Beatriz* constituyen para mí la esencia del romance.

Algunos amigos me han pedido que les dé mi opinión sobre prosistas ingleses, y sobre todo que diga cuál de ellos me gusta más. Creo que Swift es quien ha escrito la mejor prosa inglesa y junto a sus mejores trabajos coloco a los prefacios de Dryden. Swift, con su simplicidad y claridad, ha conseguido transmitir el espíritu de la prosa inglesa, aunque por supuesto hay pasajes de Ruskin y Pater que alcanzan mayores alturas de sentimiento que los de Swift.

De vez, en cuando, un nuevo libro me maravilla. Hace unos cuatro años, cuando fue publicado por Boni y Liveright, de Nueva York, recibí *The Holy Tree*, de Gerald
O’Donovan,
y quedé sorprendido. Después de terminarlo, escribí algunas críticas afirmando que había en él más espíritu de verdadero amor que en cualquier otro libro que hubiera leído. Pero mi elogio pareció caer en el vacío y nadie le prestó atención.

El otro día volví a abrir el libro para ver si mi alabanza había sido exagerada y llegué casi a la conclusión de que el libro debe haber sido escrito por una mujer, e irlandesa por más señas. Es excelente. Mis días escolares en Irlanda me han enseñado que hay más afecto, más puro amor allí que en Inglaterra, y esta creencia resuelve un problema que ha atormentado a muchos. Se sabe que los soldados de Cromwell, establecidos en Irlanda como representantes de las opiniones inglesas, se convirtieron rápidamente a la opinión irlandesa. En una generación, los *Ironsides* se volvieron más irlandeses que los irlandeses.

Me lo he explicado por el poder que en Irlanda tienen el amor y el afecto y aquí, por primera vez en mi vida, encuentro un libro que me da este espíritu amoroso en su esencia, y lo hace en forma de

historia muy legible. Para mí es una obra fascinante. Boni y Liveright, los editores, me dicen que todo lo que saben de Gerald O'Donovan es que era un sacerdote irlandés que tuvo una vida diversa y aventurera y que después trabajó para Lord Northcliffe en Londres.

Y ahora debo hablar de otro «hallazgo». Hace ya más de quince años que escribí acerca de David Graham Phillips considerándolo el mejor novelista norteamericano, de hecho el único que resiste la comparación con Fielding y Thackeray, y dotado de un conocimiento más profundo del corazón humano que el de cualquier otro escritor en lengua inglesa. Mi elogio, repetido una y otra vez, no encontró eco en el mundo del periodismo, ni en Norteamérica ni en Inglaterra, y una vez más me vi forzado a admitir que la cantidad de personas capaces de reconocer un maestro o una obra maestra es limitadísima. Hay apenas media docena entre los ciento cincuenta millones de lectores ingleses.

El otro día pedí a mis amigos de Nueva York que me enviaran algunos de los trabajos de Phillips que no tenía, y me mandaron dos: *The Reign of Gilt* y *George Helm*. El primero es uno de los peores trabajos de Phillips. Es al mismo tiempo polémico e inconsistente y no merece la pena leerlo. El otro, *George Helm*, es uno de los mejores libros de Phillips, sin duda una obra maestra. Es sencillamente la historia de un hombre ordinario de gran carácter, llamado George Helm, que se enamora de una muchacha de la clase alta y termina por ganársela, pese a sí mismo y a ella. Es una de las mejores historias de amor que he leído y nunca he visto una palabra de elogio para ella en ninguna publicación.

¿Por qué algún editor inglés no consigue los derechos de las siete mejores novelas de Phillips? Con toda seguridad, se puede hacer dinero con *The Hungry Heart, The Crain of Dust, The Story, The Price she paid*
Husband's
. Hay un conocimiento más profundo del carácter, en especial del carácter femenino, en estos libros que en cualquier otro que yo conozca. Casi compararía a Phillips con Turgueniev más que con otro escritor inglés. Desde entonces, D. H. Lawrence ha superado incluso a Phillips con *El amante de lady Chatterley*, pero ya hablaré después de esta obra maestra de pasión.

Capítulo 5

Estuve más interesado en Meredith que en cualquier otro hombre de mi tiempo. Me parecía un hombre grande, merecedor de un lugar junto a Shakespeare y Wordsworth. Lo conocí de la misma manera que a Alfred Russell Wallace, por mi conexión con «The Fortnightly Review» y el señor Chapman. Era un hombre muy apuesto, de altura apenas por encima de la media, de figura ligera y fuerte, con una cabeza y un rostro soberbios. La cabeza enmarcada por cabello cano, pero muy bien formada, y el rostro noble: nariz recta, incomparables ojos azules, a veces risueños, a veces patéticos, excelentes boca y mentón; en resumen, un hombre muy apuesto, a un tiempo sano y fuerte. Ya he relatado cómo Grant Allen le envió uno de mis primeros cuentos, *Montes, el matador*, y cómo él lo elogió diciendo: «Si hay algún escritor inglés que pueda hacerlo mejor, no lo conozco». Como ya he dicho, esta opinión era para mí un título honorífico. A partir de entonces, nunca me decepcionó; para mí, Meredith ya estaba entre los grandes. En realidad, jamás logré saber por qué, con todos sus dones, no había hecho una obra maestra.

Nacido en 1828, publicó su primer libro, *Poems*, en 1851, y creo que siempre fue más poeta que prosista. Pero tiene prosa tan buena como su mejor poesía. *Hasta Love in the Valley* tiene estrofas inolvidables y *Modern Love*[16] con la magnífica «Margaret's Bridal Eve», es aún mejor; y casi de la misma manera, *Richard Feverel* está muy cerca de ser la mejor historia amorosa convencional de la lengua; y la posterior *Diana* o *the Crossways*, es por lo menos tan admirable como la anterior. Sin embargo, ni en poesía ni en prosa ha alcanzado Meredith lo más alto ni ha dado toda su talla.

La razón siempre se me ha escapado. Cuando lo conocí, hacia 1885, era lector de Chapman and Hall y con esto hacía unas 500 o 600 libras al año, mientras que con sus libros agregaba tal vez la

misma cantidad a sus ingresos. Tenía una casa en Box Hill, en Surrey, y vivía como un modesto hidalgo campesino. Nada en sus circunstancias le impedía alcanzar a Cervantes o a Shakespeare.

Y su conversación era sorprendente. Tocaba cada tema que surgía, desde el más elevado punto de partida. Elogiaba a los irlandeses como si hubiera sido criado en Irlanda, y también a los galeses, como los mejores del grupo celta. De hecho, una vez fue tan lejos como para sugerir alegremente que los ingleses deberían invadir Francia para que las mujeres francesas ampliaran la prosaica estrechez de sus mentalidades. Estaba a favor de los bóers y era un defensor entusiasta del sufragio femenino. Deseaba que la influencia femenina en el Gobierno fuera tan grande como en el hogar, y una vez llegó a defender la idea de que debía transformarse a Gran Bretaña en un estado de la unión americana, «la estrella más oriental de la bandera de la república», como decía, porque estaba totalmente convencido de que los británicos retrocedían, que ya no eran los líderes de la raza humana. «Se lo impide su fatal ausencia de imaginación», decía. En resumen, en todos los campos era un hombre sin prejuicios y muy interesante.

Todo hombre mencionado por él vivía inolvidablemente en sus juicios. Es imposible olvidar su crítica de los «encañonados de petimetre»[17] de Tennyson; «El gran alcance de su moderada fluidez: yardas y yardas de tela de lino para deleite de las mujeres». Y después, «Los elogios del libro me separan de mi prójimo», y también «Con seguridad, allí está el magnífico Lucrecio». En una ocasión vio a Irving haciendo Romeo: «Nada de juego amoroso sino un desfile con una figura extraña deambulando por ahí». Y su juicio de Gladstone: «Este anciano valiente, prodigiosamente dotado, admirable en muchos aspectos es, mucho me temo, un actor». Y finalmente, en una carta a su hijo dice cosas importantes.

> No pienses que las obscenidades mencionadas en la Biblia dañan a los niños. La Biblia es franca con respecto a los hechos, y está bien que así sea. Es porque el mundo es pacato y estúpidamente vergonzoso que no puede ponerse en contacto con la Biblia sin convulsiones.
>
> Busca la verdad en todo y síguela y entonces estarás viviendo frente a Dios. No dejes que nada obnubile tu sentimiento de un Ser Supremo y estate seguro de que cuando algo te haga dudar de que conduce al bien, es tu entendimiento el que falla. Crecemos con el bien con tanta seguridad como la planta con la luz. Para obtener una certeza

científica de esto, la escuela sólo tiene que contemplar la historia. Y no pierdas el hábito de rezar a la Divinidad invisible. Orar para obtener bienes materiales es peor que estéril, pero al orar por la fortaleza del alma, es la propia pasión del alma la que consigue el don que busca.

A un conocido le escribe protestando contra la acusación de cinismo.

> No puede decirse que en ninguno de mis escritos haya falta de fe en la humanidad, o de simpatía con el más débil, o que no conozco el verdadero significado de la fuerza. Y no estimo sólo a la mujer de carne, sino que es también el alma femenina la que estimo, en la que creo y a quien desearía ayudar a desarrollarse.

Una vez lo sondeé con respecto a sus opiniones de las mujeres y descubrí que era tan sabio como Goethe.

—Lo mejor lo aprendemos de quienes amamos —dijo—. Hemos dejado atrás el Serrallo, pero todavía no hemos podido recorrer el cabo Turco. La idea turca es muy poderosa en el hombre.

Personalmente, siempre hablaré de Meredith como de un compañero fascinante. Estábamos de acuerdo en casi todo, pero su humor hacía que su conversación fuera irresistible. Sigo considerándolo, junto con Russell Wallace, como uno de los hombres más sabios que he conocido, pero la creencia de Wallace en otra vida más amplia después de la muerte, me separaba de él, mientras que el amor de Meredith por la naturaleza y su predilección por estudiarla, me atraían. Recuerdo cuando lo vi por última vez en su cochecito tirado por una jaca, en Box Hill, poco antes de su muerte.

—La gente habla de mí —dijo— como si fuera un viejo. No me siento viejo en lo más mínimo. Al contrario —continuó, con su habitual humor sardónico—, no creo en el envejecimiento y tampoco veo razón por la cual debiéramos morir. Siento un interés tan vivo como siempre en el movimiento de la vida, participo en las intrigas de los partidos con tanta curiosidad como antes. He visto la ilusión que hay en todo ello, pero esto no aminora el entusiasmo con el que entro en ellas, y sostengo con más firmeza que nunca mi fe en el avance permanente de la raza. Mis ojos son tan buenos como antes; no uso gafas más que para las letras muy pequeñas. Sólo siento débiles las piernas. Ya no puedo caminar, y para mí es

una gran privación. Solía ser un buen caminante; prefería caminar a cabalgar, porque caminar lleva con fuerza la sangre al cerebro. Y además, cuando caminaba podía atravesar bosques e ir por senderos por donde no hubiera podido aventurarme a caballo. Ahora sólo puedo dar vueltas a mi jardín. Es cuestión de nervios. Si toco algo, por levemente que sea, temo caer. Es mi única pérdida. Mis días de caminante han terminado.

No necesitaba salir de su jardín para estar en el centro del Jardín de los Dioses. Cuando era joven, escribió en *Love in a Valley*,

> Cuando el sol del poniente va dejando el valle en la penumbra
> Bellos son los contornos del búho blanco recorriendo
> Ondulaciones en el crepúsculo iluminado por una gran estrella
> Solo en la rama del abeto, invariable su chasquido,
> Absorto en su melancolía, sobrevuela el cántaro castaño del crepúsculo
> El valle se hace más oscuro, olvida más y más cosas:
> Así sería conmigo si el olvido fuera voluntario.

Allí, en el centro de todas las cosas vivientes, cantantes, florecientes, vivía solo y se sorprendía de que la gente lo creyera solitario. Su mujer había muerto años atrás. Su hija estaba casada y vivía entre Box Hill y Leatherhead. Su hijo, que vivía en Londres, lo visitaba cada quince días.

—No me siento en absoluto solo —me dijo—. Tengo mis libros y mis pensamientos y además, nunca estoy solo con la naturaleza y los pájaros y bestias e insectos, y los bosques y los árboles, en los cuales encuentro compañía permanente.

Y en esta ocasión fue más allá que nunca:

—Veo —dijo— la revelación de Dios al hombre en la historia del mundo, y en la experiencia individual de cada uno de nosotros el triunfo progresivo de Dios, y [en] el trabajo de la ley mediante el cual el error labra su propia destrucción. No puedo resistir a la convicción de que en el mundo hay algo más que la naturaleza. La naturaleza es ciega. Su ley actúa sin tener en cuenta los individuos. Le importa sólo el tipo. Para ella, vida y muerte son la misma cosa. Trabaja sin cesar, siempre para la mejora del tipo. Si el hombre le fallara, crearía otro ser; pero soy reacio a admitir que nos haya fallado y tampoco veo evidencia ninguna de que así sea. Haríamos bien —agregó pensativo— en aprender a este respecto la lección de

la naturaleza y dejar de dedicarnos a los individuos, para permitir que nuestros intereses vayan más allá de la especie. Alcanzaríamos una mayor felicidad, en especial si dejamos de preocuparnos tan exclusivamente por el Yo individual. Habitualmente, la felicidad es una cosa negativa. La felicidad es la ausencia de desdicha.

Creo que en este fragmento Meredith toca cosas muy altas: «En el mundo hay algo más (y superior) que la naturaleza». Hago constar los mayores logros de la fe de Meredith, que comparto. Para mí esta vida es todo lo que el hombre sabe o puede suponer; pero en amor y crecimiento espiritual es indudablemente un don incomparable y superior a lo que conocemos como naturaleza. Son los Wallace y los Meredith los que me la han hecho divina y tal vez en mi momento yo haya contribuido a hacerla más estimable para ciertos compañeros más jóvenes.

De los dos, siempre me sentí más cerca de Meredith que de cualquier otro hombre que haya conocido personalmente.

Capítulo 6

La señora Redfern no se resignaba al fracaso o tal vez fuera que el fracaso no le reportaba dinero suficiente. En cualquier caso estaba resuelta a complacer mi fantasía errabunda, si era posible. Poco después de sus primeras presentaciones desafortunadas en Bombay, comenzó a hablarme de una muchacha maravillosa que era bastante independiente pero que, a los dieciséis años, pronto se vería obligada a elegir entre un amante o un marido.

—Algunas esperan mucho más —objeté.

—No en este ambiente —dijo ella—. Cuando una chica de dieciséis años ve a su alrededor niñas de diez o doce años que ya hacen el amor, su castidad comienza a preocuparla, se lo aseguro. Pero quiero estar segura de que le hará el mejor de los recibimientos porque es muy bonita.

Me interesó y lo convinimos para una tarde. Arreglé la sala con flores, frutas y vino, y la verdad es que cuando llegó la señora Redfern con su *protégée*, quedé estupefacto. La chica se vestía a la moda inglesa y sin embargo era demasiado oscura como para ser inglesa: no obstante, hablaba inglés sin acento. No pude evitar preguntarle si era inglesa.

—Medio inglesa —dijo, y después supe que su padre era un funcionario inglés y su madre una india de buena familia. Su nombre era May y lo merecía. Era realmente muy bonita y sus modales amables y receptivos aumentaban el efecto de su belleza. La señora Redfern desnudó a la muchacha en mi presencia y me hizo observar que estaba totalmente depilada. En realidad, parecía estar bastante enamorada de la chica. Besó apasionadamente su cuerpo y me dijo que era una *Padmini*, o

niña-loto,

y cuando le pregunté qué quería decir eso, afirmó que el *Yomi* de la muchacha era como el capullo de una flor de loto, y que su *Kama-salila* o flujo amoroso, tenía el perfume de una azucena apenas abierta. Su elogio se hizo tan lírico que parecía que fuese ella la

amante, y la verdad es que el cuerpo de la muchacha merecía las alabanzas. El único defecto era su piel más bien oscura. Pero no había rastros de ese olor ratonil que habitualmente exudan las mujeres indias.

Pronto dije adiós a la señora Redfern y algo más tarde me convencí de que May, aunque no era virgen, estaba bien dispuesta hacia mí gracias a los extravagantes elogios de mi persona hechos por la Redfern. Decidí hacer todo lo posible por complacerla. En consecuencia, jugué con ella hasta que perdió todo el miedo y comenzó a entregarse al deseo. Y después de haberla gozado, haciéndola gozar a mi vez, la sonsaqué preguntándole sobre su vida y descubrí que había sido muy solitaria. Un funcionario no comisionado, un indio con su esposa, había sido designado por su padre como tutor. Su padre le pasaba una pequeña pensión. Y así había vivido entre dos civilizaciones contrastantes, por decirlo así, comprendiendo ambas y sin amar a ninguna. El indio, dijo era más cariñoso que el inglés pero no tenía ni idea de moral sexual. Supe que había sido educada en un templo, como novia del dios Brahma, y que los sacerdotes le habían enseñado todas las maneras y artes del amor. En realidad, sólo se había entregado a la señora Redfern esperando que yo la cuidaría o al menos la liberaría del servicio del templo. Por supuesto, prometí hacer lo que pudiera, y con ayuda de la señora Redfern descubrí que la tarea no era complicada. El padre inglés había puesto la pensión bajo el control de la chica después de los dieciséis años. Pronto la puse al cuidado de la señora Redfern, que la quería verdaderamente.

Durante más de un mes, viví entre Winnie y May y estaba más que contento con mi suerte. Winnie era mucho más fuerte y resuelta, pero May era más sensual y su entrega y gentileza eran increíblemente emocionantes. Cuando la decepcionaba, sus grandes ojos se llenaban de lágrimas, mientras que Winnie se enojaba y se volvía destructiva. Sin embargo, ambas me daban un placer intenso y a menudo pensé en reunirlas. Antes de que se realizara esta idea, la señora Redfern me había hecho una nueva propuesta.

Naturalmente, estaba ansiosa por ganar todo el dinero posible, de modo que un día hizo un gran alboroto con algo que esperaba traerme y que, según ella, me sorprendería.

—Sólo lo tienen en las mejores casas —declaró.

—¿Qué es? —inquirí.

—Lo llaman el erizo —contestó—, pero eso no le dirá nada. Si puedo conseguirle uno, tendrá que admitir que la India le ha enseñado algo que vale la pena saber.

Unos días más tarde, me presentó un «erizo»: era un anillo de plata con una cantidad de plumas muy diminutas y finas en todo el contorno. El anillo no estaba cerrado, y la señora Redfern lo deslizó en mi pulgar y dijo:

—Ahí tiene. Si lo usa, enloquecerá a las muchachas.

—¿Quiere decir —pregunté— que si me lo pongo les daré más placer?

—Pruebe —dijo—. No les diga nada, pero haga la prueba y pronto verá que he hecho de usted un obrador de maravillas.

—Muy bien —dije—, le estoy muy agradecido, y si resulta usted ser una buena profetisa, seré generoso.

—Estoy segura de ello —sonrió—, pero si lo probara la segunda vez en lugar de la primera, me sentiría más segura aún.

—¿Y por qué la segunda vez? —pregunté.

—Sabe usted perfectamente bien —exclamó, riendo—, que nueve de cada diez chicas sienten más la segunda vez que la primera, y si usa mi «cosquillero» cuando ya están excitadas, obtendrá resultados magníficos.

—Lo probaré hoy mismo —dije—, y mañana le haré saber lo que ha pasado.

—Muy bien —contestó—, eso me viene bien y mientras tanto, estoy detrás de otro instrumento que le sorprenderá todavía más y enloquecerá a las muchachas.

—Perfecto —dije riendo—, gracias a usted creo que la India me enseñará algo.

—Es el país más grande del mundo —dijo solemnemente— en lo que se refiere a herramientas del amor o comidas o excitantes. Aquí saben más sobre sensaciones sexuales y cómo intensificarlas, que en ningún otro lugar del mundo. Pruebe y verá.

Esa tarde venía Winnie a pasar un par de horas conmigo. Al comienzo parecía menos apasionada que de costumbre, pero después de una media hora de flirteo, cuando pensé que había alcanzado la mayor excitación, me puse el anillo y emprendí el ensayo final.

Un instante después supe que la señora Redfern tenía razón. Casi de inmediato Winnie se abrió febrilmente y pronto comenzó, por primera vez, a mover incontroladamente su cuerpo y emitir extraños sonidos, gimiendo y jadeando.

—¡Oh, no puedo soportarlo! ¡Oh, basta, por favor, me vuelvo loca! ¡Oh, oh!

Yo también había terminado, de modo que me quité el anillo y propio Winnie comenzó a hacer preguntas.

—¿Por qué nunca había sentido tan intensamente antes? Hoy no me sentía especialmente dispuesta, pero me hiciste perder el control. Nunca había gozado así. Oh, eres maravilloso, Frank, soy toda tuya, sabes, pero ahora me has vuelto loca. ¿Cómo te las arreglaste?

Por supuesto, guardé mi secreto. Allí empezó para Winnie y para mí una serie de experiencias sorprendentes. La pasión provoca pasión, y cuando uno da un placer intenso, se le pide que pruebe otra vez. Y probé una y otra vez, y siempre con un nuevo descubrimiento. La he oído gemir:

—Oh, estás en mí y es el paraíso. Mi útero se abre para ti y al mismo tiempo me excitas tanto que podría morderte. Cuando soy toda tuya, me haces sentir con más intensidad. No puedo explicármelo.

Al mismo tiempo, observé que al tiempo que aumentaba su pasión, crecía también su amor. Cada vez sentía mayor devoción por mí y esperaba horas para verme. En realidad, fue esta absoluta devoción la que condujo a nuestra separación.

Estaba resuelto a probar el anillo con May tan pronto como fuera posible. De un modo u otro estaba seguro de que su respuesta sería extraordinaria, porque si bien hasta entonces nunca había conseguido hacerle perder el control, sabía que estaba bien dotada para ello. Sus besos prometían mucho y después de besarnos un rato solía temblar de pies a cabeza. Decidí utilizar el anillo en el momento apropiado. Le rogaría que viniese temprano y pasara conmigo una noche deslumbrante.

Al día siguiente, le di a la señora Redfern cincuenta libras y le pedí que trajera a May esa noche. Me dijo que no era posible, que si yo deseaba tener a May toda la noche se necesitaba planearlo con dos días de anticipasen y pensar en alguna excusa. Lo hice y se

arregló. El día fijado estaba listo. Pero al comienzo May me decepcionó. La había excitado antes de ponerme el anillo, pero no respondió tan rápidamente ni con tanta pasión como lo había hecho Winnie. No obstante, y para mi sorpresa, adivinó cómo era el instrumento. Los sacerdotes la habían educado sexualmente para comprender esas cosas. Me dijo que cuando una mujer estaba embarazada no se usaba nunca, porque se suponía que excitaba en exceso. Pero cuando le daba un vestido y un sombrero nuevos, obtenía de ella una respuesta entusiasta; May era mucho [más] susceptible a la gratitud que a la pasión.

Qué diferencias curiosas hay entre las mujeres. Winnie aceptaba ese tipo de regalo con normalidad, pero respondía a un nuevo matiz de sensualidad como un violín al arco. Siempre he dicho que Winnie me entusiasmó tan completamente que por su causa no llegué a saber más cosas sobre la India. Me obsesionaba hasta tal punto, que no podía dedicar tiempo a nada y a nadie.

Pero por desdicha su devoción dio qué pensar a su familia. Una vez su padre la hizo seguir hasta mi hotel y finalmente su madre vino a verme y me rogó, por el bien de la chica, que me fuera y la dejara, porque de otro modo nunca se casaría. Finalmente consentí y me fui a Birmania.

Allí, en Rangún, comenzó para mí una nueva serie de experiencias que me convencieron de que las semivírgenes birmanas están entre las más fascinantes del mundo, así como son las más bonitas y mejor formadas. Además, son baratas. Sus padres las venden entre los trece y los dieciséis años y rara vez llegan a costar veinte libras. Pero mi pasión había quedado agotada con Winnie; Japón y la China me llamaban y, además, mi tiempo era limitado, de modo que decidí continuar mi camino, pero no sin haber observado en todo el oriente la costumbre practicada por ingleses y americanos de vivir con mujeres nativas y tener hijos mestizos. El niño o la niña eurasianos de Birmania son con frecuencia excelentes especímenes, no sólo física sino también mentalmente, pero la suerte de la niña es casi siempre desgraciada y a menudo trágica.

Capítulo 7
¿Puede probarse la inmortalidad individual?

Durante el cuarto de siglo que pasé en Londres, hubo por lo menos dos hombres de conocida capacidad que proclamaron la certeza de una vida después de la muerte. Uno era un tal señor Sinnett que predicaba en una nueva revista Remada «Broad Views». «Conozco gente —decía audazmente— que no sólo recuerda sus vidas pasadas sino que está en condición, si valiera la pena, de escribir un diario completo de cada día de esas vidas prenatales. Todas las personas poseerán esa facultad a su debido tiempo».

El señor Sinnett insistía en que toda alma que nacía al mundo en ese momento, estaba fuera de él desde 1500 a 2000 años antes. En consecuencia, todos somos contemporáneos de los Apóstoles y los Césares, y las autobiografías prenatales de algunos de nosotros resultarían interesantes. La doctora Anna Kingsford creía que era la reencarnación de Platón y se decía que la señora Besant era Hypasia vuelta otra vez a la vida. Pero estas son meras declaraciones.

El señor Sinnett adelanta

> lo que le sucede al alma después de la muerte del cuerpo. Las experiencias que tienen lugar primero cuando un alma humana se emancipa de la prisión de la carne, no son de un orden muy exaltado. A medida que la consciencia se desvanece del vehículo físico, se lleva con ella la fina envoltura de materia astral que durante la vida ha penetrado el vehículo físico, más ordinario, y esta envoltura, etérea pero todavía bastante material, existe por un tiempo en la región llamada comúnmente el plano astral.
>
> En el plano astral el alma —en un vehículo de consciencia no susceptible al calor o al frío, incapaz de fatiga, no sujeto a gasto y, por lo tanto, por encima de la necesidad de tomar alimentos— continúa existiendo durante un período variable que eh muchos aspectos es tan semejante a la vida que se acaba de abandonar, que la gente ignorante casi no puede creer que están, como se dice, muertos. Pero ese estado de cosas, a medida que se hace familiar y que se amplía el campo de visión, puede ser bastante agradable y asociarse con la renovación de

> amistades y afectos interrumpidos durante un tiempo por la muerte, pero no es el estado de cosas que corresponde al Cielo de la prédica religiosa…
>
> Nada que se haya dicho desde el punto de vista religioso sobre la beatífica condición del alma en el Cielo, implica exageración alguna. Por el contrario, el hecho básico relacionado con la existencia en el plano de la naturaleza correspondiente al Cielo de la teología es la beatitud absoluta, completa y sin mezcla.

Pero sin duda los métodos de la naturaleza atienden a todos los casos, y no sólo a los de la aristocracia espiritual. ¿Qué tendríamos que pensar de la condición en el cielo de, por ejemplo, un carbonero borracho, cuya vida terrena no ha sido precisamente meritoria? El señor Sinnett podría contestar que incluso en la vida de un hombre como ese puede haber pequeños destellos de sentimiento espiritual, algo que se parezca al amor por una mujer o un niño.

El señor Sinnett termina afirmando que esta teoría suya «no es en absoluto una "teoría", sino un hecho de consciencia muy real». Sin embargo, para la mayor parte de nosotros sigue siendo sólo una teoría y apenas plausible.

Es evidente que toda la hipótesis depende de los biógrafos prenatales, y estos brillan por su ausencia.

La segunda persona que predicó la vida eterna fue un tal Frederic Myers, mucho más científico que Sinnett, si se me perdona que utilice esta palabra para nombrar a cualquiera de estos soñadores. Su libro, *Human Personality and its Survival of Bodily Death*, es, según él, el resultado de treinta años de estudio y reflexión muy serios sobre este tema.

Myers declara que «los mensajes de los que parten y los que ya se han ido realmente probaron: a) la supervivencia pura y simple; la persistencia de la vida del espíritu como ley estructural del universo; la herencia inalienable de cada alma, b) En segundo lugar —dice—, estos mensajes prueban que entre el mundo material y el mundo espiritual existe de hecho una avenida de comunicación; la que llamamos el despacho y la recepción de los mensajes telepáticos o la emisión y la respuesta a la plegaria y la súplica, c) En tercer lugar, prueban que el espíritu superviviente mantiene, al menos en alguna medida, los recuerdos y amores de la tierra. Sin esta

persistencia del amor y la memoria, ¿seríamos realmente los *mismos*?». Finalmente, declara que «todo elemento de la sabiduría individual, la virtud [y] el amor, se desarrolla en evolución infinita hacia una esperanza siempre más elevada; hacia Aquél que es al mismo tiempo tu Yo más interno y tu Deseo siempre inalcanzable».

Pero todo esto se apoya en liases frágiles, en realidad son simples afirmaciones. La teoría toda es tan fantástica y absurda como la de Sinnett. Sólo demuestra el intenso deseo humano de volver a vivir después de esta vida, pero después de miles de años de estudio no tenemos ni la más ligera prueba de tal existencia.

Algo más tarde, hubo un testimonio de mayor peso. Sir Oliver Lodge sucedió a Frederic Myers como presidente de la Society for Psychical Research, y unos años más tarde, como representante de la British Association, realizó algunas declaraciones sorprendentes que su posición en el mundo de la ciencia hizo extremadamente importantes. Afirmó audazmente que «la personalidad persiste más allá de la muerte corporal». Muy poco tiempo antes, el señor Bergson en un discurso a la Society for Psychical Research, hizo una afirmación en el mismo sentido. Pero Lodge fue más allá y sus palabras tenían peso. Dijo: «En mi opinión, la evidencia prueba que esa inteligencia desencarnada puede, en ciertas condiciones, interactuar con nosotros en el lado material, entrando así indirectamente en nuestro campo científico; y que podemos esperar alcanzar gradualmente cierta comprensión sobre la naturaleza de una existencia mayor, tal vez etérea, y de las condiciones que regulan el intercambio a través del abismo. Un cuerpo de investigadores responsables ha llegado a las traicioneras pero prometedoras playas de un nuevo continente. Sí, se pueden decir muchas más cosas. Los métodos científicos no son el único medio, aunque sea el nuestro para guiarnos hacia la verdad. *Uno itinere non potest pervenir e ad tam grande secretum*».

Se le preguntó si podía hablar de sus investigaciones.

—Todavía no —contestó—. Hay que esperar un poco más, pero estoy convencido de que los que están del otro lado tratan de hablarnos y que están haciendo todo lo que pueden por ayudarnos.

Y continuó: «Cuando llegue el tiempo en que los hombres no sólo piensen o esperen sobrevivir a la muerte, sino que *sepan* que será así, que lo sepan como un hecho de la vida, muchos de

nuestros problemas se resolverán por sí solos. Porque es inconcebible que hombres así convencidos de su Inmortalidad carezcan del espíritu de solidaridad; es inconcebible, sin duda, que se atropellen los unos a los otros, luchando por goces materiales que implican sufrimiento para su prójimo. Creemos, como creía Cristo, que la Hermandad entre los hombres depende absolutamente de la fe en una Paternidad divina; la labor de Cristo consistió en persuadir a los hombres para que creyeran en la existencia de un Dios, con el objeto de que pudieran vivir sobre la tierra como hijos de un Padre. Porque hemos dejado de creer en la Inmortalidad, porque hemos llegado a no sentir curiosidad sobre la vida después de la muerte, la vida, aquí y ahora, ha tomado las peligrosas características que en este momento preocupan a los políticos. La existencia social está organizada casi totalmente sobre una base animal; la lucha por la existencia es todavía una de nuestras principales preocupaciones; la dignidad de la vida tiende a desaparecer más y más con la estabilidad del orden social; ahora, los hombres ya no están tan interesados en el *carácter*, en los valores reales, como lo están en el dinero y la diversión. He ahí por qué considero tan meritoria la investigación psíquica; es una labor que debería desembocar en la restauración, para la humanidad, de un sentimiento de Infinitud, ese sentimiento de la grandeza y la dignidad de la existencia, sin el cual la poesía deberá perecer y la imaginación agotarse, sin en el cual la especie humana se hunde en una condición miserable de degradación animal».

Estas son palabras de peso. En nuestra época no hay otro ejemplo de pronunciamiento tan digno y sin embargo, aunque me gustaría creer que «la personalidad persiste después de la muerte», y aunque creo que toda bondad proviene de la fe, no puedo creerlo. A menudo desearía poder hacerlo.

Estoy mucho más de acuerdo con Maeterlinck, que escribió una serie de artículos sobre «La vida después de la muerte» para la «Fortnightly Review» en 1913. Comienza declarando que «no es reacio a admitir la supervivencia y que la intervención a través de lo que puede sucederle a mi yo en el corto intervalo ocupado por el uso de su nombre, pueda probar que los muertos existan realmente».

Y resume: «Los espiritualistas siguen las huellas de nuestros

muertos durante unos segundos, en un mundo en el que ya no cuentan los segundos; y después los abandonan en la oscuridad».

Y continúa: «Sigue siendo un hecho que la incapacidad para ir siquiera unos años más allá disminuye mucho el interés de sus experimentos y revelaciones. A lo sumo, es un corto espacio ganado, y nuestro destino no va a decidirse por este jugueteo en los umbrales. Estoy dispuesto a acompañar a los muertos, pero es por el espíritu o mediante aquéllos que hacen estas revelaciones, que estoy transitando incluso ahora mismo lo que le sucede a mi vida. Mi destino no está allí, y tampoco mi hogar. Los hechos que se informan pueden ser genuinos y probados, pero lo que es todavía más seguro es que los muertos, si sobreviven, no tienen mucho que enseñarnos, bien sea porque en el momento en que pueden hablarnos no tienen nada que decirnos, o porque en el momento en que tendrían algo que revelarnos ya no pueden hacerlo, sino que se retiran para siempre y nos pierden de vista en la inmensidad que están explorando».

Hasta Maeterlinck parece creer más de lo que puedo creer yo.

Es verdad que Alfred Russell Wallace creía devotamente en una vida después de la muerte y creía también, como ya he dicho, que había una comunicación permanente entre los muertos y los vivos. Pero yo me esforcé en vano por oír y he seguido siendo siempre un escéptico declarado. También Meredith, otro hombre sabio, creía en una Divina Providencia y en la gradual desaparición de todo lo fallido o erróneo. Difícilmente podría alcanzar yo esa altura de fe. He visto que los hombres sabios eran instrumento del bien en esta vida y podrían todavía llevar esta vida terrena a un elevado plano de goce y crecimiento espiritual. Pero incluso esto me parecía dudoso y no pude encontrar en la naturaleza ninguna señal de Dios y ninguna esperanza de una vida después de la muerte. El escepticismo formaba parte de mi naturaleza.

No me sorprende que el profesor Metchnekoff, uno de los más grandes científicos modernos, declarara que «desde el despertar del espíritu científico en Europa, se ha comprendido que la promesa de una vida futura carece de base fáctica que la apoye. El estudio actual de las funciones de la mente ha demostrado más allá de toda duda que éstas dependen de las funciones del cuerpo, en especial de aquellas del sistema nervioso central».

No puedo comprender por qué vacilamos en explicar la vida según nuestro conocimiento actual. En la Vida no hay rastros de un Dios omnipotente o todo bondad. Pero en todas partes, en animales tales como los insectos, en los pájaros como en los peces, hay abundante evidencia de un impulso creativo, un impulso que es la fuente principal de nuestros placeres corporales y es al mismo tiempo el alma, por decirlo así, de nuestras mayores alegrías espirituales. Negar este impulso creativo universal sería tan ridículo, me parece, como hablar de bondad en la creación.

Hay otros dos hechos que parecen coincidir mejor con nuestros deseos. Al parecer podemos trazar una jerarquía de las criaturas vivientes y es bastante claro que el ejercicio de la vida se corresponde con ella; es decir, cuanto más perfectas o complicadas son las criaturas, más viven. Además, en el punto más alto de esta jerarquía, los hombres y mujeres son también los más amables, los menos egoístas. En resumen, los más morales o más bien los únicos de quienes se puede decir que son seres morales.

Tenemos entonces en la vida un impulso creativo universal y este impulso se satisface produciendo criaturas cada vez más perfectas; o, si se quiere, más y más complicadas, y estas criaturas, en proporción a su complejidad, viven más que las otras y finalmente desarrollan una moral de afecto y generosidad de la cual las otras criaturas saben poco o nada.

Hay un cierto orden en el universo, un orden rudo e imperfecto, si se quiere, pero un orden; orden y ley.

Y por extraño que resulte decirlo, en este cosmos gobernado por la ley hay continuas revelaciones de belleza pura: un amanecer o una puesta de sol; una costa enmarcando un océano azul oscuro, transfigurado por la luz de la luna; o la garganta de una montaña cubierta de pinos y las sombreadas profundidades donde se ve un arroyuelo; o sencillamente una hermosa estampa de hombre o el destello del alma en los ojos de una muchacha. Belleza por todas partes, como si se hubiera producido por casualidad, sin objetivo alguno, sin orden o ley que podamos discernir.

Ahora bien, ¿se satisfará este impulso creativo con los hombres y las mujeres y cesará de actuar? Esta es una pregunta que no podemos contestar desde la experiencia. Algunos dicen que el impulso creativo está obligado, por su naturaleza misma, a una

interminable sucesión de ciclos. No veo razones para creerlo; más bien creo que más pronto o más tarde los mejores hombres se reunirán y transformarán este mundo nuestro en un paraíso terrestre, haciendo a hombres y mujeres mejores y más sabios de como podemos imaginarlos hoy. ¡Parece tan sencillo comenzar aboliendo las guerras y desprendiéndose de los ejércitos y las armadas, gastando el dinero así ahorrado en la educación y desarrollo de la mayoría! De este modo, terminaríamos con la pobreza y ya no sabríamos más sobre el millonario o el niño hambriento, y cada paso ascendente hacia el progreso simplificaría el paso siguiente, asegurando el bien resultante. Si nos ponemos al trabajo, el cielo soñado por «los espías de Dios» puede hacerse realidad aquí en la tierra y durante la vida humana.

Es imposible no hacerse la siguiente pregunta: ¿tendemos a este objetivo o estamos simplemente confundiendo nuestros deseos con el espíritu y objetivo del universo? Aun así, podría ser que nuestros deseos generosos sean proféticos.

Parece como si el impulso creativo que hemos encontrado por todas partes esté trabajando para su propia realización. ¿De qué otra manera, si no, podríamos explicarnos el hecho de que, siglos después de su muerte, se elija y adore como dioses a los mejores hombres, transformando en ejemplo e inspiración sus enseñanzas?

En verdad, los hombres somos llamados y elegidos para un propósito más elevado que nuestra consciencia, y el impulso creativo, si no un Dios, es al menos una lucha consciente por alcanzar lo más alto. Y debemos cooperar con este impulso y hacer lo posible porque esta vida sea digna de ser vivida por todos, transformando así a hombres y mujeres en ideales y a este peregrinaje terrestre en una realización sagrada.

Capítulo 8

A menudo me han preguntado por qué fui tan frío en relación con las mujeres nativas durante mis viajes africanos. He visto muchachas zulúes y también swahilis con cuerpos soberbios, y las estatuas de ébano me atraen con tanta intensidad como las estatuas de marfil. ¿Cómo pude, entonces, vivir entre los negros en los términos más amistosos sin ceder nunca a la pasión? No tengo una explicación razonable que ofrecer, excepto que las razas de color no me atraían y cada vez que una muchacha de color me hacía una insinuación y me seducía a medias, los primeros contactos bastaban para eliminar el deseo naciente.

El sexo en los negros, sea macho o hembra, es mucho más grande que en los europeos, y necesitan más tiempo para excitarse. Cuanto más desarrollada es la mente, más rápida es la respuesta a la pasión. En resumen, el negro me parecía, en todos los aspectos, inferior al blanco. Por supuesto, si me hubiera gustado alguna de las negras hubiera sido fácil reparar las desproporciones físicas —unas inyecciones de alumbre hubieran reducido rápidamente el tamaño de su sexo—, pero nada hubiera podido mejorar la menor sensibilidad nerviosa o elevar a la raza inferior al nivel intelectual y sensible de los europeos.

En el África central, las negras comparan a menudo al amante blanco con un gallo. «Apenas ha comenzado y ya se termina todo», mientras que se compara al negro con un perro que prolonga indefinidamente el espasmo. Según mi experiencia, las muchachas de color preferían a los de su clase, y a menudo las cuarteronas admitían que preferían negros a cualquier otro amante. Como es natural, cuando digo esto estoy pensando sólo en el acto. El amante blanco utiliza el cerebro y el corazón para ganarse a su amada y con frecuencia produce más emoción con una palabra o una idea que con cualquier acto, mientras que el cortejante negro apenas pierde un momento en halagos o insinuaciones preliminares. Puede considerarse verdadero el hecho de que la sensibilidad genital del

cortejante negro puro no es tan grande como la del hombre blanco. Por estas razones y otras muchas —entre las cuales la principal era el olor ratonil de la raza de color—, fui casi inmune a la tentación durante todo el tiempo que pasé en África.

Por supuesto, los problemas eran menores en el caso de cuarteronas o mulatas muy claras, pero siempre que notaba la presencia de sangre negra, me enfriaba. Las negras y mulatas parecían rechazar los juegos amorosos. Los besos eran apenas tolerados y la sodomía universalmente condenada. Sin embargo, a menudo me entretuve mirando a mujeres y muchachas negras en su relación con bóers o con hombres de su raza. Sus celos y pasiones era una continua fuente de interés para mí.

Múltiples veces me he divertido con las incongruencias de su modestia. He encontrado más de una tribu del África central en la cual las mujeres y muchachas iban completamente desnudas por delante, mientras que cubrían celosamente la parte de atrás, de manera similar a las mujeres egipcias y árabes, que cuando son sorprendidas por hombres levantan su traje para ocultar sus ojos, mientras exponen el sexo. Los nativos de Tasmania van por ahí, incluso entre la raza blanca, completamente desnudos y al parecer esto no les preocupa en lo más mínimo. Pero cuando se sientan con los hombres, se cuidan de colocar el talón derecho de modo tal que oculte su sexo.

En Constantinopla las mujeres se depilan continuamente y no se sienten más avergonzadas de su desnudez que de sus manos desnudas. No encontré estas diferencias en la India, aunque la modestia no era muy notable, mientras que en China brillaba por su ausencia. En China se ha estudiado la sexualidad más que en cualquier otro lugar del mundo.

Fue en Shangai donde aprendí que hay varias drogas y alimentos que se supone que aumentan el deseo o intensifican la sensación, pero no puedo decir que los haya encontrado eficaces. En realidad, llegué con el tiempo a explicarme la curiosa insensibilidad de las mujeres chinas por el uso de estas drogas. En primer lugar, me dijeron que fumar opio producía el doble resultado de avivar la sensación y prolongarla. Pero una y otra vez fumé las 20 pipas prescritas sin alcanzar ninguno de estos objetivos. Entonces alguien me dijo que hubiera debido probar cocaína, pero la encontré tan

inoperante como el opio. Finalmente, un médico inglés que hacía años vivía en Pekín, proclamó los beneficios del éter, y en este caso debo decir que yo también pude advertir una clara estimulación del deseo, pero este buen resultado fue desplazado por el pésimo efecto de la droga en sí misma. Durante el par de días posteriores a haberla probado, me sentí enfermo y desanimado. En resumen, no vale la pena recomendar ninguna droga.

Y los alimentos y bebidas excitantes fueron tan decepcionantes como lo anterior.

Es posible aumentar el tamaño del órgano masculino, así como lo es disminuir el del femenino, pero, salvo en un sádico, no puede decirse que se pueda confiar en un aumento del placer.

Un día, en Pekín, me mostraron un aparato que merece descripción, porque su objeto era el de dar placer a las mujeres chinas. Consiste en una bola oblonga o más bien una especie de huevo de plata o marfil, del tamaño de un huevo de gallina pequeño. La mujer destornilla la parte superior del huevo y lo llena hasta la mitad con mercurio, luego vuelve a cerrarlo y lo engrasa con cuidado.

La mujer se lo mete en el sexo y se estira en una mecedora, imprimiéndole un balanceo hacia adelante y hacia atrás. Este balanceo provoca el movimiento alternado del mercurio hacia uno y otro extremo del huevo, haciéndolo deslizarse por el canal y produciendo un tipo especial de excitación sexual. El extremo oblongo facilita el desalojo del aparato cuando la mujer se pone de pie.

Durante mucho tiempo tuve en mi poder uno de esos huevos. En realidad, tenía varios, pero los he regalado. Varias veces los probé y descubrí que tenían un efecto maravilloso.

Fui a China lleno de esperanzas; la abandoné más desilusionado de lo que puedo expresar. Consideraba a
Lao-Tsé
uno de los más grandes pensadores; sabía que aquí y allí había magníficas obras de arte; estaba seguro de que conocería hombres y mujeres que se movían en los niveles más elevados de la vida; y debo confesar que estaba seguro de que por lo menos una mujer me depararía horas inolvidables. Bien, en mi segunda visita a China pasé casi un año en el país. Jamás conocí a un gran hombre, ningún

Rabindranath Tagore, y tampoco a ninguna mujer que pudiera merecer un lugar en mi galería de retratos.

Sin embargo, algunas cosas me llenaron de admiración. Conocí a un hombre en el norte de China que poseía las más bellas alfombras del mundo. Me enseñó una que debo describir. Tenía unos trescientos años de antigüedad, era de colores azul profundo y paja, con una sorprendente profundidad de textura y colorido, y a través del centro del color azul había un sendero vacilante, de alrededor de un pie de ancho, en el que el color se había ido y quedaba un ámbar pálido. Cuando le pregunté qué significaba, contestó sencillamente: Ese era el camino que conducía a la silla del Señor, hollado por innumerables pies durante trescientos años.

También de vez en cuando, aunque raramente, escuché una frase o un pensamiento dignos del propio
Lao-Tsé.
Recuerdo bien que el amigo poseedor de las alfombras me dijo una vez que China era el país más moral del mundo.

—Una y otra vez —dijo—, hemos sido asaltados e invadidos. Siempre rechazamos al intruso, pero nunca conquistamos su país como venganza, como hacen los países europeos. Créame. Nosotros, los chinos, somos el único pueblo que está por encima de la venganza.

Me pareció una gran frase.

Cien veces me sorprendió la frialdad de las muchachas y mujeres chinas. Se entregaban fácilmente, con tanta sencillez como la india del mercado, pero ni siquiera fingían sentir ningún placer, y mucho menos un orgasmo. Después de algunos meses, comencé a mirarlas con total indiferencia. Cuando elegía una a causa de sus ojos, su boca o su piel, estaba seguro de que quedaría decepcionado, y mi temor se justificó en todos los casos. Por supuesto, no conocía la lengua y esto explica en parte la indiferencia de las mujeres. No obstante, sigo considerándolas como las más frías entre las hijas de Eva.

Algunas eran hermosas. Como regla general, sus ojos eran extraños y había pocos rostros que a un europeo pudieran parecerles idealmente bellos, pero de vez en cuando sucedía, y con mucha mayor frecuencia los cuerpos estaban perfectamente formados, incluso según nuestros gustos occidentales. Pero la

pasión, el verdadero sentimiento sensual, era más raro que la belleza del rostro. Sin embargo, alguna vez lo encontré también, y en los lugares más improbables.

Recuerdo que una vez fui a casa de una bonita mujer, en Pekín. Hablaba algunas palabras de inglés y me paralizó pidiéndome antes que nada su «pequeño regalo». En cogiéndome de hombros, le di un par de libras que parecieron complacerla, lo que me puso incluso en guardia. Decidí tomar todas las precauciones y usar un condón, pero cuando fuimos al dormitorio quedé atónito al encontrar allí, en la cama, a una niña de doce o trece años.

—Mi hija —dijo la mujer—. Es demasiado joven como para saber nada. ¿No le importa?

—No —dije, pero después de una hora de insomnio, vi que la niña me miraba con los ojos muy abiertos, sonrientes. En cuanto nuestros ojos se encontraron, se acercó más a mí y cuando yo tendí la mano, la puso contra sus senos. Como es natural, me volví hacia ella y, para mi sorpresa, encontré una amante extraordinaria, al mismo tiempo apasionada y devota, que aparentemente dominaba el arte del amor, porque no sólo se entregaba con completo abandono sino que buscaba al mismo tiempo excitar a su amante al máximo. Además, hablaba inglés mucho mejor que su madre y pronto llegué a la conclusión de que toda su naturaleza sexual se había desarrollado de manera anormal a causa de las prácticas de ésta. Cuando le ofrecí dinero no quiso aceptarlo, pero quiso saber en qué hotel paraba y el número de mi habitación y también si podía ir a verme al día siguiente y a qué hora. Por supuesto, fijé una hora y la esperé en la puerta. Y durante los meses que pasé en Pekín, la vi casi todos los días. Me convenció de que la pasión y la devoción, la esencia del amor, no eran desconocidas en China.

Por extraño que parezca, quería un niño, pero en eso no pude estar de acuerdo.

—Si tuvieras un niño —dije—, quedaría atado a Pekín para siempre, y debo irme.

—Entonces no me amas —fue su respuesta.

—Oh, sí, te amo —contesté, pero sentía que su argumento era más sólido. Un día me dijo que tenía catorce años y su madre le había pedido dinero. Naturalmente, se lo di a manos llenas. Era una amante adorable. Una noche quiso saber si me gustaría que se

depilara por completo, como la mayor parte de las mujeres.

—No —dije.

Me gustaba más tal como era, pero ella continuó muy seria:

—Tengo el ungüento y si tú lo dices, lo usaré. Sabes, no hay nada que no haría para conservar tu amor. Nada.

Separarme de ella fue la tarea más dura que me tocó desempeñar durante mis viajes.

Afortunadamente, encontré un viejo banquero que le pasaba una pensión anual de mi parte, y tres años después se casó con un americano. Recibí a su debido tiempo una carta suya, donde me decía que era muy feliz e iba a tener un niño.

Antes de ir a Japón, pasé un par de meses en Hong-Kong, en casa de un amigo inglés y su esposa, pero la residencia en esta ciudad no me hizo ninguna impresión. Me dijeron que no encontraría nada que valiera la pena en Japón, pero en esto se equivocaron. Sin embargo, en ese momento me brindaron descanso y un cambio, y yo necesitaba ambas cosas.

Escribo francamente sobre estas cosas, porque creo que el puritanismo no sólo está muerto sino que merecería morir, y estoy convencido de que en el futuro se buscarán cada vez más los placeres carnales de todo tipo. Estamos llegando a una nueva comprensión de la vida y sus alegrías, de la misma manera que estamos alcanzando una comprensión más profunda de nuestro deber para con el prójimo. Estamos desarrollando un paganismo intensificado, o el culto del cuerpo, y al mismo tiempo ampliamos el nuevo mandamiento dado por el Cristo. Realmente, deberíamos procurar ayudar y beneficiar a nuestro prójimo de todas las maneras posibles, de la misma manera en que tendemos naturalmente a sacar todo el placer posible de la vida. La reconciliación de ambos credos en una síntesis superior será posiblemente la religión del futuro.

Capítulo 9

Mi demostración de que la guerra sudafricana le costó a Gran Bretaña más de 1000 millones y empeoró nuestras relaciones con Sudáfrica, me granjeó muchas enemistades en Inglaterra, pero es real que todavía no se han establecido de manera adecuada y cuidadosa los resultados desastrosos de la guerra. Permítanme agregar algunas evidencias nuevas.

En 1901, la comisión de policía de Londres informó que durante los doce meses durante los cuales lord Kitchener saqueaba, quemaba y devastaba Sudáfrica, los criminales llevaban a cabo operaciones similares en el corazón del imperio. En sólo doce meses los robos con fractura aumentaron en Londres en un cincuenta por ciento. Las falsificaciones también mostraron un aumento similar; los escalamientos aumentaron en un veintidós por ciento y los robos a tiendas en un quince por ciento. Y lo que sucedió con el crimen sucedió también con la ebriedad. El número de acusados de ebriedad en los cinco años que fueron de 1897 a 1901, mostraron en Londres un aumento del cincuenta por ciento con relación a los cinco años anteriores. El aumento de la vagancia fue aún más espectacular. En 1901, el número de vagos refugiado en el asilo registró un aumento del veinte por ciento, y en ese año el número era realmente cien por ciento más alto que la cifra de diez años antes.

La ola de pauperización, que durante el régimen liberal de paz había ido refluyendo, cambió de dirección completamente. En 1900 había un pobre por cada cuarenta y dos personas; en 1901, uno por cada cuarenta, y en noviembre de 1902, uno por cada 38,4. Y no menos ominoso es lo que nos dice la «Labour Gazette» con respecto al aumento del desempleo. Cuando comenzó la guerra, el porcentaje de parados calculado por los sindicatos era de poco más del 2,5. En noviembre de 1902, este porcentaje se había duplicado. La pobreza en Inglaterra, debida principalmente a las clases gobernantes del país, se intensificó con esta guerra sin sentido. Citaré otra

autoridad:

En 1904, Montague Crackenthorpe, dio en un artículo en «The Nineteenth Century», algunas cifras que merecen ser ampliamente conocidas. Probó que «de cada mil personas del Reino Unido, novecientas veintinueve mueren en la pobreza, y en Londres una de cada cuatro personas que muere, era sostenida por la caridad pública. En el Reino Unido, ocho millones de personas están al borde de la inanición, y otros veinte millones no viven confortablemente».

Todo hombre debería conocer estas cosas, pero ni un solo inglés en diez mil se interesa por ellas y ni uno en diez millones trata de comprender su significado profundo y mucho menos pensar en un remedio. Mientras tanto, Crackenthorpe compara a esta masa de miseria humana con «los criminales deportes ingleses»; las compañías falsas; el juego de todas clases; las 600 libras al año que gasta una mujer de sociedad sólo en pieles, guantes, zapatos y botas. Y resume: «La adoración de la riqueza en Inglaterra alcanza cotas que superan todo lo conocido».

Tal vez lo peor sea esta afirmación: «El pueblo de Inglaterra ha llegado a contemplar el hambre y el sufrimiento, que llaman "aflicción", como parte del orden social. La inanición crónica se da por supuesta».

No puedo dejar de agregar un cuadro que muestra el coste de los armamentos en cada uno de los primeros cinco años de este siglo:

Gran Bretaña gastó 69 000 000 de libras, el mayor presupuesto de ese tipo en el mundo.

La guerra sudafricana fue hecha por Inglaterra como para justificar el cobarde *raid* de Jameson, y tal vez estuviera bien que pagara por ello, pero los errores que cometió en Sudáfrica fueron más allá de lo creíble.

Durante la guerra sudafricana, Chamberlain cometió el error de elegir el peor lugarteniente posible. Lord Milner era partidario de luchar hasta que los bóers se rindieran incondicionalmente. Armó a miles de negros. Cerró las puertas de los campos de concentración sobre las miserables mujeres y niños cuyos hogares había incendiado y dejó que sus salvajes armados hicieran lo que les viniera en gana con los indefensos vagabundos. Creía que un poco

más de presión y estos métodos bárbaros darían como resultado una rendición incondicional.

Pero gracias a Dios el Rey fue más prudente. Estaba enfermo y cansado de la guerra. Habíamos devastado el imperio, dejándolo sin reclutas. La Paz de Vereeniging fue el resultado. Pese a lord Milner, la paz se firmó con condiciones, pero como el cumplimiento de las mismas se dejó en sus manos, los bóers afirman que la diferencia sólo estaba sobre el papel. La rendición con condiciones está muy bien, pero si las condiciones no se cumplen, esta rendición es prácticamente incondicional.

Tiempo después de la guerra sudafricana, encontré a Joseph Chamberlain en el vestíbulo de la Cámara de los comunes, y él se me acercó amistosamente y quiso saber por qué había rechazado su última invitación a cenar. Le dije que la causante de mi frialdad había sido la espantosa guerra sudafricana.

—Pensé que sería usted el mayor estadista inglés —dije—, pero tuvo usted la mala fortuna de elegir a Milner, y entre los dos han escrito una de las peores páginas de la historia de Inglaterra.

—Hice lo que creí mi deber —dijo—. Milner abusó de mis órdenes, pero ahora todo ha terminado.

—No para mí —dije—. Esa guerra marca el comienzo de la caída del imperio inglés.

—Lo siento —dijo y se volvió.

Pero ahora, un cuarto de siglo más tarde, no veo razones para modificar mi opinión, aunque Campbell Bannerman, mediante sus prudentes concesiones a los bóers, hizo mucho por enmendar las peores consecuencias del gobierno Chamberlain-Milner. Y por supuesto la guerra mundial tuvo consecuencias aún más desastrosas. Gracias a este último error, Gran Bretaña perdió el liderazgo de las naciones y ya no podrá recuperarlo, pese a la magnífica oportunidad que todavía tiene en África.

Muy pocos saben que África está constituida por tres zonas: la primera, bordeando el océano, que es insalubre salvo en el norte y en el sur; pero trescientas millas tierra adentro se llega a una tierra que está entre 1250 y 2500 pies por encima del nivel del mar, una meseta saludable bañada por el sol; y si nos internamos otras cien millas, se llega a la meseta central, entre 3000 y 5000 pies por encima del nivel del mar.

Esta meseta central es tal vez la parte más saludable e interesante del mundo conocido. Y ahora los ingleses poseen su totalidad, desde Jartum hasta El Cabo. Si quisieran gastar cien millones al año en transportar y mantener decentemente por un tiempo a sus desempleados en esta meseta central, recuperarían todas las pérdidas producidas por la guerra mundial en dos o tres generaciones y formarían un imperio africano mejor y más fructífero que los Estados Unidos.

Por lo que sé, hubo sólo un hombre que lo comprendió el señor Abe Bailey, que nació y se crió en Sudáfrica. Comprendió lo que podía hacerse. Tiene granjas al norte de Colonia de El Cabo, cerca de Colesberg; cubren un área de 200 000 acres. Cuando lo conocí hace años, tenía unos 3000 acres en cultivo. Pensaba en extender el área cultivada a unos 15 000 acres. En su mayor parte, sus posesiones estaban en tierras de Karrú[18].

—El de Karrú es el mejor suelo del mundo y capaz de un desarrollo increíble.

—Pensé que era tierra salvaje —dije.

—Es una tierra salvaje de riquezas no descubiertas —contestó—. Sólo necesita un cultivo inteligente para hacer de Sudáfrica uno de los mayores países granjeros del mundo.

—Pero allí no hay agua.

—Ese es el error —dijo el señor Bailey—. Yo he perforado noventa y tres veces en diversos lugares de mis granjas y siempre encontré agua, salvo una vez. A veces estaba apenas a catorce pies de la superficie, y el pozo más profundo que tuvimos necesidad de perforar fue de 135 pies. En algunos casos, el agua se eleva sola hacia la superficie, pero por lo general hay que extraerla con molinos de viento. En nuestra granja tenemos unos noventa molinos. Hay mucho viento y con su ayuda puedo calmar la sed de todo mi ganado en el mismo lugar en que pasta. Antes de mucho, espero tener quince mil acres sombrados con alfalfa. Cada año obtenemos cinco o seis cosechas de esta hierba y el año pasado, después de alimentar mi ganado, nos quedaron seiscientas cincuenta toneladas de alfalfa. Es maravilloso lo que puede hacer la alfalfa. Estimo su valor en siete libras el acre. No está mal para una tierra que hace siete años compré por diecisiete chelines el acre.

—¿No se agota el suelo? —pregunté.

—En absoluto. La alfalfa crece sola. Una vez que se ha sembrado alfalfa, sigue creciendo año tras años. Si se le proporciona agua, tendrá comida segura para el ganado.

—¿Qué tipo de ganado tiene en su granja?

—Estoy bastante orgulloso de la variedad de mi ganado. La mía es la única granja del mundo en la que puede encontrar hermosas ovejas, vacas, caballos, chivos de Angora y avestruces. Todos los animales progresan y son de lo mejor.

—¿Cree que hay en Sudáfrica mucha tierra tan productiva como la de su granja?

—Creo que yo me quedé con la mejor —contestó el señor Bailey —, pero hay millones de acres que son casi tan buenos, con cantidad de pastos que se arruinan y millas cuadradas de Karrú que no tienen agua por falta de molinos. Creo —agregó el señor Bailey — que mi granja ha demostrado en la práctica que se puede hacer de Sudáfrica uno de los países granjeros más ricos del mundo. Pero es preciso tener: 1) cerebro para administrar; 2) molinos de viento para obtener agua para el ganado; 3) presas que aseguren la irrigación de la tierra llana; 4) alfalfa para alimentar al ganado y 5) no criar nada que sea de calidad inferior. Si se atiene uno a estas cinco reglas, no puede equivocarse demasiado.

Si los ingleses le hubiesen dado poder a Abe Bailey, hubiera podido hacer de Sudáfrica un Eldorado.

Pero tenemos estadistas como Asquith y Grey, que pueden hacer una guerra mundial sin miedo, duda o vacilación, pero nadie que quiera intentar la construcción de un imperio a bajo coste. Sin embargo, con seguridad la meseta central africana será en el futuro un imperio, porque no sólo el clima es saludable, sino que el país es increíblemente atractivo y rico, soleado y fructífero durante todo el año, sin ser demasiado caluroso aun en pleno verano y sobre la línea del Ecuador.

El gran acontecimiento de enero de 1906 fue la aplastante derrota del partido que había hecho la guerra sudafricana. El gran acontecimiento de febrero fue el restablecimiento en Westminster de un Parlamento que en todo sentido representaba al corazón de la nación. Durante años el Parlamento había ido descendiendo en la estimación pública. En los últimos años del ministerio Balfour, había llegado a ser tratado con desprecio. Ahora todo eso había

cambiado. Westminster volvía a vivir. Hasta los pares mostraban síntomas de nueva vida.

El discurso del Rey, que tenía una longitud considerable, contenía el anuncio muy bienvenido de que ese año se establecería tanto en el Transvaal como en el Estado libre de Orange un gobierno responsable, en la esperanza de que «la concesión de instituciones libres producirá mayor prosperidad y lealtad al imperio».

Y lo mejor de todo fue que los trabajadores chinos del Transvaal, o mejor dicho esclavos, porque es lo que eran, iban a ser devueltos a su hogar a costa del gobierno británico. En la división producida por el problema de la mano de obra china, la mayoría del gobierno llegó a 325.

Y así murió finalmente el Milnerismo. Su discurso en la Cámara de los comunes fue su canto del cisne. En él se veía al tirano, un tirano cuyo ideal de gobierno era utilizar la supremacía racial como único instrumento. Ya no había disfraces. Desnudo y desvergonzado, el Milnerismo se revelaba ante nuestros ojos.

No me sorprende que lord Milner sea muy desdichado. Haber sido directamente responsable de la matanza de 25 000 soldados, y la muerte de 5000 mujeres y 20 000 niños indefensos, hubiera sido un peso terrible aun cuando el fin hubiera justificado los medios. Pero lord Milner admitió su fracaso con total franqueza:

«En este momento el Transvaal, y de hecho toda Sudáfrica, está amenazado. Nos ha costado un gran sacrificio. La compensación que esperábamos, y esperábamos con razón, no a llegado».

Rara vez se ha visto una manifestación más instantánea de la mágica influencia de la justicia y la comprensión, que en aquella apelación de la nación bóer a los ministros de Su Majestad, en el momento en que demostraron que deseaban ser leales a sus súbditos afrikanders. El general De Wet llegó incluso a renunciar a formar una representación ante el nuevo gobierno hasta que el tiempo les hubiera demostrado que esto era cierto. Los bóers han ayudado a los liberales británicos poniendo muy en claro cuáles son las necesidades reales del país.

Campbell Bannerman fue lo bastante inteligente como para hacer todo lo que querían y de ese modo se ganó para sí mismo y para el Partido Liberal un honor eterno. La aristocracia y el

Milnerismo habían llegado en Sudáfrica a una desdichada situación muy similar a la de sus predecesores del siglo dieciocho en los Estados Unidos.

Capítulo 10

Mi primera visita al Japón, hace ya más de cincuenta años, fue un gran placer. Me sentí interesado casi de inmediato, como nunca me había interesado ningún otro lugar. Casi en seguida capté el hecho importante de que la moralidad de la gente era incluso más libre que la de los franceses. Pensaba quedarme un mes y me quedé casi seis. Recorrí todo el Mar del Japón y creo que comencé a entender a ese gran pueblo en la mayor parte de sus idiosincracias. Tuve la gran ayuda de un capitán inglés que pronto se hizo amigo mío y era dueño del principal periódico inglés de Japón, no se cansó de orientarme.

Lo primero que me impresionó dondequiera que fuera, fue la increíble cortesía y finura de la gente. Entrar en un hotel o una posada constituía un verdadero placer. Todo el mundo parecía contento de verme y las pequeñas camareras sonreían y se mostraban complacida de poder hacerlo todo por uno.

Por todo el país la misma experiencia. En todas partes estaba presente la cortesía a un grado desconocido en Europa. Pronto aprendí que esta cortesía se originaba en el hogar, donde todos se inclinaban ante los ancianos. El abuelo y la abuela eran muy respetados. Después venía el padre y la madre y finalmente los niños. Y para ellos regía la misma ley. La muchacha o el muchacho mayores entraban primero a una habitación y los otros los seguían según la edad. Un pueblo sorprendentemente cortés para el cual la deferencia es un placer.

También la lengua está llena de frases ceremoniales imposibles de traducir a cualquier idioma europeo. Es la raza más refinada del mundo, y tal vez la más afable.

Todavía permanecen muchas escenas en mi memoria. Recuerdo que una vez, en un pueblo del norte, unas muchachas y mujeres desnudas que salieron de una casa de baños, detuvieron mi *rickshaw*. Querían ver si era totalmente blanco, y sólo pude reír y dejar que se convencieran. Llegó a reunirse un grupo de cincuenta

personas de todas las edades y todos totalmente desnudos. Cuando toqué los pechos de una bonita chica, pareció complacida y todos rieron como si se tratara de un buen chiste.

Poco a poco llegué a comprender que en Japón no había ni pizca de recato sexual. La mayor parte de las mujeres ni siquiera comprendía qué querían decir los europeos con eso.

Como es natural, todo extranjero desea ver danzar a las *geishas*, pero al comienzo queda sorprendido de ver qué recatadas y graciosas son las danzas, más parecidas tal vez a las de la antigua Grecia que a las de cualquier otro lugar.

Los *geisha* ya son lugares donde se enseña a las bailarinas y se las deja salir durante el día o la noche para ir a casas de té o a fiestas privadas; generalmente están manejados por mujeres. Las niñas pequeñas van a estas casas donde no sólo les enseñan a bailar sino también a cantar y a tocar el *samisen*, así como también las reglas de etiqueta para entretener a los huéspedes. La geisha siempre está dispuesta a transformarse en la amante de cualquier extranjero que la desee o de quien esperen obtener una buena suma de dinero. Pero en Japón no son mal miradas por ello, como lo serían en Europa. Las geishas son la parte más agradable de la hospitalidad japonesa. En cuanto las primorosas muchachas entran en la habitación, a veces vestidas de color dorado o escarlata, o ambos, y danzan imitando a las hojas barridas por el viento, todos los huéspedes despiertan. Si no, representan guerreros y copian los gestos belicosos de antiguos héroes. Y entonces, de pronto, abandonan el disimulo y van a sentarse junto a sus empleadores temporarios riendo, bromeando y bebiendo.

Muy pronto el extranjero descubre que las geishas son en realidad bailarinas y que la prostituta o *jörö* pertenece a una clase más baja. Toda ciudad del Japón tiene su *jöröya* o barrio de prostitución. La supervisión es rígida y es posible reconocer de inmediato el *obi* o faja atado por delante en lugar de por detrás, como un símbolo. Pero ni siquiera estas mujeres son mal miradas en Japón como lo son en Europa. Muchas de ellas son vendidas en la infancia al dueño de las casas y entrenadas allí, para su trabajo. Algunas se han sacrificado libremente por aquellos a quienes aman y se han escrito muchas novelas sobre la jörö virtuosa que se ha sacrificado por su amado y que encuentra un amante deseoso de

transformarla en esposa respetable y madre de niños decentes.

Hay teatros para hombres y teatros para mujeres, pero los dos sexos nunca se juntan en el mismo escenario, no sé por qué. Las funciones duran todo el día, desde las ocho o nueve de la mañana hasta las ocho o nueve de la noche. No me interesaron especialmente. Pero el entretenimiento japonés más curioso e importante es el adivino. Por supuesto, tienen mayor influencia sobre las clases más bajas, pero todas las clases los consultan en ocasiones importantes. Un matrimonio, una enfermedad, un viaje, son materia para el adivino. En la medida en que hay poca fe en la vida sobrenatural, hombres y mujeres tienden a volverse más supersticiosos.

La libertad en el Japón es algo muy interesante. Recuerdo que un funcionario de la corte me invitó a su casa para estudiar los hábitos japoneses. Mi amigo el capitán me aconsejó que aceptara y así lo hice. La primera noche mi anfitrión me dijo en su deficiente inglés que su esposa sería demasiado vieja como para resultarme atractiva, mientras que sus hijas eran demasiado jóvenes, pero que me enviaría una bonita muchacha para atenderme por la noche. Yo reí, pensando que no hablaba en serio. Pero cuando llegué a mi dormitorio, encontré a una bonita muchacha esperándome, que comenzó a desvestirse en cuanto entré. Era demasiado bonita como para decirle que se fuera, y de inmediato reconocí en ella a la más encantadora de las sirvientas que nos habían atendido. Mi amigo el capitán rió cuando se lo conté y me dijo que era algo habitual.

Indudablemente, es el sistema de concubinato el que degrada la situación de las mujeres en el Japón. Según el código chino, el emperador podía tener doce concubinas o *mékaké*, mientras que al *samurai* se le permiten dos. Todos los hombres de clase alta pueden introducir en sus familias a estas mékaké, y naturalmente estas concubinas, aunque están por debajo de la esposa en cuanto a posición, son a menudo más amadas que ella. En las clases más bajas, la mujer suele protestar y mantener sus derechos exclusivos, pero la esposa del noble no es lo bastante poderosa. En consecuencia, su posición es por lo general desdichada y a menudo trágica. Una ley reciente establece que ningún hijo de concubina puede heredar un título legal, y esto puede hacer mucho por colocar a la mujer de clase más alta en una posición más segura.

No una vez, sino una docena de veces me topé con alguna mujer o muchacha tomando un baño. Jamás vi en ellas la más leve huella de incomodidad y mucho menos de lo que nosotros llamaríamos pudor. Se limitaban a salir del baño caliente y secarse con su pequeña toalla azul como si en diez millas a la redonda no hubiera ningún hombre. Al mismo tiempo, he escuchado a damas japonesas hablando con sorna de los vestidos descotados que usan las damas inglesas y norteamericanas en la corte. ¿Quién puede explicar las mil excentricidades de las convenciones?

En muchos aspectos encontré la vida en Japón mucho más sana que en Europa, y, sobre todo en uno, no había comparación posible. Si uno tomaba a una geisha como amante y le preguntaba si estaba sana o enferma, podía confiar en su respuesta. Especialmente si se la trataba con justicia, era posible confiar en que dijera la verdad tal como la conocía. En consecuencia, había menos peligro de enfermedad venérea en Japón que en Europa. Además, había menos riesgo de embarazo. Toda geisha sabía cómo preparar un pequeño apósito de papel oleoso que se introducía en la vagina, haciendo prácticamente imposible un embarazo. En Europa la amante experimentada usa un apósito de algodón con un pequeño cordel atado, pero [el] modo japonés es igualmente eficaz.

En muchos sentidos, llegué a considerar al Japón como la Francia del este, no sólo en el desdén por el pecado corriente, sino también en su amor por el arte y su apreciación de artistas y escritores. Además, así como hay un alma heroica detrás de la ligera frivolidad del carácter francés, también hay en Japón un extraordinario heroísmo que siempre sorprende al observador. Una esposa injuria a su esposo o un soldado comete un error que perjudica a otros; de inmediato la mujer o el hombre reconocen su falta y hacen justicia quitándose la vida.

Nunca olvidaré uno de mis primeros días en Japón. Fui invitado por mi amigo el capitán B. a una velada festiva. Había reunido a un cuerpo especial de geishas que eran atendidas por *mousmées* que se sentaron con nosotros mientras ellas bailaban. La pequeña mousmée que se sentó junto a mí era la más bonita de todas y supongo que le dejé entrever que la admiraba. En todo caso, la danza había llegado a la mitad cuando su mano comenzó a moverse, y de los contactos ligeros pasó pronto a manifestaciones de deseo más atrevidas.

Finalmente le dije «más tarde», una de las pocas palabras japonesas que conocía. Ella hizo un mohín y después rió encantada, asintiendo.

Cuando las geishas terminaron su danza y regresaron a sentarse con nosotros, pregunté a mi anfitrión.

—¿Sería posible que me quedara con la pequeña *mousmée*?

—Por supuesto —contestó, y con una o dos palabras transmitió mi Resolución.

Nunca vi tanta gratitud en un rostro humano como la que la pequeña mousmée me manifestó entonces. Estaba seguro de que por una u otra razón su orgullo al ser preferida a las geishas más importantes era desmesurado y supe que sería recompensado. Y lo fui. En cuanto estuvimos solos en el dormitorio, comenzó a mostrar una mezcla de afecto y pasión imposible de describir. Era bonita y muy bien formada y evidentemente había aprendido todos los trucos del comercio amoroso. Una extraña amante, que era también lo bastante inteligente como para dejar de excitarme cuando me veía satisfecho. Su cuerpo era un perfecto instrumento amoroso.

Cuando volví a hacerle el amor, dejó de lado toda reserva y resultó sorprendente. Pero todo el tiempo esa reserva seguía latente, por así decirlo, y tanto con su pasión como con su autocontrol me proporcionó una noche memorable. Desde entonces he sabido que 'hay doncellas japonesas tan adorables como las más exquisitas de cualquier raza, y dotadas además de un celo para el amor y la pasión que por lo general sólo se encuentra en Francia.

Cuando el capitán B. y yo nos vimos por la mañana, le dije todo lo que sentía y le di un billete de diez libras para manifestar mi satisfacción a mi amiguita. Para nuestra sorpresa, el dinero fue rechazado y la *mousmée* me dijo con una valiente mirada que siempre estaría dispuesta a recibirme, sin dinero y sin precio alguno. El capitán B. declaró que era la primera vez en los veinte años de su conocimiento del Japón, que había visto suceder semejante cosa.

Alrededor de una semana después, recibí una carta de la *mousmée* diciendo que me tenía cariño y que si yo lo deseaba sería mi sirvienta mientras yo estuviera en Japón. Agradezco a Dios haber tenido el sentido común suficiente como para aceptar su oferta, y la mayor parte de lo que me sucedió después fue

consecuencia de sus consejos y lo relataré en un capítulo posterior.

Capítulo 11
Maurice Maeterlinck, Wells, Frederic Howe y sir John Gorst

Hace más de un cuarto de siglo que conozco a Maeterlinck. Cuando lo conocí, Georgette Leblanc vivía con él como su esposa. Era muy agradable. Fue Georgette Leblanc quien me contó cómo se habían conocido, creo que en Bruselas o en Brujas, y cómo se había enamorado desesperadamente de él y se lo había dicho; según comprendí, el amor por ambas partes culminó en matrimonio. Antes de conocer a Maeterlinck sentía yo una gran admiración por sus primeros trabajos. Todo lo que había hecho me interesaba y en mi opinión ha sido una de las grandes figuras de nuestra época.

En 1906 escribió un artículo sobre «Nuestra moralidad» en el cual expresaba la opinión que he repetido una y otra vez en estas páginas. «El cristianismo —decía— está muerto, y las inhibiciones del cristianismo, incluida la castidad, deben desaparecer con él». Enfrenta audazmente el tema:

«Ya hemos desdeñado una cantidad de inhibiciones que eran sin duda dañinas, pero que al menos mantenían la actividad de nuestra vida interna. Ya no somos castos, porque hemos comprendido que el trabajo de la carne, maldito durante veinte siglos, es natural y legal».

Maeterlinck se alza de hombros ante aquellos que temen que la práctica de una moral elevada y noble perezca en un entorno que obedece a otras leyes. Dice:

«Aquellos que nos aseguran que el ideal moral debe desaparecer porque las religiones están desapareciendo, se equivocan de manera curiosa. No fueron las religiones las que dieron forma a este ideal, sino el ideal quien dio nacimiento a las religiones… Todavía no hay nada que cambiar en nuestro viejo ideal ario de justicia, consciencia, coraje, gentileza y honor. Basta sólo con que nos acerquemos un poco a él, con aprehenderlo de más cerca, para

comprenderlo mejor; y antes de poder ir más allá, nos queda un largo y noble camino bajo las estrellas».

Confía también en que la virtud en este mundo no necesita ser apoyada por elementos de más allá de la tumba.

Esto es lo bastante claro, pero Maeterlinck no se detiene allí.

Sostiene que «lo que constituye la esencia de la moralidad es el deseo sincero y poderoso de crear en nuestro interior una idea de justicia y amor que siempre quede por encima de la constituida por la parte más generosa de nuestra inteligencia. Hay que buscar sus orígenes —afirma con nobles palabras— no en los preceptos de la religión, sino en la imaginación y las cumbres místicas de nuestra razón. Por mucho que hagamos o digamos, nunca hemos sido, y no somos todavía, un animal puramente lógico. Hay en nosotros, por encima de la parte razonadora de nuestra razón, toda una zona que responde a algo diferente, que se prepara para las sorpresas del futuro, que espera los sucesos de lo desconocido».

Llama a esta parte de nuestra inteligencia «imaginación o razón mística».

Maeterlinck aleja al racionalista y al materialista para «dejarnos unas pocas virtudes imaginativas. Dejar un pequeño espacio para nuestros sentimientos fraternales. Es muy posible que estas virtudes y estos sentimientos, que no son estrictamente indispensables para el hombre justo de la actualidad, sean las raíces de todo lo que florezca cuando el hombre haya completado el período más duro de la lucha por la vida».

Y en el fragmento que sigue alcanza la mayor altura de su pensamiento: «También debemos mantener en reserva unas pocas virtudes suntuarias, para reemplazar las que abandonemos por inútiles, porque nuestra consciencia tiene necesidad de ejercicio y alimento… Nuestro ideal ya no necesita crear santos, vírgenes, mártires; pero aunque toma otro camino, el camino espiritual debe permanecer intacto, y todavía le es necesario al hombre que desea ir más allá de la simple justicia. Es más allá de esa justicia simple donde comienza la moralidad de los que tienen esperanzas. Es tal vez en esta parte mágica, pero no quimérica, de nuestra consciencia donde debemos aclimatarnos y de la cual debemos extraer placer. Sigue siendo razonable persuadirlos de que al hacerlo así no nos engañamos».

Desde entonces, Maeterlinck ha escrito una obra maestra sobre las abejas, pero el libro no me interesa demasiado en la medida en que gran parte del conocimiento lo tomó de Fabre. Pero más tarde escribió una gran obra maestra sobre hormigas, un libro que todos deberían leer.

Por desdicha, se separó de Georgette por una razón u otra, y vive ahora con una joven a quien Georgette fue lo bastante loca como para llevar a la casa. A mí me gustaba tanto Georgette, que cuando se fue no continué mi relación con Maeterlinck. Probablemente me equivoqué, pero estas rupturas deterioran la amistad.

Cuando pienso en Maeterlinck me acuerdo de Wells. Siempre me ha parecido uno de los mejores cerebros de Inglaterra y su constante defensa del socialismo me ha interesado profundamente. En el «Gran Magazine» de septiembre de 1907, señalaba que en cuanto a «los problemas de tierra y vivienda, ferrocarril, alimentos, bebidas y carbón, hay poderosas razones para sustituir los métodos de propiedad privada de la actualidad por el control colectivo». Insiste en que «la propiedad privada es sólo una fase del desarrollo humano, necesaria y útil en su momento, pero no definitiva». Sostiene que «la idea de la propiedad privada de las cosas y de los derechos del propietario están enormemente exageradas en el mundo contemporáneo. El concepto de propiedad privada se ha extendido a la tierra, al material, a los valores y recursos acumulados por las generaciones pasadas, a una inmensa variedad de cosas que son en realidad herencia de la especie. Como consecuencia de ello, hay un enorme y obstructor gasto de energía humana y una completa pérdida de oportunidades y libertad para el conjunto de la humanidad. Se retrasa el progreso y hay una gran cantidad de miseria, crueldad e injusticias perfectamente evitable».

Y resume: «El socialista opina que la comunidad como totalidad debería ser, inalienablemente, la propietaria y administradora de la tierra, de las materias primas, y de todos los valores y recursos acumulados en el pasado, que toda propiedad privada debe terminar, regresar a la comunidad y quedar subordinada al bienestar general».

Esta afirmación, aunque verdadera, no contiene toda la verdad. A Wells no parece ocurrírsele nunca que el orden del universo se

mantiene por la interacción de dos fuerzas, la centrípeta o socialista, y la centrífuga o individualista. Cada compartimiento de la vida que el individuo pueda controlar debería dejársele, porque estimula la iniciativa y el progreso; pero todos aquellos compartimientos de la vida y servicio público que sólo pueden controlarse mediante compañías o con otros, debería pasar al control del estado, tales como los ferrocarriles, el gas y las compañías de agua. Y por supuesto la tierra debe pertenecer a todos.

Goethe fue el primero en establecer la verdad. En un fragmento del *Prometeo*, Epimeteo pregunta: «¿Qué es tuyo, entonces?». Y Prometeo responde:

> La esfera que mi actividad puede ocupar.
> Ni más ni menos.

Wells no encuentra nada positivo en, el individualismo y predica que el espíritu de ganancia debe dar paso al espíritu de servicio. El actual predominio del espíritu de ganancia conduce, dice, a «la apoteosis del tipo Rockefeller», y analiza los métodos más que dudosos con los cuales se hacen las grandes fortunas. Dice sabiamente: «El predominio del espíritu de ganancia congela y distorsiona toda la belleza de la vida».

En mi opinión, Maeterlinck es probablemente el mejor. Los males de la vida inglesa, en la que la avidez individual desenfrenada se muestra en su peor aspecto, han limitado el pensamiento de Wells, mientras que Maeterlinck vive más allá del presente y predice el ideal del futuro.

Por extraño que parezca, Wells no parece ver el mal fundamental de la vida inglesa, que es sin duda el dominio de la aristocracia. Por lo que sé, nunca ha mencionado la corrupción general provocada por esta clase gobernante. Afortunadamente, un norteamericano, un tal Frederick Howe, se ha mostrado más astuto. Dice que Inglaterra sigue siendo profundamente feudal:

> Por encima están los nobles terratenientes; por debajo, cuarenta millones de trabajadores. La clase gobernante gobierna en su propio interés. En el Parlamento Británico florece la corrupción en forma de ley. El gobierno británico tiene como suyos los intereses económicos de la aristocracia.

> *Robo a los arrendatarios, ferrocarriles, ciudades*. Por una evaluación antigua, el impuesto sobre la tierra sigue siendo de sólo seis millones anuales. Si la tierra de Gran Bretaña se revaluara periódicamente, como se hace con la tierra de todos los estados norteamericanos, la aristocracia que controla el gobierno pagaría cerca de doscientos millones de dólares anuales en lugar de los seis millones que paga.

El señor Howe se muestra sorprendido por la manera en que los coeficientes locales se aplican contra el arrendatario y son pagados por el ocupante; el terrateniente no paga nada, o casi nada. De este modo, en realidad se castiga el ahorro. La tasación de los valores de la tierra sigue siendo ignorada por el Parlamento. «Sus miembros están utilizando la confianza depositada en ellos para aumentar sus propios ingresos mediante la evasión de impuestos por valor de cientos de millones de dólares cada año».

También le indigna la manera en que la nobleza terrateniente roba a los ferrocarriles. El Parlamento, compuesto por los integrantes de esa nobleza terrateniente, cobra precios exorbitantes a las compañías de ferrocarriles por las tierras que tienen que comprar. Cita con horror el caso del Municipio de Marylebone que «deseaba comprar por tres millones de dólares la instalación eléctrica de una compañía privada. La compañía exigió cuatro millones. El asunto se sometió a arbitraje y los jueces decidieron que el ayuntamiento debía pagar seis millones y medio de dólares más 2 millones y medio por gastos adicionales. El valor real de la planta estaba por debajo de los tres millones y los contribuyentes debían pagar nueve millones».

El señor Howe afirma que «es esta misma clase interesada la que, desde el Parlamento, aprueba la exacción a las ciudades que desean comprar el agua, el gas y otros monopolios».

> Así, Sheffield pagó 1 463 000 dólares por una planta eléctrica cuyo valor era de 605 700 dólares. Birmingham pagó más de 2 000 000 de dólares por un sistema cuyo valor era de 1 065 000 dólares. La ciudad de Liverpool pagó 3 000 000 por la franquicia para los raíles de acero. Pero la ciudad de Londres fue la que sufrió más. Pagó 205 790 000 dólares por las ocho compañías privadas de agua que compró en 1905. El valor total de la propiedad se estimaba en 121 662 000 dólares, y las compañías pedían 247 895 000 dólares.

Finalmente, el señor Howe afirma que «juzgado por los cánones

norteamericanos de honestidad, el Congreso es un cuerpo más honorable que el Parlamento. Los ingleses se someten al pillaje; los norteamericanos se rebelan. Gran Bretaña acepta como cosa natural que en el último Parlamento 229 miembros de la Cámara de los Comunes reunieran entre todos 673 directorios de corporaciones, mientras que 108 pares figuraban en el consejo de 367 compañías».

Una clase que saquea a una nación. De este modo describe el señor Howe el arreglo mediante el cual los terratenientes de Gran Bretaña consideran al Gobierno como suyo por sanción divina. Critica la eminencia social de las familias del país:

> En la esfera local son supremas. Esta idolatría de una clase, una clase que durante siglos se ha identificado con la tierra, es el hecho dominante de la vida de Gran Bretaña. Está entretejido en toda legislación. Domina a la sociedad. Se ramifica en la jurisprudencia. Mantiene a la iglesia. Explica la pobreza de millones y la riqueza desmesurada de los menos. Corrompe las profesiones y la opinión pública. Enerva al ejército y la iglesia. Ha minado la energía física del pueblo. Ha creado un servilismo de parte de aquellos que forman las clases media y baja, que no tiene parangón en ningún otro lugar de Europa. Es este control de los pocos miles que están en la cumbre el que está empobreciendo a la nación. Porque los privilegios de los pocos se han transformado en una carga insoportable para la mayoría.

Esta es una lectura deprimente y el señor Howe predice cosas aún más desagradables:

> Vista en perspectiva, Gran Bretaña ha llegado a una situación similar a la de Roma en los últimos días de la República, cuando el Senado, enriquecido por el saqueo de las tierras públicas, desposeyó al pueblo del suelo y lo llevó a las ciudades, donde tendrían que subsistir con la ayuda pública. Como las órdenes privilegiadas del antiguo régimen francés, los que gobiernan Gran Bretaña han utilizado su poder para crear privilegios especiales.

Sir John Gorst, el veterano conservador, envió en 1905 a la «North American Review» una acusación dura contra las clases gobernantes británicas. Se titula «Degeneración física en Gran Bretaña». Dice lo siguiente:

> Estas investigaciones no dejan duda acerca del hecho de que en los distritos más pobres de Gran Bretaña e Irlanda, una gran proporción de

los niños —no hay modo de determinar la proporción exacta— está creciendo tan deteriorada por el hambre y la comida insuficiente e impropia, que nunca podrán ser ciudadanos normales, que serán un semillero de enfermedad y de crimen, y que mientras vivan serán una carga para la sociedad.

Agrega que el informe ha ocasionado alarma general:

Fue discutido en Consejos municipales, Comités educativos y mítines públicos de todo tipo. Pero cuando en 1905 se reunió el Parlamento, se comprobó que los únicos que no habían prestado atención al asunto eran los miembros del Gobierno. Ningún Departamento había dado un paso por considerar o llevar adelante su recomendación, y el Ministerio de Educación nombró, al ser presionado, otro comité de funcionarios públicos para distorsionar, si podían, algunas de las conclusiones.

Y sir John Gorst resumía:

Se permite que el deterioro avance sin obstáculo alguno bajo las narices de las autoridades, aunque no puede dudarse el derecho legal de todos los niños a ser bien alimentados y atendidos. En muchas escuelas, las condiciones de los niños enfermos incluso se agrava. No se les proporciona aire fresco ni agua fresca; los ejercicios o la disciplina dañan la vista y el oído; las lecciones impartidas a niños hambrientos o exhaustos por el trabajo, perjudica sus cerebros debilitados. Los ricos tendrán que pagar un alto precio por el descuido de la condición física del pobre y sus hijos. La tisis tiene su caldo de cultivo entre los escolares hambrientos, y el contagio golpea igual a ricos que a pobres.

Capítulo 12
Ellen Terry y Sarah Bernhardt: Lord Grey, Rochefort y Ruyard Kipling; Marcelin Berthelot

He escrito poco acerca de las grandes actrices inglesas y francesas de mi época. Sobre Ellen Terry, que me gusta muchísimo, y sobre Sarah Bernhardt, que durante veinte años fue el ídolo de la Europa civilizada. No había mujeres más diferentes entre sí que ellas. Sea cual fuere la altura alcanzada por Ellen Terry como actriz, era antes y por encima de todo una mujer, mientras que Sarah siempre fue una *cabotine* pura y simple, incluso en aquellos casos en que era eminentemente mujer. Las conocí a ambas bastante bien, aunque me sentía más cerca de Sarah que de Ellen.

Ellen Terry destacaba como actriz en media docena de obras de Shakespeare. Era capaz de hacer interesante hasta a Ofelia.

A comienzos de su carrera, observé que hablaba en el escenario, bien dando instrucciones a alguna otra actriz, bien criticando incluso a Irving. Era el apogeo de la naturalidad incluso en el escenario, o, más bien, el escenario era la verdadera escena de su vida y sus triunfos. Ahora tiene ochenta y pico de años y sigue siendo tan encantadora y atractiva como siempre.

Su primer matrimonio con el gran pintor Watts se produjo cuando ella tenía dieciséis años. Watts era treinta años mayor. Posó para él en una docena de cuadros y él la pintó de maravilla, pero jamás dijo qué había causado la ruptura entre ellos y ella era casi tan reticente como él… aunque una vez admitió que «nunca había amado a Watts», lo que tal vez sea confesión suficiente.

—Era encantador —dijo—, y yo adoraba los retratos que me hacía, pero nunca me importó.

La primera vez que vi a Sarah fue en 1878, me parece, en la Comédie Française. Después de la representación fui detrás del escenario con Marguerite Durand y ella me la presentó. Sarah me trató con poco interés, pero estaba escrito que llegaría a conocerla

mejor.

Yo había conocido a los Damala[19] en Atenas. Paraban todos en el Hotel
d'Athénes,
justo frente al Royal Palace, donde yo tenía habitación. El hijo estaba en el Cuerpo de Pajes; su hermana se había casado con un escocés y, abandonada por él, estaba viviendo con su madre. Habían venido de Marsella y era un trío tan apuesto como el que más. Ya he contado cómo intimé con la muchacha gracias al descuido de su madre, y cuando el hijo abandonó el asunto de los pajes y se fue a París, lo aplaudí.

Seis meses más tarde nos encontramos en París, donde pronto se transformó en el admirador acreditado de Sarah Bernhardt. Era uno de los hombres más apuestos que he visto y Sarah se enamoró de él en un grado casi increíble. Ya he contado cómo consiguió que actuara en su escenario y se lo llevó de gira por Europa oriental. Creo que fue en Trieste que advirtió que él la engañaba con una joven actriz de su compañía y de inmediato lo insultó delante de todos. Damala la escuchó en silencio hasta el final y después dijo simplemente:

—Señora, no volverá a tener oportunidad de insultarme.

Siempre había deseado ser un perfecto caballero. Esa misma noche se fue a París. Sin él, ella no pudo continuar la gira y regresó a París desconsolada, rogándome que arreglara un encuentro con el único hombre a quien había amado. Hice lo que deseaba, pero Damala no quiso volver a ella.

—Un gran talento —me dijo—, pero una pequeña naturaleza y una lengua sucia.

Fue casi su epitafio. Nunca me pareció tan gran actriz como Ellen Terry y mucho menos comparable a la Duse.

Entre el comienzo de siglo y la Gran Guerra hubo en Londres muchos hombres capaces de los cuales habría que decir algo. Por supuesto, el primero y principal fue sir Edward Grey, y después Abe Bailey y Barney Barnato y J. B. Robinson. Grey era un aristócrata inglés, mientras que los otros tres eran millonarios sudafricanos. Conocí a Grey en una cena en casa de sir Charles Dilke, quien tenía una alta opinión de él. Grey era apuesto, de estatura por encima de la media, liviano pero bien formado, con una mentalidad en

apariencia muy receptiva. En realidad, no sabía valorar lo que se le decía. Aceptaba las opiniones de Dilke sobre Sudáfrica con tanta ecuanimidad como las mías, y cuando Harold Frederic le habló de los Estados Unidos, aceptó algunas cosas y rechazó otras para hacerlo encajar en sus ideas preconcebidas. En consecuencia, no aprendía nada de valor. Escuchaba muy agradablemente, pero pronto descubrí que no aprendía nada, más allá de uno o dos argumentos con los cuales defender su opinión original. Grey tiene una de las mentalidades más cerradas del mundo y eso es casi tan malo como carecer de una mentalidad. Ahora lo pongo por debajo de cualquiera de sus contemporáneos.

Abe Bailey era un millonario del Transvaal sobre quien ya he escrito y Barney Barnato no sólo había hecho una fortuna en Kimberley, sino también otra mayor en Johannesburgo. Ya he relatado cómo perdió un millón atacando a Rhodes y Beit y cómo finalmente se echó al agua desde el barco con el que regresaba a Inglaterra, y pereció miserablemente. Pero Abe Bailey era más equilibrado, si bien no tan rico; resolvió hacerse un segundo hogar en Londres y hace ahora más de 25 años que es allí una figura importante.

También J. B. Robinson siguió el mismo camino, aunque por una u otra razón le era antipático a la mayor parte de sus conocidos. Desde comienzos de siglo reside en Park Lañe y está fuerte y bien, aunque en 1900 tenía más de cincuenta años. Su principal defecto físico era cierta sordera. Es curioso, pero Robinson fue prácticamente el primer hombre que encontró y compró diamantes en Kimberley, y también fue el primero en descubrir y explotar las minas de oro del Rand. Él, mejor que nadie, puede contar la romántica historia de la opulencia sudafricana, aunque es ahora bastante conocida.

Ninguna de estas personas me impresionó tanto como Henri Rochefort en París. Realmente era una persona extraordinaria, llena de ingenio y veneno. Ya he contado cómo después de Fashoda, cuando se enteró de que la reina Victoria tenía intención de pasar el invierno en Niza a causa de su salud, escribió en su periódico,
«L’Intransigeant»
que hubiera hecho bien quedándose en casa. No querían en Francia, dijo, «a ese viejo carricoche que insistía en llamarse Victoria». Vino

a verme a Londres y pasó conmigo aproximadamente un mes. Lo encontré amable con aquellos que conocía, aunque desdeñaba a nueve de cada diez hombres. Durante cincuenta y pico de años había luchado como periodista en París. «La más noble de las profesiones —decía— cuando no la más vil», y ahora, en 1912, sentía por primera vez necesidad de descanso.

—Pronto estaré trabajando otra vez —me dijo—; mis viejos dientes todavía pueden morder.

Pero poco después, a sus ochenta y tres años, se retiró, y en junio de 1913 todo París acompañó sus restos a la tumba. Estaba Clemenceau, a quien había llamado «un detestable leproso»; y Briand, «el buitre mudable»; y Jaurés, su enemigo preferido, a quien había llamado «el nabo en putrefacción».

¿Su influencia fue buena o mala? Claramente mala, diría yo, pero París le perdonaba todo a causa de su ingenio, de la misma manera en que Londres le ha perdonado todo a Kipling a causa de su patriotismo estrecho.

Muy poca gente recuerda ahora la noble carta en la que George Russell, «AE», criticaba a Kipling por lo que había escrito sobre Irlanda. Kipling había escrito contra los irlandeses de la misma manera en que ha escrito una cobarde historia contra los rusos, a quienes consideraba igualmente peligrosos para Inglaterra. Y cuando en 1906 Francia avanzó en Fashoda dentro de lo que se consideraba el África británica, Kipling escribió furiosamente contra los franceses; y en la guerra mundial declaró fríamente que no se debería permitir la supervivencia de ningún alemán. No puedo recordar por qué chocó con Irlanda, pero la carta de Russell siempre testimoniará contra él en el campo de la literatura comienza así:

> Te hablo, hermano, porque tú me has hablado, o más bien, has hablado por mí. Soy nativo del Ulster. Por lejos que vaya en el rastro de la fe de mis antepasados, encuentro que han sostenido esa fe de cuya libre observancia tienes miedo.
>
> Tú llevas sangre irlandesa. Sí, he oído decir que Irlanda es la patria de tu madre y tal vez tengas algún conocimiento del sentimiento irlandés. En la manera en que has publicado tus opiniones, has pecado contra una de las más nobles tradiciones literarias.
>
> No razonaría contigo si no supiera que en ti hay algo verdaderamente grande y noble, y ha habido horas en que lo inmortal que hay en ti ha asegurado tu inmortalidad literaria; horas en las que

dejaste de ver la vida con ese duro ojo de cinematógrafo tuyo y la viste con los ojos del espíritu, y la potencia, la ternura y la intuición se mezclaron en mágicas historias. Sin duda estabas lejos de tu parte más interna cuando escribiste sobre la tierra de tu madre y mis compatriotas, por primera vez, creo.

He vivido toda mi vida en Irlanda abrigando una fe distinta de la sustentada por la mayoría. Conozco Irlanda como pocos irlandeses la conocen, condado por condado, porque he viajado por ella durante años y, hombre del Ulster como soy, y orgulloso como estoy del pueblo del Ulster, me ofende la coronación del Ulster con todas las virtudes, y el desprecio por los otros irlandeses como «ladrones y salteadores». Me ofende la crueldad con la cual tú, un extraño, hablas del pueblo más adorable y afectuoso que conozco.

Ni siquiera eres exacto en tu historia cuando hablas de las tradiciones del Ulster y la sangre derramada por nuestros antepasados. Hace más de un siglo el Ulster era el lugar de rebelión fuerte y sólido, y fue en el Ulster donde los Voluntarios se pusieron de pie junto al cañón y arrancaron al parlamento irlandés el don de la libertad política. Te equivocas en tu censura. Hablas de la avidez irlandesa no sé en relación con qué, a menos que hables de la guerra librada por la tierra; y no obstante deberías saber que ambos partidos de Inglaterra han confesado, mediante sus actos, la absoluta justicia y corrección de esa agitación, los Unionistas así como los Liberales, y ambos alardean de su contribución en la respuesta dada a la demanda irlandesa. Hoy están ambos orgullosos de lo que hicieron. Averiguaron el error y lo repararon.

Pero según parece, tú sólo puedes sentir furia porque las intolerables condiciones impuestas por tus leyes no fueron soportadas en silencio y paciencia. ¿En nombre de qué partido hablas? Cuando un irlandés tiene una queja, lo aplastas. ¡Qué distintas hubieran sido tus palabras si hubieras escrito sobre Runnymede y los valientes hombres de Inglaterra que se rebelaron siempre que les pareció oportuno! Los hubieras transformado en héroes.

¿No te queda corazón, después de admirar a los rebeldes de tu propia historia, para simpatizar con otros rebeldes que padecen injusticias mayores? ¿No puedes ver más profundamente en la causa de la rebelión que lo que vería el reportero mercenario a quien se envía a construir un caso para el periódico del partido?

Lo mejor del Ulster, los mejores Unionistas de Irlanda, no te estarán agradecidos por difamar a sus compatriotas en tu verso. Porque digamos la verdad de una vez, la masa de los unionistas irlandeses está mucho más enamorada de Irlanda que de Inglaterra. Creen que los Nacionalistas Irlandeses se equivocan y pelean con ellos, y usan

palabras duras, pero todo el tiempo creen que un irlandés de cualquier partido es mejor a los ojos de Dios que cualquier inglés. Piensan que Irlanda es el mejor país del mundo y detestan escuchar que se habla del pueblo irlandés como de «bribones asesinos y ávidos».

¡Asesinos! Pero si hay más crimen en cuatro condados cualesquiera de Inglaterra en un año, que el que hay en las cuatro provincias irlandesas. ¡Ávidos! La nación jamás aceptó un soborno o lo tomó como equivalente o pago por un ideal, ¿y qué soborno no hubieran ofrecido a Irlanda si ésta hubiera querido traicionar sus tradiciones?

Soy una persona a quien la sola idea de opresión de la fe llena de ira, y sin embargo pienso que mis compatriotas católicos son infinitamente más tolerantes que los que sostienen la fe en la que he nacido. Juzgado por sus criterios, soy un herético que ha escrito y hecho públicas sus herejías y jamás he sufrido en la amistad o visto que mis herejías fueran un obstáculo para mi vida.

Pongo mi conocimiento, el conocimiento de toda una vida, contra tu ignorancia, y digo que has usado tu genio para causar mal a Irlanda y a su pueblo. Has intervenido en una querella cuyos méritos no conoces como cualquier alborotador que está de paso y toma partido sólo para usar su fuerza. Si hubiera un alto tribunal de poesía —y aquellos en el poder que se enorgullecen del alto oficio de poeta y del hecho de que nadie debería usarlo salvo los verdaderos caballeros del Santo Espíritu— te quitarían las espuelas doradas y te expulsarían de la corte.

Tenías la atención del mundo y la has envenenado con el prejuicio y la ignorancia. Tenías el poder del canto y siempre lo has usado para apoyar al fuerte contra el débil. Has aplastado con tu peso a criaturas que son frágiles en la tierra pero poderosas en el cielo por su generosidad, su verdad, su justicia, y los Cielos te han quitado la visión, el poder y la belleza, porque este verso tuyo no es más que un artículo periodístico vacío arreglado de modo de que rime.

Una de las cartas más nobles jamás escritas, aunque no impidió a Kipling conseguir el premio Nobel, pese a que ha hecho más que cualquier otra persona para despertar el odio entre las naciones. Ya he relatado cómo lo conocí casualmente hace muchos años, a su regreso de su primer viaje a la India, pero esta carta de «AE» es su juicio final.

No puedo resistir la tentación de escribir sobre un hombre aún más grande, un francés, Marcelin Berthelot, quien, según creo, alcanzó el cénit de la humanidad. Renán describió a su padre como un médico completo y un hombre de admirable caridad y devoción.

«Viviendo en un distrito populoso, atendía gratuitamente a la mayor parte de sus pacientes, y vivió y murió pobre». Al final de una brillante carrera en el instituto, Marcelin eligió ciencias. Pronto se hizo amigo de Renán y esta amistad parece haber sido ideal. Sus grandes contribuciones al progreso humano están en la síntesis química, la termoquímica agrícola. Su química sintética creó el acetileno y una serie de hidrocarbonos.

Nunca aceptó el menor beneficio de ninguno de sus descubrimientos, dirigiéndolo siempre hacia el conjunto de la comunidad.

No obstante, constantemente se le urgía a que se llenase los bolsillos. Gracias a sus primeras investigaciones en el *carburette d'hydrogène*, descubrió una mejora en la manufactura del gas para iluminación que constituyó, sólo para París, un ahorro de varios cientos de millones de francos para la compañía de gas. Inmediatamente hizo público su descubrimiento, sin obtener de él ventajas personales.

Fabricantes importantes, como el millonario Menier, se acercaron frecuentemente a él con propuestas de formación de una sociedad o trataron de comprar algunos de sus procesos para la fabricación sintética de compuestos orgánicos. Los cerveceros del norte de Francia le ofrecieron una vez dos millones de francos si les daba el monopolio de uno de sus descubrimientos. Con un solo artículo de sus tratados científicos se han hecho fortunas enormes. Sus investigaciones en explosivos condujeron a la [invención de la] pólvora sin humo y hubieran podido ofrecerle riquezas tan grandes como las de Nobel.

Alemania debe lo mayor de su excelente desarrollo industrial moderno a la introducción en la ciencia del revolucionario método sintético de Berthelot.

En el transcurso de su larga carrera, nunca sacó una sola patente y siempre cedió a la humanidad el beneficio de sus descubrimientos.

—El científico —decía— debería tener como única riqueza la posesión de la verdad.

En 1895 escribió: «Hace ahora medio siglo que alcancé la edad viril y he vivido fiel al ideal de justicia y verdad que deslumbró mi juventud… Siempre tuve el deseo de alcanzar lo que creía que era

moralmente lo mejor para mí, mi país y la humanidad».

Si bien estaba siempre comprometido en sus investigaciones químicas, seguía tomando parte en la vida pública. Llegó a ser senador, ministro de instrucción pública, ministro de asuntos extranjeros y pionero de la *entente cordiale*.

Su vida privada fue también muy bella. Los hermanos Goncourt describieron así a su esposa en el día de su boda:

«Una belleza singular, inolvidable; una belleza inteligente, profunda, magnética; una belleza del alma y del pensamiento, semejante a una de las creaciones ultraterrenas de Edgar Poe. El cabello partido en dos bandas y dejando libre la frente, tenía una apariencia de halo; una frente prominente, tranquila… grandes ojos llenos de luz, circundados por un anillo negro, y la voz musical de un efebo».

Durante cuarenta y cinco años, marido y mujer vivieron juntos, sin separarse ni un solo día. En la estrecha unión de corazón y pensamientos, su afecto nunca quedó velado por la menor nube.

El golpe de muerte de Madame Berthelot fue la muerte de su nieto en un accidente de ferrocarril. Superó el primer ataque cardíaco, pero al final del año 1906, su esposo advirtió que la enfermedad era imparable. Entonces, este anciano de ochenta años se sentó día y noche junto a la cama de su querida enferma, midiendo hora tras hora la disminución de sus fuerzas vitales, y notando al mismo tiempo los profundos surcos abiertos en su organismo por la viva angustia que padecía. La enferma mantuvo su admirable serenidad hasta el final, y sus últimas palabras fueron para preguntar a su hija: «¿Qué será de él cuando yo me haya ido?».

Unos minutos después uno de sus hijos, que lo había seguido al dormitorio, lo escuchó lanzar un suspiro profundo y desgarrador. Tomó su mano para dirigirle unas tiernas palabras de consuelo, pero el brazo cayó, inerte. El golpe había destrozado su corazón.

La señora Berthelot fue enterrada junto a su esposo en el Panteón, siendo la primera vez que se rindió este honor supremo a una mujer.

Un amigo suyo ha dicho que si hubiera conservado la vida, Berthelot hubiese sorprendido al mundo con sus observaciones de los árboles como reguladores y posibles conductores de electricidad y sistemas eléctricos de comunicación, y sobre los desastres

mundiales que puede llegar a ocasionar la tala de bosques para abastecer a la industria del papel. Sus paseos por el bosque de Meudon le dieron nuevas y originales perspectivas sobre las armonías de la creación.

Berthelot era un conferenciante estupendo, en todo sentido: expresión artística, voz, pronunciación y apariencia.

A menudo había en sus frases un ritmo pegadizo que ayudaba a la memoria a retenerlas. Su conocimiento del latín y el griego era completo, y pensaba que los clásicos eran una invalorable disciplina mental.

Su hijo, Philipe Berthelot, está ahora en Asuntos Extranjeros en París, y muchos de nosotros, extranjeros que viven en Francia, tenemos motivos para estarle agradecidos. Él también vive con bastante sencillez, pero naturalmente está orgulloso del extraordinario carácter y logros de su padre. A menudo pienso en Marcelin Berthelot como el ideal. Es el primer hombre de quien he dicho esto. Era tan generoso y de naturaleza tan dulce como la de Debs, con mil veces más poder y tentaciones. Acostumbramos a pensar en los franceses como semejantes a Rochefort; viene bien recordar a veces que hay franceses como Marcelin Berthelot.

Capítulo 13

Lo destacado de los primeros años del nuevo siglo fue la mudanza de los sentimientos existentes entre Inglaterra y Alemania. La animosidad de Inglaterra hacia Alemania [habla] ido creciendo desde la carta de apoyo a Krueger enviada por el Kaiser en 1896, y cada alarde del emperador alemán sobre el crecimiento de la flota alemana intensificaba el malestar en Inglaterra.

Por curioso que parezca, casi todos los principales periodistas de Londres trabajaban denodadamente por aumentar esta mala disposición. El coronel Maxse y sus amigos en la «National Review» no dejaban pasar oportunidad de hacerlo, y el señor Strachey y su equipo de «The Spectator» eran tan venenosos como él; también sir Rowland Blennerhasset, en «The Fortnightly», el doctor Dillon en «The Contemporary» y el señor Arnold White como independiente hacían todo lo que podían por alimentar la llama del odio.

En junio de 1913 el Kaiser celebró el vigesimoquinto aniversario de su ascensión al trono. La reunión de reyes y príncipes y todos los notables de Alemania dieron verdadero color imperial a las ceremonias, y el desfile militar fue muy importante. La increíble expansión del comercio y la industria alemanes debían mucho a su estímulo. En no pocos sectores la ciencia alemana se había ganado el primer puesto mundial. La población había aumentado de cuarenta y dos millones a sesenta y seis millones. El índice de natalidad, si bien estaba descendiendo, era del treinta y uno por mil contra el 26 en Inglaterra y el 10 en Francia. La agricultura había prosperado muchísimo y en ese momento proporcionaba a Alemania el 95% de sus necesidades alimenticias, aunque los precios habían subido de manera considerable. Los ferrocarriles alemanes totalizaban 60 000 kilómetros de vías férreas, 230 000 buques entraban y salían de sus puertos anualmente, y el movimiento comercial de Hamburgo sólo era superado por el de Londres. En la producción de azúcar Alemania tenía el primer puesto, con dos millones de toneladas anuales, y la potasa era una

posesión casi exclusiva de Alemania. Y lo que es más importante, en la producción de hierro Alemania ocupaba el segundo lugar, después de Estados Unidos, y en la de carbón ocupaba el tercer lugar, después de Estados Unidos e Inglaterra. Era cosa sabida en el Reichstag que si podía mantenerse la tasa de desarrollo del comercio, Alemania superaría en este respecto a Inglaterra en diez años, y ocuparía el primer lugar.

En ese mismo mes de junio de 1913, el presidente Poincaré fue incitado a visitar Inglaterra y en todas partes se lo presentó como «amigo y aliado». Por supuesto, se trataba de una visita formal al rey Jorge, y sin embargo Poincaré fue la principal figura en la gran revista de acorazados en Portsmouth. Varios periódicos elogiaron al fallecido rey Eduardo por haber conseguido el primer entendimiento amistoso con Francia.

Mientras tanto, y como una burla, se sucedían las conferencias de paz, y a fines de agosto de 1913 se abrió en la Haya un gran Palacio de la Paz debido a la liberalidad de Andrew Carnegie. Fue el primer templo de la paz reconocido universalmente, y la prensa lo elogió abundantemente como hito en la «historia visible». Primero la conferencia de paz de La Haya en 1899, y ahora esta «prenda de paz universal y eterna», como lo llamaban las revistas. Hace veinte años, un sueño y ahora «un palacio de la paz permanente para expresar la unidad de la especie». El señor Van Swinderen, presidente del Consejo de Arbitrio permanente, dijo en su discurso de aceptación de la custodia del magnífico edificio: «No hay controversias internacionales tan serias que no puedan arreglarse pacíficamente si ambas partes lo desean». Mientras, los representantes del mundo del trabajo afirmaban abiertamente que la anterior conferencia de paz había sido un fracaso, principalmente porque nadie se había molestado en proponer la inmunidad de las naves comerciales en época de guerra.

La segunda Conferencia de La Haya, realizada en 1907, había propuesto que la tercera se realizara en 1915 y que cada nación preparara un comité, encargándolo de hacer las propuestas que se consideraran necesarias; pero en 1913 ni Rusia ni Inglaterra nombraron ese comité. Es claro que una garantía de paz universal y eterna necesitaba mejor ratificación que un espléndido templo. Pero, por desgracia, Stead, el fundador de las «Review of Reviews»

y «The War on War», el gran apóstol de la paz, había muerto en el naufragio del *Titanic* en 1912, y no había en Inglaterra nadie que tomara su lugar o trabajara por la paz como él lo había hecho. Un resultado de todo ello fue que en
1913-1914,
cuando el gesto británico en armamentos había llegado a 75 000 000 de libras, el presupuesto para la Conferencia de la Paz era inexistente.

Cuando comencé a escuchar cosas que me permitían creer que era posible una guerra mundial, no pude darles crédito. Me dije que Grey era demasiado razonable y Francia tenía mucho que perder; pero siempre estaba allí Alemania, con su káiser provocador e insensato. Sin embargo, decidí que no había nada serio que temer, hasta la primavera de 1914, en que fui encarcelado por el juez Horridge por desacato a los tribunales. Jamás ha habido un veredicto más injusto. En el periódico que había fundado, «Modern Society», había aparecido un artículo sobre el caso de divorcio de lord Fitzwilliam, pero yo no era el editor y me había ido al sur de Inglaterra a escribir mi libro sobre Oscar Wilde. No vi el artículo hasta que estuvo publicado. Fue la primera vez que un director gerente era hecho responsable como si hubiera sido el editor, por pura malevolencia. El pasante de los tribunales me dijo que si me disculpaba me perdonarían, pero yo no tenía razones para disculparme y en consecuencia me negué.

Yo no era un criminal, había sido encarcelado por orden del juez y podían dejarme salir en cualquier momento. Por lo tanto me trataron mejor incluso que a los delincuentes de primera clase, pero no puedo expresar lo espantosa que me resultó la cárcel. Horas fijas para todo: a las siete de la tarde apagaban la luz y era preciso pasar en la total oscuridad las horas que nos separaban de las siete de la mañana. Conseguir agua caliente para afeitarse era imposible, aun pagando a los guardianes, y gracias a mi esposa, que me trajo dinero, les pagué generosamente, tan generosamente que un día el cocinero subió a preguntarme qué deseaba almorzar. Pero no podía transformar la mala carne en carne buena, ni el mal cordero en un cordero aceptable, y cuando dejé de comer a causa de los terribles ataques de indigestión, vino el médico, me encontró desfallecido y me dijo que si no quería comer, me forzarían a hacerlo. Le pedí que

me diera agua caliente para lavarme el estómago. Me dijo que no tenía nada que ver con eso. Sufrí día tras día como un perro apaleado. En Inglaterra, la prisión es asunto de gente sana; para los que sufren de indigestión es un perfecto infierno.

Además, el hombre que estaba en la celda contigua a la mía lloraba y gemía durante la mitad de la noche. Si los Horridge de este mundo fueran enviados a prisión una semana antes de ser nombrados jueces, la vida en prisión mejoraría rápidamente. Al final de la semana me dijeron que si me disculpaba, me dejarían libre. Volví a negarme. Sin embargo, mis amigos hicieron mucho por mí. Lord Grimthorpe y otros fueron a ver al primer ministro y declararon que mi castigo era deshonroso y debía cesar, y hacia fines de mes el juez Horridge me envió su médico para que viera si estaba realmente enfermo. El médico informó que no respondía por mi vida si seguía en prisión otra semana, de modo que me dejaron libre.

Mi liberación quedó marcada por un incidente divertido. Yo había untado tan bien a los guardianes y ayudantes, que cuando a las diez de la mañana salí de mi celda para irme, todos cogieron distintos paquetes míos para llevármelos. Había una media docena de hombres, y de pronto llegó al alcaide de la prisión gritando furioso:

—¿Qué hace usted aquí?' —le preguntó a un guardián.

—Oh —contestó éste—, llevo la sombrerera.

—¿Y usted? ¿Qué está haciendo usted?

—Yo llevo su abrigo.

Otro llevaba mi alfombrilla. El alcaide estaba furioso y dijo que otro prisionero como yo y la cárcel quedaría patas arriba. Mi esposa y yo reíamos.

La prisión y mi cólera por haber sido encarcelado injustamente habían quebrantado mi salud. Horridge y su original idea de castigar al director gerente como si hubiera sido el editor, estuvo a punto de matarme. Yo tenía cincuenta y ocho años y la comida de la prisión había arruinado mi digestión. Salí muy enfermo y la amabilidad que tuvieron mis amigos para conmigo sólo sirvió para acrecentar mi disgusto por Inglaterra y la mayor parte de los atributos ingleses. Me vine al sur de Francia y aquí, bajo el sol brillante, comencé a mejorar. Hacia el verano ya estaba otra vez

bien. Pero entonces ya se olía la guerra en el aire y decidí no regresar a Inglaterra, sino irme a Nueva York y recomenzar mi vida allí. Partí con unos pocos dólares en el bolsillo; mi esposa prefirió regresar a Londres y esperar allí los resultados.

A menudo me han preguntado cómo me las arreglé para tener éxito en América tan rápidamente. La historia es sencilla, y puedo relatarla aquí. Sólo conocía realmente a un hombre en Nueva York, pero era poderoso y amable: Otto H. Kahn.

Durante mis primeros días en Nueva York me dediqué a pensar. Estaba en el St. Regis Hotel, que había probado durante mi anterior visita, tres o cuatro años antes. Fue entonces cuando me hice amigo del señor Hahn, el propietario, que fue muy amable conmigo. Un día le pedí que viniera a mi habitación y le expuse mi caso. Si me dejaba quedarme en el hotel tal como estaba durante tres meses, podría pagarle todo. Si no podía darme crédito, tendría que irme. Me dijo con gran gentileza que no podía darme un crédito de tres meses, de modo que me fui al día siguiente y me alojé en Riverside Drive.

Allí me senté y escribí un corto artículo sobre los ferrocarriles, enviándolo a los presidentes de tres compañías de ferrocarriles, Union Pacific incluida. Comenzaba diciendo que hay varias grandes redes ferroviarias en el mundo. Una de las mayores era la Canadian Pacific, que iba desde Quebec al Pacífico; otra aún mayor era la que atravesaba Europa desde Calais y recorría Asia hasta Vladivostok; pero aún mayor era la de la Unión Pacific, que iba desde Nueva York a San Francisco, porque había hecho mucho por la unión de los estados americanos. Pero que el más importante de todos los ferrocarriles era el Paris-Lyon-Méditerranée. Uno podía iniciar el viaje en París y estar en pocas horas en Dijon, la capital del viejo reino de Borgoña; o podía quedarse en su sitio durante toda la noche y llegar a Fréjus, en el centro de la civilización de la antigua Roma. El Paris-Lyon-Méditerranée es el mayor ferrocarril del mundo porque no sólo atraviesa países sino también siglos y devora no sólo el espacio sino también el tiempo.

Envié esta pequeña nota a los presidentes de tres ferrocarriles norteamericanos, preguntándoles si deseaban un agente publicitario que hiciera para ellos una propaganda nueva, y si deseaban emplearme. Les dije que deseaba una gran suma de dinero mensual,

y enviaba ese pequeño opúsculo como ejemplo de mi trabajo. Inmediatamente me emplearon dos de ellos, el Union Pacific y el Chesapeake and Ohio, y fui a pasar una temporada en White Sulpur, Virginia, para estudiar el camino, habiéndome asegurado una buena recepción en el hotel. Debo agregar que Otto Kahn fue lo bastante amable como para escribir tanto a la Union Pacific como el Chesapeake and Ohio, recomendándome.

Poco tiempo después conocía a Arthur Little, impresor y prácticamente dueño del «Pearson's Magazine». No sólo era afable sino también sabio, y pronto me puso en la revista como editor. Por supuesto, abandoné mi posición en el ferrocarril y regresé a mi antiguo trabajo.

Al comienzo tuve mucho éxito con «Pearson's». La circulación aumentó rápidamente y durante casi un año pareció como si pudiera hacer de ella una gran revista. Pero después vinieron malas épocas. Los alemanes habían entrado en Francia y estaban derrotando a franceses e ingleses juntos. También habían prácticamente destrozado a Rusia en un año. En el aire flotaba la idea de que Norteamérica debía acudir en ayuda de los aliados y evitar que Alemania obtuviera una victoria inmerecida. Ya he contado cómo el 6 de abril de 1917, Norteamérica declaró la guerra a Alemania. Yo estaba apasionadamente en contra de la guerra. Deseaba que Norteamérica forzara una paz, una «paz sin victoria», como había dicho Wilson. Algo que hubiera podido hacer fácilmente. Pero Wilson no era el hombre para hacer ese trabajo, de modo que continuó la guerra, sacrificando más de un millón de vidas todos los meses. A mí todo eso me parecía horrible y protesté una y otra vez desde «Pearson's». Esto me acarreó pronto la antipatía de las autoridades de Washington y A. S. Burleson, el director general de correos, retenía el «Pearson's Magazine» en el correo durante semanas. Cuando fui a Washington y pregunté por qué lo hacía, me dijo que era a causa de una información recibida según la cual se trataba de una publicación

sediciosa y en contra de los intereses de Norteamérica. Señalé que se había equivocado seis veces, pero el estúpido no me dio satisfacciones. Finalmente, retuvo la revista durante veintisiete días, y eso arruinó prácticamente la circulación. A. S. S. Burleson[20] como yo le decía en la cara, era demasiado poderoso para mí. En lugar de hacer veinticinco mil dólares al año, empecé a perder dinero, y pronto mi posición se hizo insostenible.

Pero en 1918 terminó la guerra, tal como yo había predicho, y en mi despacho de la Quinta Avenida, en Nueva York, comencé a dar clases e hice algún dinero. Pero tuve que abandonar mis esperanzas de un éxito periodístico significativo, a causa de la enemistad del gobierno en Washington. Un pequeño incidente demostrará hasta donde llegaba el brazo de Wilson.

De pronto, en 1919, me pidieron que mostrara mis papeles de naturalización. Cuando le dije al funcionario que no podía hacerlo, me dijo:

—Oh, debe hacerlo si desea ser tratado como ciudadano americano; de otra manera, podrían expulsarlo del país.

Yo sentí la amenaza y expliqué:

—En 1875 o 1876, fui admitido en el colegio de abogados en Lawrence, Kansas, y esto no hubiera sucedido ni hubiera podido practicar la abogacía sin ser ciudadano.

Dijo que tenía que pasar todo el caso a Washington. Yo probé mi admisión al colegio de abogados de Lawrence, Kansas, pero dos o tres días después, el funcionario vino a decirme que no era suficiente y que el gobierno no me consideraba ciudadano.

—No quiero votar —dije—. Sólo quiero quedarme aquí tranquilamente.

—Sería mejor que se hiciera ciudadano, *si puede* —me contestó.

Esto me pareció significativo. En consecuencia, di todos los pasos necesarios y en 1919 fui una vez más aceptado como ciudadano americano, poniendo fin a las mezquinas molestias del gobierno de Wilson y de A. S. Burleson.

Una palabra más sobre la estupidez de la guerra. En junio de 1905 se produjo una considerable conmoción a causa de la publicación del informe de sir W. Butler sobre el ingenioso artificio mediante el cual, una vez terminada la guerra sudafricana, el gobierno británico vendió mercaderías por valor de millones de

libras a contratistas por un precio reducido, y luego volvió a comprárselas a un precio alto. Por ejemplo, el heno se vendió a siete chelines por cada cien libras, y se volvió a comprar a diecisiete chelines. Como no había necesidad de venderlo todo —porque en ese caso no hubieran tenido que volver a comprarlo—, esta transacción representa una ingeniosa estratagema para poner seis chelines por cada cien libras de hecho vendidas en el bolsillo de alguien, a expensas del contribuyente británico. El desesperado estado de confusión en el que los ministros habían permitido que quedara todo en Sudáfrica, queda demostrado por el hecho de que eran incapaces de decir que se había perdido por simple deshonestidad o si —como deseaba el señor Balfour que se creyera — Inglaterra había hecho dinero con esas transacciones. La finanza patriotera es un juego de gallina ciega. Al comienzo, el ministerio de guerra puso objeciones a vender las mercaderías por contrato, pero después cedió. Primero exigió ingresos mensuales por ventas, y después permitió que pasaran los meses sin ningún ingreso. Mientras tanto, los contratistas se enriquecieron. Los ministros se empeñaban en no escuchar las advertencias del líder liberal, y en lugar de exponer el escándalo hicieron lo posible por ocultarlo. Afortunadamente, el auditor general, un funcionario independiente del ejecutivo, llevó el asunto ante el comité de finanzas públicas. Por este medio llegó a publicarse el informe del general Butler. De otro modo, todo se hubiera ocultado «en beneficio de los mejores intereses del ejército».

Capítulo 14

Y ahora debo hablar de mi pequeña *mousmée* japonesa, que vino por su propia voluntad a ser mi secretaria y compañera. Me enseñó todo lo que sé sobre el Japón y mucho sobre la naturaleza de las muchachas. En primer lugar, me demostró que la posición de las mujeres de clase alta en el Japón era mucho más miserable de lo que yo había supuesto. Me aseguró que, en la familia, el niño varón lo era todo y que la niña debía hacer lo que le ordenaran. Y que si se casaba, su inferioridad no haría más que intensificarse. Lo que hiciera su marido estaba bien hecho, y si su voluntad era contraria a la suya en algo, ella tenía simplemente que ceder o romperse. Me enseñó que la esposa japonesa era todo para su marido, no sólo una amante sino también una sirvienta. Cuida de sus ropas, se las presenta al marido por la mañana y lo ayuda a vestirse, y debe guardar con cuidado lo que se quita. En las familias más pobres, el lavado, la costura y los remiendos son hechos por la esposa. Toda mujer japonesa (excepto las de mayor rango) sabe coser, y no sólo hace sus propios vestidos sino también los de sus hijos y su marido.

Es la esposa la primera en levantarse por la mañana, la que despierta a los sirvientes y prepara el desayuno. En cuanto apaga el *andón*, la única iluminación nocturna de las casas japonesas, consistente en una simple mecha que flota en un platillo con aceite vegetal, abre las puertas corredizas dejando entrar la luz y completa su apresurada *toilette*.

Sin duda el hombre japonés tiene suerte al tener una esposa reflexiva que atiende a las pequeñas cosas de la vida; una sirviente personal buena, considerada y cuidadosa, siempre a mano para soportar en su lugar esas triviales preocupaciones y cuidados.

Una vez que el marido inicia sus tareas cotidianas, la mujer se dedica al trabajo de la casa. Su esfera es la del hogar y aunque, a diferencia de otras mujeres asiáticas, puede andar sola por las calles, no se ocupa del mundo exterior. No está totalmente separada de este mundo porque a veces hay grandes cenas, ofrecidas quizás

en su propia casa, en las que debe aparecer como anfitriona junto a su esposo y compartir con él el deber de atender a los huéspedes.

Los requerimientos de la hostilidad japonesa son tan rígidos, que no se permite nunca a un huésped abandonar la casa sin haberlo urgido a compartir alimento, aunque sólo sea té y una pasta. Incluso a los comerciantes o mensajeros que van a la casa es preciso ofrecerles té, y si hay carpinteros, jardineros u obreros de cualquier tipo trabajando allí, se les sirve té y una ligera colación a media tarde y varias veces durante el día simplemente té. Si un invitado llega en *rickshaw,* se proporcionan refrescos no sólo a él sino también a los hombres del *rickshaw*. Todas estas cosas requieren mucha precaución y trabajo de parte de la señora de la casa.

Entre las tareas cotidianas del ama de casa hay una, que no es por cierto el más pequeño de sus deberes, que consiste en recibir, agradecer y devolver de manera adecuada los regalos recibidos por la familia. Los regalos no quedan limitados a los momentos especiales del año. Los niños que visitan a la familia reciben juguetes, y con este objeto siempre hay una reserva de ellos a mano. Este sistema de regalos culmina al final del año, cuando los amigos y conocidos intercambian presentes de mayor o menor valor, según sus sentimientos y sus medios. Si hubiera alguno que ha sido especialmente generoso, y a quien es preciso devolver la gentileza, el final del año es el momento de hacerlo.

La madre japonesa obtiene gran deleite y consuelo de sus hijos, y su preocupación constante es la dirección adecuada de sus hábitos y modales. Parece gobernarlos totalmente mediante la admonición gentil, y las peores reprimendas se les hacen siempre con voz agradable y un rostro sonriente. Aun teniendo muchas sirvientas, la madre cumple con respecto a sus hijos casi todos los deberes que en otros países se delegan a menudo en las niñeras.

Por mi *mousmée* aprendí todo lo relacionado con el sexo. Me enseñó que la modestia sexual, tal como la comprendemos nosotros, es absolutamente desconocida en Japón y también en China. Me llevó al *geisha-ya* o establecimiento donde se entrena a las muchachas antes de dejarlas salir durante el día o la noche para ir a casas de té o fiestas privadas. A ella misma la habían entrenado en una de estas casas desde los siete años, y era una de las mejores bailarinas que he visto. Me enseñó que si bien la mayor parte de los

teatros son para actores, hay también teatros donde sólo actúan mujeres, aunque curiosamente no hay teatros donde trabajen hombres y mujeres en el mismo escenario.

Me llevó a escuchar a los cuentistas profesionales o *hanashika*, así como a sus lugares favoritos en los alrededores de Tokyo, para ver los cerezos florecidos en abril y mayo. Miles de visitantes llenan el Parque Uyeno para ver los cerezos y melocotoneros en flor; o van a Kameido para ver los ciruelos y las glicinas; y a Oji por sus maravillosos arces. Una pelea que se librara cerca de Londres o una carrera de caballos, no atraerían una multitud mayor y apenas serían más educativas. La pequeña *mousmée* me hizo comprender gradualmente que la civilización japonesa era más elevada que la inglesa, salvo en la cuestión esencial de la religión.

A través del conocimiento del Japón, aprendí lo que el cristianismo, con su atención al alma individual, ha hecho por las mujeres.

En el momento en que comenzamos a hablar de sexo (he olvidado decir que mi pequeña *mousmée* hablaba un poco de inglés), sus revelaciones se volvieron extraordinarias. Uno de los primeros días le pregunté cómo había perdido su virginidad, y me contó que cuando tenía diez años una de las maestras de la escuela la había seducido y le había quitado la virginidad con sus atenciones. Me dijo que nunca fuera con nadie de la Yoshiwara; si deseaba una mujer, ella sabría si estaba sana o no y me lo haría saber.

—Además —dijo—, tú eres rico. Puedes tener una criatura adorable en el momento que quieras, sin peligro. ¿Por qué correr riesgos?

Por fin, descaradamente, dije:

—¿Podrías encontrarme una?

—Una docena —contestó riendo—. Más seductoras que yo.

Y al tiempo me trajo una muchacha exquisitamente bonita y amable, pero no mejor que ella, y por extraño que parezca estaba decidida a contemplar la consumación del sacrificio. Desde ese momento, quedé prendado de mi *mousmée*, y aunque tal vez le fui infiel una o dos veces, durante la mayor parte de mi estancia en Japón me contenté con mi pequeña amiga. Observo que una y otra vez la he llamado «pequeña», pero no lo era para ser japonesa y tenía un cuerpo hermoso.

No había nada que no supiera en materia sexual. Se deleitaba mostrándose a mí y no era reacia a explicar que cuando le gustaba un hombre, su sexo se estremecía y la molestaba durante todo el día.

—¿Nunca lo tocas? —pregunté.

—¿Qué sacaría de ello? —contestó—. Cuando me lo toco no siento casi nada, pero cuando lo tocas tú, estoy a punto de volverme loca.

Pronto descubrí que su sexo era muy pequeño, pero me aseguró que era simplemente una cuestión étnica.

—Las chinas —dijo— son mucho más grandes que las japonesas.

Pero insistía en que la pasión era una cuestión de temperamento y no de órganos corporales, y con el tiempo llegué a estar de acuerdo con ella.

—A menudo —dijo—, me haces sentir con tanta intensidad, que mi útero desciende para encontrarse contigo y la parte interior de mis muslos se estremece y queda sensibilizada durante horas. Cuando te vayas seré muy desdichada. Preferiría morir a vivir y sin embargo sé que no te quedarás, que no puedes quedarte mucho tiempo más. ¿Qué haré cuando ya no pueda verte?

¿Qué iba yo a decir o a hacer? La consolé lo mejor que supe. Pero antes de irme me presentó a una de las muchachas más encantadoras que he conocido. No era una de las más bonitas, aunque su cuerpo era soberbio, pero su cara era apenas algo más que picante e interesante. Estaba llena de manías y extravagancias de todo tipo. La primera vez, cuando la besé, me dijo que le parecía «desagradable». El beso era una sucia costumbre occidental. Pero no tenía otras reservas y me manifestó una individualidad sentimental que me pareció fascinante. La segunda vez que nos encontramos, no quiso de ningún modo permitirme manifestar pasión.

—No quiero sentir —dijo—, preferiría hablar. En cambio mi amiga siempre prefiere sentir. Oh, no digas que no. Es sólo una pose. Nos conocemos.

Pronto descubrí que tenía razón. Su amiga prefería sentir mucho más que hablar.

La amiga de la *mousmée* me contó cosas curiosas. Nunca deseaba entregarse hasta que un hombre dijera o hiciera algo que ganara su corazón, y después ya no se resistía.

—Por ejemplo, cuando te ibas —dijo— besaste la mano de mi amiga y tu cortesía y gentileza despertaron en mí el deseo.

Poco después la llevé al dormitorio. Se desnudó sin una palabra, pero después de haberla besado un poco, se enloqueció. «Lo quiero todo» dijo, pero cuando lo tuvo todo, volvió a los besos.

—No tenía idea —exclamó— de que esto significara tanto para las muchachas, de que nos excitara más que cualquier otra cosa. No sabes lo que significa para mí. Siento como si me estuviera volviendo loca. ¿Se lo has hecho a alguna otra muchacha?

—A muchas —contesté—. Algunas responden como tú, pero la mayoría es relativamente más fría.

—Oh, bah —exclamó—. Si las besas y dejas que al mismo tiempo te toquen, no pedirán nada mejor, ni podrán conseguirlo.

Un día le dije:

—Quiero que sientas tanto como puedas. Estás tan hermosamente hecha… Quiero que llegues hasta el final. Dime cómo.

—Comienza despacio —dijo—, y sigue hasta que te diga que pares.

Así lo hice. Después de un cuarto de hora, comenzó a suspirar y retorcerse y finalmente gritó:

—¡Para, para! ¡No puedo soportarlo más! ¡Me estoy poniendo histérica y eso me asusta!

Mi principal placer ha sido siempre dar placer a las mujeres, porque el espasmo del deleite del hombre termina demasiado rápido y deja una extraordinaria debilidad y cansancio que no desaparecen en seguida, mientras que la muchacha no siente ningún agotamiento.

Cuando pienso en la devoción de esa *mousmée* quedo siempre sorprendido. Me amaba y sin embargo nunca manifestó celos sexuales. Una de las primeras veces, me trajo una preciosa geisha, diciéndome:

—Es famosa, pero me parece que no te interesará —y la hizo acostarse, mostrándome su sexo—. Ves —dijo, separando los labios —, no es muy pequeña y necesita mucho tiempo para excitarse.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque antes de molestarte con ella, la probé. Pero ella quería venir, supongo que pensando que sus ojos te fascinarían.

Y los ojos de la muchacha eran realmente muy hermosos.

En otra ocasión me trajo otra *mousmée*.

—¡Mírala! —exclamó—. Vale la pena. Su sexo es más pequeño que el mío. Mírala —y me mostró su desnudez—, y además, apenas la tocas y ya está en llamas. Ahora os dejaré juntos, porque tal vez entre las dos lograremos retenerte en Kioto. Porque —y se acercó a mí— estoy empezando a creer que realmente te importo. ¡Siempre eres tan bueno conmigo, querido!

Cuando finalmente dejé Japón, le di a la *mousmée* lo suficiente como para hacerla independiente. Bien mirado, fue una de las mujeres más deliciosas y bien dotadas que he conocido. También con su amiga fui más que generoso, según los cánones japoneses.

Un amigo que acaba de leer estas páginas me dice que hay una omisión que lo sorprende.

—¿Por qué no escribe nada sobre el paisaje y los grandes templos u obras de arte de la India, China y Japón? —preguntó—. Pensaba que nos hubiera proporcionado descripciones inolvidables, pero no hay una sola palabra sobre eso. ¿Por qué?

—Me temo que la crítica que de mí hizo Bernard Shaw era correcta —dije—. Como sabrá, escribió que si yo fuera tan buen crítico de los segunda y tercera fila como lo soy de los de primera fila, sería el mejor crítico que haya existido nunca. Lo mismo me pasa con el paisaje y las grandes obras de arte. Recuerdo la primera vez que vi la catedral de Chartres: me quedé allí parado durante horas y lloré como un niño.

Ese fue uno de los grandes momentos de mi vida. Las catedrales de Amiens y de Beauvais me impresionaron también, pero Chartres tenía una especie de encanto personal, como si el constructor hubiera estado emocionado con su propia creación. También la catedral de Reims me dio una impresión profunda. Desde entonces, la he visto cien veces y siempre con la misma admiración. Pero nada de lo que vi en la India, en China o en Japón me proporcionó una emoción semejante. Ni siquiera Estrasburgo o Colonia o Montreal me atrajeron de la misma manera, no sé por qué.

Sólo puedo decir que Chartres me pareció un himno a la alegría hecho piedra. Y debo hacer otra triste confesión. Lo que más me impresionó aparte de Chartres fueron uno o dos grandes edificios de América. Creo que si se viera uno de esos edificios en un espacio

abierto, uno quedaría enormemente impresionado, pese a su fealdad utilitaria. Hay en ellos algo magníficamente grandioso que conmueve el alma.

Se dirá, sin embargo, que el paisaje, por lo menos en la India, merecería por lo menos una descripción. Es verdad que Cachemira me pareció tan bella como Suiza y que el Himalaya era maravilloso. Pero nunca he descrito Suiza, de modo que ¿por qué tendría que describir Cachemira?

Lo que realmente me atrae es lo extraño o lo inefable. Podría hablar durante horas de los lagos interiores del Japón. No son muy hermosos en sí mismos, pero siempre se los ve entremezclados con pequeñas perspectivas de ese pueblo encantador, cortés, travieso, que no tiene moral pero vive bellamente.

¿Cuál es la ventaja de la descripción de lugares? Siempre tengo la sensación de que es imposible transmitir un paisaje con palabras. Se puede hablar de la falda de una colina de dorada aulaga, o de un gran acantilado, o de picos nevados a la distancia. Pero conjurar la bella escena es algo que queda más allá del poder de las palabras.

En China no he conocido ninguna belleza natural sorprendente, y las grandes ciudades chinas son algo que prefiero olvidar a recordar. El Japón es el único país oriental que me llegó al corazón y, como ya he dicho, sus bellezas siempre las aprecié relacionadas con su gente encantadora.

Pero todo eso tal vez sea mi limitación. Estoy seguro de que si Ruskin hubiera visto la décima parte de lo que he visto yo, nos hubiera dado maravillosas pinturas en palabras. Pero a mí me importa más una persona extraordinaria, y encuentro mayores maravillas en un alma y un corazón como los de Meredith o Dowson, que en mil paisajes elogiados en las guías turísticas. Una frase de Meredith, su risa, la luz de sus ojos mientras recitaba su poesía, me depararon emociones inolvidables. Piénsese si no en un verso como este de Dowson:

Me alegraría la soledad
Y las horas que vuelan con alas rotas,
Un cuerpo sediento, un corazón cansado
Y el invariable dolor de las cosas,
Si pudiera hacer una sola canción
Tan adorable y llena de luz

Tan callada y breve como una estrella fugaz
En una noche invernal.

Capítulo 15
Amigos de Norteamérica

Fue el lunes 3 de agosto de 1914 cuando sir Edward Grey hizo su gran pronunciamiento en la Cámara de los comunes. Según éste, el día anterior, domingo, había asegurado a Francia que «en caso de ataque a sus desprotegidas costas norte y oeste, la flota británica le brindaría toda la protección de que fuera capaz». Después siguió hablando de la necesidad de apoyar a Bélgica. A su lado se sentaban Asquith, Lloyd George y Winston Churchill, y después de su discurso toda la cámara lo aclamó.

Me pareció más que absurdo. Todo el mundo sabía que la causa real de la enemistad entre Alemania e Inglaterra era el crecimiento industrial de Alemania, y que esta animosidad había sido exacerbada, sin duda, por la creación de la flota alemana y las estúpidas afirmaciones del káiser en el sentido de que la quería como contrapeso al poder naval inglés. Pero ¿había en todo ello una razón suficiente para la guerra? ¿No hubiera sido más prudente de parte de Inglaterra desarrollar sus industrias dando a sus trabajadores mejores condiciones de vida? La guerra me parecía la única ofensa imperdonable, un ultraje al espíritu del bien, un crimen contra la humanidad.

Y no obstante, fue la guerra, una guerra mundial sin necesidad o razón adecuadas. Y pronto me enteré por una fuente de toda autoridad, que si Alemania hubiera sabido que Inglaterra iba a tomar partido en su contra, la guerra no se hubiera producido. Como ya he dicho en otra parte, en cuanto el káiser supo que Inglaterra se contaría entre sus enemigos, hizo lo imposible hasta el último momento para evitar la guerra. ¡Ay! La suerte estaba echada, y fue este tipo de torpe ignorancia la que costó la vida a treinta millones de seres humanos, retrasó el desarrollo europeo en más de un siglo e impuso una pausa a la humanización del hombre en la sociedad.

Un día me enteré de que Le Clos —la casa del presidente

Poincaré en Campigny— había sido bombardeada dos veces. Si lo mismo hubiera sucedido con las casas de Grey o de Asquith, me hubiera reído. Habría que limitar la guerra a la media docena de hombres que son responsables de ella, y entonces no nos dolería tanto; pero que el káiser y Grey tuvieran poder como para condenar a una muerte prematura a millones de personas, me parece demencial.

Como ya he dicho, al comienzo de la guerra mundial fui a Nueva York y pronto encontré trabajo remunerado. Un año después, Arthur Little me ofreció la dirección de la «Pearson's Magazine», y enseguida me puse manos a la obra. Nadie hubiera podido ser más amable conmigo de lo que fue Little, y en cuanto mi esposa se reunió conmigo y pusimos casa en Washington Square, estuve totalmente satisfecho.

Verdad es que deseaba ir a China y Japón a aprender esas lenguas, pero después de todo un hombre no puede hacerlo todo en su corta vida, y pronto decidí hacer de «Pearson's» la mejor revista de los Estados Unidos. Indudablemente la mejoré, hasta el comienzo de 1917, cuando comprendí que el presidente Wilson iba a meter a Estados Unidos en la guerra mundial. Me parecía una estupidez insensata que el mismo hombre que había hablado noblemente de la «paz sin victoria» como el objetivo, deseara ahora la victoria y la guerra. Protesté en todos los números de la revista y en cuanto Burleson fue nombrado director de Correos, advertí que estaba dañando la circulación de «Pearson's», de todas las maneras posibles, legales e ilegales. Reteniendo la revista en el correo, aduciendo que era examinada por sediciosa, redujo la circulación de 120 000 a 20 000 ejemplares, y esto me hundió.

Pero no estaba dispuesto a dejarme vencer. Comencé a dar clases en mi oficina de la Quinta Avenida y en seguida estuve ganando tanto dinero como antes. Pero significaba el doble de trabajo y la injusticia de la persecución del gobierno me indignaba.

Gradualmente, mis pensamientos fueron alejándose de América. Además, ese invierno en Nueva York cogí una pleuresía, y comencé

a anhelar el clima más benigno de Niza. «¿Por qué seguir luchando contra estos cabrones?», me pregunté, y cuando Wilson llevó a Estados Unidos a la guerra, decidí regresar a Francia tan pronto como fuera posible y conveniente.

Pero en Estados Unidos había ganado mucho más que unos pocos dólares. Había ganado la amistad del coronel Arthur Little, quien después me demostró su incansable afecto de mil maneras. He escrito una semblanza de Arthur Little en la cual he procurado hacerle justicia.

También había conseguido el afecto de otro de quien, por extraño que parezca, no he hablado en ninguna parte: J. Wilson Hart. Sucedió así. Yo estaba tratando de descubrir por qué la circulación de «Pearson's» no aumentaba como hubiera debido. Conseguí una carta de presentación para el presidente de la American News Company y fui a verlo. Me dijo poco o nada. Pero dijo que el jefe del departamento de circulación era un tal señor Hart, que podría explicármelo todo. En consecuencia, fui al despacho del señor Hart y lo vi. Casi inmediatamente me llamó la atención un cierto acento inglés. Me dijo que era americano puro y no tenía nada que ver con Inglaterra. Me explicó casi todo lo que estaba haciendo yo desde un punto de vista popular.

—Este artículo —dijo— hablará a su favor; en cambio este otro lo dañará. Es usted demasiado franco y esa es siempre una desventaja.

Casi en seguida me gustaron su franqueza y su comprensión, y le pregunté si almorzaría conmigo algún día. Lo hizo y tuvimos una larga charla y también me invitó a su casa. A través de él, empecé a comprender las corrientes de opinión subterráneas de la vida norteamericana.

La vida americana es mucho menos prejuiciosa que la inglesa, pero tiene también sus peculiaridades. Desde que le di a Hart mis primeros libros para leer, nos hicimos amigos, y me alegra decir que continuamos siéndolo a través de los años transcurridos. No hay nadie por quien yo sienta un afecto más profundo o en quien tenga mayor confianza. Él es, como Arthur Little, un príncipe entre los hombres, y él y su esposa alegraron los últimos días de nuestra

estancia en Nueva York con mil pequeñas cosas.

Mientras tanto, se me había ocurrido escribir la historia de mi vida. Una y otra vez había quedado atónito ante la pecatería idiota de los editores ingleses y americanos. Una vez le había vendido un libro de *Retratos* a Methuen, en Londres. En ese volumen contaba cómo le había preguntado a Browning si había sido su esposa quien le transmitía toda la pasión de *James Wife*
Lee's
. Él me dijo que no era asunto mío. «Pero es interesante», respondí yo. «Shakespeare no le hubiera contestado», dijo él. «Por supuesto que sí, y lo ha hecho», dije, y le cité dos o tres pasajes. Browning meneó la cabeza y se negó a confesar.

Methuen me rogó que eliminara ese pasaje.

—Todo el mundo sabe —dijo— que un caballero toma todo su conocimiento de su esposa.

—¡Qué idiotez! —exclamé—. ¡Completa idiotez!

Descubrí que los editores americanos eran tan poco inteligentes y tan mojigatos como los ingleses.

De modo que gradualmente fue naciendo en mí la idea de luchar contra esta gazmoñería y escribir *Mi vida* tan libremente como fuera posible. Era imposible hacerlo en los Estados Unidos. Nadie se hubiera atrevido a imprimir, y mucho menos a publicarla, de modo que se me ocurrió volver a Europa.

Este proyecto fue favorecido por la vergonzosa paz de 1918 y el infame Tratado de Versalles por el cual, pese a las promesas de Wilson, la vencida Alemania y sus aliados eran engañados y maltratados de todas las maneras posibles y la Europa oriental quedaba mutilada. Algo más tarde volví a Europa y, dejando a mi mujer en Niza, fui a Berlín para publicar el primer volumen de *Mi vida y mis amores*.

No tuve dificultades de ningún tipo y pronto descubrí que la vida en Berlín era tan interesante como en París. Conocí a Gerhart Hauptmann y a otros notables escritores e ilustradores, incluido Grosz. Y las imprentas alemanas eran tan buenas como las inglesas. Pero por desdicha cometí un error. Un amigo norteamericano me preguntó un día por qué nunca ponía retratos de desnudos en mis libros.

—Si lo hiciera —me dijo— yo podría vender cinco mil

ejemplares de su libro en Chicago y le enviaría cincuenta mil dólares.

También conocía a alguien que proporcionaría los retratos y en un momento de debilidad acepté. Más tarde me enteré que los cinco mil ejemplares quedaron confiscados en Chicago y nunca me dieron un centavo por ellos. Peor aún, las autoridades postales confiscaron también quinientos ejemplares de mi libro sobre Oscar Wilde en dos volúmenes, y lo perdí todo. En realidad, fue peor que nada, como ya explicaré. Cuando las autoridades postales inglesas secuestran un libro por obsceno, lo queman y, por lo menos, el autor ya no es molestado; pero las autoridades postales americanas confiscaron *Mi vida* y después vendieron los ejemplares, dejándome afuera. Conseguí varias pruebas indudables de este fraude vergonzoso.

En 1920, se vendieron abiertamente en Estados Unidos y Gran Bretaña muchos miles de ejemplares de Casanova, pero las obras de Frank Harris fueron confiscadas fríamente. Estas anomalías en la práctica de la ley son más que criminales. Sin embargo, me reí de ellas en su momento y siguen divirtiéndome aún ahora. Pero hay algo que no me resultó divertido. Después de publicar el primer volumen de *Mi vida* me enteré de que en Estados Unidos se había promulgado una ley, adoptada más tarde por Gran Bretaña, según la cual enviar libros obscenos por correo era equivalente a publicarlos, y esta acción se castigaba con un año de prisión y más de cinco mil dólares de multa. Ahora bien, algunos amigos míos habían enviado ejemplares de mi libro a Norteamérica, y me pareció que yo podía caer dentro de lo previsto por esta ley. Todo eso lo discutiré en otro capítulo. La prohibición de entrar en Inglaterra nunca me molestó en lo más mínimo. No tenía deseos de regresar allí. Pero la posibilidad de encontrar problemas para entrar en América era para mí todo un castigo, como ya explicaré.

Capítulo 16

Me resulta muy difícil escribir este capítulo. Detesto acusar a mi gente de crímenes, pero a veces se trata de un deber imperativo, de una obligación de conciencia. Estas acusaciones me avergüenzan profundamente.

En 1919, el ministro de guerra, Baker, prometió castigar a los oficiales que fueran hallados culpables de brutalidad contra las personas de los soldados internados en los campos de prisioneros franceses. «No es demasiado tarde —declaró— como para castigar a cualquier oficial u hombre alistado que esté todavía en servicio».

No era demasiado tarde para castigar, pero sí lo era para prevenir atroces crueldades que manchan el nombre de Norteamérica y cuya prevención era obvio deber del ministro Baker.

Durante más de dos años había estado escuchando los informes de las cortes marciales, ratificándolos o suavizándolos y revisándolos. Tendría que haber aprendido su trabajo. «En los Estados Unidos ha habido trescientas cincuenta mil condenas de cortes marciales», decían los periódicos. Docenas de soldados y objetores de conciencia han sido sentenciados a prisiones de diez y veinte años por ofensas que en ninguna otra parte del mundo civilizado se hubieran castigado con más de uno o dos años. El ministro Baker simpatizaba con la crueldad medieval o hubiera revisado ya la primera de estas sentencias atroces. Docenas de hombres han sido torturados hasta volverse locos en prisión o se han suicidado o muerto en la más terrible agonía, pero el ministro Baker ha seguido comiendo, bebiendo y diciendo simplezas mientras inescrupulosamente desdeñaba su deber fundamental. Ha permitido que esta multitud de crímenes, estas endiabladas atrocidades, se perpetraran bajo su gobierno durante todos estos meses, sin hacer nada para evitarlas.

La historia del martirio de los tres hermanos Hofer, que pertenecían a la secta religiosa de los menonitas, siempre quedará asociada para mí con el señor ministro Baker.

Estos hombres eran objetores por cuestiones religiosas. Aunque estaban casados, fueron arrancados de su hogar en Dakota del Sur y llevados a Camp Lewis, tratándolos como a perros por el camino. Les pusieron clips en la barba para hacerlos ridículos y fueron maldecidos por los diversos guardias para demostrarles cuál es el significado de nuestro cristianismo. Después de dos meses de confinamiento, se les sometió a una corte marcial que los sentenció a *treinta y siete años de prisión*, que el comandante redujo a *veinte años*.

Fueron enviados a la prisión de Alcatraz, en la bahía de San Francisco, engrillados en codos y muñecas. Allí fueron puestos en celdas de castigo subterráneas en medio de la oscuridad, la inmundicia y el hedor. Durante cuatro días y medio no recibieron alimento alguno. Tenían que dormir sobre el piso de cemento húmedo, sin manta. Durante el día y medio que siguió, fueron esposados por las muñecas a las barras de la celda, tan estirados que apenas tocaban el suelo con los pies. David, el único de ellos que fue liberado y está ahora en su casa, afirma que todavía siente en sus costados los efectos del castigo.

Cuando a fines de la semana fueron sacados del «agujero», estaban cubiertos de erupciones de escorbuto, picados por los insectos y con los brazos tan hinchados que no podían ponerse las chaquetas.

En las celdas habían sido golpeados por los soldados guardianes, con tal brutalidad que cuando los sacaron Michael cayó al suelo, inconsciente. ¿Aprobaba todo esto el ministro Baker? Si no lo aprobaba, hubiera debido cuidar de que esta brutalidad no volviera a repetirse.

La tortura en la prisión de Alcatraz duró cuatro meses. Después fueron trasladados a Fort Leavenworth, encadenados de dos en dos. El viaje duró cuatro días con sus noches.

En Leavenworth fueron paseados por las calles y pinchados con bayonetas como si fueran cerdos. Pasaban nueve horas diarias esposados y se les daba sólo pan y agua. Dos de los hermanos, Joseph y Michael, murieron en la tortura. La esposa de Joseph, Marie, se abrió paso hasta el cuerpo de su marido y descubrió que ya lo habían puesto en el ataúd, vestido con el uniforme militar aunque habría preferido morir antes que ponérselo.

¿Cabe alguna duda sobre quién era el mejor hombre, los hermanos Hofer que padecieron martirio y muerto por su noble creencia, o el ministro Baker, que fue responsable de su asesinato?

Después de haberse presentado el caso una y otra vez, mes tras mes, al secretario de estado, por fin el 6 de diciembre de 1918, un mes después de terminada la guerra, el ministro Baker encontró tiempo para emitir una orden prohibiendo el castigo corporal, el encadenamiento de los prisionero a los barrotes de la celda, etc. El ministro Baker sabía que se practicaban esas torturas y sabía también que eran ilegales. Sin embargo, cinco días después, Jacob Wipf, que había sido confinado junto con los hermanos Hofer, seguía encadenado a los barrotes de su celda nueve horas diarias. Se presentó una petición, respaldada multitudinariamente, al ministro de guerra para la liberación de los objetores de conciencia, y los torturados prisioneros tuvieron algún alivio.

El 27 de enero de 1919, 113 objetores de conciencia fueron liberados en las barracas de Fort Leavenworth, en cumplimiento de una orden del ministro Baker, que llevaba fecha del 2 de diciembre. Se necesitaron casi dos meses para cumplir una orden de este concienzudo ministro, y ni siquiera entonces liberaron a Jacob Wipf. Sólo lo dejaron libre el 13 de abril de 1919.

El senador Norris, de Nebraska, que había sido juez, dijo: Los menonitas son el mejor pueblo de la tierra. Nunca he visto a uno de ellos en la corte. Si todo el mundo fuera tan bueno como ellos, no habría necesidad de cortes y prisiones.

He ahí por qué dos de los tres hermanos fueron torturados hasta la muerte por el ministro Baker para ahora dice para consolarnos que hay mucho tiempo para castigar a los oficiales culpables de crueldad.

Si hubiera querido, el ministro Baker hubiese podido enterarse por el ejército de lo que sucedía. El otro día, el mayor Harry S. Barrett dijo en Baltimore al corresponsal de un periódico, que el káiser nunca había sido un autócrata de la talla de los oficiales comisionados del ejército de los Estados Unidos. Dijo:

> En el Campo McClellan, donde se entrenaba durante nueve meses a los hombres de Maryland, se vivía en el infierno. La propia vida no les pertenecía. Para los Guardias Nacionales o los oficiales no existía algo como la justicia.

> Las cortes marciales estaban a la orden del día, y por infracciones mínimas a la disciplina, la vida de los hombres que habían ofrecido libremente sus servicios al país, quedaban arruinadas de modo irreparable.

El presidente Wilson elige muy bien a sus lugartenientes: Burleson y Baker. Burleson, que declara que siempre ha actuado en justicia, y Baker, responsable de la tortura de centenares de hombres y del asesinato de docenas de hombres inocentes y buenos, pero que sonríe y dice que no es demasiado tarde para castigar a los culpables. Burleson y Baker.

Continúa:

> Los castigos (por corte marcial) no sólo son groseramente excesivos si se los compara con las penas impuestas por ofensas semejantes en las cortes criminales, sino que también difieren tanto entre sí, que encontramos la misma ofensa castigada en una corte marcial por veinticinco años y en otra con seis meses de confinamiento en las barracas disciplinarias.
>
> Un muchacho que se pasa un poco de su licencia o cede al impulso natural de ir a pasar las navidades en su casa, no es castigado por ausencia sino como desertor.

Por supuesto, el señor ministro Baker es el principal responsable de estas atrocidades que avergüenzan a todos cuantos nos llamamos americanos. Pese a estar bien informado, no hizo nada hasta que las quejas llegaron a oídos del presidente quien, poco antes de salir para Francia, le dijo que las torturas debían cesar. Ante esto, el ministro Baker dio una orden en la que se prohibía el encadenamiento y otras prácticas crueles.

Se le presionó para que amnistiara a todos los objetores de conciencia para las navidades, pero no hizo nada hasta que el escándalo fue intolerable; y entonces, a regañadientes —y utilizo esta expresión con conocimiento de causa— liberó a ciento trece objetores que estaban confinados ilegalmente. Todavía hay trescientos hombres, sólo en la prisión militar de Leavenworth a los que habría que liberar.

Ahora bien, como el estado no compensa a las víctimas de sus errores, como hace Gran Bretaña, encuentro inexcusable la conducta del ministro Baker.

He aquí algunos hechos que pueden hacer comprender a los hombres y mujeres americanos las atrocidades practicadas diariamente en nuestras prisiones, sobre la persona de hombres notables.

Quede claro que estoy citando del panfleto titulado «Qué sucede en las prisiones militares», publicado con una lista de los nombres de las personas responsables en la Habitación 1505, 116 South Michigan Avenue, Chicago, y apoyado por el testimonio de una docena de objetores de conciencia. Cito también de periódicos como el «World» y «The Literary Digest».

Los crímenes (*sic*) por los que se castiga a los objetores son de muchos tipos:

> El soldado n.º 12 135, quedó en rojo en su cuenta bancaria por
> $2
> en un cheque de
> $40.
> Reembolsó el dinero al banco, pero la corte marcial lo condenó a seis años.

En ningún país civilizado se hubiera siquiera reprochado este error. Es posible que al ministro Baker le parezca un récord.

> El soldado n.º 13 005 cogió $4000 dólares de la caja registradora de una cantina, se declaró culpable y fue sentenciado a un año. No fue obligado a restituir el dinero.
>
> A otro soldado se lo sentenció a 25 años por sobrepasar en 25 minutos una licencia de 48 horas.

Esto parecería idiota hasta en una ópera cómica. He aquí algunos extractos de los panfletos, que fueron tomados de declaraciones juradas.

> Camp Funston, Kansas, sábado 14 de septiembre, el coronel Barnes, capitán preboste, llamó a la Guardia. Nos ordenó posición de firmes, y cuando nos negamos, procedió a patear las piernas de los hombres…
>
> Lunes 16 de septiembre. Otra vez nos pusieron a dieta de pan y agua… Entre el 7 y el 22 de septiembre sólo tuvimos dos días de ración normal.
>
> Lunes 23 de septiembre. El «oficial de día» nos ordenó estar en posición de firmes, y como rehusamos nos dijeron que nos sacarían afuera cada dos horas, durante la noche. Lo hicieron.

Viernes 27 de septiembre. Una vez más maltrataron mucho a los hombres mientras hacíamos práctica. Nos aplicaron bayoneta a todos. A Larsen le hicieron una herida.

A medianoche, el sargento de guardia nos hizo levantar de pronto y nos ordenó darnos una ducha fría. Fuimos arrastrados violentamente a las duchas y mantenidos bajo el agua, con la ropa de cama, hasta que estuvimos exhaustos. El «Oficial de día» estaba presente y dirigía las operaciones.

Por la tarde, nos administraron otra ducha fría. A las ocho de la tarde, el «Oficial de día», un capitán, y el sargento de la guardia nos ordenaron que nos desvistiéramos y nos preparáramos para una ducha fría, la tercera de aquel día. Nos hicieron ir al baño en grupo. El propio capitán nos trajo cepillos que se utilizaban normalmente para limpiar las tazas del váter y escobas que se utilizaban para barrer, y nos ordenó que nos cepilláramos los unos a los otros. Franklin se negó a usar el cepillo sucio. Lo cogieron y lo arrojaron sobre el suelo de cemento, haciéndolo arrastrarse hacia adelante y hacia atrás apaleándolo viciosamente hasta que quedó exhausto. Entonces lo pusieron bajo la ducha fría y lo dejaron allí hasta que se derrumbó.

El coronel Barnes, el capitán preboste, llegó cuando algunos objetores estaban haciendo sus ejercicios forzosos. Les ordenó ponerse en posición de firmes. Cuando rehusaron, los golpeó vigorosamente en los tobillos con su pesada fusta de montar. Lamentó el deterioro de su bastón y dijo que la única razón por la cual no le rompía la cabeza a Shotkín era que «no merecía la pena tomarse el trabajo».

Ocho páginas más, cubiertas con atrocidades similares. El «World» habla de la tortura en la Isla de Alcatraz, la famosa prisión de California, una cárcel al nivel del mar. Cito fragmentos de su informe. Ningún registro de mártires puede exhibir testigos más nobles:

Los cuatro hombres fueron esposados por las muñecas a una barra de hierro cuya altura apenas permitía que sus pies tocaran el suelo. Los guardias les quitaron las ropas de paisano hasta dejarlos en paños menores. Se les negaron mantas o abrigo de cualquier índole y vivieron temblando de miedo a causa del frío y la humedad de la celda…

Durante 36 horas, estos héroes silenciosos permanecieron «encordados» como se dice. No se les proporcionó comida alguna y sólo un vaso de agua. Sufrieron, helados hasta los huesos, casi desnudos, hambrientos y sedientos, con el dolor y la fatiga torturando cada nervio. Para aumentar sus tormentos, durante esas 36 horas

aparecieron guardias que los golpearon brutalmente con palos. Sin embargo, ni una sola vez pensaron en aceptar el camino fácil, sucumbiendo a la voluntad militar.

Durante los cinco días restantes, no se los «colgó», pero los otros elementos del castigo permanecieron en vigor. No tenían ropas. La celda era húmeda y mohosa. Se les dio sólo un vaso de agua cada 24 horas, y ni un trozo de comida durante cinco días completos. La mazmorra no tenía cama y descansaban sobre el suelo empapado. No había facilidades para lavarse o hacer sus necesidades, de modo que se vieron obligados a vivir junto a sus propios excrementos. Con frecuencia entraban los centinelas para maltratar a las víctimas.

Llenos de horror y dolor por todo esto, estos objetores a la guerra fueron debilitándose cada vez más. Sentían cerrarse sobre ellos la amenaza cercana de la muerte. Sólo el gran esfuerzo de voluntad los mantuvo lúcidos.

Finalmente, las autoridades, temiendo las consecuencias de su acción, los liberaron de esta ordalía. Salieron de la mazmorra con la salud quebrantada, arreglándoselas apenas para caminar. Cuando llegaron a la luz y el aire fresco de la parte superior de la prisión, se vio que habían contraído el escorbuto…

Entonces se los envió a Fort Leavenworth donde, por supuesto, las celdas son mucho mejores. Una vez más los pusieron en confinamiento solitario. En sus condiciones de debilidad, contrajeron neumonía por haber estado durmiendo en el suelo de cemento. Diez días después, dos de ellos habían muerto. Esta es la manera en que castigamos la objeción de conciencia en los Estados Unidos, en pleno siglo veinte.

Y finalmente, para acumular horror sobre horror, reproduzco el siguiente testimonio, casi increíble, de Fort Oglethorpe, testimonio que, creemos, está en poder del congresista Dent.

Un capitán ordenó que se sumergiera hasta la cintura en las heces de una letrina a un objetor de conciencia, y ordenó a un sargento que le arrojara suciedad encima. Fue rescatado por otros prisioneros.

Llegó a Fort Oglethorpe un desertor polaco que sufría de ictericia. Durante dos días, no le dieron ni alimento ni medicamentos. Se le ordenó trabajar, pero se derrumbó cuando intentó ponerse de pie. El teniente Massey, oficial de la prisión, ordenó a un guardia con una bayoneta que lo obligara a salir. Lo pincharon cuatro veces y se desmayó. Poco después estaba muerto.

La gran mayoría de estos prisioneros eran fanáticos religiosos. Casi todos ellos lo soportaron todo hasta el final y algunos se

ganaron la corona del martirio.

Dos de ellos desafían al olvido aun en estos días de confusión. Uno estaba colgado de las muñecas cuando le informaron que había ganado el premio Carnegie por salvar la vida de una muchacha con riesgo de la propia. Al otro se le ordenó que se metiera en las trincheras, en Francia. En cambio, se fue «arriba», a «la tierra de nadie», alegremente y por su voluntad, y estuvo trasladando heridos en medio de la lluvia y las balas.

¿Cuánto, oh Señor, cuánto
se demorará tu sierva?
La que eliminará la injusticia
Y hará fuertes a los oprimidos
¡Que una dulce mañana la traiga!
¡Haz que se apresure!
¡Tráesela a los hombres y a mí!
¡Oh, Esclavo, reza tranquilo de rodillas,
Allá adelante está la libertad!

La respuesta oficial

Departamento de Defensa, Washington, D. C.
Sr. Editor de
«Pearson's
Magazine»

10 de mayo 1919

Estimado Señor:

Han enviado a esta oficina el artículo que aparece en su número de marzo de 1919, referido a «La tortura de los objetares de conciencia». Es inevitable en un ejército de casi cuatro millones de hombres, reunidos con la intención de defender su país del enemigo extranjero, llenos de entusiasmo y ansiedad por hacer lo posible por la causa de su patria, que ciertos miembros de este gran cuerpo, al encontrar a otros hombres que afirman tener escrúpulos de conciencia para compartir las aflicciones y trabajos de la vida del soldado, sean totalmente incapaces de comprender esta actitud y los traten severamente. Sin embargo, estos casos han sido raras excepciones y no, como implica su artículo, la regla general. No se han producido simultaneamtente, sino que se han distribuido en un período de cerca de dos años, y en cada uno de los casos en que los cargos han quedado debidamente justificados, se

ha iniciado una rápida acción para remediarlos, y se ha castigado a los responsables. En efecto, su artículo es una colección de todos los cargos hechos en diferentes momentos con referencia al trato brutal de soldados de este tipo, sin considerar si estos cargos fueron desestimados finalmente o si se puso remedio en caso de que hubiera alguna justificación; y de esa manera transmite una impresión falsa e injustificable.

Sinceramente suyo
(firmado) F. P. Keppel
Tercer Asistente del ministro de Defensa

En mis muchos años de práctica periodística en Gran Bretaña y Francia he tenido que tratar una y otra vez con funcionarios del gobierno y con sus respuestas a todo tipo de acusación; pero jamás he visto una respuesta tan poco convincente como la del señor Keppel. Considérese primero la acusación. En el número de marzo de «Pearson's» yo afirmaba que:

> Los oficiales norteamericanos han maltratado brutalmente una y otra vez a los objetores de conciencia. A menudo han golpeado a hombres indefensos con látigos. Les han ordenado que se ducharan con agua fría hasta que se han desvanecido; los han despertado cada dos horas durante la noche y los han colgado de las muñecas a los barrotes de sus celdas durante nueve horas diarias; los han pinchado con bayonetas y han continuado con estas prácticas y otras peores hasta que algunas de sus víctimas perecieron.
>
> El señor ministro Baker ha expulsado de nuestro ejército a oficiales comisionados, admitiendo con este acto la verdad de la acusación.

Continuaba diciendo que había leído sobre estas acusaciones constantemente en el «World» y otros periódicos de Nueva York y que no había tomado ninguna iniciativa hasta que vi que el señor George T. Page, presidente de la Asociación de abogados americanos, había condenado nuestras leyes militares y nuestro sistema y métodos de administración de justicia militar como «indignos del nombre de ley y justicia». Entonces y sólo entonces formulé los cargos que anteceden, con un doble objetivo: primero, conseguir una amnistía general para los objetores de conciencia; y segundo, para poner fin de una vez para siempre a todas las

sentencias militares y las cortes marciales.

En otras palabras, mis objetivos eran puramente benevolentes. No deseaba que se castigara a los oficiales que habían pecado; deseaba que se aboliera un sistema radicalmente malo y que se pusiera en libertad a sus víctimas.

Ahora bien, ¿cómo contesta el ministerio de defensa americano en la persona del señor Keppel? Dice que los casos de «trato severo» eran «inevitables»; que eran, además, «la rara excepción»; que en todos los casos «se había puesto pronto remedio» y que, aparentemente porque mi artículo no admite estas razones, transmite «una impresión falsa e injustificable».

La primera parte de esta respuesta me llena de una intolerable vergüenza, como norteamericano. Imaginen un funcionario del gobierno altamente situado que llama a la tortura de hombres indefensos un «trato severo»; y cuando mueren a causa de este «trato severo», el señor Keppel se encoge de hombros y se consuela con la frase de que «era inevitable». No, señor, no era inevitable, gracias a Dios.

En Inglaterra fueron sentenciados más de dos mil objetares de conciencia a diversas penas de prisión. Creo que en ningún caso la sentencia sobrepasó los dos años, y en ningún caso se denunció una tortura como la que tuvo lugar en nuestras prisiones. Ningún oficial británico pinchó con su bayoneta a hombres indefensos, ni los golpeó con palos, ni los pateó, ni los condujo a la muerte. Semejantes crueldades no se produjeron en Gran Bretaña. En Norteamérica, la patria de Lincoln, el señor Keppel declara que eran «inevitables».

No le creo; no quiero creerle. Considero su defensa como una calumnia vil contra mis compatriotas.

Si el señor Baker se hubiera ocupado del primer caso que se produjo como hubiera debido hacerlo expulsando al oficial del ejército y liberando a las víctimas, no hubiera habido un segundo caso. Si no se había hecho intento alguno por castigar la ofensa o detener al ofensor, lo inevitable era que se multiplicaran estos casos de crueldad.

Piensen en la vergüenza con que nos cubre el señor Keppel. Ve claramente que la pasión del soldado se origina en el deseo de defender a su país de un enemigo extranjero. Pero nuestra pasión

no era nada comparada con la de Gran Bretaña. Sobre nuestras ciudades no sobrevoló ningún Zeppelin dejando caer bombas que destrozaban a mujeres y niños; ningún submarino bombardeó nuestros barcos de pasajeros en nuestras costas, llevando a la muerte a cientos de personas inocentes. No corríamos peligro de invasión alguna. No teníamos excusa para la ira apasionada y para experimentar la locura de la venganza; no había oficiales ciegos en nuestras calles. Y sin embargo, era «inevitable» que practicáramos la crueldad en sangre fría, mientras que los británicos podían permitirse ser humanos, aun exasperados por la ofensa más atroz.

El señor Keppel tiene una opinión muy pobre de nosotros, los norteamericanos. Si el señor Baker hubiera aprendido la lección implícita en la vida de Lincoln y hubiera reducido a uno o dos años la primera sentencia de diez o veinte años dictada por una corte militar americana a un objetor de conciencia, la vergüenza de estas sentencias no pesaría hoy sobre nosotros.

En su carta, el señor Keppel va de error en error. Dice que «esos casos eran la rara excepción» y no se avergüenza de agregar que mi «artículo era en efecto una colección de todas las acusaciones hechas en diferentes momentos».

¿Le parecería extraño saber que sólo cité una página del panfleto llamado «Qué sucede en las prisiones militares», y que dejé pasar otras llenas de detalles de otras torturas; que cité sólo una parte del artículo del «World», sin mencionar otra docena de casos? ¿Cómo se atreve a decir que mi artículo es «en un efecto una colección de todas las acusaciones hechas en diferentes momentos», cuando debe saber, cuando su deber es saber, que mi artículo no contenía ni una décima, ni una duodécima parte de las acusaciones que se hicieron en ese momento?

Lamento que su mala fe me obligue a decir que esos ultrajes no fueron la rara excepción, que la mayoría de los objetores de conciencia encarcelados, por lo que sé, se han quejado y siguen quejándose de crueldad y malos tratos atroces.

El señor Keppel resume su defensa del departamento de guerra asegurando que «en cada uno de los casos en que los cargos han quedado debidamente justificados, se ha iniciado una rápida acción para remediarlos y se ha castigado a los responsables».

¿Qué «rápida acción» puede iniciarse en casos de asesinato?

¿Qué «rápida acción para remediarlos» puede ofrecerse a una madre a quien han matado un hijo de esta manera?

Sin embargo, me alegro de que el señor Keppel cometa este error inefable, porque al cometerlo llama la atención sobre una de las peores lagunas que tiene la justicia americana. En uno de mis artículos sobre los juzgados nocturnos en Nueva York, llamé la atención sobre este defecto, pero ninguna autoridad vio interés personal en corregirlo, de modo que hasta hoy sigue siendo una desgracia de nuestro sistema judicial.

Cuando en Londres se acusa a una mujer frente al magistrado de abordar a los hombres, es decir de ser una prostituta, y ésta se las arregla para demostrar su inocencia, el magistrado destina siempre una suma de dinero de la caja de los pobres para compensar el daño que se le ha hecho.

Esta práctica de compensación se ha convertido en un principio de la justicia inglesa. Por ejemplo, en 1913 una *suffragette* fue enviada a prisión. Estando en prisión, resbaló y se rompió un tobillo. El médico de la prisión la examinó y dijo que no era nada, que podía continuar caminando. Pasó el mes y fue liberada. Un competente médico londinense la vio y descubrió que el hueso del tobillo se había roto. La falta de asistencia había hecho que una pierna le quedara más corta que la otra. El asunto fue presentado ante el ministro del interior, que era el señor Winston Churchill. Naturalmente, exoneró al médico de la prisión, pero acordó a la mujer quinientas libras, o dos mil quinientos dólares, por el daño que se le había hecho.

A esta acción yo la llamaría «reparadora», pese a que no fuese rápida. En casos de muerte por un error del juzgado o de las autoridades de la prisión, se han pagado miles de libras a los parientes supervivientes en Gran Bretaña. Esto es una acción verdaderamente reparadora. ¿Acaso Washington ha emprendido este tipo de acción reparadora en alguno de los casos de torturas a objetores de conciencia?

Espero que el señor Keppel pueda contestarme afirmativamente y repita su agradable frase de que «en cada uno de los casos se ha iniciado una rápida acción para remediarlos», en cuyo caso yo lo perdonaré por esta vez, aunque en ningún caso se ha castigado «a los responsables».

Iré aún más allá (tan ansioso estoy de ignorar errores y olvidar castigos en la medida en que pueda hacer operativa la reforma y triunfante el bien), y prometo aquí que si el señor Keppel introduce ahora esta reforma y cuida de que se tome pronta acción reparadora aunque sea en un solo caso, para sentar precedente, me cuidaré desde ahora de fastidiarlos con sus desdichas pasadas y además, pronunciaré su nombre con agradecido respeto.

Capítulo 17

Muchos amigos me han solicitado que escriba sobre mis libros: cómo llegué a escribir *Montes y Waters*
Unpath'd
y mi libro sobre Shakespeare, etc, etc. Durante los primeros años del siglo trabajé en mi libro sobre Shakespeare. Siendo joven había leído al profesor Dowden y otros comentadores y su ceguera y estupidez me maravillaban. Después se publicó el libro de Tyler sobre los Sonetos, que para Shaw y otros era la última palabra, pero no para mí. Tyler supone que cuando en un soneto Shakespeare habla de su amor por Mary Fitton como si hubiera durado tres años, no hay más que hablar; y realmente ese amor comenzó en 1597 y continuaba cuando se escribió el soneto en 1600.

Sir Sidney Lee ha informado al mundo que los sonetos de Shakespeare eran simples «ejercicios poéticos» y que la historia que contaban no tenía nada que ver con su vida.

Pero yo sabía que Shakespeare había escrito la historia de los sonetos en tres obras de la época, y así quedaba establecida la verdad de esa historia. Además, Isabel mandó a Mary Fitton a su casa, en Cheshire, en 1601, y ella no regresó hasta 1605, y en esos cinco años Shakespeare escribió sus mejores tragedias. Me resultó fácil comprender que la «falsa Crésida» era una pintura posterior de su muchacha de ojos negros y que «Cleopatra», terminada en 1608, era otro retrato completo; y en resumen, que ese amor duró doce años y no tres. Dio lo mejor de su vida a su amor por Mary Fitton y después de 1608, cuando ella se casó finalmente y abandonó Londres, él se retiró a Stratford, cumplido su trabajo. Cuando habla de ella en sus últimas obras, lo hace con tierno afecto, como en el quinto acto de *Cymbeline*, o en el *Cuento de invierno*, en aquellos versos mágicos:

> Y así tu verso
> Fluyó una vez con su belleza.

O demostrándole gran estima, como en los parlamentos de Enobardo, de *Antonio y Cleopatra*.

Shaw fue el primero en aconsejarme que transmitiera todo lo que sé de Shakespeare, pero temo que más bien he dañado el libro como obra de arte hablando demasiado. Sin embargo, en el último año he descubierto un pequeño detalle lleno de significado. Por supuesto, siempre he creído que el señor W. H. a quien Shakespeare dedicó los sonetos era William Herbert, después lord Pembroke, y que él era el «falso amigo» a quien Shakespeare había enviado a hablar a su favor frente a la dama de honor, Mary Fitton. También fue Herbert quien conquistó a la muchacha y la preñó. Pero lo que he descubierto es iluminador.

Se sabe que el 16 de junio de 1600, Herbert y Mary Fitton asistieron a un baile de máscaras en Blackfriars.

El 5 de febrero de 1601, Mary Fitton demostró que estaba embarazada de Herbert, quien se negó a casarse con ella.

El 25 de marzo su niño nació muerto.

Ahora bien, si deslumbrada por su éxito en el baile de máscaras, Mary hubiera cedido a Herbert ese 16 de junio del 1600, el niño hubiera debido nacer alrededor del 25 de marzo, de modo que los hechos coinciden.

En los años de ocio que conseguí mediante la venta de la «Saturday Review», y que fueron desde 1900 a 1914, hice la mayor parte de mi mejor obra. Por supuesto, el Shakespeare era siempre lo primero, pero también escribí *Las mujeres de Shakespeare* y la obra *Shakespeare y su amor*. También *The Bomb* es de este período como muchos de mis mejores cuentos: *Montes, the Matador, Waters, The Veils of Isis, Great Days*

Unpath'd

. También fue allí donde completé el primer borrador de mi *Oscar Wilde*.

Mientras trabajaba duramente en mi Shakespeare, seguí escribiendo cuentos y retratos, y debo decir que los cuentos siempre se me presentaban como un todo, completos desde la primera a la última línea. Por otro lado, los retratos eran más complicados. A veces la personalidad hacía el retrato, como en el caso de Wagner y Dowson, pero en muchas ocasiones tenía que usar bien mi memoria, bien mi ingenio, para conseguir un parecido digno. Mencken dice

que mis retratos son mucho mejores que mis cuentos, pero eso sólo demuestra su predilección personal. Yo sé que mis cuentos son lo mejor que he hecho. Pero, por extraño que parezca, mis cuentos cortos son mejores que los largos, mientras que no tengo un retrato corto que pueda compararse al retrato en dos volúmenes que he hecho de Oscar Wilde. Durante los cuarenta años de mi carrera de escritor, he buscado la perfección y muchas veces he dado lo mejor de mí mismo. Sin duda mi autobiografía perdurará, pero antes de dejar para siempre la pluma, quiero crear un prototipo que pueda compararse con Hamlet y Falstaff, con Don Quijote y Sancho Panza. He elegido una mujer celosa y he decidido pintarla en una obra en tres actos que resultará sorprendente, porque las mujeres siempre me han parecido más celosas que los hombres. ¿Quién vio alguna vez a un hombre celoso de su hijo y del afecto de su hijo? Pero yo he conocido mujeres tan celosas de sus hijas que se volvían casi locas de ira y odio. Y no hay sólo una forma de celos que sea peculiarmente femenina, sino varias. La madre está celosa del amor de su hija por un hombre, celosa de la muchacha misma, celosa del afecto que ella demuestra a otros: los celos son la pasión de la mujer. Y es muy curioso que el amor sensual animal de un hombre nunca está tan teñido de celos como aquel amor más elevado, más sensible espiritualmente. Ella padece la maldición de la forma más baja de despreciable denigración, de la misma manera en que la belleza de su cuerpo queda a menudo distorsionada por unos senos o unas nalgas enormes. Espero terminar este trabajo en este verano de 1928.

Hay una larga novela mía, *The Bomb*, que me complace en todos los sentidos, y creo que será leída y disfrutada cuando su autor ya no sea de este mundo.

Montes, the Matador, [que] algunos consideran mi mejor cuento, fue escrito después de una visita a España. Amando España, estudié, como es natural, todo lo referente al ruedo y creo que disfruté del honor, único entre los extranjeros, de tomar parte dos veces en las ceremonias. Siendo vaquero en la frontera entre Texas y México, había aprendido todo sobre vacas y toros, y mientras estuve en España descubrí la historia de un hombre que se había parado con las piernas y los brazos atados en una mesa cubierta con un trapo rojo, en espera de la embestida del toro. Yo sabía que con las

piernas atadas es posible saltar tanto como si estuvieran libres, de modo que me ofrecí a intentarlo y fui aceptado en el ruedo. Nunca me aplaudieron tanto en mi vida, y jamás gané más fácilmente un aplauso. Decidí escribir *Montes* como una especie de corrección a *Carmen*. Los hombres españoles me parecían tan finos como las mujeres, y pensé que podía mejorar *Carmen*. Cuando Meredith dijo que había tenido éxito, me sentí muy honrado, y a partir de entonces no me preocupé mucho por lo que pudieran decir de mi trabajo Juan, Pedro o Pepe. Para mí, Meredith estaba entre los inmortales, y en su elogio era concluyente.

A menudo me preguntan por qué no escribo más cuentos. He escrito dos o tres más, sobre todo *Beyond Good and Evil* y *A last Kindness*, y también varias piezas teatrales, en especial *A New Commandment* y *The Bucket Shop*. Pero en los últimos cinco o seis años el espíritu de la imaginación parece haberme abandonado. Puedo escribir mañana un retrato tan bueno como el mejor que haya hecho, pero un cuento debe presentárseme entero para resultar bien. Los cuentos nacen, no se hacen.

Después de todo, he hecho bastante: media docena de los mejores cuentos en lengua inglesa, y más de una docena de los mejores «retratos» de mis contemporáneos; el mejor libro crítico que existe: *The Man Shakespeare*; la mejor biografía: *The Life and Confessions of Oscar Wilde*; y me atrevo a creer que la mejor autobiografía jamás escrita: *Mi vida*, por no hablar de libros como *The Bomb* y *Great Days* y obras como *Mr. and Mrs. Daventry* que se representó en Londres ciento sesenta noches.

Ahora quiero hacer el quinto volumen de *Mi vida* y una novela larga: *Pantopia, or the Undiscovered Country*, y entonces habré terminado.

Mientras tanto, mi vida no es desagradable. Por la mañana, acostado, espero a la sirvienta que viene a abrir las persianas, dejando entrar un baño de sol. Después me trae el té y los periódicos, y me instalo a pasar una hora de puro placer. Más tarde, doy un paseo con mi esposa por el viejo Circo Romano de Cimiez, con maravillosas vistas de las montañas y el mar; volvemos a casa a almorzar y hago una siesta; después, el último libro en alemán, italiano o francés. Hacia las tres vamos en coche hasta las montañas y alrededor de las cinco regresamos a casa, donde leo otros libros

hasta la cena, a las siete y media; y después mi escritura o libros hasta la hora de irse a la cama. ¡Qué buena vida!

A veces vienen amigos y en ello siempre está la atracción de lo desconocido. Dos veces por semana voy al teatro o a la ópera, y otras dos a algún cine. Con el cine quedo casi siempre decepcionado. Me parece extraño que la gente produzca esos espectáculos tan malos. Lo mejor que he visto últimamente es uno sobre Napoleón que se daba en tres noches, y sin embargo el hombre que lo escribió sabía poco o nada del tema. Un amigo acaba de enviarme una obra sobre Shakespeare escrita por Clemence Dane, elogiada en todos los periódicos ingleses, pese a que es lo peor que he visto sobre Shakespeare. No sólo es discutible en cientos de detalles, sino que está escrita sin la menor comprensión del hombre: un producto lamentable, barato.

¿Cómo es que no he trabajado tanto aquí en Niza, entre 1921 y 1928, como en los primeros años del siglo? Creo que la verdad es que desde que escribí el primer volumen de mi autobiografía, disminuyendo los ingresos por mis otros trabajos, siempre he estado más o menos preocupado por el dinero. Siempre he vivido confortablemente, y descubrir de pronto que mis ingresos habían disminuido en sus nueve décimas partes, no es agradable y me obliga a pensar en modos y maneras más que en cuentos u obras.

Sin embargo, espero poder terminar todavía mi trabajo. Y estos últimos diez años no han sido improductivos. No sólo he escrito cuatro volúmenes de mi autobiografía, sino que también he hecho el quinto y sexto volúmenes de los *Retratos* y un libro de *Ensayos*. Ahora quiero vender para el cine mi vida de Shakespeare y también *Montes* y, tal vez, *The Magic Glasses*.

Como ya he dicho, los productores de cine de todos los países son increíblemente ignorantes y estúpidos, porque de otro modo hubieran hecho mi vida de Shakespeare mucho antes que *Los cuatro jinetes,* que hizo rico a Ibáñez. Pero todas las artes nuevas necesitan artistas. La facultad artística es la más elevada del hombre y en consecuencia es rara. ¿Acaso no acaba de contarnos Maughan cómo ofreció muchos trabajos baratos a los productores y ninguno quería aceptarlos, mientras que ahora pide un precio diez veces mayor que hace diez años y lo consigue sin dificultad? Hasta en Alemania están produciendo, con grandes gastos, un film sobre Napoleón que

se prolonga durante tres funciones y no muestra nada del carácter del protagonista. El pobre idiota que lo escribió ni siquiera sabía que debía estudiar especialmente los años escolares de Napoleón para poder tener una idea de su alma.

Capítulo 18
El crimen de la paz y los criminales retratos de los pacificadores

Ve, alma, huésped del cuerpo
A cumplir una tarea ingrata;
No temas tocar a los mejores,
La verdad será tu garantía.
Sir Walter Raleigh

Durante meses estuve absorto tratando de adivinar qué sucedió en la Conferencia de la Paz y cómo se coció un pan tan inmundo y venenoso entre los cuatro grandes cocineros, y ahora Maynard Keynes, un inglés, nos dice en este libro toda la verdad o al menos todo lo que necesitamos saber. Es un catedrático de Cambridge, un estudiante de ciencias económicas que estuvo presente en todas las reuniones de los Cuatro Grandes como representante del Tesoro británico.

No obstante, no hay que subestimar las dificultades de su tarea y la maestría que demuestra al realizarla. Piénsese en la guerra de los bóers y en la manera vergonzosa en que la distorsionó Conan Doyle[21]; recuérdese esta guerra y las llamadas historias de ella, que en su mayor parte son cuentos sensacionalistas condimentados con atrocidades odiosas e himnos triunfales estúpidos, inventados para, aumentar la vanidad patriótica, y considérese este libro que dice luminosamente la verdad y nada más que la verdad sobre Clemenceau, Lloyd George y Wilson.

Léanse por ejemplo las páginas en las que Keynes describe las peroratas electorales de Lloyd George a fines de 1918 y la increíble conclusión:

> Él (Lloyd George) había afirmado que el hecho de que él mismo y su gobierno defendieran las demandas de un enemigo indefenso no respetaba los solemnes compromisos contraídos de nuestra parte,

> compromisos que habían sido la base de la rendición del enemigo.
>
> Hay pocos episodios en la historia que la posteridad tenga menos razones para condonar: una guerra librada ostensiblemente en defensa de la santidad de los compromisos internacionales, que termina en la ruptura definitiva del más sagrado de esos compromisos por parte de los victoriosos campeones de estos ideales.

Como caballero honorable que es, Keynes agrega una nota:

> He escrito estas palabras sólo después de una penosa consideración. La casi completa ausencia de protesta de parte de los principales estadistas ingleses, le hace a uno sentir que tal vez ha cometido un error. Pero creo que conozco todos los hechos y no puedo descubrirlo.

Indudablemente, no ayudará a su carrera el hecho de haber dicho al primer ministro que incluso las elecciones generales deberían pelearse «en la línea de la generosidad prudente en lugar de la de avaricia imbécil».

Una y otra vez probó hasta la saciedad que el señor Lloyd George y los otros gobiernos aliados actuaron deshonrosamente para con los derrotados alemanes, y con total insensatez.

Puede afirmarse ya que nunca volverá a pedírsele al señor Maynard Keynes que represente al Tesoro británico en ninguna conferencia importante. Incluso ahora ha tenido que consolarse con una simple C. B. y sin embargo ha escrito un libro soberbio, mientras que a Conan Doyle lo nombraron caballero por escribir una serie de libelos y falsedades patrióticas.

Pero si se lee bien este libro, se sabrá que a Keynes le importa muy poco lo que Lloyd George pueda hacer por él o en su contra, o qué puede pensar de él sir Eric Geddes. Sabía que era preciso decir la verdad y la dijo. He aquí otro de los caballeros del Santo Espíritu, que ha probado, en contra de su voluntad, la carencia de honor y de conciencia existente entre los gobernantes de Inglaterra.

Retrato verídico de Clemenceau

Si se piensa bien, es una gran hazaña la de este joven de treinta y siete años atreviéndose a medir y a describir a hombres de gran posición con reputaciones establecidas en el mundo, y mostrarlos en sus vanidades fútiles, sus avaricias insensatas y sus venganzas

infantiles.

Con una gran frase, ha pintado al más notable de entre ellos: Clemenceau. «Tenía una ilusión: Francia; y una desilusión: la humanidad, incluidos los franceses y sus colegas».

Keynes continúa diciéndonos que el odio del «tigre» por los alemanes era insensato, pero no olvida agregar en una nota que «era con mucho el miembro más eminente del Consejo de los Cuatro», y que «sólo él de los cuatro podía hablar y comprender francés e inglés». Curiosamente mal educados estos líderes democráticos.

En otra ocasión, compara a Clemenceau con el señor Balfour muy por encima del presidente como «caballeros exquisitamente cultivados».

Su retrato de Clemenceau está entre los mejores que se hayan hecho:

> La figura y la apostura de Clemenceau son universalmente familiares. En el Consejo de los Cuatro llevaba una chaqueta anticuada de buena tela gruesa, negra, y en las manos, que jamás llevaba desnudas, guantes de piel gris; sus botas eran de cuero negro grueso, muy buenas, pero de estilo campesino y a veces atadas adelante con una hebilla en lugar de un lazo…
>
> No llevaba papeles ni portafolio y tampoco tenía un secretario personal, aunque siempre había ministros y funcionarios franceses presentes… Su paso, su mano y su voz no carecían de vigor, pero tenía, sin embargo, sobre todo después del atentado contra su vida, el aspecto de un hombre muy anciano que reserva sus fuerzas para ocasiones importantes. Hablaba poco, dejando la exposición inicial del caso francés a sus ministros o funcionarios. Cerraba con frecuencia los ojos y se reclinaba en su silla con rostro impasible y las manos enguantadas cruzadas frente a él.
>
> Una corta frase, tajante o cínica, era suficiente por lo general; una pregunta, el súbito abandono de sus ministros, cuyas caras se negaba a salvar, o una exhibición de obstinación subrayada por unas pocas palabras en un inglés picante.
>
> No faltaban él discurso y la pasión cuando eran necesarios, y el súbito estallido de palabras, seguidas a menudo por un ataque de tos bronquial, conseguían su objetivo más por fuerza y por sorpresa que por persuasión.

Pero es el retrato de Wilson el que deberían buscar los

americanos, y no quedarán decepcionados. Es un retrato tamaño natural, y Keynes pinta a Wilson no sólo en su hábito, tal como vivía, sino que revela pliegue tras pliegue y rincón tras rincón de su pequeña alma, como sólo podría hacerlo un gran artista.

Verdadero retrato de Wilson

Se me permitirá que cite largamente a Keynes:

> Cuando el presidente Wilson abandonó Washington en 1918, gozaba de un prestigio y una influencia moral no igualados en la historia… Los pueblos enemigos confiaban que llevara a buen término el pacto que había hecho con ellos; y los pueblos aliados lo reconocían, no sólo como vencedor, sino casi como un profeta.
>
> Además de su influencia moral, las realidades del poder estaban en sus manos. Los ejércitos norteamericanos estaban en la cúspide de sus existencias, disciplina y equipo. Europa dependía totalmente de los suministros de alimentos de los Estados Unidos, y financieramente estaba aún más a su merced. Europa no sólo debía a los Estados Unidos más de lo que podía pagar, sino que sólo una decidida ayuda posterior podía salvarla del hambre y la bancarrota. Nunca tuvo un filósofo armas semejantes con las cuales sujetar a los príncipes de este mundo…
>
> Con qué curiosidad y ansiedad deseábamos dar una ojeada a los rasgos y apostura del hombre del destino…
>
> El colapso del presidente ha sido uno de los acontecimientos morales decisivos de la historia… La desilusión era tan completa, que algunos de aquellos que más habían confiado, apenas se atrevían a hablar del asunto. ¿Era posible que fuese verdad?, preguntaba a los que regresaban de París. ¿Era el Tratado tan malo como parecía? ¿Qué le había sucedido al presidente? ¿Qué debilidad o desgracia habían conducido a una traición tan extraordinaria, tan inesperada?

La gran traición

Keynes la llama «traición» porque:

> La naturaleza del contrato entre Alemania y los Aliados que resultó de este intercambio de documentos (en el Armisticio) es clara e inequívoca. Los términos de la paz estarán de acuerdo con las

indicaciones del presidente y el objeto de la Conferencia de la Paz es «discutir los detalles de su aplicación». Las circunstancias del contrato tenían un carácter solemne y obligatorio poco usual, porque una de las condiciones era que Alemania aceptaría los términos del armisticio, que eran tales que la dejaban indefensa. Una vez entregada Alemania fiándose del contrato, el honor de los aliados dependía del cumplimiento fiel de su parte y, si había ambigüedades, de no utilizar su posición para tomar ventajas.

¿Cuáles eran los términos del contrato?

Los catorce puntos: 3) «La eliminación, en la medida de lo posible, de todas las barreras económicas y el establecimiento de una igualdad de condiciones comerciales entre todas las naciones que aceptan la paz y se asocian para mantenerla».

4) «Garantías adecuadas de que los armamentos nacionales se reducirán hasta la mínima expresión que permita la seguridad interna… No habrá anexiones, ni contribuciones ni impuestos punitivos… Autodeterminación…».

Un contrato solemne, insiste Keynes, «perdido, en el embrollo de París, su espíritu en su totalidad y la letra en parte ignorada y en parte distorsionada».

Los comentaristas alemanes no tuvieron mucha dificultad en demostrar que el Tratado constituía una ruptura de compromisos y de moralidad internacional comparable a la ofensa de la invasión alemana a Bélgica.

Y una vez más: «La cualidad que distingue sobre todo a esta transacción de todas sus predecesoras históricas es su insinceridad».

Y esta «traición», esta «insinceridad» eran, en su mayor parte, de Wilson. Hay que buscar la explicación en su pensamiento y en su carácter.

Necesito resumir la esencia de cien páginas en una. Mis lectores seguirán el viaje de descubrimiento de Keynes dentro de las complicaciones del alma de Wilson.

El presidente no era un héroe ni un profeta; ni siquiera era un filósofo, sino un hombre de intenciones generosas, con muchas de las debilidades de otros seres humanos, que carecía del bagaje intelectual allí dominante que hubiera sido necesario para enfrentarse con los sutiles y peligrosos hechiceros. Su temperamento no era,

> primordialmente, el de un estudiante o el de un erudito…
>
> Este Don Quijote ciego y sordo estaba entrando en una caverna en la cual la espada veloz y brillante estaba en manos del adversario.

Y después, de pronto, ¡la verdad!

Wilson, «el viejo presbiteriano»

«Una vez hallada, la clave era iluminadora. El presidente era como un ministro protestante, tal vez presbiteriano. Su pensamiento y su temperamento eran esencialmente teológicos, no intelectuales».

Además, su inteligencia no era de primera línea:

> De hecho, el presidente no había pensado en nada; en la práctica, sus ideas eran nebulosas e incompletas. No tenía plan ni esquema ni ideas constructivas de ningún tipo para dar el color de la vida a los mandamientos que había emitido desde la Casa Blanca…
>
> No sólo no traía propuestas detalladas sino que en muchos aspectos estaba mal informado sobre la situación europea, tal vez inevitablemente. Y no sólo estaba mal informado —también lo estaba Lloyd George—, sino que su mente era lenta y rígida.

Y el resumen:

«Rara vez habrá habido un estadista de primera línea más incompetente que el presidente».

Y este veredicto se repite una y otra vez:

«Su inteligencia era demasiado lenta y poco imaginativa como para tener preparadas otras alternativas… Era demasiado lento y confuso».

Y otro rayo de luz:

> No paliaba estos defectos pidiendo ayuda a la sabiduría de sus lugartenientes…
>
> Y esto se debía a la anormal reserva de su naturaleza, que no permitía que se le acercase nadie que pudiese aspirar a una paridad moral o al ejercicio continuo de la influencia.

¡Ay, sombras de Lansing, Bryan y House!

En suma, Wilson había encontrado hombres «mucho más capaces que él» y además era «estúpida y desdichadamente sensible a la sugerencia de ser proalemán».

Finalmente, Keynes nos conduce al momento en que los hechiceros descubren el temperamento presbiteriano de su adversario y proceden a llevarlo de la nariz donde desean: una obra maestra de la descripción.

> Habiendo decidido que era inevitable hacer ciertas concesiones, Wilson hubiese podido tratar de asegurar —utilizando la firmeza y el liderazgo y el poder financiero de los Estados Unidos— todo lo que pudiera de la sustancia, incluso a costa de alguna concesión en la letra. Pero el presidente era incapaz de un compromiso consigo mismo tan claro como el implicado en este proceso. Era demasiado concienzudo. Aunque eran necesarios los compromisos, siguió siendo un hombre de principios y considerando los Catorce Puntos como un contrato que lo limitaba absolutamente. No haría nada que no fuera honorable; no haría nada que no fuera justo y correcto; no haría nada contrario a su gran profesión de fe…
>
> Entonces comenzó a tejerse la red de sofismas y exégesis jesuíticas que terminarían por hacer insincero el lenguaje y la sustancia del Tratado…
>
> Los sofistas más sutiles y los redactores más hipócritas se pusieron a trabajar y produjeron muchos ejercicios ingeniosos que hubieran engañado incluso a un hombre más inteligente que el presidente.
>
> Así, en lugar de decir que se prohíbe a la Alemania austríaca unirse con Alemania excepto con permiso de Francia (lo que no coincidiría con el principio de autodeterminación), el Tratado afirma, con delicada maestría, que «Alemania acepta y respetará estrictamente la independencia de Austria»…
>
> Así, en lugar de darle Danzig a Polonia, el Tratado menciona a Danzig como ciudad «libre», pero incluye esta ciudad «libre» dentro de las fronteras aduaneras polacas…

De este modo, el valle del Saar, que ha sido alemán durante mil años, el valle del Saar, donde pueden encontrarse cien franceses entre seiscientos mil alemanes, es entregado a Francia.

Y finalmente, la terrible acusación:

> De este modo, Clemenceau consiguió la que, pocos meses antes, hubiera sido una propuesta extraordinaria e imposible: de que no se escuchara a los alemanes. Si el presidente no hubiera sido tan puntilloso, si no se hubiera ocultado tan completamente lo que estaba haciendo, incluso en el último momento estaba en posición de recobrar el terreno perdido y alcanzar éxitos considerables. Pero el presidente

> estaba decidido. Los cirujanos habían plegado sus brazos y piernas en cierta postura, y era preciso romperlos para poder alterar esa postura. Para horror suyo, el señor Lloyd George, que el último momento deseaba toda la moderación a que se atrevía, descubrió que no podía, en cinco días, convencer al presidente del error de lo que les había llevado cinco meses probarle que era lo justo y lo correcto.
>
> Después de todo, era más difícil iluminar a este viejo presbiteriano, que lo había sido engatusarlo; porque en lo primero estaban implicados su creencia en sí mismo y su autorespeto.
>
> Y así, en el último acto, el presidente se decidió por la testarudez y una negativa a la conciliación.

Este es el último toque de ironía consumada: «Era más difícil iluminar a este viejo presbiteriano, que lo había sido engatusarlo», porque lo primero implicaba la pérdida de su autoestima.

Y así se cierra el telón sobre la vanidad terrible de Wilson. En toda la historia no hay figura más despreciable y apenas alguna más patética.

Otro juicio

Una vez, en 1889 o 1890, estaba yo en el despacho de «The Fortnightly Review» cuando me anunciaron a un tal doctor Dillon, e hizo su aparición un hombrecito moreno con una respingada nariz celta y rasgos irregulares, ojos agudos y una gran frente. Dijo que deseaba escribir sobre Rusia y en el transcurso de la conversación mencionó el hecho de que durante unos años había sido profesor de una universidad rusa. En Kiev, si no me equivoco. Pronto descubrí que era uno de esos irlandeses que son estudiosos por naturaleza sin ser pedantes o indebidamente imaginativos. Una inteligencia reflexiva serena, ni muy profunda ni muy apasionada. Después de una hora de charla, acordamos que yo aceptaría una serie de artículos suyos, y más o menos al mes siguiente recibí el primero.

No había leído ni veinte líneas y ya sabía que Dillon escribía bien, era eminentemente articulado y, a veces, felizmente retórico, sin inventar nada.

Desde el comienzo, Dillon demostró ser un buen periodista, muy bien equipado y maestro en su oficio, aunque éste no era demasiado grande o indebidamente sutil.

Me dijo que no deseaba firmar los artículos con su nombre. ¿Qué me parecía E. B. Lanin?

—¿Nacido en Dublín? —pregunté y, riendo, admitió mi blanda censura, porque en ruso Eblana quiere decir Dublín.

Los artículos produjeron cierta conmoción y la siguiente vez que oí hablar de él supe que había sido contratado como corresponsal especial por el «Daily Telegraph» y estaba a punto de partir hacia oriente próximo.

Desde entonces, he leído y disfrutado de su trabajo.

Ahora ha salido este libro suyo, *The Inside Story of the Peace Conference*. Llegó al mismo tiempo que el libro de Keynes, de modo que yo dudaba sobre cuál de los dos leer primero.

Y ahora que he leído ambos, mi supuesto apriorístico resultó más que justificado. El libro de Keynes pertenece a la literatura. De hecho, hay en él páginas que no morirán fácilmente. El retrato de Clemenceau merece compararse con uno de Clarendon, si no de Carlyle y el propio Carlyle no nos ha dado una descripción tan de tamaño natural de un puritano obstinado, ofuscado, puntilloso y vanidoso como Woodrow Wilson.

Es verdad que después de las primeras cien páginas brillantes, el libro de Keynes decae y arrastra al lector a través de un embrollo de detalles económicos para probar lo que era evidente para todo pensador imparcial desde el principio: que las llamadas reparaciones e indemnizaciones del tratado de paz son inocuas e imposibles de cumplir. La mayor parte de Europa central y gran parte de la Europa oriental han quedado totalmente arruinadas, en parte por la guerra, pero más por el infame bloqueo y las prolongadas negociaciones del Armisticio. Como dijo en mayo de 1919 el conde Brockford-Rantzau: «Los que firmen este tratado estarán firmando la sentencia de muerte de muchos millones de hombres, mujeres y niños alemanes». «No conozco la respuesta adecuada a estas palabras», agrega Keynes. Y el remedio que propone, que consistiría en cancelar todas las deudas entre aliados, hará poco por reparar el error puesto en marcha.

Aun si los Estados Unidos emprendieran el trabajo de rehabilitación con el mismo desprecio por el dinero y el sacrificio que demostraron en la prosecución de la guerra, la rutina seguiría siendo importante y el sufrimiento, terrible. Pero Norteamérica ya

está cansada de esfuerzos altruistas, tiene además sus propios problemas, políticos y económicos, y la gran masa de su población es indiferente a las luchas de los europeos, en realidad los desprecia. Austria y Polonia, y en menor grado Alemania, van a perder millones de mujeres y niños por inanición y las enfermedades propias de la malnutrición, porque los «Pequeños Tres» no saben nada de los problemas internacionales que súbitamente se les pidió que resolvieran.

Aquí es donde el libro de Dillon completa las tristes predicciones de Keynes. Porque Dillon conoce íntimamente, desde hace treinta años, la Europa oriental y Rusia. Habla fluidamente cuatro o cinco lenguas y se podría haber confiado en él como enviado o como espía de Dios para ir a Moscú o a Varsovia o a Viena, para extraer los hechos reales. Pero Wilson envió ignorantes bien intencionados para informarlo y cuando regresaron con revelaciones desagradables, se negó a escucharlos con el objeto de proteger su vanidad. Lloyd George ignoraba su enorme ignorancia y Clemenceau prefería ignorar todo sufrimiento que no fuese francés.

El resultado es que deberán pasar dos o tres generaciones antes de que Europa se recobre de la ruina provocada por la infame prolongación del bloqueo británico y por la insensata iniquidad de aquellos a quienes Dillon llama «los provocadores de Versalles». Dillon predice, con considerable lucidez, el lamentable resultado.

Naturalmente, comienza explicando que se eligió París como lugar para la conferencia de paz para satisfacer los deseos franceses. Hubiera sido preferible Ginebra. En consecuencia, se alquiló una casa allí a la que se hubo de abandonar un mes después. Ve claramente que la elección de París fue un terrible error inicial.

El doctor Dillon coincide con Keynes en el juicio que hace sobre los tres o cuatro representantes de los grandes estados. Sobre Lloyd George dice incluso cosas algo más duras que las de Keynes. Comienza diciéndonos que «un buen líder guerrero puede ser un mal negociante de la paz». Sigue llamando al primer ministro «un buen artífice de las palabras» y declara que «no estaba movido por ningún conocimiento sensato» y estaba «absolutamente desprovisto del lastre de los principios». Continúa burlándose de la ignorancia de Lloyd George de la geografía elemental. «¿Qué es ese lugar que Rumanía desea tanto conseguir?», preguntó una vez refiriéndose a

Transilvania.

El juicio de Dillon sobre Clemenceau es prácticamente igual que el de Keynes, aunque no está tan bien expresado. Por otra parte, parece tener gran estima por el señor Orlando.

Lo curioso es que su condena de Wilson es aún más aplastante que la de Keynes.

Dice que su venida a Europa «hubiera podido ser un momento decisivo de la historia mundial si hubiera transformado su autoridad y prestigio en la energía necesaria para abarcar su benevolente esquema». Pero «perdió la oportunidad por falta de coraje moral». Lo llama «otro Moisés». Explica su fracaso diciendo tajantemente que «se dejó vencer por obstáculos cuya voluntad no tenía energía para superar». Se deleita recordando que el propio corresponsal del señor Wilson en el *George Washington*, adelantó sus intenciones con esas palabras:

«El presidente zarpa para Europa para sostener los ideales americanos y literalmente para luchar por sus catorce puntos. En la mesa de negociaciones, el presidente insistirá en la libertad de los mares y el desarme general… Sostiene que los mares deben estar a cargo de todo el mundo…».

[Pero:]

> El anuncio de las intenciones militantes del señor Wilson, le valió un telegrama de Londres en el sentido de que si deseaba negociar con Gran Bretaña, debía quitar de su programa la Libertad de los Mares. Y sin lucha ni argumento, el presidente lo eliminó. En la Conferencia tampoco se discutieron los Catorce Puntos.

La conferencia de paz

El Dr. Dillon habla extensamente del tratado de Paz. Lo resume declarando que «hierbas nocivas han surgido del mal suelo del secreto, la represión y la mentira». Se burla de la Idea «de separar a Viena de Mora vía del Sur, la fuente de su suministro de cereales situada a una distancia de sólo treinta y seis millas, lo que transforma a la capital austríaca en una cabeza sin cuerpo». Pero los «eminentes anatomistas», agrega sardonicamente, utilizaron trucos aún peores.

> Nos gustaría saber con mayor precisión cómo conciben la Sociedad de las Naciones. Cuando insisten en la independencia de Bélgica, de Servia o de Polonia, de veinte o veinticinco millones de personas, seguramente querrán decir que las masas de población están en todas partes para hacerse cargo de la administración del país. Pero es extraño que no hayan pedido también la emancipación de Irlanda, Egipto, la India y Filipinas, que reúnen 400 millones de almas.

Cuenta la historia de Prinkipo y atribuye al señor Wilson la estúpida propuesta, observando que terminó en comedia.

Finalmente, el doctor Dillon declara que el tratado es un tejido de absurdos y que la Liga de las Naciones es absolutamente ilusoria. Dice que el tratado de paz es peor que «el infame tratado de Brest-Litovsk. Las naciones no han tragado nada más amargo y decepcionante desde que comenzó la historia política del mundo…».

> «La Libertad de los Mares» se transformó en la supremacía británica en los mares… «La abolición de la guerra» significa —como ya han explicado a sus ciudadanos británicos y norteamericanos y generales y almirantes franceses— una concienzuda preparación para la próxima guerra… «Acuerdos a los que se ha llegado abiertamente» significa cónclaves secretos y deliberaciones conspirativas llevadas adelante en impenetrable secreto… «La autodeterminación de todos los pueblos» se encuentra limitada por los derechos de todo gran poder a sujetar a las nacionalidades minoritarias.

Y resume: «El señor Wilson ha cedido la función de enterrador a la idea de una pacífica sociedad de naciones».

Capítulo 19
Postfacio

Lo más importante de nuestra vida actual es el cambio y transformación extraordinarios producidos por la ciencia. No estoy pensando solamente en el aeroplano o el coche, sino en otros cambios. La otra noche me senté en mi habitación, en Niza, y escuché una ópera que estaba siendo representada en Madrid; media hora más tarde, escuchamos *Thais* que se representaba en la ópera de París. Y unas horas más tarde escuchamos un «estreno» en el Metropolitan, en Nueva York. Después, escuché claramente el agradecimiento del empresario y reconocí su voz.

Más maravilloso aún es sentarse en la propia habitación en el sur de Francia y ver en un espejo el final del Derby[22]. Muy pronto en todas las casas podrán verse acontecimientos de todas partes del mundo. La imaginación vacila ante este aumento de conocimiento, aunque todavía no es tan importante para el desarrollo mental o del alma. E indudablemente hará poco o nada por aumentar la bondad del individuo.

Sin embargo, todo tiende a la solidaridad entre los hombres y a reducir las posibilidades de guerra. Hay progreso en todas partes, aunque parcial y leve; pero mientras tanto continúa la pobreza y los crímenes de todas clases y es difícil mostrarse muy esperanzado.

De todos los que han escrito sobre este tema, el que me parece estar más cerca de la verdad es Wells. Habla de un movimiento «para enmendar el mundo» y dice:

> Es un movimiento que tiende en última instancia a hacer más noble y refinada la vida, a mejorar las condiciones de vida y hacer más felices, más libres y más dignas a grandes multitudes de personas…
>
> Se percibe algo que se mueve, que está constantemente trabajando para extraer orden del caos, belleza de la confusión, justicia y afecto de la crueldad y la presión desconsideradas.

Y continúa:

> La humanidad se está corrigiendo mucho en el problema de la crueldad irreflexiva e instintiva, y éste es un problema fundamental. Me pregunto, y lo dudo, si en algún momento anterior del mundo una mujer anciana y mal vestida o un tullido evidente hubieran podido pasar entre un grupo de niños de clase baja, tan tranquilos y libres del insulto grupal o aislado, como lo estarían hoy si quedaran atrapados en la salida del internado.
>
> Con todos nuestros pecados, estoy seguro sin embargo de que el sentido de la justicia es ahora más universal que nunca. También ciertos graves males sociales, que alguna vez parecieron innatos, han desaparecido… de manera tan efectiva que ahora no podemos imaginarnos estar sujetos a ellos. Las crueldades e inseguridades de la guerra privada, por ejemplo, el duelo y la esclavitud abierta, han cesado, y en toda Europa occidental y América han desaparecido el hambre y la peste.

Sería difícil negar esto o incluso una parte, pero me parece que el cuadro tiene un lado más melancólico. Los viejos códigos morales están moribundos. Los Diez Mandamientos mandan poco; la religión cristiana, como inspiración real de la vida práctica y la conducta, está muerta; quedan las convenciones sociales y las señoras Grundy, irritantes y oficiosas.

Antes de 1914, las guerras se terminaban generalmente en pocos meses y sin pérdidas considerables. La guerra mundial duró cuatro años, costó treinta millones de vidas e incalculables sumas de dinero. Además, ha empeorado drásticamente la condición de Europa oriental y en general fue un asunto insignificante e insensato.

El movimiento de reestructuración del mundo es muy lento y parcial y parece evidente que el ideal de todos los hombres y mujeres razonables necesitará muchos siglos para nacer.

> Viene el conocimiento, pero la sabiduría se retrasa[23].

Y todo lo que podemos hacer es trabajar sin descanso para acercar ese tiempo mejor.

También es este el principal objeto de este libro, por extraño que le parezca al filisteo que se inclina a condenar toda cosa nueva y a preferir sus prejuicios a cualquier esperanza.

Tal vez se podría considerar el ideal de Goethe, tal como aparece en el *Prometeo*, como el más elevado que han creado los

hombres. Prometeo es el rebelde que desafía a Zeus y de la misma manera el hombre debe rebelarse a veces contra las condiciones que lo frustrarían e impedirían el desarrollo de su individualidad; debe luchar incluso contra los dioses, y en su lucha debe mostrarse fuerte y resistente, y sin embargo esta disposición no debería ser una característica permanente de su carácter.

Para obtener la totalidad de Goethe, habría que agregar otro personaje, como el Ganimedes del *Prometeo*. La humanidad de ese hombre le enseña a ser tierno y flexible, a estar lleno de concesiones y compromisos; al mismo tiempo debe ser valeroso y guerrero, de buen corazón y pacificador. Debe estar animado por el espíritu de la independencia y, sin embargo, estar lleno de reverencia y respeto por el orden. Debe dudar y sin embargo tener fe.

Cuanto más complejo es el ideal, más difícil es realizarlo, y comenzamos a ver que en la naturaleza de las cosas el progreso debe ser parcial y lento.

Pero el tiempo es más largo de lo que pensábamos antiguamente. Acabamos de conocer la existencia de una civilización anterior en muchos siglos a la cristiana, en la cual las mujeres, según parece, jugaban un papel muy importante. En la isla de Creta, desde 3500 años antes de nuestra era a 1500 a. C., existió una sociedad extraordinaria, más moderna en muchos aspectos que la de Grecia o Roma.

El doctor Hall ha escrito un libro sobre ella en el cual afirma que es el más maravilloso descubrimiento arqueológico de nuestro tiempo. Sir Arthur Evans y otros investigadores ingleses han demostrado, basándose en los frescos, que entonces las mujeres vivían en igualdad práctica con el hombre. Cómo y por qué se derrumbó este imperio cretense, es algo que sigue desconociéndose; todavía falta descifrar la lengua que hablaban estos isleños. Sin embargo, no puede dudarse de que dejaron a Atenas una notable herencia de belleza y un extraordinario sentido estético.

También es evidente que la civilización egipcia había alcanzado todavía antes un alto nivel. En realidad, apenas estamos comenzando a conocer sociedades civilizadas que nos precedieron en miles de años. Los hombres decaemos y morimos, pero el tiempo es prácticamente eterno.

Notas

[1] Escritor irlandés (1852-1933). (N. de la T.). < <

[2] De hecho, *La llamada del ministro*. (N. de la T.). < <

[3] *Soneto XXXIII*. (N. de la T.). < <

[4] De Calidore, *A Fragment*. (N. de la T.). < <

[5] Boca. (N. de la T.). <<

[6] Lógica. (N. de la T.). <<

[7] Bueno, justo, correcto. (N. de la T.). < <

[8] Honesto. (N. de la T.). < <

[9] Lascivo. (N. de la T.). <<

[10] Quiero uno. (N. de la T.). <<

[11] *To Homer* (Sonnet). (N. de la T.). <<

[12] *Soneto CVII*. La versión castellana es la de Agustín García Calvo, en *Los sonetos*, de Editorial Anagrama, Barcelona. (N. de la T.). <<

[13] Acto I, escena 5. (N. de la T.). <<

[14] «Dorar». (N. de la T.). < <

[15] En realidad, este pasaje del Quijote, que tiene lugar durante su retorno, camino de cumplir la penitencia de un año, es un poco diferente en su sentido:

—Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos. (N. del E.). <<

[16] En el séptimo verso, donde dice «Piamonte» (*Piedmont*) debe decir «mimados», (*pampered*), de modo que habla de «… los mimados cerdos…», etc. (N. de la T.). < <

[17] De «John Keats», *Essays in Criticism, Second Series*. (N. de la T.).
<<

[18] *Ibid*. (N. de la T.). <<

[19] De *Bright Star*. (N. de la T.). <<

[20] De *Adonis*. (N. de la T.). <<

[21] De *The Lark Ascending*. (N. de la T.). < <

[22] De *Auguries of Innocence*. (N. de la T.). <<

[23] De *To the Evening Star*. (N. de la T.). <<

[24] De *Poem from MSS*, escrito alrededor de 1810. (N. de la T.). <<

[25] *Soneto LXXIII*. La misma versión citada anteriormente. (N. de la T.). < <

[26] Últimos versos de *Dies Amara Valde*. < <

[27] Juego de palabras entre «forma» en su sentido literario y «forma» en su sentido jurídico. (N. de la T.). < <

[28] Juego de palabras entre las cifras de los honorarios de los abogados y las dos estrofas de cuatro versos, que dan 8, una de cuatro y una de 2, que dan 6, del soneto. (N. de la T.). <<

[29] De *La tempestad*, Acto IV, escena 1. (N. de la T.). <<

[30] Oh tú, / Dolorosa, / Inclina tu rostro misericordioso ante mi angustia. / Miras la muerte de tu hijo / Con una espada de mil dolores / Clavada en tu corazón. / ¿Quién puede sentir / Cómo hierve / El dolor en mis huesos? / Sólo tú, tú sola sabes / Lo que teme mi pobre corazón, / Lo que lo hace temblar, lo que desea. / Estoy, ay, apenas sola. / Lloro, lloro, lloro, Mi corazón se desgarra. /Dónde podría ir / Si tan pesado, pesado, / Está aquí mi corazón. <<

[31] Para la comprensión de este fragmento, hay que precisar que la Lucrecia a la que se refiere y a la cual habla el artista en el poema *Andrea del Sarto*, era su esposa, a quien adoraba y por cuya causa traicionó la confianza del rey de Francia, Francisco I de Valois, gastando en ella y para ella el dinero que el monarca le había entregado para adquirir obras de arte. Esta Lucrecia le era infiel —con su conocimiento y consentimiento— y a su amante se refiere Andrea cuando habla del «Primo» en el último verso. (N. de la T.). <<

[32] Juego de palabras entre *meons*: medios y *meonness*: mezquindad (N. de la T.). < <

[33] Juego de palabras entre *Review*, revista y *Reviller*, difamador (N. de la T.). < <

[34] Ultimo verso de «L'homme et la mer» de *Les Fleurs du Mal*. (N. de la T.). < <

[35] Acto IV, escena 8. (N. de la T.). <<

[36] Del *Prometheus Unbound*, de Shelley. (N. de la T.). <<

[37] Del volumen 3. (N. del E.). <<

[38] *Hamlet*, Acto V, escena 2. (N. de la T.). < <

[39] *Paper-chase* o *hare and nound*, juego infantil de ladrones y policías practicado dejando un rastro de trozos de papel, al cual alude el autor. (N. de la T.). < <

[40] Del poema *Mand*, de Tennyson. (N. de la T.). < <

[41] En inglés, la hache tiene un sonido aspirado, similar al de una jota suave. (N. de la T.). <<

[42] Un forastero. (N. de la T.). < <

[43] Edad de desarrollo, formación. (N. de la T.). <<

[44] Enseñanza primaria, hasta la edad de 14 años. (N. de la T.). <<

[45] Publicado en 1925. (N. de la T.). <<

[46] Hermanos de Isadore de Lara (1858-1935), compositor y amigo de Alberto de Mónaco, a quien Alberto favoreció más que a Harris. (N. del E.). < <

[47]
(1855-1920).
Escribió la primera novela sudafricana con mérito literario: *The Story of a South African Farm* (1883), que fue publicada con el seudónimo de «Ralph Ivan». Luchó por los derechos de la mujer y también por los de los bóers. (N. de la T.). < <

[48] De masa monetaria. (N. del E.). < <

[49] Referencia a un ataque británico a Buenos Aires en 1806, después del cual los británicos tomaron la ciudad, sólo para perderla al cabo de un año. (N. de la T.). < <

[50] Henry Hallam (1777-1859), historiador inglés. (N. del E.). <<

[51] Probablemente se refiera al pintor Ernest Rousselet. (N. del E.).
<<

[52] Era ya una actriz famosa cuando amó a Maeterlinck antes de que éste se convirtiera en un dramaturgo de éxito. Vivió con él desde 1901 a 1918, cuando fue desplazada por una mujer más joven. (N. del E.). <<

[53] La palabra inglesa *fitful* significa caprichoso, tornadizo, intermitente. Su raíz, *fit*, significa «ataque», de ahí la confusión de Maeterlinck que piensa en términos de «convulsiones». (N. de la T.). <<

[54] *Painful*, doloroso, viene en cambio directamente de *pain*, dolor. (N. de la T.). <<

[55] En realidad, Albert objetó la amistad de la princesa Alice con Harris y le prohibió a ésta que visitara el hotel de Harris en Montecarlo, que había prometido favorecer, y fue principalmente por esta razón por la que la aventura del hotel fracasó. (N. del E.).
<<

[56] San Lucas. (N. de la T.). < <

[57] Acto III, escena 5. (N. de la T.). <<

[58] De *Julian and Maddalo*, verso 544. (N. de la T.). <<

[59] *Antonio y Cleopatra*, IV, 15. (N. de la T.). <<

[60] Alude a la similitud fonética entre *bow* (arco) y *beau,* palabra del francés usada entonces para designar a un viejo dandy. (N. de la T.). < <

[61] El primero en 1910 y el segundo probablemente en 1911. (N. del E.). < <

[62] Nueva York, 1915. Un libro de cuentos cortos, casi todos los cuales habían sido publicados el año anterior en *The Yellow Ticket and other Stories*. (N. del E.). < <

[63] Reproducimos la carta con las mismas imprecisiones y la misma redacción deficiente que las del original inglés. (N. del E.). < <

[64] (1854-1915); coganador del Premio Nobel de Medicina de 1908. (N. de la T.). < <

[65] Ese «retrato» no aparece ni en este volumen ni en sus *Contemporary Portraits*. (N. del E.). < <

[66] De *Be Still, My Soul, Be Still*, de A. E. Housman. (N. de la T.). <<

[67] Col. «La sonrisa vertical», n.º 4, Tusquets Editores, Barcelona, 1978. (N. del E.). < <

[68] La Última palabra: Trepa a tu angosto lecho, / Trepa y que no se diga nada más. / ¡Vano fue tu ataque! Todo resiste. / Y tú debes romperte al fin. // ¡Que cese esta larga disputa! / Los gansos son cisnes y los cisnes, gansos. / ¡Deja que hagan como quieran! / Estás cansado; quédate tranquilo. // ¿Abusaron de ti, te abuchearon, te destrozaron? / Le ha pasado a mejores hombres antes que a ti; / Dispararon sus tiros musicales y pasaron, / Llenos de cargos… y se hundieron al fin. // ¡Ataca una vez más y quédate mudo! // ¡Que los victoriosos, cuando lleguen, / Cuando caigan las fortalezas de la locura, / Encuentren tu cuerpo junto al muro! (N. del E.). <<

[69] Fierre Brantôme (1535-1014), soldado y cortesano francés. Escribió memorias picantes, como *Vies des dames illustres y Vics des dames galantes*. (N. del E.). <<

[70] Annie Besant (1847-1933). En 1870 aproximadamente, se asoció con Bradlaugh en la redacción de un panfleto que defendía el control de la natalidad. (N. del E.). <<

[71] Eternizarnos. / Esa es nuestra misión. (N. del E.). < <

[1] Harris se equivoca. En ningún lugar de este volumen comenta el resultado final del proceso. (N. de la T.). <<

[2] El cartismo fue un partido político progresista que tuvo su auge en Inglaterra durante los primeros años del reinado de Victoria. (N. de la T.). < <

[3] En realidad, el cuarto. La confusión proviene del hecho de que originalmente lo que después fueron tercer y cuarto volúmenes era uno solo. (N. del E.). < <

[4] Juan 9, 4, (N. de la T.). < <

[5] De *Ye Weurie Wuyfarer*. Fytte S. de Adam Lindsay Gordon (1833-1870).
(N. de la T.). < <

[6] *La tempestad,* Acto I, escena 2. (N. de la T.). < <

[7] 1907-1910. Harris dirigió «The Candid Friend» (un semanario),
1901-1902;
la «Automobile Review», el «Motorist and Traveler» y una renovada «Gandid Friend»,
1905-1906;
«Hearth and Home» (un semanario),
1911-1912;
«Modern Society» (un semanario),
1913-1914
y en los Estados Unidos,
«Pearson's»,
1916-1922.
(N. del E.). < <

[8] Juego de palabras entre Rider Haggard y *to ride*: cabalgar, montar. (N. de la T.). <<

[9] Los dos últimos versos de *To R. K.*, un divertido poema de James Kenneth Stephen (1859-1802). (N. de la T.). <<

[10] De *The New Dawn*, de Middleton (1882-1911).
(N. de la T.). < <

[11] Ultimas estrofas de «The Last Journey», de *The Testament of John Davidson*. (N. de la T.). < <

[12] Ultima estrofa de *Lament for Lilian*. (N. de la T.). <<

[13] Tercera estrofa de *The Happy Cruise*. (N. de la T.). < <

[14] En realidad, se trata de la tercera estrofa de *The Last Hope*, de Middleton. (N. de la T.). < <

[15] De hecho, como ya se ha explicado en nota anterior en este mismo libro. Harris se refiere al volumen quinto. (N. del E.). < <

[16] Secuencia de 50 sonetos de 16 líneas, especie de novela en verso que analiza los sufrimientos de una pareja cuyo matrimonio naufraga. (N. de la T.). <<

[17] Juego de palabras entre *fluting*, encañonado de los encajes, y *flutist*: flautista, por cantor o poeta. (N. de la T.). < <

[18] El Karrú Meridional, es una amplia meseta situada al N. de El Cabo y al S. del río Orange. (N. de la T.). < <

[19] Sarah Bernhardt se casó con Jacques Damala en 1882. (N. del E.). <<

[20] Harris agrega una S. a las iniciales de Burleson, con lo cual queda la palabra ASS: asno, burro. (N. de la T.). < <

[21] Doyle sirvió como médico durante la guerra bóer. Harris se refiere a un panfleto suyo, «The War in South Africa», que presentaba la argumentación británica y le valió un título de Sir. (N. del E.). <<

[22] Quizás Harris se refiera más bien a una película del Derby. (N. de la T.). < <

[23] De *Locksley Hall*. (N. de la T.). <<